Leila Slimani
Miradnos bailar

CABARET VOLTAIRE

MIRADNOS BAILAR

LEILA SLIMANI

MIRADNOS BAILAR

EL PAÍS DE LOS OTROS II

TRADUCCIÓN
MALIKA EMBAREK LÓPEZ

CABARET VOLTAIRE
2023

PRIMERA EDICIÓN *febrero* 2023

TÍTULO ORIGINAL *Regardez-nous danser*

Publicado por

EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.

info@cabaretvoltaire.es

www.cabaretvoltaire.es

©2022 Éditions Gallimard

©de la traducción, 2023 Malika Embarek López

©de esta edición, 2023 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: FA

ISBN-13: 978-84-19047-16-8

Dirección y Diseño de la Colección

MIGUEL LÁZARO GARCÍA

JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

Cubierta: Foto familiar. Cedida por Leila Slimani.
Derechos reservados.

Guarda: Leila Slimani por Francesca Mantovani
©2020 Éditions Gallimard.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o

préstamo públicos.

A Bounty, sin el cual nada sería posible.

ÍNDICE DE PERSONAJES

MATHILDE BELHACH: nacida en 1926 en Alsacia, conoce a Amín Belhach en 1944, cuando el regimiento de espahíes del ejército francés al que este pertenece acampa cerca de su pueblo. Se casan en 1945 y, un año después, se reúne con él en Meknés, Marruecos. Tras vivir tres años en la casa familiar de la medina en pleno barrio de Berrima, se instalan en una finca y tendrán dos hijos, Aicha y luego Selim. Mientras su marido trabaja con ahínco para hacer de su plantación un negocio floreciente, Mathilde abre un dispensario donde atiende a los campesinos de la zona. En cuanto llega a Marruecos, aprende el árabe y el amazigh, y, pese a las dificultades y a su rechazo de ciertas tradiciones, sobre todo las relacionadas con la condición de las mujeres, se encariña con el país.

AMÍN BELHACH: nacido en 1917, hijo de Kadur Belhach, intérprete en el ejército colonial, y de Muilala, es el mayor de los hermanos. Al morir su padre en 1939, se convertirá en el cabeza de familia y heredará las tierras de Kadur, pero al principio de la Segunda Guerra Mundial decide alistarse en un regimiento de espahíes. Junto con su asistente, Murad, es encarcelado en un campo de prisioneros en Alemania, del que conseguirá escapar. Conoce a Mathilde en 1944 y se casa con ella por la iglesia en Alsacia en 1945. En la década de los cincuenta, mientras en el resto de Marruecos se viven disturbios, él se dedica con todo su empeño a su finca, soñando en convertirla en una empresa próspera. Apasionado por la agronomía y las técnicas modernas, desarrolla nuevas variedades de cítricos y de olivos. Tras varios años infructuosos, su colaboración con el médico húngaro Dragan Palosi le permitirá por fin obtener beneficios.

AICHA BELHACH: nacida en 1947, es hija de Mathilde y de Amín. Va a un colegio de monjas donde consigue excelentes calificaciones. Es una niña mística, tímida y huraña, pero los padres se sienten muy orgullosos de ella.

SELIM BELHACH: nacido en 1951, es hijo de Mathilde y de Amín. Ojito derecho de su madre, él también va a un colegio colonial.

OMAR BELHACH: nacido en 1927, es uno de los hermanos de Amín. Durante su infancia y adolescencia siente una mezcla de admiración y de odio hacia su hermano mayor. No acepta que se haya alistado en el ejército francés y que sea el preferido de su madre, Muilala. De personalidad violenta e impulsiva, sus simpatías políticas estarán del lado de los nacionalistas en el transcurso del conflicto mundial. En la década de los cincuenta, se implica cada vez más en acciones violentas durante los acontecimientos que preceden a la independencia de Marruecos.

YALIL BELHACH: nacido en 1932, es el benjamín de los hermanos Belhach. Víctima de la maldición que persigue a la familia de Muilala, padece una enfermedad mental. Vive recluido en su cuarto de la casa de la medina de Meknés, obsesionado con mirarse al espejo. Cuando su madre cae enferma y se instala en la finca de Amín y Mathilde, lo envían a Ifrán a vivir con un tío suyo. Se negará a alimentarse y morirá en 1959.

MUILALA BELHACH: nacida a principios del siglo XX, es la esposa de Kadur Belhach. Originaria de una familia de clase media, no ha aprendido a leer ni a escribir. Entre sus antepasados ha habido muchos afectados por algún trastorno mental, que se paseaban desnudos por la calle o afirmaban hablar con fantasmas. Ha tenido siete hijos, de los cuales sobrevivieron cuatro: Amín, Omar, Yalil y Selma. Madre afectuosa y valiente, siente por el mayor una auténtica adoración y admira a su nuera, Mathilde, por su libertad y por haber estudiado. En 1955, muestra los primeros síntomas de una enfermedad mental próxima a la demencia. Se la llevan a la finca, donde vivirá sus últimos años, abandonando su casa de Berrima en la medina de Meknés. Muere unos meses antes que su hijo Yalil, en 1959.

SELMA BELHACH: nacida en 1937, es la hermana de Amín, Omar y Yalil. Adorada por su madre, es una joven de una belleza solar, constantemente vigilada por sus hermanos y maltratada sobre todo por Omar. Alumna distraída, falta mucho a clase en el liceo. En la primavera de 1955 conoce a un joven piloto, Alain Crozières, del que se queda encinta. Para evitar el escándalo y la deshonra, Amín la casa con su antiguo asistente en el ejército, Murad. En 1956, da a luz a una niña, Sabah.

MURAD: nacido en 1920, es originario de una aldea a ochenta kilómetros de Meknés. En 1939, lo alistan a la fuerza en el ejército francés, durante la Segunda Guerra Mundial, y lo envían al frente, donde se convierte en asistente de Amín, que entonces era un oficial. Alberga hacia su comandante unos sentimientos amorosos secretos e intensos y tiene celos de Mathilde. Al final de la guerra, parte a Indochina con los contingentes marroquíes. Asqueado por la violencia, deserta del ejército, logra regresar a Marruecos y encontrarse con Amín. Este lo contrata en su hacienda, donde ejerce autoritariamente como capataz, y es odiado por los obreros. En 1955, se casa con Selma.

MONETTE BARTE: nacida en 1946, es hija de Émile Barte, un aviador de la base militar de Meknés. Compañera de clase de Aicha en el colegio de monjas, se harán muy amigas y confidentes. Su padre, Émile, muere en 1957.

TAMO: hija del matrimonio formado por Ito y Ba Milud, obreros que viven en el aduar cerca de la finca de los Belhach. Mathilde la contrata como criada en cuanto se instalan allí. Tratada con dureza por la dueña de la casa, pronto se hará un hueco en la familia y se quedará a vivir con ellos hasta el final de su vida.

DRAGAN PALOSI: ginecólogo húngaro de origen judío, se refugia con su esposa Corinne en Marruecos durante la guerra. Tras una mala experiencia en una clínica de Casablanca, decide instalarse en Meknés, donde abre una consulta. En 1954, propone a Amín asociarse con él para exportar naranjas a Europa. Siente por Mathilde amistad y admiración, y la ayudará cuando se vea desbordada en el dispensario. Le toma cariño a Aicha y, durante sus años de escolar, la ayudará a saciar su sed de conocimientos regalándole libros.

CORINNE PALOSI: nacida en Dunkerque, es la esposa de Dragan. Mujer de gran sensualidad, provoca el deseo de los hombres y la desconfianza de las mujeres. Sufre por no haber tenido hijos y lleva en Meknés una vida relativamente solitaria.

PRIMERA PARTE

Los tiempos no tienen en cuenta lo que soy, me imponen lo que se les antoja. Permítame que ignore los hechos.

BORÍS PASTERNAK

Mathilde contemplaba el jardín desde la ventana. Su jardín opulento y desordenado, casi vulgar. Su venganza contra la austeridad que su marido le imponía. Apenas había amanecido y el sol, aún tímido, atravesaba el follaje. Una jacaranda cuyas flores malva todavía no se habían abierto. El viejo sauce llorón y los dos aguacates, inclinados por el peso de los frutos que nadie comía y que se pudrían sobre la hierba. El jardín no había estado nunca tan bonito como en esa primavera. Corría el mes de abril de 1968 y Mathilde pensó que Amín no había elegido el momento al azar. Las rosas que ella había encargado de Marrakech se habían abierto unos días atrás, y el ambiente estaba inundado de un aroma fresco y suave. Al pie de los árboles se extendían unos matorrales de agapantos y dalias, unos macizos de lavanda y romero. Ella decía que allí crecía cualquier cosa. Esa tierra estaba bendecida para las flores.

Ya le llegaba el canto de los estorninos y vio dar saltitos en la hierba a dos mirlos que clavaban su pico naranja en el suelo. Uno de ellos tenía plumas blancas en la cabeza. Mathilde se preguntó si los demás mirlos se burlarían de él o si, por el contrario, esa particularidad lo convertía en una criatura singular respetada por sus congéneres. «¡Quién sabe cómo viven los mirlos!», pensó.

Oyó el ruido de un motor y las voces de los obreros. En el sendero que conducía al jardín surgió un monstruo enorme y amarillo. Primero vio el brazo metálico y, en un extremo de este, la gigantesca pala. La máquina era tan ancha que le costaba pasar entre las hileras de olivos. Los obreros gritaban las indicaciones al conductor de la excavadora, que iba arrancando ramas a su paso. Por fin, la máquina se detuvo y regresó la calma.

Ese jardín había sido su guarida, su refugio, su orgullo. Había jugado en él con sus hijos. En él se habían echado la siesta a la sombra del sauce. En él habían organizado pícnics bajo el ficus brasileño. Había enseñado a los niños cómo espantar a los animales de los árboles y de los matorrales donde se ocultaban. A la lechuza y a los murciélagos, a los camaleones, que ellos metían en cajas de cartón y a veces olvidaban debajo de la cama y se morían. Cuando sus hijos crecieron y se cansaron de sus juegos y de su cariño, Mathilde acudía allí a olvidar su soledad. Había plantado, sembrado, podado, injertado. Había aprendido a reconocer, en cada hora del día, el canto de los pájaros. ¿Cómo podía, ahora, soñar con el caos y la devastación, desear la aniquilación de lo que tanto había amado?

Los obreros entraron en el jardín e hincaron unas estacas formando un rectángulo de veinte por cinco metros. Se movían con cuidado para no aplastar las flores con sus botas de goma, y ese esmero, conmovedor, aunque inútil, la emocionó. Hicieron una señal al conductor de la excavadora, que lanzó su cigarrillo por la ventanilla y arrancó el motor. Mathilde se sobresaltó y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, la enorme pala metálica se hundía en el suelo. La mano de un gigante penetraba en la tierra negra y liberaba un olor a musgo y a humus. Lo arrancaba todo mientras avanzaba, y, al cabo de varias horas, se formó un montículo muy alto de tierra y de rocas sobre el que yacían unos arbustos sin vida y unas flores decapitadas.

Esa mano de hierro era la de Amín. Fue lo que pensó Mathilde durante esa mañana que pasó, inmóvil, tras la ventana del salón. Se sorprendió de que su marido no hubiera deseado asistir a ese espectáculo y ver caer, uno a uno, los árboles y las plantas. Él había insistido en que el agujero solo se podía hacer allí. Que habría que cavar al pie de la casa, en la parte más soleada del terreno. Sí, donde estaban las lilas. Donde creció antaño ese híbrido que Aicha llamaba el *limaranjo*.

Al principio, él había dicho que no. Que no porque carecían de los medios necesarios. Porque el agua era un bien escaso que no podía desperdiciarse en actividades de ocio. Había dicho que no gritando

porque odiaba la idea de mostrar ese espectáculo indecente ante unos campesinos pobres. ¿Qué pensarían de la educación que estaba dando a su hijo, del modo de comportarse de su esposa cuando la vieran nadando medio desnuda en una piscina? Lo identificarían con los antiguos colonos o los burgueses de costumbres decadentes que pululaban por el país y que exhibían, sin ningún pudor, su brillante éxito social.

Mathilde no renunció a su idea. Descartaba las negativas de él. Año tras año, volvía a la carga. Cada verano, cuando soplaba el *chergui* y el calor aplastante le destrozaba los nervios, dejaba caer otra vez la idea de la piscina, que ponía enfermo a su marido. Estaba convencida de que Amín no la entendía porque él no sabía nadar y tenía miedo al agua. Mathilde se volvía zalamera, dulce, le suplicaba. Mostrar el éxito social no era algo vergonzoso. Ellos no hacían daño a nadie, era legítimo disfrutar de la vida, puesto que habían entregado a la guerra sus mejores años y, luego, a la explotación de la hacienda. Ella quería esa piscina. La quería como compensación por sus sacrificios, por su soledad, por su juventud perdida. Pasaban de los cuarenta y no tenían nada que demostrar a nadie. Todos los agricultores de la región, es decir, los que vivían de manera moderna, se habían construido una. ¿Acaso él prefería que ella fuera a exhibirse a la piscina municipal?

Mathilde lo aduló. Alabó sus éxitos con las investigaciones sobre las variedades de olivos y las exportaciones de cítricos. Creyó que conseguiría convencerlo, estando ahí, junto a él, con las mejillas sonrosadas y ardiendo, el pelo pegado a las sienes por el sudor, las pantorrillas cubiertas de varices. Le recordó que todo lo que habían ganado era gracias al trabajo y empeño de ambos. Amín la corrigió: «Fui yo quien trabajó. Fui yo quien decidió cómo disponer de ese dinero».

Cuando dijo eso, Mathilde ni se enfadó ni lloró. Sonrío para sus adentros, pensando en todo lo que ella hacía por él, por la finca, por los obreros a los que dispensaba sus cuidados médicos. En el tiempo dedicado a criar a sus hijos, a acompañarlos a clases de música y de danza, a vigilar sus deberes escolares. Hacía varios años que Amín le había encargado llevar la contabilidad del negocio. Ella emitía las facturas, pagaba los salarios y a los proveedores. A veces, sí, a

veces, falsificaba las cuentas. Modificaba una cantidad, se inventaba un obrero extra o un pedido inexistente. En un cajón del escritorio del que ella era la única en poseer la llave, ocultaba fajos de billetes enrollados y sujetos con un elástico. Llevaba tanto tiempo haciéndolo que ya no sentía vergüenza, ni siquiera miedo de ser descubierta. La suma iba en aumento, y consideraba que se merecía esa retención: era un impuesto para compensar sus humillaciones. Y para vengarse.

Mathilde había envejecido y, sin duda por su culpa, por culpa de Amín, aparentaba más edad. Tenía el cutis, constantemente expuesto al sol y al viento, muy curtido. La frente y las comisuras de los labios, cubiertas de arrugas. Incluso el color verde de sus ojos había perdido el brillo, como un vestido demasiado usado. Había engordado. Para provocar a su marido, un día muy caluroso, agarró una manguera de regar del jardín y, ante la criada y los obreros, se remojó de arriba a abajo. La ropa se le adhirió al cuerpo, marcando sus pezones rígidos y el vello del pubis. Ese día, los obreros rezaron al Señor, pasándose la lengua por los dientes ennegrecidos, para que Amín no enloqueciera. ¿Por qué haría algo así una mujer adulta? Pues a los niños sí se los remojaba a veces cuando estaban a punto de desmayarse, cuando el sol ardiente los hacía delirar. Se les pedía que cerraran bien los ojos y la boca pues si se tragaban el agua del pozo podían enfermar y morir. Mathilde era como los niños pequeños, y, al igual que ellos, jamás se cansaba de suplicar. Evocaba la felicidad de antaño, sus vacaciones en la playa en el bungaló de Dragan en Mehdía. ¿Acaso el propio Dragan no había construido una piscina en su casa de la ciudad? «¿Y por qué puede tenerla Corinne y yo no?», decía Mathilde.

Se convenció de que ese argumento fue el que hizo claudicar a Amín. Ella lo había dicho con la crueldad y la seguridad de un chantajista. Sospechaba que el año anterior su marido había mantenido una relación con Corinne durante varios meses. Estaba segura de ello, sin haber conseguido más pruebas que un rastro de perfume y un resto de carmín en sus camisas, esas señales vulgares y asquerosas que heredan las amas de casa. No, ella no tenía pruebas, y él jamás lo había confesado, pero saltaba a la vista: entre esos dos seres se consumía un fuego que no duraría, aunque habría que soportarlo. Mathilde había intentado, con torpeza, abrirse a

Dragan. El doctor, que con el tiempo se había vuelto aún más bonachón y filósofo, sin embargo, fingió no entenderla. Se negó a ponerse de su lado, a rebajarse con esas mezquindades y a librar, junto con la ardorosa Mathilde, lo que él consideraba una batalla inútil. Ella no supo jamás cuánto tiempo había pasado Amín en los brazos de aquella mujer. Ignoraba si se trataba de amor, si se habían dicho palabras dulces o si, por el contrario —y entonces sería peor—, habían vivido una pasión silenciosa y física.

Con los años, Amín se había vuelto aún más apuesto. Las sienes habían emblanquecido, y se había dejado crecer un fino bigote entrecano que le hacía parecerse a Omar Sharif. Como los actores de cine, llevaba gafas de sol que casi nunca se quitaba. No solo estaba favorecido por el rostro bronceado, las mandíbulas cuadradas, los dientes blancos que mostraba las pocas veces en las que sonreía. La edad también le había permitido lucir su virilidad. Los gestos eran más libres; la voz, más profunda. Ahora, su rigidez se interpretaba como moderación, su aspecto serio se asemejaba al de esas fieras tumbadas en la arena, aparentemente impasibles, que de un salto se abaten sobre sus presas. Él no era por completo consciente de la seducción que ejercía. La descubría poco a poco, a medida que se desplegaba, ajena a él. En esa manera de ser, casi sorprendido de sí mismo, residía sin duda su éxito con las mujeres.

Amín había adquirido seguridad y se había enriquecido. Ya no pasaba las noches con los ojos abiertos, fijos en el techo, calculando sus deudas. Ya no se imaginaba su ruina inmediata, las privaciones que vivirían sus hijos, las humillaciones que padecerían. Amín dormía bien. No más pesadillas. En la ciudad se había convertido en una personalidad respetada. Ahora los invitaban a fiestas, querían conocerlos, codearse con ellos. En 1965, les propusieron hacerse socios del Rotary Club, y Mathilde supo que no era por ella, sino por su marido, y que las esposas de los socios habían influido en ese ofrecimiento. Amín, a pesar de ser una persona callada, estaba muy solicitado. Las mujeres lo invitaban a bailar, posaban su mejilla contra la suya, se llevaban las manos de él a las caderas y, aunque él no sabía qué decir, incluso si no sabía bailar, a veces pensaba que esa vida era posible, una vida tan ligera como el champán cuyo aroma despedían sus alientos. Mathilde odiaba la imagen que daba de sí misma en las fiestas a las que los invitaban. Notaba que

hablaba demasiado, que bebía demasiado, y luego se pasaba días enteros lamentando su comportamiento. Se imaginaba que la juzgaban, que la encontraban idiota e inútil, que la despreciaban por desentenderse de las infidelidades de su marido.

Si los miembros del Rotary insistieron, si se mostraron tan amables, tan atentos con Amín, era también por ser marroquí y porque el club quería demostrar, al integrar a árabes entre sus miembros, que el tiempo de la colonización, el tiempo de las vidas paralelas, se había acabado. Por supuesto, muchos franceses se habían marchado del país durante el otoño de 1956, cuando la muchedumbre encolerizada había invadido las calles, presa de una locura sanguinaria. Habían incendiado la fábrica de ladrillos, asesinado a extranjeros en plena calle, y estos habían entendido que ya no estaban en su país. Algunos habían hecho rápidamente las maletas y abandonado tras ellos sus casas, cuyos muebles se llenaron de polvo antes de que las comprasen familias marroquíes. Algunos propietarios renunciaron a sus tierras y a los años de trabajo invertidos en ellas. Amín se preguntaba si los que se habían ido eran los más miedosos o los más lúcidos. Pero esa oleada de huidas fue un paréntesis. Un intento de reequilibrio antes de que la vida retomase su curso habitual. Más de diez años habían trascurrido desde la independencia, y Mathilde debía reconocer que Meknés no había cambiado tanto. Nadie se sabía los nuevos nombres de las calles, los nombres árabes, y la gente se seguía citando en la Avenue Paul-Doumer o en la Rue de Rennes, frente a la farmacia de Monsieur André. Entre los que se habían quedado estaban el notario, la dueña de la mercería, el peluquero y su esposa, los propietarios de la boutique de ropa de la avenida, el dentista, los médicos. Todos querían seguir disfrutando, con más discreción, quizá, con más moderación, de los placeres de esa ciudad florida y coqueta. No, no hubo una revolución, solo un cambio en el ambiente, una reserva, una ilusión de concordia y de igualdad. Durante las cenas del Rotary, en las mesas donde se mezclaban los burgueses marroquíes con los europeos, parecía que la colonización no había sido más que un malentendido, un error del que los franceses ahora se arrepentían y que los marroquíes fingían olvidar. Algunos insistían en decirlo: ellos jamás habían sido racistas y toda esa historia los había molestado enormemente. Juraban que ahora se sentían aliviados, que las cosas estaban claras y que respiraban

mejor, ellos también, desde que la ciudad se había librado de la mala hierba. Los extranjeros medían mucho sus palabras. Si no se habían marchado era para no precipitar la ruina de un país que los necesitaba. Evidentemente, un día dejarían su sitio, se irían, y el farmacéutico, el dentista, el médico o el notario serían marroquíes. Mientras tanto, se quedaban para ser útiles. Además, no eran tan distintos de esos marroquíes sentados a sus mesas. De esos hombres elegantes y abiertos, esos coroneles o altos funcionarios cuyas esposas lucían vestidos occidentales o melena corta. No, no eran tan distintos de esos burgueses que dejaban que unos críos descalzos les llevasen la cesta de la compra en el mercado central, sin sentimiento de culpa, con toda naturalidad. De esos burgueses que se negaban a ceder a las súplicas de los mendigos, «pues son como esos perros a los que les echan comida debajo de la mesa, se acostumbran y pierden interés por esforzarse y trabajar». Los franceses jamás se hubieran atrevido a decir que les afligía que el pueblo fuera tan propenso a quejarse y mendigar. Jamás se hubieran atrevido, como hacían los marroquíes, a criticar la falta de honradez de las criadas, la pereza de los jardineros, el retraso de la gente humilde. Y se reían, quizá demasiado alto, cuando sus amigos meknesíes se desesperaban ante la perspectiva de construir un país moderno con una población de analfabetos. Esos marroquíes, en el fondo, eran iguales que ellos. Hablaban la misma lengua, veían el mundo del mismo modo. Costaba creer que un día fueron enemigos.

Amín, al principio, se mostró desconfiado. «Han cambiado de chaqueta», le decía a Mathilde. «Antes yo era el moro, el negro, y, ahora, que si Monsieur Belhach por aquí, que si Monsieur Belhach por allá.» Una noche, en una cena con baile en el restaurante La Hacienda, Mathilde comprendió que tenía razón. Monique, la mujer del peluquero, había bebido demasiado y, en medio de una conversación, soltó la palabra «morango». Enseguida se llevó las manos a los labios, arrepentida de que aquel insulto deshonroso hubiera salido de su boca, y soltó un largo «¡oh!», con los ojos abiertos como platos y las mejillas encendidas. Salvo Mathilde, nadie la había oído, pero Monique no dejaba de disculparse. Repetía: «Te lo aseguro, no era mi intención decir eso. No sé qué me ha pasado».

Mathilde no supo nunca con certeza qué fue lo que había convencido a Amín. En el mes de abril de 1968, él le anunció que se construiría la piscina. Después de excavar hubo que colocar un revestimiento de hormigón en las paredes e instalar un sistema de tuberías y de filtros. Amín supervisó las obras con gran autoridad. Ordenó instalar un bordillo de ladrillos de color ocre, y Mathilde tuvo que reconocer que le daban cierta elegancia al conjunto. Ambos asistieron al llenado. Mathilde se sentó sobre los ladrillos ardientes y observó cómo subía el nivel del agua, aguardando, con la impaciencia de una cría, que esta le mojara los tobillos desnudos.

Sí, Amín había cedido. En el fondo, él era el jefe, el patrón, el que daba de comer a los obreros de la finca, y ellos no tenían nada que opinar sobre su modo de vida. En el momento de la independencia, las mejores tierras seguían en manos de los franceses y la mayoría de los campesinos marroquíes vivían en la miseria. Desde el Protectorado, que había permitido realizar inmensos avances sanitarios, el crecimiento demográfico del país era galopante. En diez años de independencia, las tierras de los campesinos se habían ido parcelando hasta alcanzar unas superficies tan pequeñas que no podían vivir de sus cultivos. En 1962, Amín había comprado una parte de la propiedad de Mariani y las tierras de la viuda de Mercier, que se había mudado a la ciudad, a un piso sórdido cerca de la Place Poeymirau. Había adquirido también las máquinas, el ganado, las existencias en almacén, y, por un módico precio, alquilaba a algunas familias de obreros unas parcelas que regaban con agua de las acequias. En los alrededores, se comentaba que Amín era un patrón severo, obstinado, colérico, pero nadie ponía en duda su honradez y su sentido de la justicia. En 1964, disfrutó de importantes subvenciones de la Administración para regar una parte de su hacienda y comprar equipos modernos. Amín no dejaba de comentárselo a Mathilde: «Hassan II ha entendido que somos ante todo un país rural y que la agricultura es lo que requiere ayudas».

Cuando la piscina estuvo lista, Mathilde organizó una fiesta con sus nuevos amigos del Rotary Club. Durante una semana, preparó lo que ella llamaba su *garden party*. Contrató a unos camareros y alquiló, a una empresa de Meknés que organizaba banquetes, unas bandejas de plata, vajilla de Limoges y copas de champán. Mandó disponer las mesas en el jardín y, sobre ellas, jarroncitos con flores

silvestres de la finca. Amapolas, pensamientos, ranúnculos de prado que los obreros cortaron esa misma mañana. Los invitados la elogiaron mucho. Las damas no dejaban de decir que todo les parecía «encantador, sencillamente encantador». Y los caballeros daban palmaditas en el hombro a Amín, admirando la piscina: «¡Qué éxito, Belhach, qué éxito!». El *mechui* fue recibido con aplausos, y Mathilde insistió en que los invitados comieran con las manos, «al estilo marroquí». Todos se lanzaron hacia el cordero asado, levantando la piel crujiente y hundiendo los dedos en la carne, arrancando trozos tiernos y grasientos que untaban en sal y comino.

La comida duró hasta media tarde. El alcohol, el calor, el dulce chapoteo del agua los habían distendido. Dragan movía ligeramente la cabeza, con los ojos entornados. Una nube de libélulas rojas sobrevolaba la superficie de la piscina.

«Esta casa es un auténtico paraíso», comentó, alegre, Michel Cournaud. «Ahora bien, ten cuidado, querido Amín. Más vale que el rey no pase por aquí. ¿A que no sabéis lo que me han contado?»

Cournaud tenía una barriga tan gruesa como la de una mujer embarazada, se sentaba con las piernas separadas y las manos sobre la tripa. Su rostro, colorado y congestionado, era muy expresivo, y sus pequeños ojos verdes habían conservado algo de la infancia: una picardía, una curiosidad que le daban un aspecto entrañable. Bajo el toldo naranja que Mathilde había mandado instalar, la piel de Cournaud parecía aún más encarnada, y Amín, que en esos momentos lo observaba, pensó que su nuevo amigo estaba a punto de explotar. Trabajaba en la Cámara de Comercio y conocía a mucha gente en el mundo de los negocios. Dividía el tiempo entre Meknés y la capital. En el Rotary Club lo apreciaban por su humor y por su talento para contar historias sobre la Corte y las intrigas que allí se gestaban. Repartía cotilleos como quien reparte golosinas a unos niños hambrientos. En Meknés nunca ocurría nada, o casi nada. La buena sociedad se sentía aislada del mundo, confinada en un modo de vida provinciano y aburrido. Ignoraba, en realidad, lo que se tramaba en las grandes ciudades de la costa, donde se decidía el futuro del país. Los meknesíes debían contentarse con los comunicados oficiales y los rumores que corrían sobre los complots,

los motines, la desaparición de Mehdi Ben Barka en París o de otros opositores cuyos nombres jamás se pronunciaban en voz alta. La mayoría de ellos ni siquiera sabían que el país vivía desde hacía tres años bajo el estado de excepción, que el Parlamento había sido disuelto y que la Constitución no se aplicaba por el momento. Sin duda, nadie ignoraba que los inicios del reinado de Hassan II habían sido difíciles y que la oposición era cada vez más radical. ¿Pero quién podía afirmar estar en posesión de la verdad? El centro del poder era un lugar remoto y opaco que suscitaba a la vez temor y fascinación. A las mujeres, sobre todo, les gustaba escuchar las historias sobre el harén, donde se decía que el rey tenía encerradas cerca de treinta concubinas. Se imaginaban que en el recinto del *mechuar* se organizaban fiestas dignas de las mejores películas de romanos de Hollywood, y que el champán y el whisky corrían a raudales en el palacio del descendiente del Profeta. Ese era el tipo de historias que Cournaud servía a los invitados.

Intentó acercarse a la mesa y se puso a hablar en un tono conspirador. Los comensales lo escuchaban, salvo Dragan, que se había quedado dormido y los labios le vibraban suavemente. «No os lo creeréis. Hace unas semanas el rey pasó en coche delante de una finca con muy buena pinta. Creo que era en el Gharb. En fin, no sé dónde. Total, que le gustó. Pidió visitar la explotación agrícola, conocer al dueño. Y hete aquí que, en menos que canta un gallo, se la compró a un precio fijado por él. El pobre propietario no pudo decir ni mu.»

A diferencia de los demás que lo estaban escuchando, Amín no se rio. No le gustaba que difundieran cotilleos, que se hablara mal de este monarca que, desde su ascensión al trono en 1961, había convertido el desarrollo de la agricultura en la prioridad del país.

«—Son habladurías —dijo—. Rumores malintencionados, inventados de la nada por los envidiosos. La verdad es que el rey es el único que ha entendido que Marruecos se podía convertir en la nueva California. En lugar de soltar mentiras, esa gente debería alegrarse de la política de construcción de pantanos, del programa de riego que permitirá a los campesinos vivir de su trabajo.

—No te hagas ilusiones —lo interrumpió Cournaud—. Por lo que sé, este joven rey se dedica sobre todos a largas noches de zambras que

organiza en el palacio y a sus partidas de golf. No quisiera decepcionarte, querido Amín, pero su amor por los *fellahs* es un engaño. Una ruin maniobra política para ganarse los favores de los infelices campesinos. Si fuera de buena fe, ya habría lanzado una verdadera reforma agraria, habría dado tierras a esos millones de campesinos que no tienen nada. En Rabat, saben muy bien que nunca habrá bastante tierra para todos.

—¿Qué te crees? —le dijo Amín, indignado—. ¿Que el poder iba a nacionalizar de golpe todas las tierras coloniales y arruinar al país? Si entendieras algo sobre mi trabajo, te darías cuenta de que el Palacio tiene razón en actuar poco a poco. ¿Que en Rabat lo saben muy bien? Claro que saben que nuestro potencial agrícola es inmenso. La producción de cereales no cesa de aumentar. Yo mismo exporto el doble de cítricos que hace diez años.

—Pues ándate con cuidado. Pronto vendrán a coger tus tierras para distribuirlas a los *fellahs* que no tienen.

—No me molesta que enriquezcan a los pobres. Pero que no lo hagan a costa de gente como yo, que ha construido explotaciones viables tras muchos años de trabajo. El rey lo sabe. Los campesinos son, y seguirán siendo, los mejores defensores del trono.

—¡Pues que Dios te oiga, como se suele decir! —continuó Cournaud —. Aunque, si quieres saber mi opinión, al rey solo le interesan los chanchullos. Deja la economía en manos de los grandes burgueses, que se enriquecen gracias a él y van diciendo por donde pasan que en Marruecos solo cuenta el rey.»

Amín se aclaró la garganta. Se quedó mirando unos instantes el rostro sofocado de Cournaud, sus manos cubiertas de vello, y le entraron ganas de abrocharle el primer botón de la camisa para verlo asfixiarse.

«Pues tú sí que deberías tener cuidado con lo que dices. Podrían expulsarte por hacer semejantes declaraciones.»

Cournaud estiró las piernas. Parecía a punto de resbalarse de la silla y derrumbarse en el suelo. Una sonrisa forzada se le había helado en el rostro.

«—No pretendía ofenderte —se disculpó.

—No me has ofendido. Te lo digo por tu bien. Dices una y otra vez que conoces este país, que este es tu hogar. Entonces deberías saber que aquí no se puede decir cualquier cosa.»

Al día siguiente, Amín colgó en una pared de su despacho una fotografía con un marco dorado. Una imagen en blanco y negro, donde Hassan II, en una actitud seria y vestido con un traje de paño, observa el horizonte. La colgó entre una lámina de agronomía sobre el podado de la viña y un artículo de una revista sobre su hacienda que describía a Amín como pionero del cultivo del olivo. Pensó que el retrato infundiría respeto a la hora de recibir a clientes y proveedores, o a sus obreros, cuando entraran a quejarse. Estos se pasaban el tiempo lamentándose, apoyando sus manos grasientas sobre el escritorio y con los rostros arrugados cubiertos de lágrimas. Se quejaban de la miseria. Miraban hacia fuera a través de la puerta acristalada, parecían insinuar que Amín, en cambio, era un afortunado. Él no podía comprender la condición de un simple obrero, de un pobre campesino, que solo cuenta con una parcela minúscula de tierra árida y dos gallinas para alimentar a su familia. Reclamaban un anticipo, un préstamo, una recomendación, y Amín se los negaba. Les decía que se calmaran, que tuvieran ánimo, igual que lo había tenido él en sus inicios con la explotación de la finca. «¿De dónde creéis que he sacado todo esto?», les preguntaba, tendiendo el brazo. «¿Acaso os imagináis que ha sido la suerte? No, no ha sido la suerte.» Lanzó una mirada al retrato del monarca y consideró que el país esperaba demasiado del majzén[1] y de los poderosos. Lo que el rey quería eran trabajadores, campesinos orgullosos, marroquíes satisfechos de su independencia con tanto esfuerzo lograda.

Su hacienda crecía, y se vio obligado a contratar a más obreros para trabajar en los invernaderos y en la cosecha de la aceituna. Envió a Murad a los aduares cercanos e incluso hasta Azrú e Ifrán. El capataz regresó de allí con una cuadrilla de muchachos desnutridos que solo habían conocido los campos de cebolla y no encontraban trabajo. Amín les preguntó qué sabían hacer. Les enseñó los invernaderos, los cobertizos, les explicó el funcionamiento de la

almazara. Los chicos lo seguían, silenciosos y dóciles. Lo único que preguntaron fue cuánto iban a cobrar. Dos de ellos querían anticipos, y los demás, envalentonados por esa iniciativa, dijeron que ellos también los necesitaban. Amín jamás se quejó del trabajo de esos jóvenes obreros que se presentaban al alba y se agotaban en las faenas del campo, bajo la lluvia o el sol ardiente. Pero, al cabo de unos meses, algunos no volvían. En cuanto cobraban su paga, ya no se los veía. No intentaban instalarse en la región, fundar una familia, ganarse el respeto del patrón para conseguir un aumento de sueldo. Solo tenían una idea en la cabeza: reunir un poco de dinero y huir del campo y de su miseria. Las chozas, el olor a excrementos de gallina, la angustia de los inviernos sin lluvia y las mujeres que morían de parto. Durante las jornadas que pasaban bajo los olivos, sacudiendo las ramas para que las aceitunas cayeran sobre las redes, murmuraban sus sueños de partir a Casablanca o a Rabat, a la periferia de esas ciudades, a los barrios de chabolas donde tenían todos algún tío, un primo o un hermano mayor que había salido de allí para hacer fortuna en la ciudad y que seguía sin dar noticias.

Amín los observaba. Notó en sus ojos una impaciencia, una rabia que jamás había visto, y se asustó. Esos chicos maldecían la tierra. Odiaban esas tareas a las que se sometían a su pesar. Amín pensó que su misión ya no era solo cultivar árboles y cosechar sus frutos, sino retener a esos hombres. Ahora, todos querían vivir en la ciudad. La ciudad, pensamiento abstracto e insistente, los obsesionaba; esa ciudad de la que a menudo no sabían nada. Esa ciudad que avanzaba, como un animal reptante, una amenaza. Cada semana parecía que se acercaba más y sus luces comían el campo. La ciudad estaba viva. Palpitaba, se aproximaba y acarreaba rumores y sueños maléficos. Amín a veces pensaba que un mundo, o, al menos, una forma de ver el mundo, estaba desapareciendo. Incluso los granjeros querían ser burgueses. Los nuevos terratenientes, nacidos de la independencia, hablaban de dinero como los empresarios industriales. No sabían nada del fango, de las heladas, de las madrugadas de color violeta en las que uno camina entre las hileras de almendros, y la alegría de vivir en medio de la naturaleza parece tan evidente como la propia respiración. No sabían nada de los desengaños que procura la meteorología ni de la tenacidad y el optimismo necesarios para seguir confiando en las estaciones. No, ellos se contentaban con recorrer en coche sus

propiedades para enseñárselas a unos visitantes encantados, para presumir de ellas, sin enterarse de nada. Amín sentía desprecio hacia esos granjeros de pacotilla que contrataban a capataces y preferían vivir en la ciudad, tener relaciones sociales, codearse con gente importante. En este país que había vivido de la tierra y de la guerra durante siglos, ya solo se hablaba de la ciudad y del progreso.

Amín empezó a odiar la ciudad. Esas luces amarillas, esas aceras sucias, esas tiendas con olor a cerrado y esos grandes bulevares por donde los chicos caminaban sin objetivo alguno, con las manos en los bolsillos para disimular alguna erección. La ciudad y las fauces de sus cafés, que engullían la virtud de las jóvenes y la fuerza de trabajo de los hombres. La ciudad, donde se malgastaban las noches en bailes. ¿Desde cuándo los hombres tenían esa necesidad de bailar? ¿Acaso no era una tontería, una ridiculez, ese afán por la diversión que se había apoderado de todos?, se preguntaba Amín. En realidad, él no sabía nada de las grandes ciudades, y la última vez que había estado en Casablanca, los franceses aún dirigían el país. Tampoco entendía mucho de política y no perdía el tiempo leyendo la prensa. Lo que sabía se lo debía a su hermano Omar, que vivía ahora en aquella ciudad y trabajaba para los servicios de inteligencia. A veces iba a pasar el domingo a la finca, donde todos, tanto los empleados como Mathilde y Selim, lo temían. Había adelgazado mucho y estaba mal de salud. Tenía el rostro y los brazos cubiertos de placas. Y en el cuello, en su largo cuello descarnado, la nuez se le movía como si no lograra tragar saliva. Debido a sus problemas de visión, no conducía, y pedía a su chófer, Brahim, que lo dejara en la entrada de la hacienda. Los obreros se lanzaban entonces sobre el lujoso automóvil, y Brahim se veía obligado a espantarlos a gritos. Omar ocupaba un puesto importante sobre el cual no se detenía en dar detalles. No decía nada sobre sus misiones y solo en una ocasión comentó a su hermano que colaboraba con el Mossad y que había estado en Israel, «donde las plantaciones de naranjos no tienen nada que envidiar a las nuestras». Respondía con vaguedades a las preguntas de Amín. Sí, había impedido algunos complots contra el rey y procedido a muchas detenciones. Sí, en este país, los barrios de chabolas, las universidades, las populosas medinas acogían a una multitud de descerebrados y de asesinos que llamaban a la

revolución. «Marx o Nitcha», mascullaba, refiriéndose a Nietzsche y al padre del comunismo. Evocaba con nostalgia los tiempos de la lucha por la independencia, cuando todos estaban unidos por un mismo ideal y por un nacionalismo que, según él, debería reactivarse. Omar acabó convenciendo a Amín. Las ciudades eran peligrosas y estaban llenas de mala gente. El rey tenía razón en preferir a los campesinos antes que a los proletarios.

En mayo de 1968, Amín escuchaba todas las noches en la radio las noticias sobre los acontecimientos que ocurrían en Francia. Estaba preocupado por su hija, a la que hacía más de cuatro años que no veía, pues estudiaba Medicina en Estrasburgo. No pensaba que pudiera dejarse influir por sus compañeros, porque ella se parecía a él, era perseverante y callada, y se centraría exclusivamente en los estudios. Sin embargo, temía por su niña, su pequeña, su orgullo y su alegría, perdida allí en medio del caos. No se lo contaba a nadie: si había aceptado construir la piscina había sido por Aicha. Para que se sintiera orgullosa de él, para que no se avergonzara, ella, la futura doctora, de invitar algún día a sus amigos a la finca. No alardeaba de los éxitos de su hija. A Mathilde le decía secamente: «No te imaginas hasta dónde llega la envidia de las personas. Estarían dispuestos a volverse tuertos con tal de que nosotros fuéramos ciegos». Por su hija, por su niña, él se convertía en otra persona. Ella lo elevaba, lo arrancaba de la miseria, de la mediocridad. Cuando pensaba en ella, lo embargaba una intensa emoción, como una quemadura en el pecho que le obligaba a abrir mucho la boca e inspirar hondo. Era la primera de su familia en estudiar una carrera universitaria. Por muy atrás que se remontara en el árbol genealógico, no encontraba a nadie que supiera tanto como ella. Todos habían vivido en la ignorancia, en una especie de oscuridad y de sumisión a los otros o al destino. No habían conocido más que una vida de inmediatez, una vida donde únicamente podías constatar y padecer los hechos. Se habían arrodillado ante reyes e imanes, ante patrones y coroneles del ejército. Amín sentía, que desde que existían los Belhach, desde sus remotos orígenes, sus vidas se habían sucedido sin ninguna trascendencia, unas vidas en las que se transmitían conocimientos toscos o verdades de sentido común, nada que pudiera encontrarse en los libros que leía su hija. En el otoño de sus vidas, todo lo que habían aprendido procedía de la experiencia práctica del mundo.

Pidió a Mathilde que escribiera a Aicha para que regresara a casa lo antes posible. Los exámenes habían sido aplazados y ella no pintaba nada en aquel país donde todo se estaba derrumbando. Su niña regresaría pronto y caminaría con ella por los campos de melocotoneros y las hileras de almendros. De pequeña, ella era capaz de designar, sin equivocarse nunca, aquel árbol que daba frutos amargos. Él siempre se había negado a cortar esos árboles, a librarse de ellos. Decía que había que darles una oportunidad, esperar otra floración, mantener la esperanza. La niña de antaño, la niña de melena crespa, se había convertido en una doctora. Tenía un pasaporte, hablaba inglés, y, pasara lo que pasara, llevaría una vida mejor que la de su madre y no se la pasaría mendigando. Aicha construiría piscinas para sus hijos. Ella sí que sabría lo que es el dinero que tanto cuesta ganar.

Selim salió del liceo al finalizar las clases y aparcó su motocicleta delante del club de natación. Al entrar en los vestuarios, un grupo de chicos desnudos jugaban a pegarse con las toallas. Reconoció a algunos de ellos, compañeros del último curso de secundaria en los jesuitas. Los saludó, se dirigió a su taquilla y se desvistió despacio. Hizo una bola con los calcetines, dobló el pantalón y la camisa, colgó el cinturón de una percha. Luego se quedó en calzoncillos delante del espejo. Desde hacía un tiempo, le parecía que aquel cuerpo ya no era el suyo. Se había mudado al cuerpo de otra persona, un desconocido del que no sabía nada. Un vello rubio le cubría el torso, las piernas y los pies. Gracias a la natación, que practicaba con regularidad, se le habían desarrollado los pectorales. Cada vez se parecía más a su madre, y ahora le sacaba casi diez centímetros de estatura. De ella había heredado el pelo rubio, los hombros anchos y la afición por la actividad física. Le incomodaba ese parecido, le molestaba como una prenda que le quedase demasiado ajustada y no pudiera desprenderse de ella. En el espejo, reconocía la sonrisa de su madre, el trazado de la barbilla, y tenía la impresión de que Mathilde se había apoderado de él, que lo había embrujado. Jamás podría separarse de ella.

No solo su cuerpo había cambiado de aspecto. Ahora le imponía unos deseos, unas pulsiones, unos dolores insospechados. Sus sueños eran ajenos a la serenidad de su infancia, eran como un veneno que penetraba en él y lo intoxicaba durante días. Sí, era alto y fuerte, aunque ese cuerpo de hombre se lo había ganado a costa de sacrificar su tranquilidad. Sentía dentro un constante desasosiego. Su cuerpo se turbaba por cualquier cosa. Se le humedecían las manos, tenía escalofríos en la nuca, el sexo se le endurecía. Su crecimiento no le pareció un triunfo, sino una devastación.

A los obreros les gustaba gastar bromas a Selim cuando era pequeño. Corrían tras él en los campos, se reían de la delgadez de sus piernas, de su piel blanca que enseguida enrojecía con el sol. Lo llamaban el Crío, el Renacuajo y, a veces, incluso, el Alemán, para hacerlo rabiar. Era un niño como los demás y se unía a sus juegos sin que nadie hiciera distinciones. Le pegaban los piojos al juntar su

pelo rubio con las greñas de los niños que pastoreaban el ganado. Había cogido la sarna, le había mordido un perro y había jugado con los chiquillos de los alrededores a juegos obscenos. Los obreros y obreras le dejaban compartir con ellos las comidas y jamás pensaron que no fueran lo suficientemente buenas para el hijo del patrón. Un niño solo necesita para crecer pan, aceite de oliva y té caliente bien azucarado. Las mujeres le pellizcaban las mejillas y se extasiaban ante su belleza. «Tú podrías ser amazigh. Un auténtico rifeño, de ojos verdes y con pecas.» Es decir, un niño de fuera, no de aquí, es lo que Selim entendía.

Unos meses antes, por primera vez, un obrero se había dirigido a él llamándolo *Sidi*, tratándolo con una deferencia que no esperaba. Se había quedado estupefacto. En ese momento no supo si sentía orgullo por que lo llamara «señor», o, por el contrario, cierta incomodidad, una sensación de impostura. Un día eras un crío. Y al día siguiente te convertías en un hombre. Oía decir: «Un hombre no hace esto», o bien: «Ya eres un hombre, pórtate como tal». Había sido pequeño, y ahora ya no lo era, así, con semejante brutalidad, sin ninguna explicación. Lo habían expulsado del mundo de las caricias, de las dulces palabras, de la indulgencia, para arrojarlo, sin miramientos, sin aclararle nada, a la vida de los hombres. En este país, la adolescencia no existía. No había tiempo ni espacio para las tergiversaciones de esa edad indecisa, de ese limbo de oscuridad y titubeo. Esta sociedad odiaba cualquier forma de ambigüedad y consideraba a los futuros adultos con desconfianza, confundiéndolos con esos horrorosos faunos de la mitología, con pezuñas de macho cabrío y torso de muchacho.

Cuando los vestuarios se vaciaron al fin, Selim se quitó los calzoncillos y, de la bolsa de deportes, sacó el bañador azul celeste que su madre le había regalado. Mientras se lo estaba poniendo, pensó que nunca había visto el miembro de su padre. Ese pensamiento lo hizo ruborizarse y le ardió el rostro. ¿Cómo sería su padre desnudo? De pequeños, Amín los llevaba a veces a la playa, al bungaló del doctor Palosi y de su mujer Corinne. Con el tiempo había adquirido la costumbre de dejarlos allí y regresar tres semanas después a por ellos. Nunca bajaba a la orilla ni se ponía en bañador. Alegaba que tenía mucho trabajo y que las vacaciones eran un lujo que él no se podía permitir. Pero Selim había oído

comentar a Mathilde que a Amín le daba miedo el agua y, si los dejaba solos, disfrutando de las alegrías del verano, era porque no sabía nadar.

La alegría. Las vacaciones. Del mismo modo que ignoraba cómo era el miembro de su padre, tampoco recordaba haberlo visto disfrutar de momentos de ocio, de juegos, de distensión, de risas o incluso de echarse una siesta. Su padre no cesaba de criticar a los perezosos, a los flojos, a los inútiles que desconocían el valor del trabajo y perdían el tiempo lamentándose. Encontraba ridícula la pasión de Selim por el deporte: la natación y los partidos de fútbol que jugaba todos los fines de semana con su equipo. Desde que tuvo uso de razón, a Selim le parecía que su padre siempre le había dirigido una mirada de reproche.

Su padre lo dejaba helado, petrificado. Le bastaba con saber que Amín andaba por allí, que estaba cerca, para dejar de ser él mismo. A decir verdad, toda la sociedad le causaba el mismo efecto. El mundo en el que vivía tenía la mirada de su padre, y le parecía imposible ser libre. Ese universo estaba lleno de padres a los que debía mostrar respeto: Dios, el rey, los militares, los héroes de la independencia y los trabajadores. Normalmente, cuando te encontrabas con alguien, en lugar de interesarse por saber tu nombre, te preguntaba: «¿De quién eres hijo?».

Con el paso del tiempo, cada vez era más evidente que él no sería como su padre, un campesino, y se sintió algo menos hijo de Amín. A veces pensaba en esos artesanos de las callejuelas de la medina y en los jóvenes aprendices que se formaban en sus tiendecitas, situadas en desnivel respecto de la calle. Esos aprendices de caldereros, tejedores, bordadores y carpinteros que establecían con sus maestros unas relaciones llenas de respeto y gratitud. El mundo funcionaba así: los mayores transmitían su arte a los más jóvenes, y el pasado podía seguir animando el presente. Por ello, debías besar el hombro o la mano de tu padre y mostrarle una sumisión absoluta. Solo te liberabas de esa deuda el día en que tú mismo te convertías en padre y en dominador. La vida se parecía a la ceremonia de vasallaje en la que los dignatarios del reino, los jefes de las cabilas, todos los hombres, orgullosos y engalanados con sus chilabas y capas blancas, besaban la mano del soberano.

En el club de natación, su entrenador le había dicho que podría convertirse en un gran campeón si se lo proponía. Pero no tenía la menor idea del tipo de hombre que sería. No le gustaba estudiar. Sus profesores, que eran jesuitas, criticaban severamente su pereza y su indolencia. No es que se comportara mal: no daba malas contestaciones a los adultos y agachaba la cabeza cuando los profesores le devolvían, descontentos, sus exámenes con unas notas mediocres. Pero sentía que él no estaba en el mundo, en el lugar, que le correspondía. Era como si alguien se hubiera equivocado y lo hubiera depositado allí, en esa ciudad aburrida y estúpida, en medio de unos pequeñoburgueses de mentalidad estrecha. La escuela fue para él un suplicio. Siempre le costó concentrarse en sus libros y cuadernos. La imaginación se le iba lejos, hacia los árboles del patio, las partículas de polvo que flotaban en un rayo de sol, el rostro de una chica que le sonreía a través de la ventana. De pequeño, las clases de Matemáticas habían sido un martirio. No entendía nada. Todo se mezclaba en un magma informe, y le entraban ganas de gritar. Cuando el profesor le hacía preguntas, tartamudeaba, y las risas de los demás alumnos sepultaban su voz. Su madre había leído libros sobre el tema, incluso quiso consultar a los médicos. Desde siempre, Selim se sintió tenso, acongojado, impedido. Con la impresión de vivir en esas celdas de tortura donde los presos no se pueden poner de pie ni tenderse en el suelo.

En la piscina hallaba cierta serenidad. Debía agotar su cuerpo. Inmerso en el agua, aunque su objetivo no fuera otro que el de respirar bien y nadar deprisa, aprovechaba para repasar sus pensamientos. Como si, por fin, encontrara el pulso y el ritmo adecuados, la armonía entre su cuerpo y su alma. Ese día, mientras hacía los largos, bajo la supervisión de su entrenador, su mente se puso a divagar. Se preguntó si sus padres se querrían. Jamás los había oído decirse palabras cariñosas, jamás los había visto darse un beso. A veces, pasaban días sin hablarse, y podía sentir que un torrente de odio y de reproches circulaba entre ellos. Mathilde, en sus ataques de ira o de tristeza, se olvidaba de cualquier pudor o moderación. Usaba palabras vulgares, gritaba, y Amín la conminaba a callarse. Ella le echaba en cara sus traiciones, sus infidelidades, y Selim, aunque era un adolescente, había entendido que su padre iba con otras mujeres y que Mathilde, cuyos ojos estaban siempre enrojecidos por el llanto, era infeliz. Volvió a pensar en la imagen

del miembro de Amín, y fue tan sorprendente que perdió el ritmo y el entrenador lo increpó.

A Amín le daba igual que su hijo sacara malas notas. La víspera, un profesor había convocado a Mathilde para decirle que Selim era un desastre y que jamás aprobaría el bachillerato. Amín tampoco lo había aprobado. «Y me las arreglé bien sin él», comentó a su hijo. Esa tarde se lo llevó a inspeccionar la finca. En el calor húmedo de los invernaderos, en los cobertizos sobrecalentados donde se cargaban los plantones en camiones, le había hecho el inventario de todo lo que muy pronto le pertenecería. Parecía estar atento al rostro de su hijo para captar algún gesto de satisfacción, o incluso de orgullo, ante la idea de ser algún día el patrón de la hacienda. Selim, sin embargo, no consiguió disimular su aburrimiento. Mientras su padre hablaba de la inversión que debía realizar en las nuevas técnicas de riego, él había observado una botella de plástico vacía en el suelo. Sin pensárselo, le dio una patada y fue a estrellarse contra un chico que estaba apoyado en una pared, y que recibió ese gesto con risas. Amín le dio un golpe en la nuca: «¿No te das cuenta de que esta gente está trabajando?». Y empezó a maldecir y a lamentar, en voz alta, que Selim no tuviera la seriedad de su hermana mayor, cuyo único defecto era ser mujer.

Aicha, Aicha. Se alteraba con solo oír el nombre de su hermana. Cuando ella se había marchado a estudiar Medicina a Francia, cuatro años atrás, había sentido un inmenso alivio. Habían talado el árbol que le hacía sombra y, al fin, podía, con la luz del sol, recuperar el ritmo normal de su crecimiento. Pero esa noche ella regresaba.

En septiembre de 1964, Aicha se instaló en la capital alsaciana. Nunca se había imaginado que el invierno pudiera ser tan precoz y autoinvitarse, con su cortejo de cielos cenicientos y jornadas lluviosas, desde el mes de octubre. En su infancia, había escuchado con una atención devota los relatos de su madre sobre Alsacia, pero no había pensado que ese país fuera también el suyo, que formase parte de ella. En realidad, las historias que contaba su madre parecían pertenecer a unas tierras imaginarias, a un territorio de cuento de hadas, donde se comen tartas de ciruelas damascenas en

casitas de madera. La ciudad le pareció bonita y se sorprendió de la riqueza de sus habitantes, de las calles pavimentadas, de la madera oscura de los entramados de las fachadas, del empaque de los monumentos y, en primer lugar, de aquella catedral —más grande que la mayor de las mezquitas—, adonde iba a refugiarse a menudo durante los primeros meses. Había alquilado un pequeño estudio en las afueras de la ciudad, en un barrio de reciente construcción, triste y sin alma. La propietaria, Madame Muller, la acogió de una manera autoritaria y desagradable. Había recibido una carta lacrimógena de Mathilde contándole que era alsaciana y que dejaba a su hija a su cuidado. Cuando la vio en la entrada del edificio, con su pelo crespo, su tez tostada por el sol, se sintió traicionada y timada. Le caían mal los franceses del interior y los extranjeros. No estaba dispuesta a hablar en otro idioma que no fuera el alsaciano y le indignaba la idea de acoger en su casa a semejante chica. Mientras le enseñaba el estudio y el funcionamiento de la cocina, le preguntó:

«—¿Así que usted es alsaciana?

—Sí, bueno, mi madre era de aquí.

—¿De Estrasburgo?

—No, de otro lugar.

—¿De dónde, entonces? —Aicha se ruborizó y se puso a balbucear.

—No recuerdo el nombre.»

La joven, a la que Madame Muller llamaba la Africana, nunca le dio el más mínimo motivo de queja. Debía reconocerlo: su inquilina era una chica seria que estaba todo el tiempo estudiando. En los cuatro años que pasó en Estrasburgo, Aicha jamás recibió a nadie en su estudio y pocas veces salía de noche. Su vida se limitaba a ir a la facultad y a estudiar en la mesa de la cocina. Solo salía a la calle para pasear, cuando estaba tan cansada de estudiar que necesitaba caminar un rato al aire libre, o para hacer la compra en el supermercado. En esos momentos, le parecía que era invisible y, si alguien se dirigía a ella o incluso la miraba, se sorprendía. No se podía imaginar que la pudieran ver. Creía que pasaba, literalmente,

desapercibida. Tuvo que aprenderlo todo: a vivir sola en una ciudad, a cocinar y a limpiar la casa. A pasar las noches en blanco repasando sus apuntes. Le cambió el color de la piel, adquirió un tono de tez terroso, sin luminosidad. Unas ojeras azuladas surcaban sus ojazos negros.

Estudió como nunca lo había hecho, hasta la extenuación, y a veces incluso hasta la locura. Perdía la noción del tiempo. Dormía tan poco y bebía tanto café que le temblaban las manos y siempre tenía náuseas. Aprobó el examen de ingreso a la facultad a la primera, y escribió a sus padres para comunicarles que no iría en verano. Había encontrado trabajo de secretaria en una clínica. Ahorraba lo que ganaba con la previsión de una ancianita.

*

En tercer curso de Medicina, llevaron a los estudiantes a una gran sala donde estaban expuestos unos diez cadáveres. Yacían sobre unas mesas altas y oscuras con armaduras de hierro a los lados, para extender los brazos del muerto. La mesa tenía unos surcos profundos donde se recogían los fluidos y residuos. Al entrar en la sala, los estudiantes lanzaron gritos, de espanto o de risa. Algunos hacían chistes malos, otros decían que no podían soportarlo y que se iban a desmayar. El catedrático, un viejo alsaciano de ojos grises, estaba acostumbrado a esas reacciones pueriles. Los mandó callar. Formó grupos de cuatro, encargados cada uno de diseccionar una parte del cuerpo.

Aicha no sintió miedo ni asco. Los cadáveres, conservados en formol, no desprendían ningún olor desagradable. Sabía que deberían pasar unas semanas antes de que el hedor fuera insoportable. Desde pequeña, le fascinó la anatomía, y aún hoy, con los ojos cerrados, podía visualizar las láminas que el doctor Palosi le había regalado. En la finca, había visto miles de veces el interior de los animales. Una vaca muerta en un prado y cuyo vientre se había hinchado al sol y había reventado. Aún recuerda ese olor, pestilente. Tan fuerte y repugnante que los obreros se metieron hojas de hierbabuena en la nariz antes de proceder a quemarla.

Se acercó al cadáver que le habían encomendado. La piel había adquirido un tono grisáceo y las facciones se habían deformado,

como si un escultor hubiera intentado moldear ese rostro en un bloque de arcilla y hubiera abandonado la tarea antes de terminarla. Por encima de ese cuerpo, frío y desnudo, cuyo sexo formaba una mancha oscura, conoció a David. A diferencia de los demás estudiantes, él no se estaba riendo. Examinaba, serio y solemne, el hombro izquierdo del cadáver que le había tocado diseccionar. No cogió el escalpelo, sino que unió sus manos debajo de la mesa. Parecía concentrado en sí mismo. Observaba el cuerpo que servía de conejillo de Indias, no como el de un desconocido, sino como el de su padre, el de su hermano o quizá el suyo propio. Cuando alzó la vista, notó que Aicha lo estaba esperando. Ella se había unido a su plegaria y parecía entender que él necesitara, antes de rasgar la carne de aquel cuerpo y dejar al desnudo los nervios, presentarle sus disculpas. En ese instante, David no sintió fascinación alguna por la complejidad de la anatomía humana o por la amplitud de los conocimientos médicos acumulados por los hombres durante siglos. Más bien lo invadió un sentimiento, hondo y melancólico, de impotencia. Ese cadáver vivió en su momento, tenía un nombre y lo habían amado. Allí donde el resto de los estudiantes veían un cuerpo, David veía la encarnación de un misterio.

Alzó el escalpelo y empezó su tarea. Frente a él, los gestos de Aicha eran seguros, precisos y, cuando el catedrático se acercó a ella, emitió un gruñido que, según David, era de admiración. David le preguntó si lo había hecho antes. Ella, a quien la timidez habitualmente le impedía hablar, le contó, con los ojos fijos en los vasos sanguíneos vacíos del cadáver, sus recuerdos de las pascuas del Aid al-Kebir en la finca, cuando sacrificaban el cordero, y cómo ella hundía el dedo en la aorta o en la carótida del animal.

David y ella se hicieron amigos. A Aicha le resultaba simpático, con su cabello rizado, sus espesas cejas y sus mejillas rellenas que le hacían parecer un adolescente de apenas dieciséis o diecisiete años. Pertenecía a la comunidad judía de Estrasburgo, y su padre enseñaba en la Facultad de Teología. Más adelante, le contó que descendía de una antigua familia de sabios alsacianos. David y Aicha se citaban al final del día en la biblioteca para repasar juntos, y juntos se sentaban en el anfiteatro. Durante el invierno de 1968, él la llevó a menudo a cenar a un restaurante *kosher* cuya

propietaria tenía unas nalgas tan enormes que apenas podía pasar entre las mesas. Se comportaba con los jóvenes como una madre e insistía para que acabasen sus platos, pues sabía que se agotaban estudiando. Consideraba que Aicha estaba muy flaca, y cuando se iban solía entregarle una cajita de aluminio con algunas sobras: un poco de *baeckeoffe*, unos volovanes rellenos de champiñones o *gefilte fish* con arroz. A ella le gustaba ese restaurante, el ruido que reinaba allí, el humo del tabaco en el que se perdían los rostros. Le gustaba observar a David disfrutando con la comida. En su amistad jamás existió la menor ambigüedad, el menor gesto incómodo. De todos modos, se consideraba fea y no se podía imaginar que algún chico se interesara por ella. También era consciente de que su amigo estaba muy unido a su familia y a su religión, que practicaba con una devoción que la emocionó. Ella le pedía a menudo que le hablara del judaísmo, de sus ritos y de sus rezos. Del lugar que ocupaba Dios en su vida. Le hacía confidencias y le contó su amor por la Virgen María y el consuelo que había hallado, de pequeña, en la capilla glacial del colegio de monjas.

Aquel invierno, David le presentó a sus antiguos compañeros del liceo, con los que se reunía de vez en cuando, y que estudiaban Filosofía, Teatro o Economía. Le sorprendió la calidez de aquellos jóvenes alsacianos, la cantidad de preguntas que le hacían y sus miradas de admiración cuando ella evocaba su infancia en la hacienda. A veces, se sentía algo violenta por la forma en que la trataban, y tenía la impresión de mentirles, de inducirlos a error. Representaba para ellos una especie de ideal. Era una mujer del tercer mundo, una hija de campesinos, una indígena de melena crespa y piel aceitunada que había conseguido salvarse de su condición. Sus conversaciones a menudo trataban de política. Le preguntaron a quién votaba. Ella dijo: «Nunca he votado. Y mis padres tampoco». Se interesaron por la situación de las mujeres y quisieron saber si Simone de Beauvoir era conocida en Marruecos. Ella contestó que nunca había oído hablar de ella.

Le perdonaban que no entendiese nada de teoría política y que abriese los ojos como platos cuando debatían sobre materialismo histórico. Era tímida e inculta. Un día confesó que jamás había ido a una manifestación y que en su casa no solían leer periódicos. Las conversaciones sobre la lucha de clases, el antiimperialismo o la

guerra de Vietnam la incomodaban, y rezaba por dentro para que no le pidieran su opinión. Las chicas se burlaban de ella porque se ruborizaba por cualquier motivo y se mordía el interior de las mejillas cuando se hablaba de sexo o de contracepción. Para esos estudiantes, Aicha estaba más allá de la teoría: ella era la revolución en marcha. Era la prueba viviente de que uno podía salir de su condición y emanciparse gracias a los estudios. Un día, dejó que la pandilla de David la llevara a un café al pie de la catedral. Joseph, que iba vestido con un pantalón de lino color verde militar y una camisa de cuadros de estilo vaquero, le preguntó qué opinaba de la independencia de Argelia y de los obreros marroquíes que venían a trabajar a Francia, a las fábricas del norte. Todos se callaron esperando la respuesta de la joven. Aicha se asustó. Creyó que la iban a acusar de algo, que se habían compinchado contra ella y que se lo iban a hacer pasar mal en aquel café ruidoso donde la habían obligado a pedirse una cerveza. Farfulló que no sabía nada. En un tono de voz agudo, añadió que ella no tenía nada que ver con esos marroquíes. Miró su reloj y se disculpó porque debía irse a repasar unos apuntes.

En la Facultad de Medicina, la consideraban la estudiante más brillante, y, como digna hija de su padre, le preocupaba la envidia que pudiera suscitar. Sus compañeros se burlaban de ella, de su actitud asustadiza, de su forma de caminar a toda velocidad por los pasillos de la facultad, con los libros bajo el brazo y temerosa. La consideraban tímida, aprensiva, demasiado deferente ante la autoridad que encarnaban los profesores. Durante las clases estaba tan concentrada que parecía olvidarse de la presencia de los demás. Mordisqueaba su bolígrafo y escupía en las manos trocitos de plástico. A menudo llevaba los labios manchados de tinta. Lo que más irritaba a sus compañeros era el tic que tenía, esa manía de arrancarse uno a uno pequeños mechones sobre su frente. Lo hacía sin darse cuenta y, al final de la clase, su sitio estaba cubierto de pelos.

Solo se interesaba por la medicina. Le traía sin cuidado el conflicto palestino-israelí, el destino del general De Gaulle o la situación de los negros en Estados Unidos. Lo que a ella le fascinaba, como una fuente de exaltación, era el increíble desarrollo de la vida: el hecho de que, cuando comemos, cada alimento es asimilado y cada

elemento va exactamente adonde tiene que ir. Lo que más le preocupaba era la tenacidad y la inteligencia de las enfermedades cuando se insinuaban en un cuerpo sano, decididas a aniquilarlo. De la prensa, leía los artículos científicos, y se había entusiasmado con el primer trasplante de corazón realizado en Sudáfrica. Su memoria era prodigiosa. David, cuando estudiaba con ella, le decía: «No puedo seguir tu ritmo, eres demasiado rápida para mí». Se quedaba impresionado ante su capacidad de concentración y su facilidad para el estudio de los casos clínicos. Un día, mientras salían de la biblioteca, le preguntó de dónde provenía su pasión por la medicina. Ella hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta y, tras reflexionar unos instantes, respondió: «A diferencia de tus amigos, no creo que podamos cambiar el mundo. Pero sí curar a la gente. Ya es algo».

Aicha no entendió nada de los acontecimientos de Mayo del 68. Durante la primavera, preparó los exámenes con la misma seriedad que de costumbre y pasó días y noches en el hospital, donde aceptaba cualquier guardia que le proponían. Evidentemente, notó algo, un cambio, una agitación. A veces, le entregaban una octavilla y ella la cogía con una sonrisa tímida para luego echarla en el cubo de basura que había delante de su casa. Tenía la impresión de que a su alrededor se preparaba una gran fiesta, una orgía en la que ella no podía participar. David y sus amigos la llevaron a la Facultad de Letras, donde miles de estudiantes estaban sentados afuera, en el césped. Con un megáfono, un chico llamaba a la sublevación. A ella le era imposible creer que se hablara con tanta libertad. A ella, a quien siempre enseñaron que había que desconfiar. Se quedaba mirando a las chicas vestidas con faldas cortas y calcetines altos, y cuyos senos se movían bajo sus blusas. Una amiga de David le contó que pandillas de jóvenes se iban en autobús hasta Katmandú para perderse entre las nubes de opio. Aicha nunca sería una de ellos. El megáfono pasaba de mano en mano, y se estaba aburriendo. No se atrevió a decírselo a David, pero encontraba que sus amigos eran unos histéricos, unos exagerados, e incluso a veces dignos de risa. Toda esa grandilocuencia, todos esos conceptos le parecían vacíos. ¿De dónde sacaban tanto fervor? ¿De dónde les venía ese idealismo beato? Y, sobre todo, ¿por qué no sentían miedo? Pensó entonces en una expresión en árabe que su padre utilizaba a menudo: «Cuando Dios quiere castigar a una hormiga, le da alas». Aicha era una

hormiguita, aplicada y laboriosa. Y no tenía ninguna intención de salir volando.

La víspera de su regreso a la hacienda, Aicha fue a una peluquería del centro de Estrasburgo. Llevaba cuatro años en la ciudad, y siempre que iba a la Facultad de Medicina pasaba miles de veces por delante del escaparate de aquel elegante salón de belleza. A menudo se había fijado en las señoras sentadas en los sillones de cuero blanco, con el pelo envuelto en papel de aluminio o enrollado en gruesos rulos azules. Se imaginaba que podría ser una de ellas, con la cabeza debajo de un casco secador y leyendo, con las uñas arregladas, una revista femenina. Pero siempre había algo que le impedía entrar. La falta de dinero, la vanidad de la que se culpabilizaba por perder en semejante sitio un tiempo tan valioso para el estudio. Ahora, acababan de anunciar que se suspendían los exámenes, y había ahorrado lo suficiente para pagarse un billete de avión a Meknés y permitirse un nuevo corte de pelo. Se imaginó la reacción de su madre al verla con una melena larga, preciosa y lisa, como la de Françoise Hardy. Así que empujó la puerta.

Esperó ante el mostrador de recepción vacío. Las empleadas pasaban delante de ella, con prisa y preocupadas, como si, en lugar de peinar, tuvieran que operar a un paciente en estado grave. De vez en cuando, le lanzaban una mirada de reojo que parecía decir «¿qué estará esperando esta?». Aicha estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse. Nadie le propuso cogerle el abrigo, y, en aquella entrada con la calefacción a tope, se puso a sudar. La dueña de la peluquería, una alsaciana alta, rubia y de formas generosas, acabó haciéndole caso. Llevaba un vestido de *tweed* que se adaptaba a su cuerpo, y en sus muñecas gruesas, unas pulseras de oro tintineaban en el extremo de sus brazos de piel manchada.

«¿Qué puedo hacer por usted, señorita?»

Aicha se quedó callada, mirando fijamente los colmillos de la peluquera, con restos de carmín rojo anacarado. Observó, a la altura de la tiroides, un bulto parecido al que tienen ciertas aves. «Tendría que hacerse ver eso», pensó.

«Entonces, ¿qué?», preguntó la dueña del salón de belleza, harta de esperar.

Aicha solo pudo responder: «Es para el pelo. Alisármelo. Como Françoise Hardy».

La peluquera alzó las cejas y apoyó la mejilla en sus manos, afligida por el espectáculo que se desarrollaba ante ella. Alargó el brazo, sus pulseras chocaron unas con otras, y tocó, con cierta repugnancia, el pelo de Aicha.

«Nosotras no solemos peinar esto.»

Arrugó un mechón de pelo entre sus dedos y se oyó como el ruido de las hojas secas cuando se las reduce a polvo. «Sígame usted», le ordenó, y Aicha se dirigió hacia el fondo de la peluquería. Olía a amoníaco y a esmalte de uñas. Una mujer de melena gris regañaba a una empleada. «¡Quiero más laca!» El peinado estaba fijado hasta el último cabello, como una vieja peluca en un escaparate. La señora podría haber caminado en medio de un tornado sin que se le despegase ni un solo mechón. «Quiero más todavía», insistía, y la joven empleada obedeció la orden.

La dueña dejó a Aicha en la zona de lavados. Las paredes estaban cubiertas de grandes espejos y, cada vez que se giraba, veía su reflejo sin reconocerse por completo. No podía admitir que esos ojos inmensos y desorbitados fueran suyos, que fuera suya esa boca que, cuando sonreía, desvelaba unos dientes ligeramente desalineados. No podía creerse que fuera guapa y se negaba cualquier coquetería propia de las chicas de su edad. Nada de maquillaje, nada de joyas y nada de recogidos de pelo extravagantes. Nada de eso. Cuando de pronto se le ocurría hacer algo, «arreglarse», como decía su madre, actuaba bajo el efecto de un impulso. Un día, en un exceso de rabia, intentó alisarse el pelo con la plancha. Apoyó su rostro contra la mesa de su cuarto y plantó la plancha caliente en su melena encrespada. Empezó a salir humo y un olor a carne asada. Las puntas estaban chamuscadas y se había quemado la sien. En otra ocasión, tras haber leído un artículo en una revista, se afeitó con gesto decidido las cejas. Luego había intentado redibujarlas con un lápiz negro. Nunca consiguió que fueran simétricas. En estos momentos, ante el espejo, bajo la luz nada favorecedora de los

neones, se dio cuenta de que una ceja era más gruesa que la otra y el trazo negro se le había corrido por el párpado.

Mientras esperaba pacientemente a que la atendieran, recordó todos los motes que le habían puesto las alumnas del colegio de monjas. Cordero Sarnoso. Cara de Caniche. Petardo Mojado. Leona del Atlas. También la llamaban la Negra, la Campesina, la Pelo Paja. Seguía esperando. Las empleadas pasaban y chocaban con ella, llevando en las manos enguantadas en plástico algún bote de tinte. Aicha entorpecía el paso, y tenía la impresión de que desprendía un olor a sudor ácido y que todo el mundo lo notaba. Estaba segura de que, bajo los cascos de los secadores, las clientas murmuraban cosas sobre ella, se burlaban de su pelambrera sin forma. Una joven de mofletes redondos y ojos ahogados en aburrimiento la pasó a sentarse junto al lavacabezas de porcelana blanca. Aicha pensó: «¿Qué no estaría dispuesta a hacer yo para tener el mismo pelo que ella?». Ese pelo liso y suave por el que se pueden deslizar los dedos.

La peluquera, con brusquedad, hundió el peine en la melena de Aicha. Hablaba en alsaciano y se reía con sus compañeras y con las clientas. Le dio semejante tirón de pelo que lanzó un grito agudo.

«No hay manera de desenredar esta cabellera.» Y gritó: «¡Marie-José, páseme el escarpidor grande!».

Se cubrió la nariz con el brazo doblado y hundió la otra mano en un bote rojo. Aplicó esa crema en el cuero cabelludo de Aicha. Al cabo de unos minutos le picaba tanto la cabeza que tuvo que deslizar las manos debajo de las nalgas para no clavarse los dedos en el pelo y rascarse con fuerza. Las lágrimas le caían por las mejillas, miraba a su alrededor, desesperada, y cuando la dueña la vio, exclamó: «¿Qué esperabas, eh? Para estar guapa hay que sufrir».

En el avión que la llevaba de vuelta a Meknés, Aicha no reclinó la cabeza en el asiento. Durante las tres horas de vuelo, mantuvo los ojos agachados y el rostro hacia delante por miedo a estropearse el peinado. Se controló para no pasarse la mano por el cabello ni enrollar un mechón en el dedo índice, como solía hacer cuando estudiaba o soñaba despierta. Podía sentir en el cuello, en las

mejillas, los largos mechones de pelo liso que la acariciaban. Todavía no se lo creía.

Aterrizó en el aeropuerto de Rabat a primera hora de la tarde. Bajó despacio la escalerilla del avión, atontada por la claridad del cielo. Alzó los ojos y vio en el tejado del edificio las letras rojas que indicaban «Aeropuerto de Rabat» y algunas siluetas que se agitaban, levantaban los brazos e intentaban reconocer a los pasajeros que avanzaban por la pista. En el vestíbulo de las llegadas reinaba una enorme confusión. Unos hombres iban de un lado a otro, gritando unas órdenes que nadie parecía obedecer. Los mozos descargaban el equipaje y lo distribuían a los viajeros, los policías comprobaban los pasaportes, los aduaneros abrían las maletas y no dudaban en sacudir las páginas de alguna revista o lanzar al suelo bragas y sujetadores. Aicha miró a través de la cristalera que separaba a los viajeros de las familias que esperaban pacientemente. Entre niños con algún peluche en la mano, mujeres excesivamente maquilladas y chóferes vestidos con chilaba, distinguió a su padre. Llevaba unas gafas de sol de cristales tan oscuros que no se le veían los ojos. Se sorprendió por lo elegante que iba vestido, con su jersey de cuello vuelto marrón y la chaqueta de cuero, que parecía recién estrenada. El pelo se le había encanecido y ahora lucía bigote. Con las manos cruzadas detrás de la espalda, miraba el suelo, incómodo por la excitación de la gente que lo rodeaba, con ese gesto de despistado, de ausente que ella conocía tan bien. Era, en efecto, su padre, esa fiera callada, capaz de la ternura más salvaje y de la ira más injusta. Emocionada, se apartó a un lado de la fila para distinguirse del resto de los viajeros. Amín se quitó las gafas de sol y se la quedó mirando unos segundos. Alzó las cejas deteniéndose en la falda, muy corta, y en las botas de cuero oscuro que le llegaban a las rodillas. Llevaba una chaqueta de vinilo naranja y unas gafas grandes ahumadas, como las de las cantantes de las revistas. Aicha creyó que su padre había reaccionado de aquella manera porque la había reconocido, porque había visto a su hija. Creyó que Amín se abrió paso sin contemplaciones entre el gentío y se acercó a la cristalera, incapaz por una vez de dominar su emoción, debido al amor que sentía por ella. Movió ligeramente la mano derecha a la altura del hombro y le sonrió. Aicha se fijó en sus dientes blancos y lo entendió todo. No era a ella a quien él miraba. No era a ella a quien él sonreía con aire seductor. Sonreía a una mujer, a una

desconocida que le pareció guapa y deseable y que lo distraía del fastidio de tener que venir al aeropuerto a recoger a su hija. Quizá pensaba en encontrarse con la adolescente tímida y gris que ella había sido antaño. Y que aquellas piernas tan largas, finas y desnudas no podían ser las de su hija. Aicha se pasó la mano por el pelo y se lo acarició. ¡Por eso no la había reconocido! Por esa larga melena lisa que le llegaba hasta la cintura. La maldita melena de Françoise Hardy.

Se salió de la fila. Avanzó hacia la cristalera y se quitó las gafas. Amín seguía mirándola fijamente y por un momento debió de creer que a ella le interesaba, que quería conocerlo o darle su número de teléfono. De pronto, le cambió la expresión de la cara. La sonrisa se desvaneció. Su mirada se ensombreció y los labios empezaron a temblarle. Tenía ese rostro, el rostro previo a los golpes, a los ataques de ira, a los gritos. Hizo un gesto de impaciencia con la mano que quería decir: «Vuelve a la cola, imbécil». Dio un golpecito a su reloj. «Date prisa.» Aicha había perdido su sitio y tuvo que colocarse al final de la fila. Sudaba con esa chaqueta que hacía un ruido desagradable cada vez que movía los brazos. Cuando giró los ojos de nuevo hacia la cristalera, su padre ya no estaba allí.

Esperó casi una hora para mostrar su pasaporte al policía, que le deseó muy buen regreso a su país. No podía evitar seguir mirando hacia la cristalera sin saber si lo que quería era ver a Amín o, por el contrario, confirmar que hubiera desaparecido, que él no la hubiera reconocido hace un rato y que se encontraran ahora como si no hubiera ocurrido nada. Salió del aeropuerto. Un mozo de equipaje le arrancó la maleta de las manos y ella no se resistió. Cuando vio a su padre, se sobresaltó. Fingió naturalidad, se echó a reír y lo abrazó. Lo rodeó con sus brazos, se apretó contra él de una manera que quería decir: «Te perdono». Sentía vergüenza de haberlo humillado. Hubiera deseado seguir colgada de su cuello para mostrarle que todavía era una niña pequeña, pero Amín se soltó para pagar al mozo. En el aparcamiento, una pandilla de niños atosigaba a unos turistas proponiéndoles llevar sus maletas, buscarles un taxi o, incluso, una habitación de hotel. Los chiquillos vestidos de harapos rodearon a Aicha y, riendo a carcajadas, le lanzaron algunas obscenidades. No necesitó ver el rostro de su padre para saber que estaba enfadado.

Amín se sentó al volante y se llevó un cigarrillo a los labios. Mientras se inclinaba hacia el encendedor lanzó una mirada furtiva hacia las piernas de su hija.

«¿Qué significan esas pintas que llevas? Esto no es Francia.»

Aicha se estiró la falda y colocó la chaqueta sobre las rodillas para ocultar su piel desnuda. Durante el trayecto hasta la hacienda solo intercambiaron unas frases anodinas. Le preguntó si los estudios iban bien. Y ella, cómo iba la finca. Recordó que en este país se hablaba de la lluvia y preguntó si había llovido y si los campesinos estaban contentos. Luego ambos se sumieron en el silencio. A veces, Amín sacaba el brazo por la ventanilla y les dirigía un gesto de impaciencia a los conductores. En una curva estuvo a punto de derribar una carreta que surgió de pronto de un prado, conducida por un adolescente y tirada por un burro. Amín dio un brusco frenazo e insultó al muchacho. Lo trató de ignorante, de estúpido, de inútil. «Todos son unos asesinos en potencia.» Y subió el cristal de la ventanilla.

Aicha contemplaba el paisaje y se sintió tan llena de felicidad que se sorprendió. Volvía a casa y había algo dulce, tranquilizador, en el hecho de estar rodeada de gente como ella. Miraba ensimismada los viñedos y las hileras de olivos que crecían en mitad de la rocalla, en una tierra amarilla y seca. Al pie de una colina, vio un cementerio con tumbas enjalbegadas entre las que sobresalían unos cactus de color verde pálido, rebosantes de higos chumbos que el calor reventaba, poniendo al descubierto las entrañas amarillas y luminosas del fruto. La hierba, de un tono grisáceo, brillaba bajo el sol como el pelaje de un animal. Detrás se perfilaban unas modestas casas ante las cuales corrían unas gallinas y un perro escuálido. Conocía muy bien el olor que reinaba en el interior de esas casas que ella frecuentaba de pequeña. Olor a tierra enmohecida y a horno de pan. También pensó en el olor al ver delante de ellos un coche donde se apretujaba una familia de ocho personas, sentadas unas sobre el regazo de otras. Un crío, de pie sobre los muslos de su madre, la saludó a través del cristal trasero. Ella le devolvió el saludo.

Esa sensación de plenitud no duró mucho. Cuando penetraron en el recinto de la hacienda, empezó a sentirse inquieta. En cuatro años

habían cambiado muchas cosas. Se sorprendió del jaleo que reinaba allí. Oyó el rugido del motor de una cosechadora, el tableteo de los aspersores de riego automático. Luego, al pie de la casa, aparecieron la inmensa piscina y los ladrillos ocre, que brillaban bajo el sol de primera hora de la tarde. Aicha sabía que en la hacienda se habían logrado muchos éxitos y que sus padres se habían enriquecido. Al entrar en la casa, le llamó la atención, sin embargo, el mobiliario pequeñoburgués, los tapetes tejidos a crochet, los jarrones que imitaban el cristal de Bohemia y los cojines que se amontonaban sobre los divanes de terciopelo azul, rellenos de tanta espuma que parecían a punto de estallar. Cruzó el pasillo. Sobre un velador reconoció los pocos adornos que databan de su infancia: un candelabro de cobre, una cajita de porcelana donde Mathilde metía las llaves y un jarroncito de cristal donde se marchitaba una rosa roja. Le habría gustado acariciar esos objetos, sostenerlos en la mano un rato, agradecerles que siguieran allí. Pero ya le llegaba la voz de su madre, aguda y nerviosa, dando órdenes a Tamo. Aicha pasó delante del salón y contempló en las paredes una serie de bodegones. Encima de la chimenea estaba colgado un inmenso retrato de Amín vestido con el uniforme de espahí. El rostro tenía poco parecido con el de su padre, y el artista había exagerado el color tostado de su tez y la negrura de su mirada, simulando una copia, barata, de los guerreros de Delacroix. Ella supo que era su padre porque recordaba esa fotografía que había visto de pequeña, en la que Amín montaba sobre un corcel blanco, con la capucha de la capa cubriéndole la cabeza.

Mathilde salió de la cocina. Llevaba un delantal azul y el pelo recogido. Un mechón gris le tapaba el ojo derecho, y se secó las manos en un trapo. Se abalanzó sobre su hija, respiró su olor. Le dijo: «Deja que te mire». Y, durante unos instantes, contempló el rostro de su niña, su atuendo y esa chaqueta naranja que llevaba en la mano. «¡Cómo has cambiado! No te habría reconocido.»

Para este reencuentro tanto tiempo esperado, Mathilde preparó una cena de día de fiesta. Ella, que jamás se acostumbró a la gastronomía marroquí, cocinó durante varios días toda una serie de entrantes tradicionales, de tayines e incluso una *pastela* de pichón con el hojaldre cubierto de canela y azúcar glas. Selma, Murad y la hija de ambos, Sabah, que ahora vivían en el centro de la ciudad, llegaron a la hora del aperitivo. Sabah acababa de cumplir doce años. Al verlas, a Aicha le costó creer que fueran madre e hija, de lo poco que se parecían. Sabah no había heredado el pelo liso y castaño de Selma, ni su cutis resplandeciente. Era una niña delgada, de rasgos rudos y cejas muy pobladas. Llevaba una larga falda negra de algodón que dejaba al descubierto sus tobillos, anchos y cubiertos de una pelusa de vello oscuro.

Mientras Amín servía el champán, Sabah se acercó a Murad. Le pasó los brazos por los hombros a su padre y este ocultó el rostro en la nuca de su hija. Sin decir una palabra, la atrajo hacia él, la sentó en sus rodillas y le murmuró algún secreto al oído. La niña asintió y se quedó allí, sin decir nada, apoyando la mejilla en el hombro de Murad. Lo llamaba «papá», y él no podía evitar avergonzarse cuando oía esas dos sílabas. Tenía la sensación de mentir a la niña, de aprovecharse de su inocencia. Le preocupaba que algún día descubriera la verdad. En ese momento sentiría por él un odio irreprimible. Y, sin embargo, ¿quién sino él podría pretender ser su padre? ¿Quién sino él podría merecer el título, el dulce título, de «papá»? Sin él, ella no habría sobrevivido. Le había salvado la vida, se había ocupado de ella, la había protegido de la locura de su madre. En las semanas siguientes a su matrimonio, Selma no había hecho más que llorar. Pasaba días enteros tumbada de costado, con una mano sobre el vientre que se iba abultando. Después de las lágrimas vinieron las crisis de rabia, los amagos de fuga, de suicidio. Intentó arrojarse bajo las ruedas de un camión. Amenazó con beber el veneno que utilizaban para matar los insectos que atacaban los árboles. Juró que se metería una aguja de hacer punto en el vientre. El bebé nació y no calmó su furia. Por el contrario, su llanto la enloquecía, y salía a caminar por el campo, abandonando a su hija hambrienta en el cobertizo donde vivían. Ante Murad, pronunciaba unas palabras de una violencia que lo dejaba helado, a

él, que había vivido una guerra, un internamiento en un campo de prisioneros, una deserción. Selma aseguraba que podría dejar morir a la niña y luego depositarla en el umbral de la casa de Mathilde. «Así se dará cuenta de lo que ha hecho», decía. Murad vivía sumido en un terror constante. Un día, cuando Sabah solo tenía dos años, había abandonado a los obreros a su cargo en plena faena en el campo y se había echado a correr como un loco hacia el cobertizo. Al llegar, vio a su hija, sola, vestida con una camiseta gris que dejaba al descubierto sus piernas desnudas, entretenida chupando unos guijarros que tenía en las manitas. «¡Papá!», había gritado Sabah, y las piedras cayeron al suelo.

¿Qué pintaba él entre esas dos mujeres? ¿Qué pintaba él en esa familia en la que nadie lo quería? Amín jamás lo trató como a un cuñado, ni siquiera como a un amigo. Se había convertido en un señor, un hombre respetable que organizaba fiestas junto a la piscina, en un jardín adornado con farolillos. Un burgués que celebraba el Año Nuevo cristiano con otros burgueses y que no temía hacer el ridículo, luciendo un sombrero de cartón dorado y los hombros cubiertos de serpentinas y de confeti. Amín rebosaba orgullo y dinero. Se había encargado trajes a medida y había aprendido a bailar el vals y el mambo. Se acostaba con la mitad de las mujeres de la ciudad. Durante los meses que siguieron a la muerte de Muilala, su patrón utilizaba la vieja casa de la medina en el barrio de Berrima para recibir a sus amantes y les había hecho el amor en unos divanes medio enmohecidos. A veces, creyendo que estaba solo, que era invisible, aparcaba en un prado de girasoles y lamía los senos de alguna esposa infiel sin muchas ocupaciones. En una ocasión, al llegar borracho de una juerga, estrelló la parte delantera del coche contra un olivo y alegó: «No estaba borracho, únicamente agotado. Bostecé y cerré los ojos». Murad sabía todo eso. Del mismo modo que sabía que en este país nunca estás solo. Quiso prevenir a Amín: «Siempre hay alguien que se entera de lo que haces».

*

Durante el aperitivo, mientras Mathilde, alegre, animaba las conversaciones, Aicha observó a su familia, la casa, las idas y venidas de Tamo trayendo fuentes de la cocina. Notó que la criada

cojeaba ligeramente, pero esta rechazó su ayuda. Se dio cuenta de que no había continuidad alguna entre este mundo y el de Estrasburgo, entre su vida aquí y su vida allá. Esas dos existencias no estaban unidas por nada. Se desarrollaban en dos dimensiones paralelas, sin que la una influyera en la otra. Pensó incluso que una parte de ella seguía estando allá, en Francia, y que seguía llevando su vida rutinaria. La embargó una sensación de irrealidad. Ya no estaba tan segura de haber vivido esos cuatro años. Quizá jamás se había marchado. Quizá lo había soñado.

Durante la cena, Amín no participó en la ristra de alabanzas sobre los platos que les iban sirviendo. Posó su mano sobre la espalda de Aicha —«que Dios te proteja, hija»— y le pidió que contara lo que se sentía al ser el primer médico en la familia. Aicha supuso entonces que su padre la había perdonado, que el malestar de su llegada al aeropuerto se le había pasado, y empezó a narrar sus hazañas. Contó la disección de los cuerpos. «¡No, por favor, en la mesa no!», la interrumpió Mathilde. Habló de su trabajo en la clínica, de los comentarios de su jefe de servicio del hospital. No les mencionó en ningún momento su amistad con David. Dijo, vagamente, que había hecho buenos amigos. Mientras ella hablaba, Selma y Selim mantenían los ojos agachados mirando sus platos. Amín pareció darse cuenta y, con mayor énfasis aún, se alegró de tener una hija tan voluntariosa y formal. «Una hija honesta, que no va detrás de los chicos y buscando problemas. Alguien que no se pasa el tiempo sacando malas notas y divirtiéndose.» Ella no tenía nada que ver con esos comunistas, esos revolucionarios que no saben nada de la vida y pretenden destruir el patrimonio de sus mayores. Amín hablaba irritado, pero Aicha no entendió que esas palabras iban dirigidas a Selim y a Selma. Exhibía el éxito de su hija, su independencia, para hacer sufrir más a su hermana. En lugar de intentar reparar una injusticia, parecía querer resaltarla y ahondar más en ella.

En cuanto acabaron de comer, Selma se levantó. Nadie intentó averiguar adónde había ido. Quizá a ocuparse de su hija o a lavar los platos a la cocina. Selim sí sabía dónde se hallaba. Cruzó el salón, salió por el patio trasero y subió a la azotea. Estaba sentada en el borde, con los pies colgando, y lo esperaba a él.

Selim sacó del bolsillo dos cigarrillos y ofreció uno a su tía. Ella era quien le había hecho fumar por primera vez. En esa época, Selma vivía todavía en la hacienda, en aquel horroroso cobertizo que Murad había acondicionado. Selim debía de tener entonces ocho años, estaba jugando en el jardín y había sorprendido a su tía, apoyada contra la pared encalada, expulsando el humo del tabaco por la nariz. Ella se puso un dedo en los labios y le hizo prometer que no revelaría ese secreto. Y para sellar el pacto, ese pacto contra Amín y todos los demás hombres, añadió: «¿Quieres probar?». Selim acercó los labios y aspiró el cigarrillo. «Parece que lleves toda la vida haciéndolo», le dijo riéndose. Él conocía todos sus escondrijos. De pequeño había jugado a ser Pulgarcito y había recogido las colillas manchadas de carmín que ella tiraba en el jardín. Había coleccionado los paquetes de tabaco vacíos, de color gris, sobre los que había descifrado aquella palabra extraña: «Marquise».

Selma encendió el pitillo y, a la luz del mechero, Selim vio su rostro, su frente arrugada por el disgusto. Se sentó a su lado. «Si mi padre me viera, me mataría.»

Ella soltó una risa sarcástica. «¡Tu padre me importa una mierda!»

La frase sorprendió al joven. Las palabras resonaban en él, como un eco, hacia el infinito. Durante unos instantes, se quedaron callados, sentados en el tejado de la casa. A lo lejos se divisaban las luces de la ciudad. Les llegaba la voz de Tamo y la de Mathilde. Selim se dio cuenta de que Selma estaba llorando.

«¿Para qué habré venido? Podría haber alegado que Sabah o yo estábamos enfermas. De todos modos, ella tiene a menudo dolores de estómago. Podría haber encontrado una excusa y haberme quedado en casa, aunque Murad habría insistido. Habría dicho que no se puede hacer eso, que es de mala educación, que, después de todo, les debemos el poder comer y tener un techo bajo el que cobijarnos. Que hay que bendecirlos por cuidarnos a nosotros y a la pequeña. Murad habla de tu padre como si fuera su rostro, y no el del rey, el que estuviera impreso en los billetes de banco. Lo obedece como un perro, como el soldado de mala muerte que es y que será siempre. Y Mathilde se cree una santa por deslizarme por lo bajo un sobre en las fiestas, cuando murmura “es para la pequeña” o “tienes derecho a darte algún capricho”. Sonríe cuando

me ve estrenar un vestido. Debe de disfrutar pensando que lo que me pongo, lo que como, el aire que respiro se lo debo a ellos. Un día, dejaré de comer, dejaré de hablar y dejaré de respirar hasta desplomarme en el suelo. No haré ningún esfuerzo, dejaré de resistir. Si te muerde un perro, no tienes que defenderte. Si te mueves, apretará más fuerte. Así es como funcionan las cosas aquí. Te tienes que someter. Repiten una y otra vez que no hay nada por encima de la familia. Nada. Solo el rey y la reina en la bella mansión donde viven. Ya verás, un día no aguantaré y tendré la valentía suficiente para soltarles que me importan un comino, que por mí como si revientan con sus mentiras, su hipocresía, sus buenos modales y su hija perfecta. ¿Qué sabe de la vida la tal Aicha? Parece una mocosa, una cría estúpida que mira a su padre como si fuera un dios en persona. Lo adula y lo adora. No sabe cómo es realmente. O bien finge olvidar.»

Selma hablaba bajito y Selim pensó que ignoraba su presencia, que no era a él a quien se dirigía, sino a ella misma. De pronto, pareció como si hubiera notado que él seguía allí. Aplastó su cigarro, le pidió otro y siguió hablando: «Pregúntale a tu hermana. Pregúntale si se acuerda de la noche del revólver. Debe de seguir allí, dentro del enorme jarrón de cerámica que está sobre un estante de la biblioteca. Lo puedes comprobar si no me crees. Es el revólver con el que quiso matarnos a tu madre, a tu hermana y a mí. Dice que yo era una perezosa, que no me gustaba estudiar. La verdad es que, si hubiera sido brillante, tan brillante como Miss Aicha, él jamás me habría dejado marcharme a estudiar fuera. Jamás me habría pagado una carrera. ¿Para qué molestarse, entonces? A tu edad, yo soñaba con ser azafata de avión. "¿Azafata?", me decía él. "Preferiría que fueras directamente puta." Siempre me gustaron los aviones. De hecho, me enamoré de un piloto. Él me llevaba a la pista y me explicaba el funcionamiento de los aparatos, la mecánica, me contaba lo que sentía al volar. Yo quería viajar, marcharme de aquí, ser alguien. Pensaba que tenía toda la vida por delante». Selma sollozó. Gruesas lágrimas le corrían por las mejillas. «Cuando me quedé encinta de Sabah, supliqué a tu madre que me ayudara, a santa Mathilde. Me dijo que el doctor Dragan estaba de acuerdo, que lo iban a solucionar. Nadie se enteraría y yo podría seguir con mi vida. Entiendes de qué hablo, ¿no? Ya eres lo bastante mayor como para saber todo eso. Cada día le preguntaba cuándo íbamos a

ir a la clínica y me contestaba: “Pronto, muy pronto”. Y luego le entró miedo. O quiso vengarse. O estaba celosa. En todo caso, nunca me llevó a la clínica. Tu padre mandó llamar al adul, y me casaron con Murad. Y parí a la niña allá, en el cobertizo que olía a moho. A veces me digo que habría sido mejor que él hubiera utilizado aquel revólver. Que me hubiera matado.»

Aicha pasó los primeros días durmiendo. Mathilde se preocupó, pensó que su hija quizá estaba enferma. «Se diría que le ha picado la mosca tse-tsé», le dijo a Amín. En cuanto se sentaba, sentía que la invadía un cansancio irreprimible. Se quedaba dormida en el salón a media mañana, o en una silla en el jardín. Por la tarde, cerraba los postigos de su cuarto y podía dormir hasta la noche sin que por ello le costara volver a conciliar el sueño. Era como si durante los años pasados en Estrasburgo no se hubiera tomado un instante de descanso, víctima, como un personaje de cuento, de un sortilegio. El maleficio se disipaba ahora y ella se entregaba al sueño sin resistencia. O quizá la hubiesen embrujado aquí. Aicha estaba desconcertada.

Necesitó una semana para salir de ese estado letárgico, y entonces pudo disfrutar del verano que despuntaba y del esplendor de la naturaleza. Por la mañana observaba a su hermano nadar en la piscina y podía quedarse horas, con los pies en el agua, admirando la belleza de su cuerpo y la regularidad con la que efectuaba los largos. Selim no hablaba mucho con ella. Tenía los exámenes de bachillerato a finales de junio y estaba de un humor sombrío. Ella le propuso ayudarlo a repasar, pero se negó en un tono seco, alegando que eso no era un problema y que ya era lo bastante mayor para arreglárselas solo. Al final del día, Aicha se calzaba unas viejas zapatillas de deporte y caminaba por el campo, con los bolsillos llenos de piedras para espantar a los perros vagabundos. Arrancaba de los árboles naranjas apenas maduras, sabiendo exactamente, antes de olerlas, antes de llevarse un gajo a los labios, el sabor que tendrían. Se tumbaba en la hierba y contemplaba el cielo cuyo azul regresaba a menudo en sueños durante su exilio alsaciano. El cielo, aquí, se desnudaba, se entregaba, como si una mano divina hubiera arrancado todo lo que pudiera cubrirlo, oscurecerlo, marchitarlo. Unos pájaros volaban, a veces en soledad, otras en bandadas, y, con

el viento, las ramas de las palmeras y de los olivos se balanceaban, despertando en ella anhelos de tempestades.

Varias veces invitó a Monette a pasar el día en la hacienda. Su amiga no se había marchado de Meknés tras la independencia y trabajaba de supervisora en el Liceo Francés. Envidiaba a Aicha por haber podido arrancarse de esta ciudad provinciana, conocer a nuevos amigos, aprender una profesión. Vivía en una casa en la parte alta de la ciudad con su madre, que estaba tan gruesa que ya casi no salía a la calle y se quejaba todo el tiempo de sus varices y de la diabetes que la estaba matando a fuego lento. El primer día que quedaron, Monette saltó al cuello de su amiga, la abrazó y se echó a reír con tanta alegría que Aicha también se puso a soltar carcajadas. Durante los cuatro años que pasó en Estrasburgo, no había pensado en ella, o quizá solo de vez en cuando. La imagen de su amiga surgía a lo lejos, muy lejos, con la imprecisión de los sueños. Sin embargo, ahora estaba allí, delante de ella, con el rostro iluminado por una radiante sonrisa, y tomó conciencia de cuánto la había extrañado.

Monette parecía una mujer adulta, pensó Aicha. Era justo lo que a Mathilde le hubiera gustado que fuese su hija. Llevaba un vestido recto que le llegaba hasta las rodillas y unos zapatos de tacón, de punta cuadrada. Se recogía el pelo como Brigitte Bardot, en un moño alto que trufaba de horquillas y la obligaba a mantenerse tiesa. Ya no era aquella chiquilla insolente y torpe que soñaba con humillar y ridiculizar a los adultos. Ahora tenía el aspecto de una mujer de mundo. Fue muy atenta con Mathilde, preguntándole por el tejido de los divanes o por los adornos de cristal en forma de animales que esta se empeñaba en coleccionar.

Mathilde apreciaba su compañía. Cuando las dos jóvenes se tumbaron a tomar el sol junto a la piscina, les llevó una limonada. Aicha tenía la impresión de ser una turista de vacaciones en un hotel. Su madre le prodigaba unas atenciones que la abrumaban. Se negaba a que la ayudase a quitar la mesa. Le decía: «No te levantes, debes de estar cansada». Ella no acababa de sentirse del todo en su hogar. La casa en la que había crecido le parecía ajena, y, en sus paredes, en esos muebles nuevos, en los cuadros, notaba cierta hostilidad. Echaba de menos su independencia y el silencio de su

estudio de Estrasburgo. Aquí, volvía a ser una niña pequeña, y esa regresión la irritaba.

Por la mañana, Mathilde entraba en su cuarto. Abría las cortinas y le daba un beso, como antaño, cuando se debía preparar para ir al colegio. Su madre la animaba a comer, a salir a tomar el aire, la advertía sobre las inclemencias del tiempo, el peligro del sol de mediodía, que producía jaquecas, o del viento del *chergui*, que irritaba los bronquios. Aicha sintió deseos de decirle que esas creencias no eran más que teorías confusas sin ninguna base científica. Se quedó callada. A finales de junio, mientras Monette estaba atareada vigilando los exámenes en el liceo, propuso a su madre ayudarla en el dispensario donde se formaba una larga fila de pacientes cada mañana. Mathilde aceptó sin mucho entusiasmo. De pequeña, la llamaba «mi enfermera» y la dejaba desinfectar las heridas, hacer vendajes. Le encargaba recortar con unas tijeras pequeñas las tabletas de comprimidos, pero siempre era Mathilde la que daba el medicamento a las campesinas, como un sacerdote que tendiera la hostia consagrada. Era Mathilde la que escuchaba las confidencias, y, con suave autoridad, conseguía combatir el pudor de sus pacientes, que se desabrochasen una blusa o se bajasen las bragas. Había acabado creyendo en su ciencia, su ciencia de pacotilla, como los hombres de iglesia creen en sus camelos.

Cuando llegó a Marruecos en 1946, Mathilde se sentía orgullosa de ser la única mujer de la familia que había recibido una verdadera educación. Presumía de leer novelas, hablar varios idiomas, tocar el piano. Al principio, se había sentido orgullosa de los éxitos de su hija en la escuela y de los comentarios elogiosos de las monjas. Luego empezó a temer, con angustia, el día en que Aicha supiera más que ella. Pues entonces se iba a sentir confundida. Su niña entendería que su madre era una impostora que no sabía nada, o poca cosa. Cuando Aicha entró en el liceo, Mathilde ya no pudo ayudarla en los deberes. Ante sus ojos, las cifras se mezclaban y no significaban nada para ella. Las lecciones de Historia, de Geografía y, peor aún, de Filosofía le resultaban incomprensibles y se preguntaba cómo unos niños de esa edad podían adquirir tantos conocimientos a la vez. Temía las preguntas de Aicha y la mirada que esta le dirigía. Sentada en su escritorio, con las manos sobre un libro, alzaba sus grandes ojos negros hacia su madre, que se

mantenía muda.

Mathilde estaba segura de no haber sido ajena a su elección de estudiar Medicina. Le había infundido el gusto por cuidar a los demás, le había dejado leer, no siendo propias de su edad, las revistas médicas que Dragan le prestaba. Pero Aicha ahora la había sobrepasado. Poseía un saber inmenso e indiscutible. Aquella chica delgada y tímida, aquella chica de apenas veintiún años ejercía ahora un poder sobre su madre que la humillaba. Debía de pensar que el dispensario era un desastre. Sin duda buscaba en las paredes, como en el consultorio de Dragan, la copia de algún título obtenido en una facultad extranjera que confiriera a su madre los derechos sobre la vida de los demás.

Una mañana, Aicha se presentó en el dispensario vestida con unos vaqueros que le quedaban anchos, y calzada con sus viejas zapatillas de deporte. Dio consejos a Mathilde a propósito de los pacientes que llegaban. «Debe ir al dentista. Por eso tiene fiebre. No podemos hacer nada por él.» Se burló de los remedios que su madre recetaba. Agua templada con sal para curar un esguince. Infusiones de jengibre para los dolores de garganta. Una cucharada de comino para detener las diarreas y los vómitos. Ante ella, Mathilde ya no se atrevió a emitir un diagnóstico. Perdió su seguridad, cuestionaba sus propios gestos, buscaba la mirada de aprobación de su hija. Aicha, fría y reservada, acogió con evidente reticencia los besos de las pacientes o las caricias con las que la gratificaban. «¡Cómo ha crecido! *Tbark Allah*! Que Dios la guarde», decían a Mathilde. Profesaban hacia su hija esa admiración beata de los analfabetos hacia la gente instruida. Un día, mientras Aicha se lavaba las manos en el cuarto de baño, vio a su madre abrir un cajón, extraer unos cuantos billetes y deslizarlos en la mano de una campesina. «Que Dios te bendiga», murmuró Mathilde. «Y que proteja a tus hijos.»

Una tarde de principios de agosto, mientras estaban tomando una copa junto a la piscina, un obrero pidió ver al patrón y a su esposa. Le dijo a Tamo que era urgente. Devorada por la curiosidad, y furiosa contra aquel hombre que no quería revelarle nada, fue a buscar a los señores. Mathilde y Amín se presentaron ante el obrero. Parecía titubear, y empezó por interesarse por la salud de la familia:

«¿Cómo está tu hijo? ¿Y tu hija? ¿Y tu hermana?». Y a continuación se prodigó en disculpas: no quería molestar, sabía que era tarde, lo sentía mucho. Amín, a quien irritaban todas esas zalamerías, lo interrumpió: «¡Cuenta de una vez lo que ha ocurrido!». El hombre tragó saliva y se puso a contar que una joven se había presentado en el aduar dos días antes. «Una chica perdida, si quiere usted mi opinión. Nadie sabe de dónde es. Está embarazada, a punto de parir, y se niega a decir quién es y cuál es su aldea.» El obrero perdió entonces toda timidez y prosiguió su relato en amazigh: «Nosotros no queremos líos. Yo dije que debíamos echarla, que nos traería problemas. Ya sabemos lo que son esas chicas y, como empezó a llorar y a suplicar, las mujeres se han apiadado de ella. Dicen que debemos ser indulgentes y que, si nos ocupamos de ella, acabará diciendo quién es el padre y cómo ha llegado a nuestro aduar. El problema es que está en mi casa y lleva toda la noche gritando, no para de gritar. Se retuerce de dolor. Llamamos a la comadrona, pero dice que el bebé no quiere salir. Que es un hijo del pecado y que matará a su madre. Hablando claro, patrón, prefiero acoger bajo mi techo a un bastardo que el cadáver de un bebé. Por eso pensé que podría usted venir, y Madame Mathilde también. No podemos dejarla así, dejarla morir en mi casa».

Mathilde le cogió la mano. «Has hecho bien. Vamos al coche y te acompaño.» Se dirigió hacia el armario grande de madera donde guardaba los medicamentos del dispensario y empezó a meter en un bolso un bote de Betadine, compresas, tijeras. Amín, quien durante el relato se había mantenido con la cabeza agachada y los brazos cruzados sobre el pecho, la interrumpió: «No, la que va a ir es Aicha. Después de todo, ella es la médica. E iré con ella. No puedo permitir que vaya sola al aduar de noche». Se acercó a la terraza y, como antaño, en los tiempos en que era oficial del ejército colonial, gritó: «¡Aicha, vístete y ven! ¡Date prisa!».

Cuando se subieron al coche, Mathilde posó sobre el regazo de su hija el bolso con los medicamentos. Los vio partir mientras caía la noche y el cielo se teñía de un color de tinta. Se dirigieron al aduar, y, durante el trayecto, Aicha no dejaba de repetir que ella nunca había asistido a un parto y que todavía no era, estrictamente hablando, una médica, y que era insensato atribuirle semejante responsabilidad. Le temblaban las piernas, sentía ganas de vomitar.

El paisaje empezó a vacilar, ella ya no oía nada, no sabía nada y su mente estaba sumida en una espesa niebla. «¿Habrías preferido que interviniera tu madre?», le preguntó Amín. Aicha se encogió de hombros.

Las luces de los faros alumbraron las primeras casas, y vieron a un grupo de gente delante de una de ellas. Mujeres vestidas con chilaba y pañuelo de colores se golpeaban el rostro y se lamentaban. Los hombres estaban en cuclillas, otros caminaban de un lado a otro, con las manos a la espalda o un cigarrillo entre los dedos. Los críos parecían aprovechar el descuido de los adultos y lanzaban a una manada de perros, tan descarnados que parecían fantasmas, gruesas piedras para herirlos. Los aldeanos se abalanzaron sobre Amín y su hija. Los bendijeron, los besaban en el hombro y en las manos. La piel les olía a comino y a carbón de leña. Una mujer condujo a Aicha a un cuarto sombrío con suelo de tierra batida. En un rincón, una lámpara de petróleo de luz mortecina proyectaba en la pared unas sombras inquietantes. Tendida sobre una manta, una joven gemía. Aicha salió y le dijo a Amín, que se había quedado fuera en la puerta: «Necesito luz. No podré ayudarla si no veo nada». Amín fue a buscar dos linternas que guardaba siempre en el maletero del coche. Aicha daba vueltas por el cuarto, restregándose las manos y, en un momento, tuvo deseos de salir corriendo, de huir a través de los campos sumidos en la oscuridad. Pero Amín encendió las linternas y dirigió el haz luminoso sobre el rostro de la chica. «¿Qué más necesitas?» Aicha dijo que había que hervir agua y que debía lavarse las manos. Amín eligió a dos mujeres, advirtiéndolas: «Hacéis todo lo que os diga la doctora, ¿me habéis entendido?». Una de las campesinas se ocupó del agua y la otra sostuvo las linternas y orientó la luz hacia la parturienta. Aicha vio entonces que su paciente apenas debía de tener dieciséis o diecisiete años. El rostro, cubierto de sudor y con las facciones marcadas por el dolor, estaba pálido. Tenía los ojos achinados, y la cara plana, como si no procediera de la zona, sino de la estepa mongol. Aicha se puso en cuclillas y le acarició las sienes y el cabello pegado por el sudor. «Todo va a ir bien», le dijo, «todo irá bien». Con delicadeza, alzó la blusa de la joven y dejó al descubierto su vientre. Lo palpó, levantando con regularidad la cabeza para indicar a la campesina que la asistía que enfocase mejor la linterna. Luego se colocó entre las piernas de la joven y las

separó. Se concentró a fondo e intentó acordarse de las clases sobre partos. Exigió silencio con voz autoritaria. Las conversaciones que transcurrían en el exterior, y de las que solo le llegaban retazos, la perturbaban. También gritó a dos mujeres que se habían quedado en el cuarto y cuyos lamentos parecían zumbidos de insectos. Balbuceaban breves jaculatorias, implorando la misericordia divina y sollozando: «*Ia latif, ia latif*».

Aicha hundió la mano en la vagina de la joven. El cuello del útero estaba blando y dilatado. Llevaba horas con contracciones, pero no parecían hacer efecto y la agotaban. Había que acelerar el parto. Sería el único modo de aliviarla. Rebuscó en el bolso que Mathilde le había dado. No encontró nada que le sirviera y miró a su alrededor. «Necesito algo que sea pequeño y de punta. ¿Me entiendes?» Le costaba dar con esas palabras en árabe y estaba nerviosa. Salió afuera y llamó a su padre: «Diles que me encuentren algo pequeño y puntiagudo para poder introducirlo en el cuerpo de esta mujer. Debo hacerla romper aguas». En la oscuridad no vio el rostro de su padre esbozar una sonrisa de orgullo. Los campesinos se pusieron a buscar entre los pocos enseres que tenían, y una mujer llegó, triunfante, con un tenedor en la mano. Aicha lo agarró, lo mojó en el agua hervida, lo cubrió de Betadine y, lentamente, con gestos seguros y precisos, introdujo el utensilio en la vagina de la muchacha. Se hizo un silencio. Un silencio pesado y piadoso. Luego la paciente lanzó un grito en el que se mezclaban la sorpresa y el alivio. Un líquido transparente al que se añadían algunos coágulos de sangre se deslizó por sus muslos. «Ahora te sentirás mejor», le dijo Aicha. Acercó su rostro al de la chica y la besó, ante la mirada escandalizada de las dos mujeres amazighs. La paciente aflojó sus labios resecos y murmuró: «Ayúdame». Aicha sonrió. «Pues claro que te voy a ayudar.» La chica seguía diciendo: «Ayúdame. Ayúdame para que no vuelva a tener hijos jamás».

Al amanecer, dio a luz a un niño muerto.

Al regresar de madrugada, Aicha se dio una ducha ardiendo y se derrumbó en la cama. Durmió hasta la tarde. Soñó que se bañaba en una piscina de un agua azul y transparente que se iba transformando en líquido amniótico, mientras ella se agitaba en

medio de aquel fluido templado. Mathilde la despertó en plena pesadilla, le tocó el hombro: «Monette está aquí. Dice si quieres ir al cine con ella».

Salió de la cama de mala gana. No le apetecía ir a ningún sitio ni hablar con nadie, se vistió haciendo un esfuerzo. Intentó arreglarse el pelo y desistió. Entró en el salón, pálida y con ojeras. «¡Me han contado tus hazañas!», exclamó su amiga, y Aicha esbozó una sonrisa de compromiso. Mathilde pidió a Monette que le contará los últimos cotilleos de la ciudad. «¡Esta chica lo sabe todo!» Ella se puso a contar historias de cama y de divorcios a las que Aicha no prestó la menor atención. Se tomó el café lentamente, reviviendo, minuto a minuto, los acontecimientos de la noche. Se le aparecía el rostro de la joven y el cuerpo cianótico y sin vida del niño que ella había ayudado a traer al mundo. Pensó que en el aduar los hombres debieron de cavar un agujero, esa misma madrugada, para enterrar el cadáver. Un hoyo pequeño y no muy profundo. Aquella muerte les venía bien a todos, borraba la falta cometida y el deshonor, había sido una bendición. «Tengo que volver allí», se dijo. «Examinar a la paciente, asegurarme de que no sangra, de que ha recuperado fuerzas.» Pero también estaba segura de que no sería bienvenida y que los habitantes del aduar fingirían que allí no había pasado nada. Como si esa noche no hubiera existido. Quizá ya habían echado a la joven a la carretera, pese a su agotamiento, pese a su vientre hinchado y fláccido que, seguramente, se sujetaba con una mano para poder caminar. No, no le apetecía ir al cine, ni tampoco quedarse a soportar las preguntas de sus padres y el mal humor de su hermano.

Monette se quedó mirando su fino reloj de pulsera, de oro y con la esfera ovalada. «Tendríamos que irnos ya si queremos encontrar un sitio para aparcar cerca del cine.» Aicha se oyó a sí misma responder «de acuerdo» y, como un autómata, siguió a su amiga y oyó las recomendaciones de Mathilde acerca del alcohol, los chicos y los locos al volante. Monette, que parecía que nada la afectaba, repetía «sí, sí», y Aicha se dejó arrastrar hasta el coche.

Una vez al volante, Monette lanzó un suspiro de alivio. «¡Al fin solas! Creí que tu madre no nos iba a soltar nunca.» De pie en las escaleras de la entrada, Mathilde las saludaba con la mano y luego

se volvió minúscula y desapareció de su campo de visión. El vehículo enfiló el estrecho camino de tierra que atravesaba la hacienda. Las ramas de los olivos golpeaban las ventanillas. A Aicha aquel ruido le evocó el trayecto a la escuela y las frías mañanas de invierno. A la derecha del camino, las obreras estaban en cuclillas en los inmensos invernaderos. Bajo las lonas de plástico, se veían sus cuerpos apretujados y su ropa oscura en medio de los arbustos. A la izquierda, los establos habían sido convertidos en cobertizos para las máquinas. Un niño se había quedado dormido con el rostro apoyado en el volante de un tractor.

«Ya no hay peligro, podéis sentaros bien.» Aicha miró a Monette con los ojos como platos, y enseguida se giró y vio en el asiento de atrás a dos hombres agachados.

«Dijiste que tardarías un minuto. Nos tomaste bien el pelo, ¿eh? Voy a tener agujetas durante una semana.» Un hombre de unos cuarenta años se desentumeció las piernas. Movió la cabeza de derecha a izquierda y estiró los brazos. Tenía un cierto parecido con Cary Grant, la piel bronceada, el pelo oscuro cortado muy corto y un cuello musculoso. En la muñeca izquierda llevaba una esclava de oro que Aicha pudo observar de cerca cuando el hombre puso la mano en el cuello de Monette y la acarició. A través del retrovisor, intentó ver al chico que estaba detrás de ella, callado. No distinguía su cara, solo una espesa masa de pelo negro y una barba recia. Con la mirada fija en la ventanilla, parecía absorto por completo en el paisaje.

«¿Todo esto es tuyo?»

Aicha no entendió que se estaba dirigiendo a ella.

«—Es tu finca, ¿no?

—Es de mi padre.

—¡Ah, de tu famoso padre, del que nos escondimos! ¿Es tan temible?

—Es mi padre y punto.

—¿Cómo es de grande esta finca?

—No lo sé.»

Dos hombres caminaban por el arcén. Dos obreros con botas de goma y jerséis con agujeros en los codos y en el cuello. Al pasar el coche, levantaron la cabeza y saludaron a Aicha llevándose la mano al corazón. Ella sintió apuro. Como sintió apuro al ver el inmenso cartel que presidía la entrada con letras en azul: «Hacienda Belhach».

«—¿Tu padre es un colono?

—No, en absoluto. Es marroquí y esta tierra es suya.

—Que sea o no marroquí da igual. Tu padre no es diferente de los propietarios rusos con sus siervos. Vivís como los europeos, sois ricos. No hace falta ser un colono para tratar a la gente como indígenas.

—No dices más que disparates.»

Monette se echó a reír y exclamó: «Aicha, te presento a Karl Marx. Y este», añadió, acariciando los dedos de su amante, «es Henri. Me han dado la sorpresa de venir a verme. No sabía qué hacer con ellos. No era muy buen plan dejarlos con mi madre. Vamos a intentar encontrarles un hotel».

Durante el trayecto, Monette contó que Henri vivía en Casablanca, donde ejercía de profesor de Economía, y Marx era alumno suyo. Los había conocido dos años atrás, en un concierto de Jacques Brel en el cine Rif de Meknés. Henri a veces la interrumpía para dar algún detalle que se había olvidado. Como, por ejemplo, que ella llevaba un vestido azul y que se le habían saltado las lágrimas cuando el cantante entonó la canción *Ces gens-là*. Esa noche, al acabar el espectáculo habían ido al hotel Transatlantique y habían visto, sí, con sus propios ojos, a Jacques Brel tomándose una cerveza en el bar, con la mirada perdida y sus largas manos tristes sobre la barra. Monette dio un golpe con la mano en el volante.

«¿A que no sabéis la última noticia? ¡La noche pasada, Aicha ayudó

a dar a luz a una mujer en pleno campo… y se sirvió de un tenedor! Cuéntaselo a ellos, Aicha.» Esta movió los labios, pero no pronunció palabra. «Se hace la tímida. Yo siempre supe que sería una gran médica. Ya en el liceo nos ganaba a todos.»

Karl Marx se rio maliciosamente. Ofendida, Aicha se giró y se quedó mirando el rostro del chico. Tenía el mismo tipo de pelo que ella, salvo que era muy negro y parecía que se lo había cardado para aumentar su volumen. Una barba enmarañada le cubría las mejillas, y llevaba unas gafas de cristales gruesos. La frente, inmensa y algo abombada, le confería un aire de seriedad en cierto modo perturbador. Ella no hubiera sabido decir si era guapo, pero se sintió desconcertada por su presencia, por la tristeza y violencia que transmitía aquel chico. Le pareció terriblemente vivo.

«—¿Se puede saber dónde está la gracia? —le preguntó.

—Solo los burgueses pueden estudiar Medicina. Tu padre debe de estar forrado para haberte pagado todos esos años de carrera.

—¿Y a ti qué más te da? Para eso ha trabajado. Que yo sepa, ganar dinero no es un crimen.

—Habría que verlo.

—No lo tome usted en serio. Esas palabras son muy típicas de Marx. No es mal chico, créame usted —intentó tranquilizarla Henri—. Bueno, ¿habéis elegido la película?»

No fueron al cine. Monette insistió en aprovechar que hacía muy buena noche y se sentaron en la terraza del Café de France. No paraba de tocar a Henri. Le puso la mano sobre el muslo, luego, sobre el brazo, y, por último, le agarró la mano y ya no la soltó. Le lanzaba unas miradas que no solo eran de amor: había en ellas un deseo de huir de allí y la esperanza de que algo sucediera y la arrancara de sus costumbres. Le preguntó sobre su vida en Casablanca e hizo todo lo posible por escuchar la respuesta. Pero su mente divagaba, no podía pensar más que en la piel desnuda de Henri en el momento en que la besara. Él había venido a Meknés para verla. No hacía más que repetírselo en su interior. «Él ha venido para verme.» Desde que se habían conocido en 1966, se

escribían. Henri le mandaba unas cartas de una belleza e inteligencia que la intimidaban. Monette se pasaba los días con los ojos fijos en el papel de cartas amarillo, sin conseguir escribir lo que sentía por dentro. La había telefoneado en Navidades, en su cumpleaños, y en el invierno de 1968 habían paseado por Ifrán, por los bosques de cedros nevados sobre cuyas ramas se columpiaban unos monos macacos. Ahora estaba a su lado, como en esos sueños que se hacen realidad justo en el momento en que se ha perdido toda esperanza. Se sentía emocionada, sin palabras. Durante toda la velada, no hizo caso a Aicha, que se quedó con los brazos cruzados y masticando la pajita de la bebida que le habían servido. Con el pelo despeinado parecía una cría enfadada. No tenía en absoluto la intención de hablar con aquel chico pedante que, frente a ella, movía el pie siguiendo el ritmo. «¡Qué horror de música hay aquí! ¿Es que en Meknés nadie sabe lo que es el *jazz*? ¿Ni tampoco el *rock and roll*?» Aicha se encogió de hombros. A su lado, Henri y Monette se susurraban cosas. Su amiga se reía por lo bajo, se revolvía en la silla, y Aicha se sintió incómoda ante ese espectáculo. Monette se llevaba continuamente las manos al peinado para comprobar que el moño no estaba a punto de desplomarse. Contrariamente a Aicha, ella había salido con muchos chicos, y se había entregado a ellos, sin medida y sin prudencia, creyendo que quizá esa sinceridad, esa entrega, los enternecería. De ella se decía que no era una chica difícil. Muchas veces, Aicha había hecho de carabina vigilando, sentada en el suelo o sobre el maletero de un coche, mientras su amiga se dejaba acariciar. Nunca sintió envidia de ella, sino más bien lástima. Le parecía que iba dando pedacitos de ella a unos chicos que no la amaban.

Marx se aclaró la garganta.

«—Quería decirte que mi intención no era que te enfadaras. Tu padre es sin duda buena gente. Estoy seguro de que está orgulloso de su niña, que pronto será médica.

—Y tú estudias Economía, ¿no?

—Sí, eso es.

—¿Y qué quieres ser más adelante?

—¿Yo? —dijo sonriendo—. Yo quiero escribir.»

Antes de acostarse, Aicha se encerró en el cuarto de baño. Se desenredó el pelo despacio, mechón a mechón, y se puso unos gruesos rulos. Mientras se los sujetaba, pensó en lo que había dicho Karl Marx. Las palabras de aquel chico la obsesionaban y lanzaban sobre sus padres una sombra, un desprestigio que la estremecían. No se podía creer que su padre fuera un explotador ni que viviera con indiferencia la miseria que lo rodeaba. Le habría gustado demostrar a Marx que ella no era esa pequeñoburguesa descerebrada que él había descrito, aunque se sentía obligada a reconocer que en realidad lo era. No sabía nada del mundo, nada de su país. Solo vivía para sí misma, en medio de un individualismo culpable. Jamás se había rebelado contra algo. No hacía preguntas, no impugnaba ninguna orden. Jamás se había fijado, fijado realmente, en esos hombres y mujeres, en su miseria, en su desposesión. Esas filas de hombres aptos para ir a la guerra por los otros, a morir por los otros, a agotar su juventud y su fuerza de trabajo. Por los otros. Aquello era más una sensación que una idea, aunque confusa. Se veía asaltada por los remordimientos, sin rebelarse. Si se hubiera atrevido, le habría pedido explicaciones a Karl Marx, le habría hecho mil preguntas. Seguro que él pensó que era tonta, y eso la disgustaba.

Le había dicho «yo quiero escribir», y cada vez que recordaba esa frase, se sentía profundamente conmovida. Era como si nadie, jamás, hubiera formulado ante ella un sueño tan bonito, una ambición tan noble. Si hubiera sido menos torpe y menos ignorante, le habría preguntado qué tipo de libro y sobre qué tema. Si se iba a inventar historias o decir la verdad. Le dijo que se llamaba Mehdi. Mehdi Daoud. Y, a partir de ese día, solo anhelaba una cosa: volverlo a ver.

Selim suspendió el examen final de bachillerato y, en septiembre, tuvo que regresar de nuevo al liceo. Se sintió humillado cuando el director lo recibió en la entrada, lanzándole estas palabras: «Entonces, Belhach, ¿estudiarás de verdad esta vez?». Los alumnos le dirigían unas miradas en las que se mezclaba la admiración por aquel chico mayor que ellos, cuyas hazañas deportivas les impresionaban, con una pizca de desprecio, pues ahora estaba obligado a codearse con alumnos menores que él. Pero su posición no solo entrañaba inconvenientes. Ya se sabía el programa y estaba convencido de que esperaría la primavera para ponerse a repasar. Dedicaría el primer trimestre a los deportes y a unos cuantos amigos que no se habían ido a estudiar fuera.

En octubre de 1968, participó en los campeonatos de natación y ganó la medalla de oro de los cien metros libres. «Es extraño que un chico tan torpe en su comportamiento diario pueda nadar tan rápido», observó su entrenador. En efecto, Selim era lento y por ello fue objeto de muchas bromas. Lento en el aprendizaje de las lecciones, lento en su elocución y lento incluso en su forma de moverse o de vestirse. Sus gestos estaban como anquilosados, trabados. Parecía siempre ausente, como ocupado en resolver alguna ecuación tan compleja que le impedía reaccionar ante lo que tenía delante. Las palabras que Selma había pronunciado unos meses atrás, en el tejado de la casa, poco a poco habían hecho mella en él. Habían penetrado en su mente, se habían ido sedimentando y, una noche de otoño, se decidió a comprobarlas por sí mismo. Cuando sus padres se fueron a dormir, y la casa estaba sumida en la oscuridad, atravesó el pasillo y cogió el jarrón de cerámica que estaba en el estante. Metió el brazo dentro y su mano tocó el metal frío del revólver. Agarró el arma con prudencia, como si se tratara de una granada con la anilla extraída amenazándolo con explotarle en plena cara. Luego, cuando entendió que el revólver no estaba cargado, se metió la punta del cañón en la boca, cerró los ojos y apretó el gatillo.

Llevaba el arma encima día y noche. La escondía en el fondo de la cartera, que abría a veces en plena clase para admirar su brillo asomando por entre los libros y los bolígrafos. La colocaba debajo

de la almohada antes de quedarse dormido. Trataba aquel objeto con un fetichismo que lo perturbaba, pero no podía evitarlo. Se imaginaba sacando bruscamente el revólver de la cartera y amenazando a su profesor. Lo apuntaría, ante la mirada aterrorizada de sus compañeros, que por fin sabrían de qué era capaz. Ya no era solo un hombre. Ahora era un hombre con un arma. Entendió que eso lo transformaba. Ese simple objeto metálico, cuya culata se adaptaba a la palma de su mano, despertaba en él deseos de venganza, de destrucción, de toma de poder.

Un día, a finales del mes de ramadán de 1968, Mathilde le encargó que entregara un sobre a Selma. Le dijo: «Tiene derecho a mimarse un poco». Selim cogió el sobre que contenía un fajo de billetes y, a la salida del liceo, fue a llamar a la puerta de su tía. Vivía en la Rue Oujda, en el barrio de La Boucle. El edificio, bien mantenido, estaba entre la estación y la placita adonde Sabah iba a jugar, por las tardes, después de la escuela. En la planta baja del edificio había una tienda de alimentación y un zapatero. En el tercer piso estaba el taller de una costurera judía a la que iba Mathilde a menudo, aunque le daba asco la suciedad que allí reinaba, con el suelo lleno de pelusas de polvo y alfileres oxidados. La costurera, charlatana y entrometida, le había comentado que se quedaba libre un piso de una familia de franceses que acababan de marcharse. Mathilde soñaba con alejar a su cuñada para no tener que aguantar bajo su techo su rostro hostil y sus cambios de humor. Aprovechó la ocasión y convenció a Amín para que lo alquilara.

Selim tocó el timbre a principios de la tarde. Selma le abrió. Llevaba un kimono de seda turquesa y no cesaba de amarrarse el cinturón, como si temiera que la prenda resbalara de sus hombros y la dejara desnuda. Lo hizo pasar a la cocina y dejó sobre la mesa, junto a un cenicero repleto de colillas, el sobre arrugado de Mathilde. Le sirvió un café tan cargado que él solo pudo beber un sorbo. Fumaron en silencio. La cocina daba, a través de una pequeña ventana, a un patio donde unos niños jugaban y unas criadas vestidas con batas gastadas sacudían unas alfombras. En la pila de fregar, yacían una olla sucia, un plato y un vaso. Selim se preguntó por qué Selma no había tenido más hijos. Habrían podido alegrarle el día a día o, al menos, tenerla ocupada. Había oído

rumores, por supuesto, aunque daba poco crédito a los cotilleos de los obreros. Odiaban a Murad y por ese motivo aseguraban haberlo visto, en la carretera de Azru, recoger a jóvenes sin trabajo y llevarlos a la intimidad de los bosques de cedros para follárselos. ¿Sería posible que un hombre fuese indiferente a esa mujer, que incluso allí, en kimono y con las babuchas colgando de la punta del pie, era de una belleza casi insoportable? Selma pasó la mano por la mesa y recogió en la palma de la mano unas migas de pan y ceniza. Y Selim, por primera vez en su vida, se mostró impulsivo. Agarró la mano de su tía y la mantuvo en la suya. Podía sentir en su piel la rozadura de las migas. Le habría gustado quizá que aquel gesto fuera solamente una muestra de cariño, de compasión, una prueba de la complicidad que los unía desde hacía muchos años. Supo, en cuanto ella alzó los ojos hacia él, que no se trataba de eso. Sentía, al estrechar su mano, al mirarla, la misma excitación que cuando tenía agarrado el revólver en la soledad de su cuarto. Su miembro se endureció y sintió vergüenza de él, de todos los hombres. ¿Acaso las mujeres eran unas afortunadas o unas malditas al poder mantener su deseo invisible?

Más adelante, volverían una y otra vez, hasta gastarlos, hasta hacerlos desaparecer, hasta olvidarlos, los recuerdos de aquella tarde. La atrajo hacia él o quizá fue ella quien se levantó y posó su mejilla contra la suya. Ella acercó sus labios y cuando él sintió en su boca su lengua, fresca y húmeda, creyó que no se dominaría y la devoraría por entero. No sintió miedo. Se entregó a ella como se entregaba al agua cuando nadaba, y tuvo una sensación de naturalidad y de ligereza. Deslizó su mano bajo el kimono verde, y encerró en su palma los pequeños senos de pezones erizados, acarició la piel, cálida y suave, del vientre de Selma. Se quedó mirando sus ojos febriles, humedecidos, unos ojos que expresaban todo su deseo de ser penetrada, y se dijo a sí mismo que jamás la había visto tan bella como en ese instante. Ella no le había soltado de la mano y lo atrajo hacia el pasillo, luego hacia su dormitorio, y cerró la puerta. ¿Pensó en la posibilidad de que regresara su marido o en que Sabah llegara del colegio? No parecía preocupada. Se tendió en la cama e hizo resbalar el cinturón del kimono. Su piel tenía el color de la pasta de hachís que los obreros deshacían entre sus dedos. En silencio, ella observó cómo Selim se desnudaba. Sus gestos eran pausados, casi infantiles, como si fuera la primera vez

que se quitaba la ropa él solo. Podía ver, bajo los calzoncillos del joven, la forma de su miembro en erección. Afuera resonó la llamada del almuédano.

Ese día, a Selim le pareció que ella era quien lo penetraba. Entró en él. Lo desplegó como se despliegan los dedos de una mano. El cuerpo de Selma era frágil, untuoso como una nube y lo envolvía de una dulzura que lo colmó de placer. Esa mujer le estaba destinada. Su cuerpo había sido esculpido para fundirse en el suyo. Habría deseado desaparecer en sus recovecos y refugiarse en ellos de todas las desgracias del mundo. No tenía palabras para describirla, no tenía explicación para esa intensa dicha que lo invadía, para esa rabia feliz que le hacía lanzar breves gemidos. Ella lo domesticaba y él se volvía dócil. No se pronunció ninguna palabra, y ellos se amaron, acunados por un silencio grave y tranquilo.

Las semanas siguientes, él regresó a menudo a primera hora de la tarde e hicieron el amor en la cama cuyo cabezal de madera chocaba contra la pared sin que aquello les importara lo más mínimo. Selim solo pensaba en eso, solo quería eso. Recomenzar una y otra vez, y que el mundo se desvaneciera, que la tarde tuviese el olor de ella. No dormía, no comía, deambulaba como un alma en pena. En el club, su entrenador empezó a preocuparse por sus retrasos y sus malos resultados, indicándole que debía reaccionar si quería continuar con la competición. Selim se parecía a las serpientes que exhibían en la plaza de Xemaa El Fna de Marrakech, con el cuello rígido, los ojos desorbitados, como si hubiera visto a un fantasma. Si alguien lo hubiera mirado, si se hubiera fijado realmente en él en esas semanas, habría visto, grabada en el fondo de sus pupilas, la imagen de Selma.

En el liceo, en la casa, observaba pasmado cuanto lo rodeaba, y le parecía mentira que las cosas siguieran siendo normales. Selma estaba allí, muy cerca, y casi se sentía enfermo de tanto desearla. En cada hora del día o de la noche, se le aparecía como una diablesa que se apoderara de sus pensamientos y de sus sueños. No le daba respiro, y cada vez se le volvía más dolorosamente inolvidable. Veía su espalda, los hoyuelos en la parte baja y su rostro cuando se había girado hacia él al penetrarla. Un rostro inocente y lúbrico que decía «te deseo». Sin cesar, regresaba el perfume de su cuello, de sus

axilas sedosas, el frescor de su aliento y esa manera de posar sus manos sobre sus nalgas y acariciarlo. Tendidos, desnudos, el uno frente a otro, se besaban durante horas. Él se acostaba junto a ella, con las piernas entrelazadas, la boca sobre su nuca, y se quedaban dormidos, tapándose con la sábana de color amarillo pálido que se impregnaba con el olor de sus dos sexos mezclados. A veces, justo cuando acababan de hacer el amor era cuando más deseo sentían el uno por el otro. Era como si, para ellos, no se tratara de contentarse, sino de agotar las inmensas promesas que el cuerpo del otro contenía.

*

Durante toda la semana, Selma lo esperaba y evocaba, sentada en la mesa de la cocina, el modo en que le había desabrochado el vestido, la había empujado a la cama, le había abierto las piernas y había introducido su lengua dentro de ella. Fumaba y anotaba mentalmente los cambios en su manera de besar, menos torpe, menos precipitada que al principio. Deseaba decirle palabras violentas, confesarle que soñaba con que él la agarrase con fuerza, la empujara contra la pared y la penetrara hasta sentirse borrada, hasta desaparecer. Él aprendió a hacerla languidecer y a ponerla rabiosa. Le mordía el labio. Le arañaba la espalda. Cuando ella se sentaba sobre él, Selim posaba las manos sobre sus pechos y decía: «Espera». Cuando la penetraba, ella sentía no solo placer, sino alivio, almibarado y suave. El miembro de Selim no la desgarraba. Su amante la prolongaba, la completaba, llenaba sus vacíos y apagaba su sed. A veces sentía miedo por tardar en gozar. Temía que él se cansase, que la abandonara, pero aprendió a no pensar en ello, a dejarse invadir por el placer, sin enloquecer. Y cuando por fin llegaba el orgasmo, ella se echaba a reír.

En ese dormitorio no hablaban de la familia. Jamás pronunciaron los nombres de Mathilde y Amín. Descubrieron que disponían en realidad de una vida propia, ajena a los otros, y que nunca habían narrado. No mencionaron a Murad, y Selim no hizo las preguntas que le quemaban en los labios. Temía estropear esos momentos. Le parecía que ningún amor era más bello que ese en el que se retienen las palabras.

Al principio, les divertían los almuerzos de los domingos en los que

estaban obligados a encontrarse cara a cara en el comedor de Mathilde. Temían, indudablemente, que algo se les escapara, que alguien sorprendiese una mirada, una actitud, y que todo se convirtiera en drama. Ese miedo, al mismo tiempo, los excitaba. Las manos se rozaban bajo la mesa. Hacían bromas que nadie entendía. Se buscaban con la mirada y bajaban los ojos. La noche de Navidad de 1968, mientras toda la familia estaba reunida en el salón donde sonaba la voz de Tino Rossi, ellos dos subieron al tejado para hacer el amor.

Se paseaban por el centro de la ciudad como una familia tranquila y respetable. Esperaban a Sabah ante la cancela de su colegio y esta se lanzaba, con naturalidad, a los brazos de su primo. Estaba segura de que sus compañeras la observaban, muertas de envidia ante la idea de que la quisiera ese grandullón rubio, campeón de natación, que llevaba mocasines y pantalones blancos. Juntos, iban a tomarse un helado. Selim hablaba del liceo, de la motocicleta de su amigo Moshé, del guateque al que iría el fin de semana. Era muy amable con ella. Algo distante, pero amable. A veces, pasaban la tarde en el cine, en la oscuridad. Sabah reclinaba su cabeza en el hombro de Selim, mientras este acariciaba los muslos de Selma.

Sabah era a la vez un obstáculo a su amor y una coartada imprescindible. En la pequeña ciudad de Meknés sus paseos no pasaban desapercibidos. A menudo, Selim se cruzaba con compañeros de clase que iban a fumar a las terrazas de los cafés o se apostaban junto a la moto de alguno de ellos esperando así atraer a las chicas. Cuando Mathilde comentó a Selim que lo habían visto con su tía, este alegó que le gustaba estar con su prima Sabah. En el fondo, solo se llevaban cinco años de diferencia y eran amigos. Sabah nunca lo contradijo.

Pero la adolescente hacía preguntas. Reclamaba a su primo. A veces decía que al entrar en la casa había notado el olor a cloro del agua de la piscina que él desprendía, había estado allí —aseguraba— y, por más que su madre lo negara, no se quedaba convencida. Cuando pasaba a verlas, ella se pegaba a él con una insistencia que acabó molestándolo. Le suplicaba que la ayudase con los deberes y que la enseñase a nadar. El invierno llegó a su fin, y Selma cada vez estaba más preocupada. Aquella situación le parecía absurda,

peligrosa, insostenible. No se lo confesó a Selim. No habría entendido, él, con apenas dieciocho años, la tremenda angustia que sentía. Selma temía al conserje del edificio, un tipo vulgar cuya piel tostada parecía ensuciada por el sol. Se pasaba el día vigilando las entradas y salidas de los vecinos, y un día le preguntó quién era aquel grandullón rubio que iba a verla a primera hora de la tarde. «Es mi sobrino», respondió con una voz insegura. El conserje alzó las cejas, respiró ruidosamente y añadió: «¿Y qué piensa tu marido de ese sobrino que viene a verte, eh?». Temía a las vecinas, a la costurera judía y a la gorda de Fanny, al dueño de la tienda de alimentación adonde Selim bajaba a comprar tabaco…, a todos los que, de un modo u otro, hubieran podido descubrir el peligroso juego que se traían entre manos. Esta ciudad, este barrio y sus habitantes le parecieron más pequeños, más mezquinos que nunca, y tuvo la impresión de que la gente vivía pendiente de los otros, espiándolos. Le fastidiaba no poder estar jamás sola, verdaderamente sola, y ser invisible. Había momentos en que le habría gustado rascar la pared con la punta de la uña y hacer un agujero para huir, lejos, a un lugar desconocido. Para ella también —eso pensaba— debía de existir una tierra prometida. Como a las niñas pequeñas de las películas, le hubiera gustado atravesar el espejo, llegar a un lugar más allá del arco iris. Escaparse.

Ahora, cuando hacían el amor, ella ya no podía abandonarse. A veces, le pedía que se callara o se cubría la cabeza con la sábana. Creía haber oído el ruido de una cerradura, unos golpes en la puerta de entrada o los pasos pesados de Sabah en el vestíbulo. Cada vez se enfadaba más con su hija, cuando se quedaba parada, torpe y sin gracia, o le pedía esto y lo otro, o le reclamaba la cena, y, por el mero hecho de estar allí, le impedía soñar con su amante. Sí, Selim solo tenía dieciocho años. Por una extraña ironía, por una especie de desplazamiento temporal, ella se encontraba de nuevo en los brazos de un hombre de dieciocho años. Como si el tiempo que la separaba de su juventud y del piloto Alain Crozières no hubiera transcurrido jamás. Pasado y presente se confundían, Selim se convertía en Alain y, en ocasiones, ella ya no sabía si estaba viviendo o recordando.

Un domingo de marzo de 1969, fue a la hacienda con su marido y con Sabah. La brisa era aún un poco fresca, pero Mathilde había

puesto la mesa fuera, junto a la piscina. Selim no estaba y Selma no se atrevió a hacer preguntas. Lo esperó, medio loca, lívida, sobresaltándose ante el menor ruido, incapaz de seguir el hilo de las conversaciones. Entonces Sabah preguntó dónde estaba su primo. «¡Ah, quién sabe!», suspiró Mathilde. «Estará con sus amigos, supongo. O con alguna amiga. De todos modos, nunca me dice adónde va.» Sabah se echó a llorar y Mathilde, enternecida, le dio un beso en la frente. «No debes ponerte así. Pasará quizá por la tarde y estoy segura de que jugará contigo.» Sabah no dejaba de sollozar, Selma ya no podía más y se puso a gritarle: «¡Basta ya! ¡Se acabó! Esos caprichos son insoportables». Agarró a su hija del brazo y se la llevó a la fuerza dentro de la casa. «Te quedas ahí. Castigada.»

Selma no solo sentía miedo y culpabilidad. Unas ideas insensatas le venían a la cabeza. Se preguntaba si hacían tan bien el amor por ser de la misma familia, porque la misma sangre circulaba por sus venas. Pensaba también en sus nombres, tan cercanos, cuyas letras se arremolinaban ante sus ojos, y se daba cuenta entonces de la repugnante confusión en la que estaban sumidos. En esos momentos, tendida sobre su cama, le entraban náuseas. La imagen de su cuerpo desnudo contra el de su sobrino le inspiraba asco. ¿Estaba enamorada de él? ¿Acaso era posible algún tipo de amor entre ellos? Sentía, por supuesto, ternura hacia ese chico que no le oponía resistencia alguna y la miraba con tal ardor que a veces asustaba. ¿Pero amor? Ella no sabía qué era.

De aquella historia contra natura, de aquel pecado, no podía nacer nada. Ningún proyecto, ningún futuro era posible, y, por ese motivo, empezó a estar resentida con Selim, por su juventud, por su libertad, por su vida sin trabas y sin responsabilidades. No podía soportar pensar que algún día —puesto que llegaría el momento en que todo se acabaría— él se consolaría con otras mujeres, en otros continentes, y que a ella solo le quedaría, como refugio de su pena, esa casa llena de él y esa cocina que olía a tabaco.

Cada vez discutían más. A veces, él tocaba el timbre de su casa insistentemente, sin recibir respuesta. Si ella acababa abriendo era por miedo al escándalo. Porque él gritaba su nombre y llamaba a la puerta con los puños. En una ocasión, él le confesó lo del revólver.

Lo sacó de su cartera escolar y lo dejó sobre la sábana. Selma se quedó mirando el arma, incrédula. Mil imágenes pasaron por su mente. «¿Qué haces con eso?» Selim le aseguró que sabría servirse del arma si fuese necesario. No les pasaría nada, él la defendería de Murad, de Amín, encontraría una solución y podrían escaparse. De pronto, le pareció tonto. Una cosa era llevar un arma descargada en una carpeta escolar y otra apuntar con ella a un hombre. En cuanto a lo de escaparse, ¿adónde irían? Prefirió fingir que no había oído nada.

Un día, desnuda ante el espejo del armario, juró que no se dejaría convencer. Se hizo a sí misma la promesa de que no cedería, no abriría la puerta, aunque él suplicara. Ella, que nunca ponía los pies en una mezquita, se sorprendió hablando con Dios. Sola, en su dormitorio, le pidió consejo, imploraba su perdón, y Alá se le confundió entonces con la imagen de su anciana madre. Si Muilala se hubiera enterado —pensaba—, si se hubiera enterado. Compró incienso y lo quemó en un anafre de barro, y el olor invadió la casa. Le contó a Sabah que quería alejar a los demonios que se habían instalado entre aquellas paredes y la torturaban.

A menudo se preguntaba si Murad sospechaba algo. Siempre se duchaba después de que Selim se marchara, y, sin embargo, tenía la impresión de no conseguir desembarazarse de su olor. Llevaba la culpa grabada en ella, en su piel, en sus gestos, y temía que en cualquier momento Murad la desenmascarase. Pero Murad no decía nada, no sentía nada. Desde que se casaron, dormía en un diván del salón y jamás tuvo la oportunidad de oler la sábana de color amarillo pálido de la cama. A veces, ella hubiera preferido que la golpeara, que la encerrara en casa, que la arrastrase por el suelo cubriéndola de insultos. Todo, antes que esa frialdad, ese silencio pesado que él llevaba consigo y que podía aplastar el corazón de cualquiera.

A principios del mes de abril de 1969, Amín decidió excavar un pozo en una de las parcelas que había adquirido. Tenía previsto contratar a un pocero de la zona, pero Murad lo disuadió. No necesitaba gastar dinero y dejar entrar a un extraño en sus tierras. Él podría encargarse de ello con la ayuda de dos o tres obreros. «No

es complicado.» El capataz eligió a dos hombres. A un joven menudo que podría bajar por el agujero y a un coloso con los ojos separados al que llamaban Zizún, el Mudo, pues jamás había pronunciado una sola palabra. Cogieron unas palas, unos picos y dos carretillas cuyas ruedas rechinaban. Instalaron un elevador hidráulico de tres puntos y empezaron a excavar. El chico lloriqueaba, asustado por tener que bajar al agujero, con un pie en un cubo sujeto a una cuerda. Decía «no quiero» y repetía el nombre de su madre, una campesina del aduar que solo había tenido ese hijo. El coloso, por su parte, levantaba, excavaba, concentrado y en silencio. Tiraba de la cuerda y subía cubos llenos de tierra y de roca. Al principio, Amín pasaba a menudo por ahí, contento del avance de la obra. Murad le decía: «Pronto encontraremos agua», y Amín se lo creía.

Un día, Zizún llegó corriendo a la hacienda. Llamó a la puerta de la oficina de Amín y, cuando este le abrió, empezó a hacer gestos desordenados. Se daba golpes en la cabeza con sus gruesas manos y pedía al patrón que lo siguiera. Amín pensó que algo le había ocurrido al muchacho y, mientras conducía la camioneta por el camino de tierra con el Mudo a su lado, se maldecía por haber hecho caso al capataz. Se juró que no volvería a caer en el mismo error y que la próxima vez sabría no ceder ante Murad ni aceptar sus ideas descabelladas. Pero el chico estaba allí, sentado sobre la tierra seca y cuarteada. Se lanzó sobre Amín: «Grité y él no me contestó. Las piedras le cayeron encima. Quería que yo bajara. Se enfadó mucho conmigo. Y ahora no contesta». Amín gritó el nombre del capataz, asomando la cabeza por el hueco. Gritó, convencido de que no servía para nada. Las paredes del agujero se habían derrumbado y Murad yacía debajo, aplastado por las piedras.

Llamaron a la gendarmería. El agente, desconfiado, preguntó a Amín si había motivos para creer que no fuera un accidente. Con los brazos en jarras, la boca contraída por los nervios, Amín se puso a balbucear. ¡Claro que es un accidente! ¿Qué insinuaba? ¿Que alguien habría querido matar a Murad? El gendarme daba vueltas alrededor del hueco. Quiso mostrar que cumplía religiosamente con la ley. Que le enseñara los documentos. ¿Tenía un permiso para excavar en ese lugar? ¿Y quién era el capataz que yacía allá abajo? Afirmó que habría que hacer una investigación, interrogar a los

campesinos, que sería algo largo y desagradable. En cualquier caso, ese era su trabajo y no podrían evitarlo. Amín se lo llevó a su oficina. Hizo que le sirvieran un té, que el gendarme bebió lentamente, con los ojos fijos en el retrato de Hassan II colgado de la pared. Amín le preguntó si se podían arreglar, y el agente sonrió. En el fondo era un simple accidente. Ese tipo de cosas ocurren todo el tiempo. El problema con los campesinos es que son unos analfabetos, unos imbéciles que creen poder hacer cosas que no están a su alcance. Amín era un gran señor, eso se veía enseguida, y el gendarme no iba a impedir que hiciera su trabajo. ¿Conocía bien a ese capataz? ¿Tenía familia? Porque con esa gente, ya se sabía. La familia viene a llamar a tu casa, lloriqueando y quejándose, reclamando indemnizaciones por el daño que el patrón ha causado. Y esos ingratos se plantan con sus hijos en tu puerta, los obligan a llorar para ponerte incómodo, y durante meses —qué digo meses—, durante años, te acosan con su miseria y su pena. «El único problema», repitió el gendarme, «es la familia». Amín asintió. Abrió un sobre, introdujo un fajo de billetes y se lo tendió al agente.

«—Por la familia no hay que preocuparse. Ya me encargo yo.

—Es usted un hombre generoso, se nota enseguida. Estoy seguro de que los hará entrar en razón. ¿De qué me serviría a mí meter las narices en este asunto y hacernos perder el tiempo a los dos? Ha sido la voluntad de Dios, después de todo. Nadie puede oponerse a ella.»

¿Dios hace que se cumplan las plegarias, aun siendo malvadas? ¿Alá había hecho eso por ella? Es lo que pensó Selma cuando Amín le anunció la muerte de Murad. Y aunque él no la miró a los ojos, ella supo que su hermano pensaba exactamente lo mismo. Amín prometió que seguiría ocupándose de ella y de Sabah. «Se lo debo.»

La noche que siguió al accidente, Amín deambuló solo por la colina de los membrilleros. No se creía que Murad hubiera muerto y que su cadáver se pudriera bajo las rocas a unos kilómetros de la casa, en mitad de la nada. Estaba seguro de que su antiguo compañero de armas reaparecería algún día, como lo hizo muchos años atrás, durante una noche lluviosa, con la ropa empapada, gastada y

demasiado grande. Se acercaría a él y le diría «mi comandante» con esa mezcla de sumisión y de ternura que Amín nunca entendió. Se imaginó su mirada suplicante, intranquila, por la que a veces pasaba una sombra, un fragmento de pesadilla. ¡Qué raro!, pensó Amín, saber sin la menor duda que alguien está dispuesto a morir por ti. Hasta el final, Murad había sido un soldado. Sumiso y valiente. Obediente y salvaje. Jamás había regresado a la vida civil. Jamás se había despedido del mundo de la guerra, de las órdenes, de las masacres. Había seguido viviendo en una realidad que ya no existía, soldado sin patria, militar sin uniforme ni medallas. Sus manos chorreaban sangre, sus intestinos conservaban la huella de las amebas que había pillado en Indochina, y Amín recordó su forma de comer, pausada y masticando con dificultad. Él, educado para destruir, había sido destruido.

Se renunció a extraer el cuerpo del pozo. Mathilde se indignó; después de todo, era su cuñado. «No podemos dejarlo ahí. ¿Qué pensará la gente?» Amín, en cambio, se congratuló por ello, ya nadie podría venir a trastocar su reposo. Cuando era niño, había oído contar que un caíd, al que la población odiaba, pues era un colaborador de los franceses, había sido desenterrado por los vecinos y cortado en pedazos. Habían expuesto al sol su cadáver profanado y juraron que harían lo mismo con quien le sucediera.

Se organizaron, pues, las exequias de Murad sin sus restos mortales. Ese día, Selma, Sabah y Mathilde, vestidas de blanco, se sentaron en un diván del salón. Cada vez que alguien entraba, se levantaban casi al mismo tiempo. Mathilde se arreglaba continuamente el pañuelo que se había puesto en la cabeza y Sabah lloraba. Gruesas lágrimas se deslizaban por su rostro repleto de granos. Estaba al borde de una crisis nerviosa y pedía que la llevaran al pozo. «Quiero ver dónde está mi padre.» Amín la disuadió. «Ahora yo soy tu padre. Siempre podrás contar conmigo.» ¿Qué? ¿Cómo se atrevía a decir eso? Ella no quería que él fuese su padre. Ya nunca más tendría un padre, puesto que el suyo se había ido. Selim, que estaba allí, delante de ella, no podía ser su hermano. Ella no lo quería como a un hermano. Se acercó a él, pegó el rostro contra su torso y, con el pretexto de su pena, lo abrazó.

Selma no habría sabido explicar los sentimientos que la embargaron

durante los días siguientes a la muerte de Murad. Por extraño que pareciera, su marido no había estado nunca tan presente en su vida como entonces. Puesto que estaba muerto y había subido al cielo, se imaginó que lo sabía todo sobre ella. Desde donde él estaba, podía ver el fondo de su corazón, y ella ya no tenía secretos para él. Sabía lo de Selim, e incluso cuando estaba sola, se ponía colorada ante la idea de que se desvelara su intimidad. Muerto, Murad se convirtió en un confidente, casi un amigo, que ya no la juzgaba. Ella se daba cuenta ahora de algo en lo que le había sido imposible reparar mientras vivían juntos. La soledad de aquel hombre. Sus sufrimientos. Su falta de deseo hacia ella, que a ella le convenía, sin hacerle preguntas jamás.

Un día, mientras preparaba la cena de Sabah, le vino un recuerdo. Acababan de instalarse en el piso que Amín había alquilado para ellos y, una noche, unos gritos despertaron a Selma. Al principio, creyó que algo le había sucedido a Sabah. Murad adoraba a la niña y se preocupaba mucho por ella. Se levantó, pasó delante del cuarto de su hija, que dormía tranquila. Entró en el salón y vio a Murad, tumbado en el diván, con el rostro cubierto de sudor. Volvió a gritar, y ella se asustó tanto que estuvo a punto de regresar a su cama. Pero decidió acercarse a él. Su marido parecía uno de esos perros callejeros que sueñan que corren y agitan las patas, tendidos en el suelo. Le tocó el hombro, murmuró: «Despiértate». Murad abrió los ojos desmesuradamente, como un ahogado que resucitara. Selma le dio un vaso de leche caliente, se sentó a su lado y, aquella noche, por primera vez, él se sinceró con ella. Le contó que tenía pesadillas, siempre las mismas. Se perdía en una selva frondosa y sofocante, con la piel devorada por los parásitos que allí pululaban, y a lo lejos oía gritos y el silbido de las balas. Corría desesperado, consciente de haber dejado tras él su honor y a sus compañeros agonizantes. En sus sueños, le llegaba el olor a sangre de los heridos y de los arañazos que las ramas le infligían en la piel de su rostro, todo ello mezclado con el olor del barro. En sus pesadillas, veía el barco sobre el que amontonaban cadáveres y los pueblos desertados donde los enemigos les tendían emboscadas. Oía los gritos desgarradores y esa palabra, *maman*, que él entendía sin conocer la lengua extranjera en la que la pronunciaban. Los hombres, con sus entrañas en las manos, los niños desnudos y abandonados, todos llamaban a sus madres como quien invoca a Jesús o a Alá para que

acuda en su ayuda. Le confesó que no solo sufría esas pesadillas durante la noche, cuando estaba acostado en el diván del salón. Tenía visiones en pleno día, en mitad del campo o en algún sendero. Confundía el ruido de un tractor con el de un carro de combate, y a los infelices campesinos, con los soldados enemigos. En una ocasión, se había puesto a sollozar ruidosamente cuando una nube de pájaros había atacado los árboles frutales, destripando los melocotones. «Yo deserté. Junto con mis hombres, matamos al capitán y huimos. Abandonamos su cuerpo en el campamento y cada cual tiró por un camino. Esa es la verdad. Yo quería salvar el pellejo, y me fui. Partir, no se puede hacer otra cosa.»

Durante varios días, esas palabras obsesionaron a Selma. Ella estaba segura de que, además de un recuerdo, eran un mensaje que Murad le enviaba desde el más allá. Intentaba decirle algo y ello la atormentaba sin entenderlo. «Partir, no se puede hacer otra cosa.»

Aicha era como su padre. Susceptible, violenta. «Hierven como la leche», decía Mathilde, y Aicha se enfadaba, no por la acusación en sí, sino por la idiotez de la expresión. Le recordaba esas sopas lechosas que preparaba Mathilde cuando ella era pequeña, donde flotaban trozos de verduras hervidas, filamentos de nabos que le repugnaban. Al llegar a Estrasburgo, luchó contra su naturaleza, y, siguiendo los consejos de sus padres, intentó ser discreta. «Que no se diga que los árabes no saben comportarse.» Y ella supo comportarse.

Vivió su primer día de prácticas en el hospital y de atención a sus pacientes con una mezcla de excitación y de temor. Pese a que se sabía la teoría y se mostraba infalible cuando se trataba de exponer una patología, temía las preguntas de los enfermos, pues estos querían entender, saberlo todo, aunque no escuchaban lo que ella intentaba explicarles. No la tomaban en serio y, a menudo, al salir de la habitación, tras su visita de la mañana al enfermo, este le preguntaba: «No he visto al doctor, ¿podría usted llamarlo?». Acabó acostumbrándose a que la confundieran con una enfermera, mientras que a los enfermeros a menudo los tomaban por médicos.

Un día, recibió a una paciente que se quejaba de dolores de vientre

y le dijo que había vomitado, a borbotones, una sustancia de color rojo sangre. Aicha pensó en una perforación de úlcera. Prescribió un análisis completo de sangre, mandó que le hicieran una perfusión y se informó sobre la posibilidad de una eventual transfusión, en caso de haber perdido mucha sangre. Cuando fue informado su jefe de servicio por unos enfermeros que se desternillaban de risa, la llamó y en un aparte le dijo: «Lo de estudiar está muy bien, señorita, pero de tanto meter las narices en los libros no ve usted lo que tiene delante. Ahora es la temporada de las fresas, ¿lo sabía usted? Aquí las fresas se toman rebosantes de nata. No se sorprenda si en los próximos días se presentan otros pacientes en plena indigestión». También tuvo que aprender a reconocer los efectos de la falta de higiene diaria, y los del alcoholismo. Acabó acostumbrándose a las mentiras de las chicas jóvenes que llegaban con el pantalón cubierto de sangre, acompañadas de algún familiar que movía la cabeza repitiendo «¡qué vergüenza!».

Lo que más le chocó y despertó en ella un sinfín de preguntas fue el hecho de que sus superiores recomendaran no anunciar a los pacientes graves su muerte cercana. Aconsejaban, a pesar de la realidad, infundir esperanza a los enfermos desahuciados, y eso a Aicha le costaba aceptarlo. No entendía lo que para ella era un engaño, un disimulo o, peor todavía, la ocultación de una información valiosa e irrefutable que el paciente hubiera podido utilizar. En una reunión de servicio, planteó el tema a propósito de una de sus pacientes, que se llamaba Doris, y a la que le había tomado cariño. Tenía un cáncer de pulmón, y unas manchas en la piel aparecidas recientemente revelaban que la enfermedad se había extendido. La enferma preguntaba sin parar si se curaría para Navidad y cuándo podría irse a casa con su marido y su hijo de tres años. Doris murió una noche en que Aicha no estaba en el hospital y, a la mañana siguiente, se cruzó con su marido en el pasillo. Tenía cuarenta años e iba vestido con un jersey azul celeste del que sobresalía el cuello de una camisa a cuadros. Llevaba al menos dos días sin afeitarse y el pelo se le veía grasiento. Aicha recordaría toda su vida, casi palabra por palabra, lo que aquel hombre le dijo, así como su mirada perdida, fija en ella y en el pasillo con las paredes de color salmón. «Disculpe, doctora. Siento molestarla. No querría, de verdad, hacerle perder su tiempo. Solo plantearle una pregunta. ¿Podría decirme de qué murió Doris? ¿Podría usted

explicármelo?» Con la cabeza agachada, Aicha intentó retener las lágrimas que le asomaban a los ojos. Unas lágrimas de compasión, también de rabia, pues era consciente de su culpabilidad por haber mentido. Y el marido seguía hablando: «Discúlpeme, pero no lo entiendo. He intentado recordar las palabras que usted me dijo y las del otro doctor, el señor alto con el pelo canoso. Sé perfectamente que usted ha hecho lo que ha podido y no olvidaré lo amable que ha sido conmigo, aunque me cuesta entender qué ha ocurrido. Incluso ayer usted me prometió que ella pronto se pondría mejor, que iban a probar con un nuevo medicamento del que he olvidado el nombre. Que todo estaba bajo control y que me podía ir a casa para ocuparme de mi hijo. Usted me dijo eso y, sin embargo, cuando he regresado esta mañana, llevando en la bolsa un jersey limpio para Doris, ella ya no estaba en su habitación. Usted ya me lo ha explicado, sé que era grave. Sé también que esas cosas suceden, pero, doctora, necesito que me diga, que me explique por qué mi esposa ha muerto».

¿Sería el contacto con los pacientes? ¿O eran las palabras de Karl Marx las que seguían obsesionándola? En todo caso, algo había cambiado en Aicha. Durante el invierno y la primavera de 1969, surgió dentro de ella un sentimiento de rebeldía, de rabia, de ganas de abrirse al mundo y entenderlo. Le pareció que no podría ejercer su profesión si no sabía de qué estaba hecha la vida y a qué retos se enfrentaba cada cual. En una ocasión, mientras fumaba un cigarrillo en el vestíbulo del hospital con David, este alzó las cejas y sonrió al ver sobresalir del bolsillo de su bata sanitaria un ejemplar de *El segundo sexo*. «¿Tú lees eso?» Aicha, en un tono cortante, contestó: «Pues sí, da la casualidad de que sé leer».

Como antaño, cuando era alumna del colegio de monjas, a veces podía llegar a perder la paciencia. Un día, una chica se dirigió a ella en la cafetería del hospital. Una rubia con el pelo recogido en un moño sofisticado. Tenía un rostro pequeñito y, cuando hablaba, los movimientos de la barbilla y su modo fuerte de respirar hacían pensar en el hocico y los chirridos de una musaraña. Se sentó a comer frente a Aicha y le dijo que ella también era marroquí. En fin, más bien, que había nacido en Marruecos, del que sus padres acabaron yéndose. Ella no recordaba nada, pues se había ido de allí siendo pequeña. Luego, se inclinó sobre su plato de embutidos y

murmuró: «Mi padre me cuenta a menudo sus recuerdos. Dice que en la ciudad había leprosos mendigando». Aicha se la quedó mirando y se echó a reír. Era una risa malvada que desconcertó a la musaraña. «Tú no eres marroquí y no son leprosos lo que tu padre vio. Son gente pobre.»

Quien más la sacaba de quicio y la indignaba era Madame Muller. Sabía que su casera entraba en el estudio cuando ella no estaba. Se imaginaba todo lo que podía hacer aquella alsaciana casi calva. Quizá se acostaba en su cama para respirar el olor que una africana dejaba en las sábanas. Seguramente le registraba el frigorífico, intrigada por saber qué comía la delgaducha de su inquilina, y debía de esbozar una mueca de asco ante las latas de sardinas abiertas y las zanahorias enmohecidas en el fondo del cajón de verduras. Quizá incluso inspeccionaba la taza del váter para comprobar si las africanas dejaban, como le habían contado, marcas negras en el esmalte brillante. Un día, Aicha entró en el estudio y se encontró a Madame Muller sentada en la silla de la cocina. Dio un respingo al ver su cuerpo robusto en la penumbra. La mujer tenía en las manos un clínex que le desplegó en plena cara. Aicha se inclinó y observó algo que parecía un mechón de pelo gris, mojado y cubierto de un residuo viscoso. Madame Muller, con gesto ultrajado, le soltó: «He aquí el motivo de que las tuberías estén atascadas. Con un pelo semejante, de qué extrañarse. ¿En África no le han enseñado a limpiar el baño cuando termina de arreglarse?». Dejó el clínex húmedo en la mesa y se fue dando un portazo.

Durante semanas enteras, Aicha se moría de rabia, tramando planes contra la casera, como ir a llamar a su puerta y decirle en la cara lo que pensaba de ella y de sus intrusiones. Pero jamás encontró valor para ello y, cuando se cruzaba con la anciana en el edificio o en la calle, fingía no verla y no la saludaba. Un día de junio de 1969, hacia las seis de la tarde, Madame Muller se presentó en la puerta del estudio de Aicha y le entregó un sobre. «Tiene usted correspondencia.» Sabía que su casera le abría las cartas. Se imaginaba fácilmente a la gorda de Madame Muller en su casa, agitando los sobres por encima de una cacerola de agua hirviendo. Luego los volvía a pegar sin ningún cuidado, y Aicha no se dejaba engañar. Cogió la carta, no le dijo ni una palabra y cerró la puerta en las narices de la alsaciana.

Se sentó y, con una sonrisa en los labios, ojeó la carta de Monette. Llevaba unos meses viviendo en Casablanca, donde había encontrado un trabajo de secretaria del liceo Muley Abdellah. Durante todo el invierno había enviado a Aicha postales que la hacían soñar y que había pegado en la pared de la cocina, frente a su escritorio. El paseo marítimo de Casablanca, la Corniche, inundada de sol, y unos paseantes vestidos con pantalón de lino de colores claros. La mayor piscina del mundo, con aquel trampolín desde donde saltaban jóvenes a quienes nada parecía asustar. Chicas en biquini tomando el sol en tumbonas de color naranja. Esta vez no era una postal, sino una larga carta cuya letra irregular, que sacaba de quicio a las monjas del colegio de Meknés, reconoció. Le anunciaba su decisión de irse a vivir con Henri. Él había alquilado un bungaló en la playa Sable d'Or, entre Rabat y Casablanca. No tenían intención de casarse y seguirían así, sin preocuparse por el futuro, y con el único deseo de disfrutar de su amor. Su madre estaba furiosa. «Pero se hará a la idea.» Monette también enviaba una foto sobre la que se veían las huellas de los gruesos dedos de Madame Muller. En ella, estaba echada en la arena y adelantaba los brazos como si no quisiera que la fotografiaran. A su alrededor había varias personas sentadas. Dos mujeres jóvenes de piel bronceada y Henri, con un balón entre los pies. Había botellas de cerveza sobre un mantel y, a lo lejos, podían distinguirse la fachada modesta de un hotel y algunas tiendas de lona bajo las cuales los veraneantes se resguardaban del sol. Se despedía diciendo: «Ven a pasar el verano con nosotros. Creo que es el lugar más bello del mundo y que no se puede ser más feliz que aquí».

Una semana después, Aicha se fue de su estudio. Madame Muller la vio meter sus cosas en un coche conducido por un joven de pelo rizado que parecía judío. No se despidió de ella, no le deseó buena suerte. La africana se había ido. Había hecho su equipaje y regresado a su maldito continente. La casera no podía más que alegrarse por ello. Sabía que no le costaría nada encontrar una nueva inquilina. Había muchos estudiantes, y no tardaría ni una semana en encontrar a un candidato decente, mejor si además era alsaciano, cuyos padres pagarían seis meses de alquiler por adelantado. Tendría que hacer obligatoriamente una limpieza a fondo. Abrir las ventanas, poner orden en los armarios. Al día

siguiente de la partida de Aicha, Madame Muller entró en el estudio con un cubo en la mano. Cuando abrió la puerta, la asaltó un olor nauseabundo. Una peste que recordaría hasta el final de sus días como el olor de su humillación. Se tapó la nariz, cruzó el salón y, cuando llegó al dormitorio, encima de la cama de la que Aicha había quitado las sábanas, descubrió, escrito sobre la pared con materia fecal: «Vete a la mierda. Firmado: la Africana».

Karl Marx veía el mundo como una sucesión de escenas donde unos comparsas repetían gestos aprendidos de memoria. Estaba convencido de que un destino buscaba cumplirse a través de él y que no tenía más opción que obedecer. Se reprochaba el no poder disimular esa certidumbre y que lo consideraran arrogante y pretencioso. Su vida, se decía para sus adentros, tendría la densidad, la lógica, la grandeza de una ficción. Sería un personaje y se vería vivir, impaciente por saber lo que le reservaba la siguiente escena. En su mente, se amontonaban las caras de diferentes héroes y, en lugar del suyo, veía el rostro de John Wayne o Marlon Brando.

Se alzaría por encima de los suyos. Tan alto que no podrían alcanzarlo. Por descontado, les enviaría dinero, se las arreglaría para hacerles saber que se había convertido en alguien importante. Pensaba en ello constantemente: ¿qué eres cuando no eres nadie? Su familia no entendía nada sobre el futuro. Vivían en Fez, en las entrañas de la ciudad imperial, paralizados, como ella, en la nostalgia de un esplendor pretérito. Solo satisfacían los deseos inmediatos. Eran lo opuesto a los personajes de las películas, que siempre se encaminaban hacia un objetivo. Que sabían que en un momento dado algo trascendente iba a ocurrir.

Mehdi había crecido en Fez, en un piso pequeño que estaba encima del cine Rex. Su madre, Farida, jamás aceptó que se comprara una entrada, accediera a la sala y se mezclara con los demás espectadores. Decía que era un antro de gamberros y de mujeres de mala vida. Aprendería cosas impropias de su edad. No era bueno para los niños pequeños creer en lo que no existía. Escupía en la acera cuando se fijaba en los carteles en blanco y negro de unas actrices, con labios de terciopelo y larga melena, que la desafiaban.

Desde la casa, se oían las risas de la sala y los ruidos de los disparos en las escenas de acción. En el salón comedor, cuando estaban cenando en silencio, les llegaban las voces impacientes del público, que, en un francés mal hablado, gritaba para que apagaran las luces y empezara el cine: «*Éteindez la lumière*! *Commencez cinéma*!». Los espectadores silbaban a las actrices guapas que aparecían en la pantalla, aplaudían a los vaqueros y abucheaban a los indios. Mehdi

descubrió enseguida que en el cuarto de baño era donde se distinguían mejor los diálogos creados a muchos kilómetros de allí, en las colinas de Hollywood. Eran unos «*oh, mon amour*!» que él repetía con el oído pegado a los azulejos helados. Un día —debía de tener unos doce años—, mientras inspeccionaba en el espejo del baño el primer vello que le había salido en la cara, arrancó uno de los azulejos. Luego otro. Con un destornillador, rascó la pared roída por la humedad hasta perforar un agujero, a través del cual —¡milagro!— se podía ver la pantalla del cine. Al principio, no se lo dijo a nadie. Menos aún a sus dos hermanos, que se habrían peleado para robarle el sitio, le habrían tirado de la camisa y, a pesar del respeto que profesaban a su hermano mayor, lo habrían atosigado con ruegos y súplicas. Durante varios meses, disfrutó de ese placer, de esa delicia, en soledad. Se encerraba durante horas en el cuarto de baño, helado en invierno y sofocante en verano, mirando con un solo ojo las películas clásicas de la Warner y de la Paramount. Las melenas de las mujeres, siempre al descubierto, eran vaporosas bajo el efecto del blanco y negro y de la iluminación de los proyectores. En las calles de las capitales americanas, ellas corrían hacia sus coches, encaramadas a sus zapatos de tacón alto. Besaban a los hombres en unos restaurantes llenos hasta los topes o en la azotea del Empire State Building. Bebían cócteles en unas copas que agarraban con la mano enguantada en seda. Le gustaba ese espectáculo hasta el extremo de no sentir el dolor que le atenazaba la espalda curvada o el hormigueo en las pantorrillas.

Sus hermanos acabaron por enterarse, y, con una voz ronca por los constantes resfriados que cogían en los inviernos de Fez, lo amenazaron con chivarse si no se mostraba generoso. Al principio, Mehdi lo pasó mal. No soportaba la idea de compartir su secreto y se moría de rabia cuando ellos se reían por lo bajo o hacían comentarios vulgares sobre unas actrices veneradas por él. Pero sus hermanos enseguida se aprendieron de memoria los diálogos de las películas y los tres se divertían recitándolos por turnos. Mientras cenaban, de pronto se ponían a interpretar alguna de esas escenas. Mehdi era Humphrey Bogart o Fred Astaire. Siempre asumía el papel principal. Cuando la madre los pillaba, se echaban a reír y hablaban en francés. Farida entonces estallaba de ira, gritando: «¡Basta de hablar francés delante de mí!». Ellos soltaban carcajadas, a pesar del miedo que les inspiraba. «¿No os da vergüenza burlaros

de vuestra propia madre?» Le daba una bofetada a cada uno. Para hacerla enfadar, Mehdi recitaba versos de Ronsard. Con voz trémula declamaba «*mignonne allons voir si la rose*…», y Farida lo perseguía hasta por las escaleras del edificio. No soportaba la sonoridad de aquella lengua. Esas sílabas incomprensibles hablaban de su desgracia, de su impotencia. Revelaban la dominación de su pueblo y su incultura de mujer.

Un día, mientras Mehdi llevaba casi una hora encerrado en el cuarto de baño, Farida se puso hecha una furia, golpeando la puerta. Él gritó en francés «*laisse-moi tranquille*» y se echó a reír. Farida siguió golpeando con todas sus fuerzas la puerta cuya madera estaba medio podrida por la humedad, con sus grueso puños y a patadas, y la puerta cedió. Lo agarró por el cuello de la camisa, lo tiró al suelo y, despacio, pegó el ojo al agujero. Se sobresaltó, repitiendo «¡que Dios nos proteja de Satán!», «*ia latif, ia latif*». Por aquella mirilla, vio a una mujer rubia con los labios pintados. Una mujer sentada en un sillón, en una casa en penumbra, cruzaba sus piernas desnudas. Apuntaba con un revólver a un hombre vestido con sombrero y gabardina. Farida no se lo habría confesado a nadie: si no hubiera estado allí su hijo, el idiota de su hijo tirado en el suelo, se habría quedado un ratito más, para saber qué iba a ocurrirle a la rubia. Pero se dio la vuelta y dio dos bofetadas a Mehdi, que se protegía la cara con los brazos. Se oyó una risa y un disparo.

*

Incluso con veinticuatro años, Mehdi a veces se despertaba sobresaltado, con la frente cubierta de sudor, pensando en su madre. Había conservado de ella el recuerdo de una mujer de ojos hundidos, con expresión atontada y la piel de color tabaco. Podía entrar en un estado de ira ciega por cualquier cosa y empezaba a golpear, para no oír, para no sufrir. Pegaba a sus hijos. Desde que tuvo un accidente en el que se había fracturado los huesos, se volvió adicta a la morfina. Todo el mundo fingía ignorarlo. De noche, huía por las azoteas. Se la podía ver caminar sobre los tejados, vestida con una chilaba de colores vivos y la melena suelta. Por las calles, iluminadas únicamente con enormes bloques de cera que las familias colocaban delante de la puerta de sus casas, se cruzaba con

hombres que regresaban del *hamam* con una toalla blanca alrededor de la cabeza y la piel todavía exhalando vapor. Farida ni siquiera los veía. Caminaba restregándose las manos frenéticamente en la chilaba. Se apresuraba para ir al encuentro del farmacéutico, que temía su llegada. Incluso había empezado a cerrar antes de la hora con la esperanza de que ella eligiese otra farmacia fuera de la ciudad vieja. «Que vaya a comprar al comercio de algún brujo», pensaba, «y que me deje en paz». Pero Farida regresaba, una y otra vez, sudorosa y resuelta. Golpeaba en el cristal del escaparate. Sabía muy bien que el farmacéutico la oía, puesto que vivía en el piso de arriba. Sabía también que le abriría la puerta, porque el viejo temía el escándalo y porque se apiadaba de ella. Acababa bajando de su casa y, refunfuñando, levantaba el cierre metálico, jurando que sería la última vez. Invocaba a Dios y suplicaba a Farida que recapacitase, en el nombre de la decencia, por su salvación, por sus hijos. Ella no le hacía caso. El cierre metálico ya estaba levantado. Pronto cumpliría su objetivo. El farmacéutico se dirigía a la trastienda. Ella oía el ruido de los pequeños tubos de cristal, y la invadía una especie de bienestar. El farmacéutico hablaba y ella solo sentía su boca fangosa, esa boca que le parecía estar llena de sudor.

Mehdi era un niño despierto y curioso, adorado por su padre. El viejo Mohamed, que trabajaba de mayordomo en la casa de un rico francés, se había empeñado en matricularlo en la escuela europea para que luego entrase en el liceo mixto. Pidió ayuda a su patrón y este, después de conocer al joven prodigio, aceptó. Farida reprocharía siempre a su marido el haber lanzado a su hijo a los brazos de los franceses. «Lo vas a convertir en un extraño en su propia casa.» Años después, Mehdi no tuvo más remedio que admitir que su madre no se había equivocado.

Tenía once años cuando llegó la independencia. Como los demás escolares, había asistido a las concentraciones de la muchedumbre, a las explosiones de alegría con motivo del regreso del rey del exilio, y se sentía orgulloso de su país y de la soberanía recuperada. Sus sentimientos por los franceses eran ambivalentes. Ante sus compañeros de clase, fingía odiar a los blancos, a los cristianos, a aquellos horribles imperialistas. Los cubría de insultos y afirmaba que, si aprendía su lengua, sus leyes y su historia, era en realidad

para emanciparse mejor de ellos. Para atraparlos en su mismo juego, como explicaban en esa época los nacionalistas. En realidad, sentía por ellos una admiración llena de envidia y pensaba que su vida solo tenía un objetivo: ser como ellos.

Cuando entró en la enseñanza secundaria, a finales de los años cincuenta, a veces conseguía ganar un poco de dinero haciendo de guía para los turistas en busca de exotismo. Encontraban divertido al morito de frente abombada, de gafas de cristales gruesos, que se conocía tan bien las callejuelas de la medina. En un tono pedante, los advertía: «Sin guía, os perderíais. La ciudad ha sido diseñada con este fin. Para cerrarse como una trampa sobre los extranjeros, los invasores». Los turistas lo seguían obedientemente. Se sobresaltaban al ver los rostros ajados de los artesanos, se asustaban con los gritos de los hombres, quienes, tirando de un burro o de una carreta tambaleante, los apartaban con violencia contra la pared. Se estremecían al ver a los inválidos sin piernas, a los enanos, a los ciegos con sus chilabas de lana pardas agarrando un bastón nudoso y un pequeño cuenco de metal donde sonaba alguna moneda. Muy pocos guardaban silencio ante la belleza de esas callejuelas rebosantes de gente que encontraba el medio de dejar pasar las mulas acarreando montones de lana teñida de color rosa o azul añil. Mehdi corría, saltaba por encima de los charcos y las boñigas, se las arreglaba para desaparecer de la vista de los turistas y disfrutaba con el perfume del terror que llegaba hasta él. Quería dar la impresión de que la ciudad le pertenecía y que todos sus habitantes lo conocían y estimaban. Sobreactuaba ante los vendedores de verduras o de aceitunas, interpretando una complicidad de viejos compañeros de viaje. Les contaba patrañas, leyendas del pasado, sin preocuparse jamás de su veracidad. Se quedarían satisfechos con lo gastado, esos turistas que sudaban bajo sus abrigos de lana, que caminaban atentos a sus zapatos, temerosos de mancharlos de barro.

Él se sabía mejor que aquellos franceses de Limoges o de Orleans la historia y la geografía de Francia. Y para ellos inventaba unos mitos extraordinarios. Al principio, los viejos comerciantes de Fez habían acogido mal a aquel chico feo, de piernas flacas, que los hacía desenrollar las alfombras o desplegar los pufs de cuero. No les gustaba que un niñato los interrumpiese y cuestionase esa

charlatanería tan eficaz que les había costado toda una vida inventar. Pero el pequeño Mehdi resultó ser un vendedor fuera de serie. Les demostró algo de lo que ellos no habían tenido conciencia hasta entonces: no bastaba con alabar la calidad de las lanas, la suavidad del cuero, la finura de los bordados. Además de eso, había que narrar una historia. «Esto no es solo una alfombra», contaba ante los turistas pasmados, «sino lo que queda de la mansión de un antiguo bajá, muerto en un enfrentamiento entre cabilas». En breve, en algún salón de Limoges o de Orleans, uno de esos viajeros invitaría a sus amigos a compartir una copa de vino y la historia de aquella alfombra y del bajá derrotado.

Los turistas le hacían preguntas. Querían saber más cosas de él, entender por qué no tenía ningún acento —«si cierro los ojos, podría creer que eres francés»—, cómo conocía todas esas historias. Entonces se contaba a sí mismo, su infancia luchando en medio de la miseria y la mugre, se convertía en héroe o, más bien, ofrecía la imagen —para esos turistas, sobre todo para las mujeres— que ellos esperaban de él. La del niño salvaje que se civiliza al amparo de la presencia extranjera. La de un superdotado perdido en el limbo de la mediocridad y la barbarie. Las mujeres, tras lanzar una mirada lacrimosa a sus maridos, se dirigían a Mehdi. Formulaban promesas. Las de escribirle, enviarle a veces un libro o dinero, ocuparse de él cuando tuviera la edad de extirparse de este país y, por qué no, de irse a estudiar a Francia. Le contaban que existían árabes excepcionales, que se sentaban en los bancos de las universidades francesas. Que tenía que ser un buen chico, aplicado y voluntarioso, si quería que un día se realizase ese sueño. Mehdi les daba las gracias sin sentirse en ningún momento sometido a ellos. Bajo su disfraz, el de la pobreza y la infancia —que para él eran una única y misma cosa—, los observaba con la mirada del hombre en el que se convertiría más adelante, y, en ningún momento, se había dejado engañar por la mediocridad de aquellos turistas.

De todos modos, a veces no conseguía sonreír ni interpretar su papel. La condescendencia de aquellos extranjeros lo irritaba, y respondía con sequedad a sus preguntas. Conteniéndose, escuchaba sus comentarios bobos sobre la suciedad y la miseria, sobre el atraso de su gente. Entonces le entraban ganas de decepcionarlos, o, más bien, de confirmar —a través de su odio, su violencia, su mala

educación— que él era exactamente lo que pensaban de él. Quería confirmar esa pesadilla. A una niña con trencitas y vestida con un abrigo de lana de color verde botella que estaba mirando con asco las cubas de los curtidores de pieles, le murmuró: «Ten cuidado, niña, no te vaya a comer algún moro». Ella gritó y fue a refugiarse en las faldas de su madre, que concluyó: «Este espectáculo no es para los pequeños. Mi niña es muy impresionable». No pareció haber notado que Mehdi era apenas algo mayor que su hija y que se había sentado, sonriente, en la barandilla de un balcón por encima de las cubas llenas de excrementos de palomas.

Allí, sobre los ochenta kilómetros de costa que separaban Casablanca de Rabat, el mariscal Lyautey había albergado el sueño de construir una California francesa. Pensaba que el océano daría a este país su fuerza, su fortuna. Le sorprendía que sus habitantes hubieran vivido durante tanto tiempo de espaldas al mar. Hizo de Rabat su capital, devolviendo a la prestigiosa Fez al pasado. En el lugar de la pequeña ciudad portuaria que era Casablanca, su ambición fue construir el escaparate del Marruecos moderno. Un Marruecos donde los habitantes se ocuparían de ganar dinero y de disfrutar de los placeres de la vida. Un Marruecos bastante alejado del de las ciudades imperiales, de las medinas asfixiantes y sus casas de paredes sin ventanas tras las cuales familias enteras vivían como conservadas en la salmuera de las tradiciones. No. Aquí, a orillas del océano, él erigiría una ciudad para los conquistadores, los pioneros, los hombres de negocios, las mujeres con ganas de divertirse y los turistas en busca de exotismo. Una ciudad de obreros y de millonarios, con anchas avenidas plantadas de palmeras, con restaurantes, salas de cine e inmuebles *art déco* de una blancura inmaculada. Aquí, los mejores arquitectos de la metrópolis harían brotar de la tierra edificios de hormigón con ascensor, calefacción central y garaje. Una ciudad de decorado cinematográfico, bañada de luz amarilla, donde los transeúntes interpretarían el guion escrito para ellos. Se acabaron los bajás panzudos, los sultanes perezosos, las mujeres encerradas en palacios húmedos y saliendo a la calle tapadas con jaiques. Se acabaron las guerras tribales, las hambrunas de los campesinos, todo ese pudor y ese retraso que habían prosperado al amparo de las montañas. La

carretera de la costa sería la nueva frontera y todos los ambiciosos soñarían con su conquista del Oeste.

*

En julio de 1969, Henri y Monette recibieron a Aicha en el bungaló que alquilaban en la playa Sable d'Or. La casa estaba rodeada de un jardincito de césped amarilleado por el sol y se prolongaba, por la parte trasera, en una amplia terraza y luego la playa. El salón, donde reinaba un desorden increíble, daba a una estrecha cocina. Cerca de la puerta de entrada, que siempre estaba abierta, se amontonaban pares de zapatos llenos de arena, cestos de mimbre, montones de toallas húmedas que olían a moho. Frente a los dos divanes, la mesa baja estaba llena de revistas, libros y conchas de la playa. Un gato dormía en un sillón. Otro, que Monette había recogido frente a la tienda de alimentación de la esquina, se había instalado en el alféizar de una ventana. «Ni se te ocurra acercarte a ellos», avisó a Aicha el día de su llegada, «son gatos salvajes y no se dejan acariciar». A pesar de la anarquía que allí reinaba, o quizá gracias a esta, el lugar desprendía una atmósfera acogedora, agradable, y al entrar allí te olvidabas de las encorsetadas normas de convivencia habituales. Aquella casa era una llamada a la distensión, al placer y a la levedad. Detrás de la cocina, una escalera de cemento conducía al primer piso, donde había un dormitorio grande para la pareja y otro, más pequeño, para los invitados que estaban de paso. Este era exiguo, un simple diván hacía las veces de cama. «No te preocupes», le dijo Monette, «aquí vivimos sobre todo afuera». Cuando Aicha se despertó el primer día, se incorporó en la cama y miró por la ventana. A través de una espesa bruma, asomaba un sol blanco. La playa parecía atrapada en una inmensa telaraña que unas siluetas confusas y temibles rasgaban a veces, arrastrando tras ellas unas barcas con la pintura desconchada. Monette llamó suavemente a la puerta. «¿Estás despierta? Oí un ruido.» Llevaba una camisa ligera y se deslizó en la cama, pegando sus pies helados a las pantorrillas de su amiga. «No cabemos las dos, la cama es muy pequeña», protestó Aicha. Pero se quedaron allí, apretadas la una contra la otra, y murmuraban, como en la época en la que, al fondo de la clase, se contaban secretos temiendo los golpes de la vara de la monja. Monette le habló de Henri, de sus cualidades, con un fervor que emocionó a Aicha.

Evocó también su trabajo en el liceo. Cómo las chicas se escondían para fumar y cómo se aprendían de memoria el diccionario de francés. «La policía nos pide que vigilemos a los alumnos, que les hagamos fotos. Solo son unos críos, ¿a quién harían daño?»

La mañana la pasaron holgazaneando en el salón. Bebieron café y dejaron las tazas en la pila de la cocina llena de cacharros sucios. Luego la bruma se disipó y apareció el cielo, de un azul imposible, jamás visto. Había absorbido todo el azul del mundo, y al océano solo le quedó el verde y el gris. Aicha salió a la terraza, y la luz le hirió en los ojos. La arena parecía hecha de minúsculos fragmentos de cobre sobre los que el sol se reflejaba al infinito. Hacia mediodía, un pescador llamó a la puerta y presentó su pesca del día: sardinas, salmonetes y una bella dorada que Monette asó en el jardín sobre un fuego de carbón de leña. Comieron a las tres de la tarde, en la terraza, frente a una playa desierta. Henri las observaba comer el pescado con las manos y reírse de tonterías, como unas colegialas. «Esto es distinto del colegio de monjas, ¿no?»

En los primeros días, no vieron a nadie. Durante la semana, los demás bungalós estaban cerrados y las paredes de madera crujían con el viento. A unas cuantas calles de allí, una tienda de alimentación vendía verduras y latas de conserva, y había algunos puestos de pinchitos y *keftas*. Por la tarde, mientras Henri preparaba sus clases en la terraza, las dos nadaban en el océano helado. Se tendían en la arena, fumaban cigarrillos con sabor a sal y se quedaban dormidas, como niñas pequeñas, con la cabeza hundida en el brazo doblado. Enseguida corrió el rumor de que una médica estaba de vacaciones, alojada en uno de los bungalós. Justo al día siguiente de la llegada de Aicha, unas personas se presentaron para que las curara. El tendero llevó a su hija por un dolor de oídos. El guardacoches del aparcamiento le pidió medicinas para el asma que padecía. Pero fue Aicha la que insistió en examinar la herida que tenía el pescador en un pie, que no cicatrizaba. La desinfectó, le puso un apósito y le explicó: «No puedes mojarte el pie durante al menos una semana». El hombre se echó a reír y dio una palmada: «¿Y cómo trabajo yo, si no puedo meter el pie en el agua?».

Al final del día, el cielo se teñía de naranja y malva. El océano se calmaba, dispuesto a tragarse el sol. Las olas ya no rompían en la

orilla, se dejaban morir lentamente, casi en silencio, rozando la arena como el dobladillo de un vestido largo de seda. El crepúsculo actuaba como un sortilegio sobre la naturaleza y los hombres. Los niños bostezaban. Alguno se quedaba dormido sobre los muslos desnudos de su madre. Las chicas se acurrucaban en los brazos de sus enamorados y, juntos, contemplaban el horizonte con el rostro inundado por la luz rojiza, como sorprendidos en medio de un incendio. A esa hora, el viento que se levantaba cubría las risas, las voces, y provocaba escalofríos a los nadadores que seguían en bañador. La arena adquiría el color del oro fundido y en la melena de las chicas lánguidas resaltaban algunos mechones rubios. Entonces la luz lo embellecía todo. Borraba el cansancio y la preocupación de las caras, adornando con dulzura las más siniestras. Era a esa hora, la más bella de todas, cuando llegaban los amigos de Rabat y de Casablanca. De viernes a domingo, el bungaló estaba invadido y zumbaban las risas, la música y las acaloradas conversaciones. En la carretera de la costa, se circulaba con los parachoques pegaditos unos a otros. Los campesinos de los alrededores observaban, estupefactos, el desfile de coches que se dirigían a las playas, con las sombrillas plegadas asomando por las ventanillas.

A lo largo de los ochenta kilómetros de costa se concentraban la Corte y la burguesía capitalista. Esa franja de tierra acogía las idas y venidas de una élite que, desde hacía algunos años, había tomado gusto a los baños de mar, a las tardecitas al sol, a los clubes privados con piscina. Iban de Rabat a Sjirat, de la playa Sable d'Or a la de Buznika, del casino de Fedala a la Corniche de Casablanca. Restaurantes regentados por españoles o franceses servían pescado a la brasa que los clientes comían con las manos, acompañado de un vaso de vino fuerte que inducía a echarse una siesta. En aquellas terrazas flotaba un olor a ajo asado, a pescado frito o a cáscara de limón. En el interior se oían risas, música de jazz o canciones francesas cuyas letras se sabían los clientes.

Si un extraño hubiera entrado en aquel bungaló durante alguna de las noches del verano de 1969, se habría sorprendido sin duda al ver reunido bajo un mismo techo a un grupo tan heteróclito. Todo tipo de ejemplares rodeaban a Henri y a Monette. Algunos eran asiduos de Palacio, otros salían de no se sabía dónde y no tenían ni

clan, ni apoyo, ni dinero. Un líder de un sindicato de estudiantes, casado con una librera de la región de Lille, charlaba con el hijo de un rico industrial casablanqués, con un estudiante judío propalestino o con un joven genio de las matemáticas originario de Sidi Kacem. Hombres que se movían en los círculos del poder brindaban con los que querían derrocarlos. Estudiantes de clase media, hijos de artesanos o de pequeños comerciantes, se imaginaban convertidos algún día en ministros y mandando construirse una casa con piscina en los mejores barrios de Rabat. A todos los unía algo, aún excepcional en ese país nuevo: habían hecho una carrera universitaria y ello les daba derecho a soñar con un radiante porvenir.

En una de las veladas, Aicha conoció a Ahmed, un buen amigo de la pareja, que la saludó con un besamanos muy ceremonioso y se presentó a sí mismo. Tenía unos cuarenta años y un título de ingeniero de una gran escuela de París. Al regresar a Marruecos, había sido contratado por el Ministerio de Economía. Nacido en Fez, hijo de un comerciante analfabeto, Ahmed contó que había conseguido una beca gracias a los nacionalistas. «El día que me fui de casa, aún llevaba el *guern*, esa trenza que se dejaban los chicos en la coronilla, con el resto del cráneo rapado al cero. Iba vestido con unos viejos zaragüelles y una camisa de lino. Al llegar a Rabat para tomar el tren y luego el barco, cogí algo de mis ahorros y entré en una peluquería. Luego me compré ropa nueva. En apenas algo más de un cuarto de hora, había ingresado en el mundo moderno.»

Henri tenía pocas chicas entre sus estudiantes. Aicha reconoció enseguida a Ronit como una del grupo de la fotografía que Monette le había enviado. Aunque era bajita y menuda, en cuanto entraba en un lugar lo llenaba con su presencia, atraía la atención de los hombres. Era guapa, desde luego, con el rostro bronceado, los ojos grises, unas pestañas postizas y el pelo largo, que se peinaba hacia atrás en una cola de caballo que le caía hasta la mitad de la espalda. Pero lo que seducía en ella era su seguridad, su sentido del humor, su manera de chasquear los dedos, guiñar un ojo, sonreír de lado. Ronit era de familia judía, muy ortodoxa y rígida, del *mellah* de Fez. Había huido de su casa a los dieciséis años, dejando a sus padres hundidos por el escándalo, y había encontrado refugio en casa de unos primos de Esauira antes de establecerse en Casablanca. Vivía

con su hermano, encima de un garaje, y aunque todos sabían que carecía de medios y que tenía pequeños empleos, jamás se quejaba y pagaba rigurosamente las rondas de bebidas cuando le tocaba. Se vestía de un modo que impresionó a Aicha. Conseguía caftanes usados, los acortaba y luego utilizaba como cinturón gruesas tiras de cuero. Calzaba sandalias de rafia, como las campesinas rifeñas, y Aicha pensó que jamás había visto a una mujer tan elegante. Ronit odiaba a los marxistas, a los que acusaba de obcecados y de cómplices de los crímenes de Stalin y de Mao. Se metía sobre todo con Abdellah y su pandilla de amigos melenudos. Abdellah era de Salé, tenía unos ojos verdes y aseguraba que un antepasado suyo había sido corsario y había raptado a una islandesa con la que después se había casado. Llevaba vaqueros de pata de elefante muy ceñidos en los muslos y botines de cuero de color granate por los que sentía la misma devoción que por el retrato del Che, colgado en la cabecera de su cama. Ronit se burlaba constantemente de él. «¿Crees que podremos seguir viviendo así cuando tus amigos comunistas tomen el poder? ¡Venga, hombre, ve a hacer la revolución lejos de aquí!» Todos pensaban que Ronit y Abdellah se acostaban juntos. Por la noche, cuando caía el rocío y los amigos se juntaban en pequeños grupos debajo de una manta, Ronit y Abdellah se aislaban en un rincón del jardín y se podían oír las risas de él por las bromas de Ronit. Él la adoraba.

Ronit colocó tres cuencos en la encimera de la cocina. Echó dentro unas aceitunas, unas rodajas de pepino y unos cacahuetes tostados aún templados cuya piel, muy salada, producía ardor de estómago. En la terraza, los chicos sacaban latas de cerveza de una neverita portátil y aspiraban la espuma que desbordaba y les chorreaba por la barbilla. «Mira esos hipócritas», le dijo a Aicha, «defienden la emancipación de las mujeres y alegan que ellos no son como sus padres. Apuesto lo que quieras a que una vez casados pedirán a su esposa que guarde sus títulos universitarios en un cajón y vuelva a ser una buena ama de casa».

«—¡Que alguien nos eche una mano! —gritó Ronit ante la indiferencia general—. Tú eres médica, ¿no? —preguntó a Aicha, que estaba cortando finas rodajas de un salchichón que había traído de Alsacia—. ¿Es verdad lo que dicen sobre la píldora?

—¿Qué dicen?

—Pues ya sabes. Que provoca la caída del cabello, todo tipo de cánceres e incluso esterilidad.

—Considero que no es cierto desde el punto de vista científico.

—¿Tú la tomas?

—¿El qué, la píldora?

—Si dices que no es perjudicial, ¿por qué no la tomas?»

Ronit no esperó la respuesta de Aicha. Abdellah se había acercado a la encimera de la cocina y, a la vez que mordisqueaba una rodaja de salchichón, provocó a Henri:

«—A ver, tú, ¿sabes que Roland Barthes viene a dar clases a Rabat?

—Todo el mundo lo sabe —respondió Henri—. En la facultad no se habla de otra cosa.

—¡El país está al borde de la revolución, el pueblo vive en la miseria y Monsieur Roland Barthes va a hacernos el honor de enseñarnos a Proust y a Racine! Por favor, ¿qué les importará a los marroquíes el tal Proust? Llevamos vuestra ropa, escuchamos vuestra música, vemos vuestras películas. En los cafés de Casablanca, los jóvenes leen *Le Monde* y apuestan a las carreras de caballos de los hipódromos de París. ¿Cuándo entenderemos de una vez que debemos desarrollar nuestra propia personalidad, conocer nuestra propia cultura, tomar las riendas de nuestro destino?

—¿Qué prefieres, entonces? —Ahmed replicó a Abdellah—. ¡No me digas que tú eres como esos del partido Istiqlal que reclaman la enseñanza en las madrazas coránicas, la arabización total y el retorno a las tradiciones que no son más que folclore para turistas!

—No pongas en mi boca lo que no he dicho. Es verdad que el poder no ve interés alguno en educar a las masas. Mientras los cooperantes franceses se encarguen de enseñar en nuestras facultades, los estudiantes recibirán un saber colonial y burgués que los conducirá a defender sus intereses de clase. No me estoy

refiriendo a ti, Henri. Tú eres diferente. Pero reconoce que tus colegas cooperantes vienen aquí atraídos por el pan cotidiano en dírhams marroquíes.

—Creo que estás siendo un poco injusto —contestó el anfitrión a Abdellah—. Estamos aquí para poner nuestros conocimientos a disposición de Marruecos y para ayudar a formar a su futura élite, que cogerá las riendas del país.

—¡Élite, no me hagas reír! Este país fabrica cada año millones de analfabetos para arar el campo, limpiar las aceras de las ciudades, agarrar un fusil. La élite, como tú dices, tiene una responsabilidad. ¡Debemos lanzarnos a asaltar las fábricas, organizar clases nocturnas, contribuir a la concienciación de las masas!»

Ronit se puso de pie sobre la encimera. «¿No ves que nos estás aguando la fiesta con tus arengas? ¡Venga, vayamos a una discoteca! ¡Me apetece bailar!»

Y todas las noches iban a las discotecas de la costa. A veces llegaban hasta la Corniche de Casablanca y bailaban en algunos de los clubes donde quince años atrás unos carteles indicaban: «Prohibida la entrada a marroquíes». Junto a la mayor piscina del mundo, las chicas en biquini participaban en concursos de belleza donde eran nombradas Miss Tahití o Miss Acapulco. La pandilla asistía a conciertos de música que se inspiraban en las estrellas yeyé francesas o en los grandes cantantes americanos. Los intérpretes marroquíes se peinaban con gomina el pelo crespo hacia atrás y alquilaban chaquetas con lentejuelas en alguna tienda del barrio de Maarif. Durante toda la noche, en las discotecas Le Balcon, Le Tube o La Notte, el grupito de amigos bailaba al son de Elvis Presley y The Platters, y se agarraban bien a sus parejas cuando sonaba alguna lenta con la voz de Gilbert Bécaud. De madrugada, caminaban hacia un puesto donde un viejo freía *esfench* y ensartaba aquellos deliciosos buñuelos en un cordel, tras espolvorearlos con azúcar. Se los zampaban encantados, chupándose los dedos y con los labios cubiertos de aceite.

Aicha no bailaba ni daba caladas a los canutos de hachís que circulaban de mano en mano y enrojecían los ojos. Se mantenía a menudo apartada y pensaba en Karl Marx. Desde su llegada al

bungaló, él no había aparecido. Cada día, albergaba la esperanza de verlo entrar o divisar su silueta a lo lejos en la playa. Se le aceleraba el corazón cuando creía reconocerlo, pero aquella barba o aquellos pelos largos no eran los suyos, y los ojos se le llenaban de lágrimas por la decepción. Pensó que Henri se había enfadado con él o que se había marchado para dedicarse a escribir y que no lo volvería a ver nunca más. Por la noche, cuando el viento soplaba en la ventana y el frío penetraba en el dormitorio, se imaginaba que quizá estaba detenido o había desaparecido. Desde que había llegado, no dejaba de oír historias de secuestros, conspiraciones y detenciones. Se preguntaba si Mehdi estaría metido en ese tipo de cosas.

Un día, cuando los tres estaban acabando de comer, Henri se levantó y les dijo que pasaría la tarde en Rabat para hacer algunas compras y unas llamadas de teléfono. Desde que se habían instalado en Sable d'Or, había intentado sin éxito que le pusieran una línea. «Quizá pase a ver a Mehdi. ¿Recuerdas a Karl Marx?», le preguntó a Aicha. «Yo fui quien le puso ese mote.»

Aicha alzó hacia él unos ojos ardientes. Habría deseado preguntarle miles de cosas. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no venía a verlos? ¿Qué tal le iba todo? Pero se limitó a contestar:

«—Sí, tengo un vago recuerdo de él.

—Ha aceptado un puesto de profesor asistente en la facultad de Rabat. Se lo desaconsejé. Con tantas huelgas, se ha vuelto casi imposible trabajar en la universidad. Gracias a sus títulos universitarios podría haber optado a un puesto importante en la Administración. Sin embargo, se ha empeñado en escribir una obra sobre las consecuencias psicológicas del subdesarrollo. Si se cree que le van a dar el Premio Nobel de Economía, va muy desencaminado.»

Esa tarde, mientras iba en su coche en dirección a la capital, Henri recordó que estuvo a punto de irse de Marruecos en 1965, solo unos meses después de su llegada. Había hecho el equipaje y llamado al decano de la facultad para informarle de que no era lo que él había

venido buscando. Había huido de su exmujer, de una familia y unos amigos con los que no estaba a gusto. De una vida gris y sin alma que ya no palpitaba, que le transmitía la impresión de haber ingresado por adelantado en el corredor de la decrepitud. Él no había dejado atrás todo eso para encontrarse en medio de un país en llamas, un país donde sus propios alumnos podían caer muertos ante sus ojos. Hoy no se arrepentía de su decisión. Si se hubiera empeñado en marcharse y tomar aquel avión que tenía previsto, no habría conocido a Monette, ni el bungaló, ni esta vida que para él era la más dichosa y bella a la que uno puede aspirar. Y, precisamente, esa felicidad, esa buena vida, era la que a veces le parecía obscena, inadecuada. Pues, tras la inmensa alegría, tras la levedad de esa existencia, en una costa fría donde el sol quemaba, percibía la sensación de miedo y asfixia de la gente.

Le obsesionaba el recuerdo de aquellos días de 1965 en los que cientos de escolares habían salido a las calles de Casablanca para protestar por una circular que prohibía a los chicos de más de dieciséis años acceder al segundo ciclo de la enseñanza secundaria. En esa época él vivía en el centro de la ciudad, en el barrio Gauthier. Los había visto cruzar por las avenidas inundadas de sol y caminar hasta el barrio obrero de Derb Sultan. Algunos chicos llevaban a las chicas a hombros. Gritaban: «¡Queremos aprender!», «¡Hassan II, lárgate, Marruecos no te pertenece!», «¡Pan, trabajo y escuelas!». Los padres se habían unido a ellos, y también los parados y los habitantes de los barrios de chabolas, y habían levantado barricadas e incendiado algunos edificios. Al día siguiente, Henri había pasado por delante de la comisaría central, donde un grupo de padres, con el rostro marcado por la preocupación, mendigaban noticias de sus hijos desaparecidos. Apoyados contra las murallas de la nueva medina, unos soldados apuntaban con sus armas a unos escolares que tenían las manos cruzadas en la espalda. Todavía resonaba en su mente el ruido de los disparos, del estallido de morteros, de las sirenas de las ambulancias, y, sobre todo, de las aspas de un helicóptero, desde donde —según dijeron— el general Ufkir disparaba directamente a la muchedumbre. En los días siguientes, Henri había visto huellas de sangre en las calles de Casablanca y pensó que el poder enviaba un aviso a los ciudadanos. Aquí se dispara incluso contra los niños, el orden no se negocia. El 29 de marzo, Hassan II había hecho estas

declaraciones: «No hay peligro más grave para el Estado que el de los supuestos intelectuales. Más os habría valido ser unos iletrados». Esa era, pues, la consigna.

Zippo era un amazigh de ojos grises, alto y con un cuello ancho como el de un toro, que regentaba el Océan, el restaurante más hermoso de toda la costa de Rabat. El apodo venía del mechero que toqueteaba todo el rato. No dejaba de abrirlo y cerrarlo, y sus manos estaban impregnadas de un fuerte olor a petróleo. Se lo habían regalado en los años cincuenta unos soldados americanos de la base de Kenitra. «Unos tíos estupendos, con los dientes tan blancos que parecían postizos. Jamás vi a unos hombres tan apuestos, tan fuertes. ¡De verdad! ¡Qué impresionante, Estados Unidos!» A los soldados les había caído bien. Le hacían escuchar discos que recibían una semana después de salir al mercado. De Elvis y de Bill Haley, con cuyos ritmos el joven Zippo se ponía a bailar, y los militares se partían de risa.

A menudo, decía: «Doy gracias a Dios por no haber tenido estudios». Estaba convencido de que demasiados conocimientos complicaban la vida. Atribuía a su instinto su brillante éxito financiero. ¿Qué necesidad tenía él de sentarse en los bancos de la universidad para gestionar su pequeño restaurante y la discoteca contigua a este? La palabra clave era: la música. En el Océan, el *jukebox* funcionaba toda la noche, y lo más alto posible. La música incitaba a los jóvenes a bailar, el baile daba sed y pedían cervezas en la barra. Así de sencillo. Zippo se pasaba la velada combatiendo el letargo de sus clientes. Se dirigía a las mesas donde unas pandillas de chicos, tímidos y con el cutis lleno de granos, observaban la pista en silencio, bebiendo lentamente una botella de Coca-Cola. Los animaba a envalentonarse, a aprovechar su juventud, a invitar a las chicas, que se reían entre sí. Vigilaba la puerta y estaba atento para evitar las peleas que solían desatarse a partir de medianoche. Según él, los marroquíes no aguantaban bien el alcohol. Tenían la maldita costumbre de lanzarse sobre las guapas españolas cuyos hermanos les soltaban puñetazos en la cara. «¿No queríais la independencia? Pues id a cazar a vuestras tierras y dejad en paz a nuestras mujeres.»

El 10 de julio de 1969, Henri, Monette, Aicha y toda la pandilla se habían citado en la terraza del Océan. Monette convenció a su amiga para que se pusiera un vestido blanco de muselina, muy ceñido. Le dijo que debía resaltar su delgadez y le prestó un manojo de pulseras y un anillo, que le quedaba grande y que Aicha temía perder. Se recogió el pelo hacia atrás, dejando al descubierto su rostro bronceado por el sol. Durante la cena, Monette le hizo beber ron con Coca-Cola y le aseguró que no tenía nada que temer de la embriaguez que empezaba a apoderarse de ella, coloreando sus mejillas. Cenaron gambas al pilpil, pescado a la plancha, ensalada de tomate y pimiento espolvoreados con comino. Les costaba oírse unos a otros debido al volumen de la música, así que se levantaron y se lanzaron a la pista. Fue entonces cuando Aicha lo vio.

Mehdi estaba bailando en medio del gentío.

Para entender a Mehdi había que verlo bailar. Sus gestos, sus movimientos eran una extraña mezcla de dominio y de desparpajo. Parecía abandonarse al ritmo de la música, dejarse invadir y guiar por ella, como una marioneta que adquiriera vida bajo las manos del titiritero. Cerraba los ojos, apoyaba los brazos en su pecho, con los puños cerrados, y el resto del mundo le era indiferente. Luego abría los ojos y lanzaba una mirada de desafío a los que allí bailaban. «Admirad lo que sé hacer», parecía decir. Alzaba la pierna derecha y se ponía a bailar el twist. Ya no estaba en una discoteca de la costa de Rabat, sino en una de las comedias musicales que veía, de niño, a través del agujero del cuarto de baño. Él era Gene Kelly o Fred Astaire, y soñaba que Cyd Charisse cruzaba por el público hacia él y le daba la mano. Aicha se quedó mirándolo fascinada. El *jukebox* reprodujo entonces *The Great Pretender*, y bailó solo, chasqueando los dedos al ritmo de la música, con los ojos bajos, mirando la punta de sus zapatos de cuero. Era delgado y ágil. Aicha observó que llevaba un nuevo modelo de gafas que estaba de moda, con una montura gruesa de carey.

De pronto, la pista se vació. Una parte de los clientes se agrupó ante una pantalla de televisión. Zippo había aceptado colocar el aparato sobre el mostrador de cobre, siempre y cuando el público siguiera consumiendo y bailando. Pero los clientes estaban mirando fijamente la pantalla, en la que una imagen se puso a vibrar y

desapareció. Lanzaron gritos de impaciencia. Exigían que enviaran a alguien al tejado a comprobar la antena. Cuando se vieron las primeras imágenes, un hombre bajó la música para oír mejor la voz del presentador. En ese momento, nadie llenaba los vasos, y los camareros, con un paño sobre el antebrazo, miraban, con la boca abierta, las escenas de los astronautas americanos. El dueño de la discoteca ya no oía la música, ya no marcaba el ritmo con la punta del zapato, sino que, con los brazos colgando, observaba esas imágenes que para él solo podían ser demoníacas. ¡Qué locura! ¡Ahora tenemos cajas que hablan y con imágenes, y, para colmo, los hombres viajan a la Luna!

Mehdi agarra a Aicha de la mano y bajan a la playa. Oyen, ensordecidos, los aplausos y el ritmo de una canción yeyé francesa. Ella está ligeramente bebida, parece una niña pequeña a punto de quedarse dormida en el asiento trasero de un coche. En realidad, no está atenta a lo que él cuenta. Dice: «Me gustaría sentarme», e incluso antes de acabar la frase se deja caer en la arena. Él se sienta a su lado. Quiere tocarla, pero no se atreve. Espera una señal, una invitación, y coge con las manos un puñado de arena y deja que se le escurra entre los dedos. Ella se gira hacia él y él la besa. Parece, incluso mucho más que antes, una niña pequeña, inocente, y él se sorprende del modo en que ella le devuelve los besos. Con la boca abierta y una mano sobre su cuello. Nada en esos gestos deja traslucir vulgaridad alguna, y no se dice a sí mismo, como pudo decirse a veces con otras mujeres, que había en esos besos las huellas de otros. La boca de Aicha se entreabre, deja penetrar la lengua de Mehdi. Ella se inclina hacia atrás, con su esbelto cuello de cisne iluminado por la luna. Sus labios recorren el rostro de él, tiene los ojos cerrados, muy apretados, como si hubiera entrado dentro de sí misma y conseguido, por el milagro de la noche, del alcohol, del cielo preñado de estrellas, combatir su timidez. Lo vuelven loco y él, con la misma avidez, la misma pasión, le devuelve sus besos. De esa pasión —de ello está seguro—, él es el primer receptor. La descubre del mismo modo en que los conquistadores atracaban en las orillas de unas tierras invioladas. Esa mujer es una isla remota, un continente desconocido, un planeta que nadie ha visto jamás. En todo caso, que nadie ha visto como él la ve.

Ella abre los ojos. Tienen el brillo de la escarcha, del hielo bajo el sol de la mañana. Él teme que esa mirada vaga, brumosa, sea la de una mujer ebria que no se da cuenta de lo que pasa y que lo hubiera convertido a él en un canalla que se aprovecha de la situación, en un tipo como los demás. Por el contrario, le turba la lucidez de su mirada, incluso su determinación. En su manera de mirarlo no hay ni desafío ni sumisión. Ella lo besa, con plena conciencia de lo que hace, con toda su fuerza y voluntad, y ello hace que el corazón de Mehdi se desborde y la abrace también con toda su fuerza. Hunde sus dedos en los músculos de la espalda de ella y se maravilla de su delicadeza, de su gracilidad. Puede sentir cada una de sus costillas.

La espalda de Aicha parece un instrumento de música antigua, una cítara persa, una lira hindú. Ahora él imagina la desnudez luminosa, trémula, que se oculta bajo ese vestido ligero, ese vestido tan bello en el que se fijó cuando la música había cesado y, solo en la pista, alzó la mirada.

Se oyen gritos, aplausos, a lo lejos. Un clamor se alza del bar en el que se embriagaron. A Mehdi y Aicha no les importa. Lo que ocurre tras ellos, allá, les parece a la vez vano y ridículo, nada cuenta más que lo que sucede ahí, sobre la arena helada. A unos metros del reflujo de las olas. A partir de ese momento, ellos pertenecen a otra geografía, a un tiempo distinto del de sus amigos, cuya ausencia no les preocupa.

Los jóvenes clientes, con los rostros enrojecidos por el alcohol y los cuellos de las camisas empapados de sudor, van y vienen frenéticamente entre la terraza y el bar. Alzan los ojos al cielo y fijan la mirada, divertidos, en el astro lunar. Dicen: «¡Es de locos!», o bien: «¡Es increíble!». Algunos se han echado en las tumbonas húmedas, y otros, a los que las circunstancias vuelven presuntuosos, disertan sobre esa noche que cambiará el mundo. A partir de ahora, nada es imposible para el hombre, y, del mismo modo que se ha conquistado la Luna, se pondrá fin a la miseria y a la dominación de unos sobre otros, a las enfermedades y a la guerra. Las chicas ríen por lo bajo y, sin haber hecho nada, se sienten orgullosas. Se dicen a sí mismas que, después de todo, es verdad, esa es una noche distinta. El progreso llegará hasta aquí, se inaugurará una nueva era de libertad, y para festejarlo estarían dispuestas a sentarse sobre las rodillas de los chicos de los que están enamoradas. Estarían dispuestas, esa noche, a liberarse de su pudor, a quitarse la ropa y a entrar desnudas en ese mundo que se inaugura, ese mundo nuevo y lleno de promesas. El alcohol, el baile, los movimientos lánguidos y esa bota pisando el polvo de la Luna, todo ello se le sube a la cabeza a esa juventud que chilla en francés y en árabe en la terraza. Gritan como las manadas de lobos en el fondo de los bosques. Dentro de veinte, de treinta años, dentro de un siglo, incluso, se seguirá hablando de ese día en el que el hombre puso el pie en la Luna. La gente dirá: «Recuerdo perfectamente dónde estaba ese día». Contarán a sus hijos las imágenes de la televisión sobre aquel mostrador de cobre y la música que sonaba en ese momento. Cada

vez que alguien evoque esa noche, Aicha pensará en sus primeros besos y se repetirá a sí misma esta frase: «Un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad».

Mathilde gritó: «¡A comer!». Nadie respondió. Volvió a gritar: «¡Que se enfría la comida!». Selim apareció con aire ausente y, despacio, se encaminó al comedor. Amín acabó llegando y se sentó frente a su hijo. Desdobló la servilleta y se puso a despotricar contra los obreros, contra el tipo que le había vendido unas semillas de mala calidad y aseguró a Mathilde: «A este lo denuncio».

«Siéntate recto», dijo a Selim, que le contestó que él ya no era un niño. «Pues no te comportes como tal.» Mientras discutían, Mathilde veía cómo se enfriaban las lentejas. Pensó que el caldo ya no tendría el mismo sabor, que había cocinado para nada. Cogió los platos y los sirvió con autoridad. Quería que se pusieran a comer y se callaran de una vez, pero seguían discutiendo, indiferentes al rico aroma que desprendía su guiso. «Ni siquiera repitiendo curso has podido aprobar el bachillerato», le dijo con violencia Amín. «Si sigues dando tumbos como ahora, sin dar ni golpe, créeme, tengo la solución. Te mandaremos a hacer el servicio militar y comprenderás lo que es ser un hombre. A tu edad, yo estaba luchando en la guerra.» Selim alzó la mirada al cielo y Mathilde ya no escuchaba nada. Que se pusieran a comer, eso era lo único que quería.

«—¿Por qué no os quedasteis con Sabah en casa, con vosotros, en lugar de meterla en ese siniestro internado? —preguntó Selim.

—Tu madre y yo hemos criado a nuestros hijos. Hemos trabajado años y años para que no os faltara de nada. Ahora merecemos estar tranquilos. Que Selma se ocupe de su hija en lugar de andar exhibiéndose por Rabat. En realidad, no ha traído más que vergüenza y decepción a nuestra familia.»

Selim lanzó la servilleta sobre la mesa. «Se me ha quitado el hambre. Me voy.»

Ese día, con el rostro asomado a una olla, Mathilde pensaba: «¿Cuántas veces habré visto hervir el agua? ¿Cuánto tiempo

dediqué a ir a la compra por ellos?». Levantó la vista y se quedó mirando el frigorífico como si fuera su peor enemigo. Ese monstruo blanco y frío se tragaba los alimentos como esos toneles agujereados de la mitología griega. Siempre había que empezar de nuevo, reproducir los mismos gestos para que, a fin de cuentas, no quedara nada. Sintió vergüenza, mucha vergüenza. Pensó en los años transcurridos, en la vida con su familia y en las toneladas de comida que habían engullido. Imaginó un cuarto lleno, desde el suelo hasta el techo, de filetes de carne, de hogazas de pan, de verdura hervida. Sintió asco de ellos y de sí misma. Y pensar que se había creído esas historias bobas de la niña sucia convertida en princesa. Pobre Cenicienta, que pasó su juventud haciendo de sirvienta. No la habían dejado estudiar y, casada con su príncipe, tuvo que rumiar hasta su muerte sus sueños no cumplidos.

Ahora le bastaba a Mathilde con ver a un hombre para saber cuántas mujeres había entre bastidores en su vida. Para saber si habría una que le serviría en la mesa un plato de comida humeante, otra que le haría la cama y le limpiaría el espejo donde él se miraría cada mañana para arreglar su peinado. Detrás de cada camisa planchada, de cada zapato embetunado, de cada tripa que sobresalía del cinturón, veía unas manos de mujer. Unas manos que se sumergían en el agua helada, que frotaban con jabón las mangas manchadas de salsa. Unas manos cubiertas de pequeñas huellas de quemaduras o heridas sin cicatrizar. A los hombres solos, también los reconocía. A ellos quizá más aún que a los demás. Los buscaba, los deseaba. A esos hombres solos, cuya soledad se manifestaba en un cuello de camisa raído, unos zapatos sucios, un botón ausente.

Mathilde había festejado sus cuarenta y tres años. Se sentía vieja, gastada, inútil. Estaba segura de que lo mejor de su vida ya había pasado y que no le quedaba más que esperar la muerte, con aún más abnegación y sensatez de las que hasta ahora había manifestado. Los hombres solos no la miraban, y la idea del amor se había vuelto humillante. ¿El amor? ¿Quién podría enamorarse de ella? ¿Quién podría desear este cuerpo que había engordado de tanto atiborrarse de comida? Amín le reprochaba el estar sin hacer nada, gastarse el dinero en tonterías y perder el tiempo tomando el té con unas mujeres estúpidas. Se la imaginaba tragando pasteles, durmiendo unas siestas larguísimas, leyendo unos libros sobre unas

personas que jamás habían existido y sobre unos hechos que jamás habían ocurrido. Al final de la tarde, la encontraba a menudo sentada a la mesa de la cocina con una mano sobre el hule y la mirada perdida. La cena estaba lista; la casa, ordenada. Las facturas y la contabilidad, terminadas y colocadas sobre el escritorio. En el pequeño dispensario, el cubo de basura estaba lleno de compresas teñidas de Betadine, apósitos manchados de sangre seca.

Mientras su hija hacía una carrera en la universidad y Selma su vida en Rabat, ella seguía allí, en aquella cocina, oliendo un hule que apestaba a trapo húmedo. ¿Qué puede una aprender en una cocina? Siglo tras siglo, las mujeres se las habían apañado allí para hacer que crecieran sus seres queridos, curarlos, consolarlos y que fueran felices. En esas cocinas, las mujeres habían elaborado remedios para los ancianos que estaban al final de sus días y para las jóvenes a las que no le había venido la regla. Habían calentado un poco de aceite para masajear el vientre de los pequeños cuando tenían cólicos, y, con harina, agua y un poco de grasa, habían mantenido en pie a familias enteras. ¿Todo eso no era nada? ¿Acaso esas mujeres no habían aprendido nada?

En esos momentos le habría gustado explicarle algunas cosas a Amín. Decirle que lo que ella vive a él le parece un descanso, pero que se equivoca. Él cree que ella hace todo eso por amor, y le gustaría gritar: «¡Lo que tú llamas amor es trabajo!». ¿Tanto afecto, tanta bondad albergan las mujeres como para pasarse toda una vida, sí, una vida entera, ocupándose de los demás? Cuando Mathilde pensaba en ello, se ponía casi rabiosa. Había algo que fallaba en todo eso, una trampa en la que ella estaba atrapada y que no conseguía nombrar. No hablaba de ello con sus amigas del Rotary Club con las que tomaba el té. No, con ellas sonreía, se lamía con la punta de la lengua la crema del pastel que le había ensuciado los labios, y se rozaba la barriga con la mano para comprobar si había engordado. Y comía, como una forma de castigo.

A veces, aquella casa ya no le parecía su hogar. En esos instantes no se imaginaba jamás que hubiera otro lugar más acogedor, menos hostil. Entendía que cualquier casa era un cepo que se cerraría sobre ella. El caos no era una idea triste ni espantosa, era lo único deseable, lo único que podía hacerle recuperar algo parecido a la

ilusión.

Selim se montó en su motocicleta y se dirigió al centro de la ciudad. Recorrió las calles desiertas y ardientes de Meknés. El mes de julio de 1969 estaba acabando. Las tiendas de la avenida principal empezaban a cerrar sus puertas con la llegada del verano y algunos de sus amigos se habían ido ya de vacaciones a la costa. Mientras salía de un taller mecánico de la medina, oyó a una mujer gritar en una lengua que parecía alemán. Se estaba peleando con una pandilla de niños que la habían rodeado y la insultaban. Selim se acercó. La joven llevaba un pantalón ceñido, de talle bajo, sostenido en la cintura con un cordón. Su vientre blanco y musculoso lucía a la vista de todos y la túnica de algodón solo le cubría los hombros y los senos. Era alta, tan alta y rubia como Mathilde, pero tan delgada que se le marcaban las costillas. Selim oyó que uno de los chicos la trató de puta, y, sin pensárselo dos veces, agarró al muchacho del pelo. «¿Qué has dicho? ¿No te da vergüenza?» El chico se defendía, daba patadas, y toda su pandilla fue presa de un auténtico arrebato. Rodearon a Selim, insultándolo, con los ojos desorbitados. Le golpeaban el pecho, uno de ellos le escupió y juró que la cosa no iba a quedar así.

Selim se fijó en el mayor de ellos, el más tranquilo, y le preguntó quién era esa chica. «Se pasea así por la medina y busca kif. ¿Qué se habrá creído esta hippie? Aquí eso no se hace.» Selim le explicó que era una extranjera, una chica sola y que sin duda se había perdido y no conocía las costumbres del país. Los chicos se quedaron mirándolo asombrados, no podían creer que un joven rubio e inmenso como aquel pudiera hablar árabe tan bien. Parecía, además, conocer sus códigos, sus insultos, y había invocado dos veces el nombre de Dios, así que el enjambre de niños acabó por alejarse. Uno de ellos gritó «*go home*!» y escupió en el suelo. Durante toda la conversación, la joven no se había movido. No parecía asustada e incluso había esbozado una sonrisa cuando Selim había agarrado al niño del pelo. Le dio las gracias en un francés con acento germánico. Le preguntó si era de allí y añadió que jamás se imaginó que los marroquíes pudieran parecerse a alguien como él. Selim respondió que su madre era de Alsacia, aunque él había crecido en Meknés, en una hacienda. «Y eso es todo.»

Sentía vergüenza de dejarla allí sola, vestida con esa ropa ridícula y atrevida, pero no le apetecía darle conversación y su actitud le resultaba algo pegajosa. Una tendencia a imponerse, a entrometerse. De hecho, lo siguió y le contó que era de Dinamarca y que se llamaba Nilsa. Un mes antes, unos compañeros de la facultad le habían escrito. Estaban en Marruecos, en Tánger, y la invitaban a unirse a ellos. Así que hizo la maleta y abandonó Europa hacia el tercer mundo. Se paró un momento y se agachó delante de un puesto que vendía pétalos de rosa secos y un jabón negro. Preguntó el precio y el vendedor le puso en el cuenco de la mano unos trocitos de *ghasul*.

«—Entonces, ¿te encontraste con tus compañeros?

—No, cuando llegué a Tánger, ya se habían ido. Tomé un autobús, de esos donde viajas con gallinas y campesinos. Ya sabes. Mañana vuelvo a emprender la ruta y me largo hacia el sur. ¿Conoces el sur?»

No, Selim no conocía el sur y no le parecía posible que una mujer tan joven y tan guapa atravesara en autobús un país desconocido. Se preguntó si Nilsa no estaría loca o si era él quien no había entendido nada de la vida y de las posibilidades que se presentaban a las personas. Nilsa lo cogió del brazo y se acercó a su oído: «¿Tú no me conseguirías un poco de hachís?». Él le preguntó dónde se alojaba y ella le dio el nombre de una pensión cochambrosa de la medina, donde —eso se imaginaba Selim— dormiría en una cama mugrienta rodeada de cucarachas. «Veré lo que puedo hacer. Mañana pasaré por tu pensión, ¿de acuerdo?»

La acompañó hasta el mercado central, donde se quería comprar algo de cena. Parecía que todo le resultaba maravilloso. Insistía: «Es tan diferente de Dinamarca. Allá todo es gris; aquí, vayas adonde vayas, hay tantos colores…». A Selim nunca se le había ocurrido esa idea: el gris del otro mundo y los colores de este. Mientras Nilsa pedía unas aceitunas y unas zanahorias encurtidas, observó a la gente de alrededor. La chilaba rosa de una mujer que llevaba a un niño en brazos. El brillo de las babuchas de color azafrán de un anciano, sentado a la entrada de una pastelería donde reinaban pirámides de dulces de color verde pistacho. Nilsa hablaba mucho y no dejaba de tocar a Selim, de apretarle el brazo, de pegarse a él

cuando veía algo que la sorprendía. Gritaba: «*Fantastic*!», abría los brazos, y los transeúntes parecían horrorizados ante el vientre desnudo que exhibía.

Selim se despidió de ella, caía la noche, y, mientras regresaba en su motocicleta a la hacienda, se sintió algo culpable. ¿Qué iba a ser de Nilsa en aquella medina sombría y hostil donde quizá intentarían robarle o hacerle daño? Lo estuvo pensando toda la noche, intentando tranquilizarse, repitiéndose a sí mismo que estaba loca y que no era tan simpática, y, además, él no era responsable de ella y de su deseo insensato de descubrir África.

Al día siguiente, tras la clase de Química, se acercó a un grupo de chicos que frecuentaba poco, aunque estaba seguro de que podrían suministrarle lo que buscaba. Uno de ellos, Roger, delgado y con el rostro comido por el acné, deambulaba por el patio del liceo. Selim lo llamó aparte. No sabía qué decir ni cómo formular su pedido. Temía que Roger se burlase de él o le vendiese cualquier porquería a un precio desorbitado. «¿No sabrías dónde puedo comprar hachís?» Roger se lo quedó mirando, arrugando el entrecejo.

«—¡No me digas que tú fumas eso!

—No es para mí, es para una amiga.

—¡Anda, piérdete! No te conozco de nada y no quiero líos.»

Selim decidió no regresar a clase y aprovechó la agitación general, cuando sonó el timbre del final del recreo, para salir por la puerta trasera del edificio. Sin pensárselo siquiera, sin haber decidido nada, se dirigió a la pensión que Nilsa le había indicado. En la entrada había un perrito cuyos pelos grisáceos estaban tan enredados que parecía que debían de dolerle. No había ni vestíbulo ni recepción. En el fondo de un cuarto sombrío, un hombre estaba sentado en una silla. Selim le preguntó si la danesa seguía alojada allí. El tipo se levantó de un salto y se puso a gritar. Allí no había ninguna danesa y él no era de esos que recibían a mujeres, y que esas acusaciones eran indignas y se las haría pagar caro a ese rubiales por pedir esas cosas. Selim se fue, disculpándose. No entendía nada. Quizá había malinterpretado lo que le había dicho Nilsa la víspera sobre el lugar donde se alojaba. ¿Habría huido antes

de lo previsto con sus amigos aventureros hacia ese sur desconocido? Selim se encontró, pues, solo en la calle con el chucho gris siguiéndole los pasos. Le invadió una inmensa tristeza. Una tristeza que no se explicaba a sí mismo pero que le cortó la respiración. Se echó a llorar y sus lágrimas hicieron brillar las pecas que le cubrían las mejillas. No quería regresar al liceo ni a la hacienda y se abandonó por completo a su disgusto. Pensó en Selma, que había encendido algo en él, un deseo de vivir y de amar, y luego lo había abandonado. Lamentó todavía más el no haber encontrado droga para Nilsa, pues en ese instante era lo único que habría podido hacer: beber, fumar, dejarse ir a la deriva en la bruma y olvidar.

Era mediodía cuando llegó cerca del Jardín de las Sultanas, adonde su madre lo llevaba de pequeño a ver los monos en las jaulas. Entonces oyó una voz que lo llamaba: «¡Eh, tú!», y cuando se giró vio el vientre desnudo de Nilsa, que estaba tumbada en la hierba, rodeada de tres chicos sentados en el suelo con las piernas cruzadas y fumando unos cigarrillos. Uno de ellos deslizaba lentamente los dedos sobre las cuerdas de una guitarra. Nilsa se puso en pie y saltó a los brazos de Selim con tal precipitación que él se sintió violento. «¡Es mi amigo marroquí!», les dijo. Sus compañeros eran tres alemanes que habían decidido huir de sus padres y de la sociedad capitalista y llevaban dos años viviendo en comunidad. «¡Son todos unos nazis!», explicó Simon, el que tocaba la guitarra. Selim se sentó enfrente de él y observó que tenía los ojos enrojecidos y las pupilas dilatadas. Entendió que no habían necesitado su ayuda para procurarse hachís. Llevaban la melena larga, hasta la cintura. Nilsa le tendió un cigarrillo y Selim lo cogió. «¿Por qué no te vienes con nosotros? ¿Qué te retiene aquí?»

De los tres días de viaje, Selim solo conservó unas imágenes confusas, como surgidas de un sueño interminable. Fumó hachís y bebió sin límite el aguardiente amargo que Nilsa se había traído. Ella también llevaba en su maleta pastillas de LSD, un transistor, discos de Pink Floyd y de Janis Joplin. En varias ocasiones, Selim pidió a Simon que se parara en el arcén y vomitó a orillas de un campo o a la salida de algún pueblo. A través de la ventanilla del coche descubría unos paisajes en los que no creía, pensando que eran producto de su imaginación. Casi no hablaba, o muy poco. Los demás se expresaban en alemán y en inglés. Las sonoridades de esas lenguas extranjeras aumentaban la impresión de irrealidad en la que se hallaba inmerso. «No estoy realmente aquí», se decía. O bien: «Nadie me ve». Para calmar las náuseas, cerraba los ojos y a veces se quedaba dormido, con la cabeza reclinada en el hombro de Nilsa. Entonces no podía distinguir si se hallaba en un coche, en el vagón de un tren o en la bodega de un barco a la deriva hacia un destino desconocido. Sentía sus órganos revueltos. Le dolía todo el cuerpo: los riñones, el corazón. El estómago le ardía, y hundía en él el puño. Era lo único que lo aliviaba. El cuerpo se le pudría por dentro. Contenía uno de esos montones de abono negro y humeante que en la hacienda echaban en las lindes de los campos, propagando su fétido olor por varios kilómetros a la redonda.

Un día, se despertó en mitad de la nada. Una minúscula aldea, parada de viajeros, con un eje central a lo largo del cual se sucedían puestos donde se vendía carne. Los hippies se vieron rodeados de curiosos y no parecían incómodos por sentirse observados. De los ganchos de los puestos colgaban piezas de reses y sobre un mostrador de esmalte blanco descansaba la cabeza de un cordero de lana grisácea, con los ojos cerrados y la lengua colgando de un lado. Unas tripas estaban en remojo en un barreño rosa en el suelo. Selim apartó la vista de allí y volvió a cerrar los ojos. Gotas de sudor heladas le recorrían la nuca. Fingía estar dormido, pues no quería que lo molestaran para hacerles de intérprete. Deseaba que se olvidaran de él y dejar de formar parte de este mundo, de este país, en el que, a medida que descendía hacia el sur, le resultaba implacablemente ajeno. Se detenían en algunas playas para dormir bajo unos cielos estrellados e inquietantes. Nilsa y los demás se

bañaban desnudos, se lavaban la cabeza con el agua del mar. Selim se quedaba tumbado en la arena con las piernas flexionadas contra su pecho. Por la noche, lo acosaban los mosquitos y se despertaba con los párpados y las manos hinchadas por las picaduras. Los hippies querían tirarlo al agua, pues, según ellos, apestaba, y su olor a sudor era insoportable, así como su aliento a vómito. Pero él no cedía. En realidad, temía que lo abandonaran y, en los pocos momentos de lucidez en los que la droga dejaba de hacer efecto, se agarraba a la mochila en la que guardaba su ropa, el revólver y los dos fajos de billetes robados a su madre.

Se equivocaron varias veces de trayecto. Simon no entendía por qué Selim se negaba a ayudarlos a preguntar a la gente con la que topaban. Luego ya no se cruzaron con nadie. Solo una carretera en mitad de un desierto de pedruscos y árboles de espinas deformados por el viento, a cuyas ramas trepaban algunas cabras. Selim soltó una carcajada. Era una risa de demente, de trastornado, una risa nerviosa de hiena que incomodó al grupo y que él exageró, haciéndola más heladora todavía cuando un caballo blanco, flaco y sucio, surgió ante los faros del coche y se esfumó en la oscuridad. Selim estaba atrapado en un sueño pegajoso, espeso, profundo como una ciénaga, sin poder liberarse, como esos personajes de ficción que sueñan que están en un sueño y siguen soñando.

En el arcén de la carretera crecían unos matorrales altos de cardos cubiertos con un polvo grisáceo. Ya nadie hablaba en el coche. El viento transportaba un olor a yodo y a nueces que sugería que no estaban lejos de su destino. Cientos de gaviotas gemían. Llenaban el cielo como un batallón de aves carroñeras, sin que se supiera si se lamentaban o conspiraban contra los hombres. Ante sus ojos apareció Mogador, Esauira.

La propia ciudad parecía formar parte de un sueño. En la entrada, cerca de la Puerta del León, un enorme cartel anunciaba: «Ciudad en venta». Nilsa tuvo miedo de que Selim soltara de nuevo una carcajada, provocando el consiguiente enfado de Simon. Pero no se rio. Estaba apoltronado en el asiento trasero. Su tez había adquirido un tono terroso y llevaba la camisa empapada de sudor. «Creo que está enfermo», le dijo la chica. Aparcaron el coche en el puerto. Había anochecido y estaba desierto. Nadie, ni un alma, solo el

aullido continuo del viento, que hacía crujir la madera de los barcos de pesca atracados en muelle seco. Mogador se parecía a esas ciudades medievales vaciadas de sus habitantes por una epidemia, donde deambulan gatos escuálidos y supervivientes medio locos. Quizá alguna desgracia habría incitado a toda la población a partir al exilio, un maremoto habría acabado con los ciudadanos o una invasión de corsarios habría provocado una sangrienta batalla y múltiples secuestros. El grupito creyó que se había equivocado. Esa ciudad aletargada y siniestra no podía corresponder al famoso punto de encuentro de los hippies del que tanto habían oído hablar. Luego les explicarían los motivos de tal deserción. Pues no es que Esauira hubiese sido atacada por la peste y su destino fuera el propio de algún cuento de terror. Dicha deserción estaba motivada por una realidad de lo más prosaica. La falta de trabajo y el cierre de las fábricas habían empujado a los jóvenes a huir hacia otras ciudades más florecientes y hospitalarias. Pero, sobre todo, hasta esta ciudad, situada en la otra punta del mundo, hasta este finisterre, había llegado la noticia de la victoria de Israel sobre el Egipto de Nasser en junio de 1967. La mayoría de las familias judías habían huido de la ciudad, llevándose con ellas, muy lejos, parte del alma del lugar.

*

«Cuando los judíos abandonan una ciudad es porque se avecinan la desgracia y la ruina.» Es lo que dijo Lala Amina a Selim en una de las largas conversaciones que mantuvieron en la azotea de la casa de ella en la medina. Dos días después de su llegada a Esauira, Selim se despertó en una habitación desconocida. No recordaba por qué estaba allí ni cuánto tiempo había pasado. Su cuerpo conservaba solo el recuerdo de unos violentos cólicos que le habían impedido dormir y de unos vómitos continuos que lo habían extenuado. Devolvía todo lo que ingería, incluso el agua que una mano cariñosa, maternal, acercaba a sus labios. Varias veces había reclamado la presencia de su madre, y Lala Amina lo había abrazado contra sus senos vacíos, pensando que todos los hombres son iguales, atados a sus madres del mismo modo en que se atan los perros con una cadena.

Su bienhechora era una mujer alta y huesuda, de piel negra y pelo

canoso y rizado que cubría con un paño de colores. En la barbilla tenía una gruesa verruga de la que brotaban unos pelillos tiesos y grises. Sus labios, delgados y secos, sus pequeños ojos miopes y sus pómulos salientes le infundían un aspecto severo, una expresión autoritaria. Sin embargo, Lala Amina resultó ser una mujer dotada de una hospitalidad conmovedora y de un temperamento risueño. Cuando le entregaron a aquel apuesto muchacho, presa de la fiebre y delirando, al principio creyó que se trataba de uno de esos hippies que llegan de la otra punta del mundo en busca de Dios sabe qué. Se comunicaba con él por gestos, juntaba las palmas de las manos y se las ponía en la mejilla como indicándole que se durmiera. Untaba con mantequilla rebanadas de una hogaza de pan y se llevaba los dedos unidos hacia su boca, imitando el gesto de comer. Selim no comía. Estuvo delirando durante dos noches, y en sus sueños volvía a ver el caballo blanco, los árboles deformados por el viento y a esa mujer cuyo rostro se confundía con el de Aicha Kandicha, la bruja con pezuñas de chivo que se mondaba los dientes con huesecitos de niños. Soñaba con Selma, soñaba que hundía su cabeza entre sus senos, que respiraba el olor de su piel, y se sentía morir.

*

Se despertó sobresaltado, aún no había amanecido. Una luz violácea penetraba por el ventanuco de la habitación. En lo primero que pensó fue en su mochila, en el revólver y en el dinero que contenía. La buscó en aquella pequeña habitación y las lágrimas acudieron a sus ojos. Se golpeó la frente contra la pared. ¡Qué estúpido había sido! Con razón su padre lo trataba de inútil. Lo habían desvalijado, lo habían traicionado, y, en algún lugar, alguien alardeaba de haberle robado un tesoro. Se quedó un buen rato en esa postura, con la frente contra la pared, incapaz de pensar o de tomar una decisión. No podía hacer nada, no tenía ninguna solución. Solo ganas de gritar: «¡Mamá!». Entonces apareció Lala Amina. Se acercó lentamente a él, como cuando uno se acerca a un animal para domarlo. Le acarició la espalda, el pelo. «Hace muy buen día y, puesto que ya estás mejor, podrás salir a descubrir la ciudad. Antes deberás ir al *hamam*.» La anciana se puso de puntillas y bajó de lo alto del armario la mochila de cuero. «Aquí tienes tus cosas. Coge ropa para cambiarte. Yo te indicaré dónde están los baños públicos.»

La siguió a través de las calles de la medina. Selim le dijo que no se parecía a la ciudad de donde él venía. En Meknés, las callejuelas de la ciudad vieja eran estrechas y sinuosas, te podías proteger del sol. Mientras que allí, entre aquellas altas murallas, todo parecía abrirse al océano, al cielo. La anciana se echó a reír. «Tú eres blanco y yo soy negra, y, sin embargo, somos iguales tú y yo.» No entendió qué quería decir. Hablaba de un modo extraño, en un árabe que no le resultaba familiar y cuyo acento lo perturbaba. Aunque le gustaba escucharla, le divertían sus expresiones vulgares, su modo de enviar a todo el mundo a la mierda, sus manazas oscuras y delgadas que agitaba en el aire cuando contaba historias. Decía que había señales que anunciaban el fin del mundo, señales que no engañaban, y que esos hippies, esas aves extrañas, eran sus mensajeros. Ella había crecido en esta ciudad cuyo pasado esplendoroso, su decoro, gustaba de evocar. Se lamentaba al verla entregada ahora al primer advenedizo. «Pero ya verás, hijo, Esauira no se deja invadir así como así. Con sus cielos grises y este viento, acaba por espantar a los que no tienen un alma lo bastante firme para echar raíces aquí.»

Una noche, durante la cena, oyeron golpes en la puerta. Un chico joven entró en el salón y besó a Lala Amina en el hombro.

«No me quedaré mucho», aseguró. «Una o dos noches hasta que encuentre otra solución.»

Karim era el sobrino de Lala Amina y vivía en Marraquech, donde aún era un escolar. Su tía lo acogía siempre que se peleaba con su padre y se marchaba de casa.

«—¿Y esta vez qué ha pasado? —le preguntó, mientras Karim se sentaba a la mesa junto a Selim.

—¡Intentó cortarme el pelo mientras dormía! —gritó—. Abrí los ojos y lo tenía delante con una navaja en la mano. Que reviente si quiere. Jamás me lo cortaré.»

Selim se quedó mirando a Karim mientras este mojaba un trozo de pan en la salsa del tayín de pescado. Con aquella melena morena y rizada que le llegaba hasta los hombros, y por su aspecto tan delicado, viéndolo de espaldas, uno podría tomarlo por una chica. Llevaba una camisa de lino azul y una bufanda naranja alrededor

del cuello.

«No hay remedio», añadió Karim, con la boca llena de pan. «Tu hermano es un fascista, un salvaje. Esta vez me largo de verdad, te lo juro.»

Karim conocía a los hippies. Seguía preguntándose por qué milagro extraordinario habían aparecido en la ciudad. Corría el verano de 1969 y habían elegido Esauira como lugar de encuentro. En el puerto estacionaban furgonetas Volkswagen decoradas con flores y símbolos de la paz. En las paredes de las casas, en los coches de caballos que paseaban a los turistas, los lugareños vieron surgir pinturas de colores chillones. Adquirieron la costumbre de toparse en las callejuelas de la medina con chicas que llevaban vestidos largos y vendían collares de flores o prendas tejidas por ellas. Con las perlas de Guelmim ensartaban collares de colores relucientes que tenían mucho éxito. En las plazas, chicos con barbas frondosas mendigaban mientras tocaban la guitarra.

Al día siguiente de su llegada, Karim llevó a Selim a la antigua casa de un juez, reconvertida en el café de los hippies. El patio estaba lleno de divanes, de cojines, de alfombras sobre los que se tendían chicos y chicas. En las mesas de madera se amontonaban libros manchados de té con hierbabuena. El establecimiento no servía alcohol, pero todos los clientes parecían estar borrachos. En el fondo de la sala apenas se distinguían las siluetas, perdidas en medio de una espesa nube de humo. Los hippies se pasaban entre ellos largas pipas de kif, los *sebsis*, o los *chílums* con forma de animales. Un joven tocaba una guitarra y otro lo acompañaba con una percusión suave sobre una *derbuka* que sostenía entre sus muslos.

El dueño del café era un marroquí de unos cuarenta años, discreto y activo, siempre vestido con unos zaragüelles hasta las rodillas que dejaban al descubierto unas pantorrillas flacas, aunque musculosas. Llevaba una camisa gris y un chaleco cortito sin mangas, muy elegante, de confección extranjera. Se pasaba el día cruzando el patio de un lado a otro y subiendo a los pisos para servir vasos de té, zumo de naranja o yogures artesanales que aderezaba con miel, nueces y pistachos molidos. No prestaba atención a los comportamientos extraños de sus clientes. Limpiaba las mesas, se

abría camino entre los cuerpos enlazados, sin parecer sorprendido o escandalizado por los gemidos de placer. Incluso podía suceder —y Selim fue un día testigo de ello— que el buen hombre desenrollara su almozala en un pasillo y se prosternara a rezar en dirección a La Meca mientras los hippies llamaban a la revolución del amor y a la copulación universal. Selim se quedó mirando cómo se arrodillaba, posaba la frente en el suelo y, al acabar su oración, giraba ritualmente la cabeza a derecha e izquierda. Había estado moviendo los labios, indiferente al inmenso mural frente a él que los hippies habían pintado. Representaba a una mujer desnuda, una sirena o diosa de la antigüedad que llevaba una pandereta en una mano y una serpiente en la otra.

Selim regresó varias veces a ese café sin encontrar a Nilsa. Había desaparecido, se había evaporado. Los hippies lo acogieron como a uno de los suyos. Le pidieron que les contara su historia, pero se vio de nuevo aquejado por el tartamudeo y no lo consiguió. Había muchos llegados de Estados Unidos, de Montana, Nueva York y Míchigan. Dos chicos altísimos, con unas barbas largas y pelirrojas, confesaron que habían huido de su país para no ir a la guerra de Vietnam. Jamás —juraron— se cortarían el pelo, y antes el exilio que luchar contra gente inocente, colonizada y pobre, como los pobres de aquí. Para algunos, Mogador era solo una etapa del viaje. Luego partirían a Ibiza, Siria y el Nepal. Allí adquirirían tejidos y túnicas bordadas, saris de colores chillones y abrigos forrados de lana para venderlos a precio de oro en las tiendas de Manhattan o Ámsterdam.

Los hippies intelectuales impresionaron a Selim por su forma de expresarse, por los libros que guardaban en los bolsillos de sus anchos chalecos de lana y por sus opiniones sobre la bomba atómica, el budismo o la moral burguesa. Entre ellos destacaba un sociólogo francés, de modales trasnochados, que jamás miraba a los ojos cuando se dirigía a alguien. Daba la impresión de escrutar el horizonte, como si su interlocutor no fuera más que un ectoplasma que su mirada atravesaba. Solía acompañarlo un escenógrafo teatral estadounidense con las mejillas hundidas y el pelo estropajoso, que parecía un vampiro. Su grupo, constituido por una compañía de treinta personas, ensayaba cerca del puerto, en un almacén abandonado que seguía oliendo a sardina y a salmuera. En la

ciudad se contaba que habían provocado un escándalo en Europa y que se habían refugiado en Mogador para huir de la vergüenza y las críticas. Parece ser que se mostraban desnudos en el escenario, insultando y orinando al público. El gobernador los había avisado: «Podéis quedaros aquí, pero sin escándalos. No olvidéis que estáis en un país musulmán».

Pero un día armaron un escándalo. Era sábado, el dueño del café agarró a Karim por el cuello y, en medio de aquellos hippies apáticos, lo abofeteó. El sociólogo acudió en defensa del chico, dijo que le horrorizaba la violencia y que esos no eran modos de tratar a un adolescente. El dueño, en un francés dificultoso, insultó a Karim llamándolo ladrón. Lo había sorprendido llevándose una cámara fotográfica que había sobre una mesa y que no le pertenecía. «Yo no quiero problemas. No quiero policía», repetía. Karim se soltó violentamente de él. El sociólogo puso el brazo sobre el hombro del muchacho.

«Querías venderla, ¿no? ¿Necesitas dinero?»

Karim alzó hacia él su mirada oscura impregnada de insolencia.

«No. No quería venderla. Solo fotografiar a las chicas en la playa.»

El sociólogo, aliviado, se echó a reír. El chico no era un vagabundo, sino un simple adolescente libidinoso.

«Pues venga, llévatela. Estoy seguro de que su dueño no te lo reprochará. ¿Lo ves? Por eso hay que liberarse de todo y preferir una vida sencilla, sin complicaciones, en contacto con la naturaleza. La propiedad significa guerra. ¿Me entiendes? Anda, vete a casa y que no te vuelvan a pillar robando.»

Selim y Karim salieron del café. Mientras caminaba por la calle, Karim lo observaba todo a través del objetivo de la cámara fotográfica.

«—¿Por qué la has robado? —le preguntó Selim.

—¿No irás a sermonearme tú también? Me conozco a estos hippies. Por mucha pinta de guarros y de mendigos que tengan, en realidad,

son unos hipócritas hijos de papá. ¿Cómo se las arreglan cuando se quedan sin dinero? Telefonean a sus padres a cobro revertido y hacen la cola para recoger los paquetes que les mandan, ¡Botes de mantequilla de cacahuete! ¡No veas tú cómo se emocionan cuando mojan el dedo dentro! ¡Se echan a llorar!»

Selim habló a Karim de Nilsa, a la que no conseguía encontrar.

«—¿Es tu novia? ¿Te acuestas con ella? —le preguntó el adolescente.

—¡No, qué va! Solo viajé con ella hasta aquí.

—Entonces, ¿qué más te da? —Selim se encogió de hombros. Y Karim, que pareció arrepentirse por haberse mostrado tan brusco, añadió—: ¿Has mirado en el panel de anuncios que hay junto al edificio de Correos? Quizá te ha dejado una nota.»

En una pared, cerca de donde había señalado Karim, los hippies pegaban anuncios. Se daban cita, buscaban a algún compatriota o proponían compartir el alquiler del alojamiento en casa de algún lugareño. También colgaban avisos de búsqueda. Selim se fijó en las fotografías de dos adolescentes que sonreían, con un aspecto de formalitos y cándidos, sobre las cuales los padres enloquecidos habían anotado un nombre y una posible recompensa. ¿Colgaría aquí también Mathilde el retrato de su hijo entre los demás desaparecidos? Sobre esos recortes de papel se repetía una palabra: Diabat.

Selim preguntó:

«—¿Qué es eso de Diabat?

—¿Diabat? —Karim se rio—. Diabat es el paraíso de los hippies, tío. Eso es.»

Tres días después, Selim tuvo la oportunidad de conocer el paraíso. Al final de la tarde, se presentó Karim, casi sin aliento y tan emocionado que sus frases carecían de sentido.

«Esta mañana, no te lo vas a creer, tío, te lo juro por mi padre, un coche de lujo se paró delante del hotel des Îles. Y se bajó un tipo alto, negro, con el pelo crespo, un pantalón de piel y botas de vaquero. ¡Jamás adivinarías quién es!»

Selim se encogió de hombros.

«—¿Y quién es?

—¡Jimi Hendrix, tío!

—No sé quién es ese.

—¡Será posible! ¡Menudo paleto estás hecho! ¿No sabes quién es Jimi Hendrix? Es una estrella, eso es lo que es. Esta noche, no te lo pierdas, vamos a ir a una fiesta que recordarás toda tu vida.»

Caminaron durante casi una hora. Bordearon la costa y penetraron en un bosque de tamariscos, eucaliptos y alerces. Los árboles, acosados por el viento, habían adoptado unas formas extrañas, como de cuerpos supliciados o de campesinas famélicas cargando haces de leña a la espalda. En la región se rumoreaba que el bosque estaba habitado por lobos y jabalíes. Nadie se atrevía a aventurarse en él, sobre todo de noche. Karim y Selim cruzaron un puentecito de piedra sobre el ued Ksob. Un pastor, vestido con una chilaba blanca, sentado sobre una roca, vigilaba su rebaño de cabras. A la izquierda, en la falda de una colina, Selim divisó el pueblo de Diabat. Una minúscula aldea con unas cuantas casitas enjalbegadas que debían de tener una o dos habitaciones. Un grupo de jóvenes estaban echados sobre la arena y junto a ellos lloraba un niño desnudo que apenas caminaba. Una chica, sin duda su madre, lo llamaba en italiano.

Los hippies vivían allí, en medio de los lugareños, o, más bien, en sus casas. Les alquilaban una habitación por unos cuantos dírhams y compartían esas vidas sin ningún confort. Hacían sus necesidades en el bosque y se lavaban en la fuente pública o en el océano. Se alumbraban con velas y, cuando enfermaban, los aldeanos los curaban con remedios tradicionales. Les caían bien. Decían: «Son pobres como nosotros, y los pobres se ayudan entre sí». Los hippies aguantaban, como ellos, los piojos, las chinches y aquellas enormes

cucarachas aceitosas que se te subían encima de noche y se colgaban de las orejas. Pagaban su habitación por un sistema de trueque: un bote de mantequilla de cacahuete o de mermelada a cambio del alojamiento durante una semana o más.

Sí, los habitantes los veían como a unos forasteros miserables, unos mendigos que venían de lejos, unos europeos que no poseían nada. Los hippies siempre estaban de buen humor. Les gustaba bailar y cantar. Se ocupaban de los animales y de los niños, a quienes mostraban un cariño que a los habitantes de Diabat les resultaba a la vez conmovedor e ingenuo. «Ellos mismos son unos críos», comentaban. A veces, la gente mayor desconfiaba. No entendían nada. En el pasado, habían llegado los blancos prometiéndoles trenes, carreteras y escuelas, y que muy pronto ellos también tendrían electricidad, aviones, hospitales nuevecitos e impecables donde los curarían gratis. Pero por allí no hubo ni carreteras ni escuelas ni trenes. Y ahora regresaban los blancos. Regresaban para compartir una vida con muy poco, una vida dura. ¡Qué extraño todo! Los jóvenes de Diabat se iban del pueblo para establecerse en Marrakech o incluso más allá, en Agadir o en Casablanca. Y los hijos ajenos llegaban aquí y afirmaban que no había en el mundo algo más bello que esa vida sin nada, entre cabras y cucarachas.

Del otro lado de la carretera se divisaban las ruinas de un castillo devorado por la arena. Dar Sultan, erigido en el siglo XVIII por un rico mercader que se lo regaló al gobernador de la ciudad, que recibía allí, en unas estancias amuebladas al estilo europeo, a los embajadores y altos dignatarios. Entregado hoy al pillaje y a las tormentas de arena, el castillo no era más que un montón de ruinas, y se parecía a esos palacios de los marajás abandonados en medio de la selva de la India. Lo que quedaba de las paredes de adobe se confundía con la arena y las dunas. Ya nada subsistía de aquellos techos ricamente decorados, de aquellos patios pavimentados con azulejos, de aquellas chimeneas de mármol y lámparas importadas de Italia. Selim y Karim siguieron caminando, guiados por el ruido de los instrumentos de percusión y las melodías de guitarra procedentes de las ruinas. A lo lejos, en medio de los vestigios, la fiesta estaba en pleno apogeo. Había, sobre todo, hippies llegados de los alrededores. Bebían y fumaban en torno a una hoguera. Para resguardarse del viento y del frío de la noche, algunos se habían

tapado con grandes sacos de yute que habían servido para contener harina o azúcar. En un rincón, los vendedores de drogas, con los labios brillantes y la mirada brumosa, ablandaban el *maxún* con las manos. Entre la muchedumbre, Selim reconoció enseguida a Nilsa. Sentada en la arena, su larga melena le colgaba por los hombros desnudos, y, en cuanto lo vio, se levantó y saltó a abrazarlo. «¡Mi amigo marroquí!», exclamó. «¿Dónde te habías metido? Me tenías preocupada.» Acercó sus manos al rostro de Selim y lo besó. Metió la lengua en la boca del chico. Una lengua pastosa y espesa que giraba y le acariciaba los dientes, el interior de las mejillas. Selim sintió algo blando y viscoso derretirse en su paladar.

En el suelo, una pareja se besaba, y Selim se fijó en las manos del hombre. Grandes y blancas, cubiertas de vello pelirrojo. Los dedos recorrían los muslos como una enorme araña, luego desaparecían. Se hundían en el interior de la mujer tumbada, que inclinó la cabeza hacia atrás y, con la mirada alzada al cielo, gemía. Selim no tenía nada que hacer allí. El rostro de Amín surgió ante sus ojos. Sintió vergüenza, mucha vergüenza, como si su padre asistiera a ese espectáculo a través de él. Una chica lo agarró de la mano. De melena áspera, al sonreír le mostró unos dientes separados.

Un grupo de músicos se acercaba desde la playa. Llevaban chilabas oscuras y, sobre sus cabellos largos y crespos, unos bonetes de hilo trenzado de donde colgaban conchas de la playa que al chocar hacían un ruido de campanillas. Se sentaron alrededor de la hoguera. Entre los muslos sujetaban unas *derbukas*, golpeando el parche con las palmas de las manos. Otros hacían sonar unos enormes crótalos de metal moviendo los dedos. Alrededor de los músicos, los hippies gritaban de alegría. «Son los *gnawas*», explicó Karim. Selim no le prestaba atención. Tenía sed, muchísima sed. Se imaginó el agua, a lo lejos, y el sonido de las olas, ahora cubierto por el retumbar de los instrumentos de percusión. Se levantó titubeando y se agarró a una chica que bailaba girando sobre sí misma al ritmo de las *derbukas*. Un músico empezó a cantar, o, más bien, a gruñir, a bramar, como si intentara despertar a los espectros adormecidos en el castillo abandonado.

Le pareció que el suelo estaba reblandecido, que se hundía bajo sus pies y que a su alrededor el mundo había perdido sus contornos. Se

habían diluido todas las formas y él avanzaba levantando bien alto las rodillas y tendiendo los brazos, como para apoyarse en una pared imaginaria. Pensamientos confusos se le agolpaban en la cabeza, con tanta rapidez y violencia que jamás llegaban a algo o simplemente carecían de sentido. Luego uno de ellos se impuso a los demás. En realidad, no era un pensamiento. Se vio invadido por un deseo incontrolable, por unas ganas frenéticas de hacer el amor. Le habría gustado arrancarse la ropa y echarse desnudo sobre alguna mujer, poseerla con todas las fuerzas con las que se podía poseer a una hembra. Los que estaban sentados alrededor de la hoguera lo llamaban. Por mucho que avanzaba, las siluetas le seguían pareciendo lejanas. Tenía la sensación de hundirse en la arena, mientras oía las risas de sus acompañantes. Sí, ellos lo veían, gritaban su nombre, y Selim se sintió rebosante de amor hacia aquellos desconocidos. Le habría gustado abrazarlos, contarles mil cosas sobre él. Sí, tendría que seguir andando: unos pasos más y descansaría posando la cabeza en el regazo del chico de la guitarra. Le contaría quién era, de dónde venía y lo feliz que se sentía de estar entre ellos. En realidad, no era felicidad, se decía a sí mismo, era algo distinto, era el abandono, el final de la lucha, y las palabras de Selma se superponían a las suyas. Dejaría de resistir. El perro que le mordía la pantorrilla se había alejado, había perdido el interés. Alguien le tiró de la camisa: «¿Todo bien, tío?». Selim sonrió, quiso responder, pero, al abrir la boca, de sus labios solo salieron unos ruidos ininteligibles. Cayó al suelo. Acercó las manos al rostro del chico tumbado a su lado, que se entregó a sus caricias. Le rozó las mejillas, siguió con la punta del dedo índice el puente de la nariz y le separó los labios con los dedos. El otro lo mordió suavemente, como los cachorros cuando juegan entre ellos.

A su alrededor, la gente reía. La luna iluminaba el castillo abandonado. Se quedó mirando uno de los muros del recinto sobre el que se adivinaban las piedras esculpidas y los restos de lo que hubieran grabado allí. Las paredes empezaron a moverse. El propio castillo parecía que se desplazaba, y los tabiques de adobe se acercaban a Selim. Vio, con la misma claridad con la que veía el océano, las siluetas de los que habían vivido allí antaño, muchos años atrás, cuando la edificación aún tenía techo, cuando los marcos de madera, ahora podridos, albergaban ventanas. Unos fantasmas, surgidos de los libros que creía haber leído, se

mezclaban indistintamente con los jóvenes sentados en la arena.

No lo vio llegar. Solo oyó los aplausos, los gritos estridentes de las chicas a punto de desmayarse. El hombre negro estaba allí. El hombre del que había hablado Karim y cuyo nombre Selim había olvidado. Las chispas que brotaban de las hogueras y volaban en el viento alumbraban su rostro. Parecía un personaje de película. Un jefe indio o un sacerdote vudú. En todo caso, una entidad imaginaria. Cuando agarró la guitarra y sus largos dedos empezaron a rasgar las cuerdas, Selim soltó una carcajada. La misma que había asustado tanto a Nilsa y que resonó entre las ruinas de Dar Sultan.

Selim estaba ahora de pie. No sabía adónde ir. No conseguía avanzar entre los cuerpos medio desnudos que zapateaban rítmicamente, con los ojos cerrados. Giraban con tanta velocidad que Selim sintió un mareo. Algunos se daban golpes en el pecho, alzaban las manos al cielo y balanceaban la cabeza hasta entrar en trance. Los músicos tocaban cada vez más rápido sobre la tensa membrana de las *derbukas*. Selim podía oír el corazón de cada uno de ellos. Unos corazones enormes, prestos a estallar, a brotar de los pechos que los mantenían presos, encerrados. Los bailarines balanceaban los brazos, las nalgas, parecían poseídos por unos espíritus que controlaban sus cuerpos. Un hombre daba pequeños saltos detrás de los músicos y, extático, repetía: «¡Eso es, eso es!». Los bailarines levantaban con sus pies la arena, que salía volando y se adhería a las pieles sudorosas, llenaba las bocas, y los granitos chasqueaban entre los dientes.

Selim seguía avanzando, a la deriva de sí mismo, mirándose vivir y olvidándose después. Su cuerpo se había emancipado, tenía vida propia. Sus ojos veían el espectáculo que se ofrecía a él, sin entenderlo. Había perdido toda noción del tiempo. Lo que sucedía a su alrededor le llegaba en un torrente de imágenes instantáneas, a trompicones, con brusquedad. Su cuerpo se debatía entre un cansancio extraño, un principio de malestar y un sosiego vaporoso, una disolución de la conciencia, que lo autorizaban a serlo, a decirlo y a vivirlo todo. Se desabrochó la camisa y se acarició el vientre y el torso. El contacto de su mano con su propia piel, inexplicablemente, le aportó consuelo. Habría deseado amarse a sí mismo, autodevorarse. Sentir cada poro de su piel, excitar cualquier

terminación nerviosa, y que una mano, una mano sobrehumana, lo poseyera, desde la punta de los dedos del pie hasta la nuca, desde sus labios hasta el interior de los muslos. Agitó los brazos como si intentara abarcar el paisaje, sorprendido de no poder abrazar a los que lo rodeaban. De pronto, la arena se enfrió. Sintió los pies húmedos. Estaba bebiendo algo templado y amargo que le sentaba bien. Asentía con la cabeza a lo que le decía un chico, sin entenderlo, o, más bien, estaba pensando: «Esto se tiene que desacelerar». Se tumbó con el vientre al aire. Se quedó dormido.

«Selim ha desaparecido.» Al otro lado del teléfono, Mathilde lloraba, y Aicha no entendía lo que le contaba su madre. Había ido a la oficina de Correos y Telégrafos de Rabat para telefonear a sus padres y anunciarles que se quedaría unos días más en casa de su amiga. Mathilde enseguida la interrumpió: «Selim ha desaparecido», y Aicha ya no se atrevió a hablar de lo suyo. Hizo preguntas a su madre. ¿Cuándo se había marchado de casa su hermano? ¿Habían hablado con sus amigos? ¿Tenían alguna idea de dónde podría estar? Mathilde solo respondió con llanto y sollozos. «Me ha robado dinero. ¿Te das cuenta? Me ha robado.» Aicha siguió preguntando: «¿Has avisado a la policía?». Mathilde la cortó en un tono seco: «¿La policía? La policía no pinta nada en esta historia. Los trapos sucios se lavan en familia. No se te ocurra comentarlo con nadie. Si te preguntan por él, Selim está bien, ha viajado a Alsacia».

Mehdi la esperaba fuera, sentado en la terraza de un café, bajos los arcos de la avenida Allal Ben Abdellah. Cuando ella regresara de hablar por teléfono, le propondría ir a su casa, al apartamento que ocupaba en la calle de Bagdad, a pocos metros de Bab Errouah. Hacía días que pensaba en ello y se imaginaba a Aicha sentada en el sofá de su salón, con las piernas cruzadas, con sus largas manos serenamente colocadas sobre su regazo. O quizá de pie, ojeando los libros de la biblioteca que él mismo había montado con ladrillos y tablas de madera. Pondría música, un disco de Sarah Vaughan o de Lady Day. Le prepararía un té y se quedarían allí, el uno junto al otro, en el salón bien templado por la luz del sol. Abriría la ventana que daba a la fachada de un antiguo palacio. La acercaría a él, la abrazaría fuerte, tanto que sus costillas crujirían como la cáscara de una nuez. Reflexionaría sobre lo que le iba a decir, aunque no

pronunciaría ninguna palabra. Hiciera lo que hiciera, estaba seguro de que ella lo entendería. Llevaban tres semanas viéndose a diario. Se besaban, se ocultaban en el coche o esperaban a la noche para encontrar un lugar aislado, en la playa o en el jardín de Henri. Nunca había surgido la oportunidad de tener un cuarto para ellos solos, y Mehdi pensaba en ello. En su piel desnuda. En el deseo que despertaba en él, en cómo transcurriría todo. No quería que ella sintiera que él le había tendido una trampa, que se asustara. A decir verdad, no tenía ninguna idea de la manera como ella enfocaría las relaciones sexuales. Ninguno de los dos había hablado de ello ni se habían preguntado sobre sus aventuras pasadas y sus experiencias. Se bebió el café, cerrando los ojos con cada sorbo. Disfrutaba tanto con aquella anticipación que esperaba que la llamada de teléfono durase mucho. Ella le había comentado que su madre se llamaba Mathilde, y no sabía el motivo, pero se había quedado impresionado por ello.

Aicha regresó de Correos con los ojos enrojecidos. Él supo que el verano había llegado a su fin. «Me voy a casa», le dijo. «Mis padres me necesitan.» Tomaría el tren esa misma tarde. Mehdi insistió en acompañarla. «No me molesta nada. Te llevo en coche, y luego regresaré. Nadie me verá.» Y eso hicieron, ella preparó su maleta, abrazó a Monette y a Henri, quienes, de pie en la puerta del bungaló, con los bañadores húmedos, agitaron los brazos hasta que el coche desapareció a lo lejos.

Iban en silencio en aquel viejo Simca beis donde el aire caliente y pesado penetraba por las ventanillas abiertas. Él conducía sin apoyarse en el respaldo ardiente del asiento. A veces, soltaba el volante y dejaba la mano suavemente sobre el hombro o el muslo de Aicha. Ella habría deseado que los dedos de ese hombre se quedaran para siempre sobre ella, que se le incrustaran en la piel. Mientras atravesaban el bosque de la Mámora, unos coches de policía los adelantaron. Hacían señas a los vehículos para que se detuvieran en el arcén. Iba a pasar un cortejo real. Mehdi detuvo el coche bajo una encina y esperaron. Odiaba el mes de agosto y sus cielos cargados de nubes. Siempre había sido el mes de las matanzas, los disturbios, las revueltas. Al igual que el resto de los marroquíes, Mehdi desconfiaba del verano, de ese calor que subía del suelo y sacudía las almas hasta inducirlas al asesinato. Aicha se

giró hacia él. Habría querido decirle algo, algunas palabras de amor, pero se mantuvo en silencio. Él también se quedó mirándola y se mordió los labios. Hundió sus ojos en los de ella como cuando se examinan los posos del café que revelan el porvenir. Vio en la pupila de la joven sus propias penas futuras, sus éxitos, sus bochornos, sus traiciones. Vio desplegarse su existencia en el iris de la joven. Aicha contenía el porvenir de Mehdi, del mismo modo que la lámpara maravillosa contiene el cuerpo evanescente del genio. Si le cogía la mano, si giraba la palma de Aicha hacia el cielo, estaba seguro de leer su propio destino en esas líneas.

Estuvieron esperando un largo rato a la sombra de los árboles. Unos Mercedes resplandecientes, marrones y negros, aparecieron por fin, circulando a toda velocidad. Los policías hicieron señas a los conductores de que ya podían continuar su trayecto. Mehdi habría deseado que ese viaje no acabara nunca. Que siguieran infinitamente hacia un destino imposible de alcanzar y que el mundo se redujera a ese habitáculo en el que ellos dos estuvieran solos y fueran inaccesibles para los demás. Ante ellos, las colinas aplastadas por el calor parecían flotar, y, en el asfalto, la refracción del sol producía el espejismo de grandes charcos de agua. A lo lejos distinguieron unos altos cipreses y luego unos olivares. Pasaron delante de los viñedos del vecino de los Belhach. El viaje llegó a término. Aicha empezó a mostrar síntomas de nerviosismo. Miraba por el retrovisor como si temiera que la siguieran o ver aparecer la silueta de sus padres. Agachaba la cabeza como una fugitiva en plena huida. De pronto le ordenó con brusquedad: «¡Párate aquí!». A pocos metros se distinguía el cartel grande con el nombre de Belhach.

«—¿Aquí? ¿Estás segura? Todavía queda un trecho. Te puedo acercar un poquito más. Nadie nos va a ver.

—No, no, más vale que me baje aquí.

—Es peligroso. ¿No crees? No quiero dejarte sola en mitad del campo.

—¿Peligroso? —Aicha sonrió—. Te recuerdo que esta es mi finca. Aquí no me puede ocurrir nada malo. Conozco este lugar de memoria. Sabría orientarme incluso en la más completa oscuridad.»

No hubo beso de película. Ni lágrimas. Él la abrazó y, de pie junto a la puerta del coche, la vio marcharse. Ella saltó por encima de una barrera, y su silueta frágil fue desapareciendo entre los árboles. Mehdi se quedó inmóvil. No se decidía a arrancar y dar marcha atrás. Observó las grandes hileras de olivos y se puso a imaginar la niñez de Aicha. La vio de pequeña, corriendo a través de los campos; podía adivinar su rostro, sus rodillas lastimadas, su mirada resuelta, sus manitas de uñas redondeadas cubiertas por la quemazón de las ortigas. Incluso creyó oír su risa, una risa infantil, y distinguir su cuerpecito delgado, ágil, columpiándose de la rama de un árbol. Pensó entonces que la conocía desde siempre. Que aquella niña no le era ajena, del mismo modo que no lo era la adolescente en la que luego se había convertido. Austera, seria, concentrada en el duro oficio de hacerse mayor. Ella siempre había sido su alma gemela. Todos los años vividos sin ella le parecían tiempo perdido, inútil, malgastado. No solo estaba enamorado de ella, de la mujer que él conocía, sino también de todas las que ella había sido y sería en el futuro. Se puso a fumar, sentado en el coche, con la puerta abierta. Pasaron unos campesinos y lo saludaron, desconfiados. Mehdi ni se inmutó. Esa mujer y la intensidad del amor que sentía por ella le estaban demostrando que tenía razón al creer en lo excepcional de su destino. Sí, un destino fuera de lo común del que Aicha formaba parte. Ni un segundó pensó que, al quedarse ahí, dentro del Simca, estaba en tierras extrañas. En la propiedad de otro, más rico, más poderoso que él, que, si quisiera, podría echarlo de allí. No, no pensaba en eso. Sintió que le invadían la alegría y una serenidad inquebrantable. Apagó la colilla con el pie, cerró la puerta y arrancó el coche.

Avanzó lentamente por la pista de tierra. La hacienda le pareció aún más grande, más impresionante que la primera vez que estuvo allí. Siguió conduciendo hasta llegar a un callejón sin salida, frente a una nave enorme ante la cual había estacionadas unas máquinas agrícolas. Retrocedió y estuvo a punto de atropellar a un hombre que se dirigía a él trotando. El obrero se acercó al coche y colocó su mano callosa sobre la puerta.

«—¿Adónde vas, muchacho, te has perdido?

—Estoy buscando la casa del patrón. Quiero verlo.

—Sidi Belhach está en su oficina. Ven, yo te llevo.»

El obrero se puso a trotar de nuevo y Mehdi fue tras él, algo intimidado. Enseguida apareció la casa. La palmera grande, el cobertizo y, detrás de un seto, la piscina rodeada de ladrillo ocre. Se detuvo un instante y observó a una señora alta y rubia que estaba de pie, en el borde de la piscina. Llevaba un bañador malva, y sus piernas de piel muy blanca eran tan musculosas como las de un chico. Alzó los brazos, juntó las manos y se lanzó al agua. Mathilde.

«¡Venga, sígueme!», se impacientó el obrero. «Es aquí.» El hombre entreabrió una puerta acristalada, tras descubrirse y sostener el gorro de lana en la mano. «Patrón, aquí hay alguien que quiere verlo.»

Lo primero que observó al entrar en la oficina fue el retrato de Hassan II colgado en la pared. Sintió como si el rey lo retara con una mirada burlona. Enseguida se fijó en Amín, sentado en un sillón de cuero. A Mehdi le resultó apuesto, no tenía nada del típico campesino tripudo y vulgar que se había imaginado. Por el contrario, parecía un actor de cine con el bigote finamente recortado. Le tendió la mano y se presentó:

«—Muy buenas, me llamo Mehdi Daoud.

—¿Y en qué puedo ayudarlo, Monsieur Daoud?

—Pues, mire, he venido a pedir la mano de su hija, Aicha.

—Perdone, ¿qué ha dicho?»

Amín estaba estupefacto. Apoyó las manos sobre el escritorio, se levantó, presto a saltar sobre el joven que tenía delante.

«—Está usted bromeando, ¿no?

—No, en absoluto. He venido a pedir la mano de Aicha —repitió en un tono excesivamente agudo.

—¿Qué me está contando? Para empezar, ¿quién es usted? Un tal Mehdi Daoud. Vale. Jamás oí hablar de usted.

—Soy profesor de Economía en la Universidad Mohamed V de Rabat. Tengo la intención de presentar mi candidatura a decano de la Facultad de Derecho y ahora estoy escribiendo una obra que…

—Oiga, usted no está muy bien de la cabeza, ¿verdad? ¿Mi hija es la que le ha pedido venir a verme?

—No, no, en absoluto, su hija no tiene nada que ver en esto. Ni siquiera sabe que estoy aquí. Mis intenciones son muy serias, Monsieur Belhach.»

Amín se giró hacia el pasillo que conducía a la casa y gritó «¡Aicha!» tan alto que Mehdi se echó hacia atrás. Ella estaba allí. En unos instantes, llegaría y descubriría de lo que él era capaz. La subyugarían su valor y el romanticismo de su gesto, convencería a su padre y se casarían aquí, en esta hacienda, bajo la gran palmera.

Aicha apareció. Iba descalza, avanzó hacia su padre como una niña a la que han pillado cometiendo una travesura, dispuesta a recibir su castigo. Al ver a Mehdi, abrió los ojos de par en par. Parecía muy enfadada.

«—¿Conoces a este joven? —le preguntó Amín, mientras ella bajaba la mirada—. Dice que te conoce. ¿Sabes quién es o no?

—Sí, lo conozco. Monette me lo presentó.

—Vale. Pues figúrate que este joven ha venido a verme para pedir tu mano. ¿Qué opinas?

—¿Qué? —Aicha había casi gritado. Las mejillas le ardían y notaba cómo le latía la sangre en las sienes.

—¿Has montado tú todo este tinglado?

—¿Yo? ¡En absoluto!

—¿Tú en absoluto qué? ¿No estabas al corriente o no quieres casarte con él?

—¡Y yo qué sé!

—¿Cómo que tú qué sabes? ¿Me tomáis por idiota? —Amín se quedó mirando a los dos jóvenes y se contuvo para no sonreír—. No tengo tiempo para vuestras historias. Poneos de acuerdo y ya hablaremos más adelante. ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi vista!»

Rabat, 19 *de noviembre de* 1970

Aicha:

Han regresado las cigüeñas. Sobrevuelan el cielo eternamente azul de Rabat. Vuelan en círculos sobre el río, sobre las azoteas de la medina, construyen nidos gigantes en los árboles muertos y en los montones de piedras de las ruinas de la necrópolis del Chellah. Tengo la sensación de que me quieren decir algo. Voy a menudo allí a contemplar su vuelo circular, sus picos rojos, sus cuerpos blancos flanqueados por grandes alas negras de plumas remeras, separadas como las púas de los peines. Observo sus reflejos en las aguas cenagosas del Buregreg. En ocasiones, vuelan tan bajo que parece que podría tocarlas. Me seduce sobre todo el ruido que hacen. Oigo su crotoreo sin fin como si vinieran a entregarme un mensaje. Llegaron de donde tú estás, en un solo impulso, de tu Alsacia verde y fría, sin un batir de alas, posadas sobre las nubes. Intento desesperadamente descifrar el mensaje que les has encargado que me entreguen. Seguro que tienes algo que decirme, aunque no contestes a mis cartas. Has preferido enviarme a unas embajadoras para anunciar tu regreso. ¿Acaso me equivoco? Dime: ¿acaso no han venido en avanzadilla? Si ellas han hecho todo ese recorrido, tú también lo harás. Aicha, lo nuestro no ha acabado.

Sé, por Monette, que sigues en Estrasburgo, que has alquilado un cuarto encima del apartamento de un tal David. Te telefoneé y creo que fue él quien contestó. Pero no sé si te comentó mi llamada ni si él sabe quién soy yo. ¿Le has hablado de mí? Me pregunto qué será él para ti.

Tengo el corazón agotado, un nudo en el estómago. Mis pensamientos no son más que una carta que se está escribiendo. En mi mente, se forma un entramado de palabras de las que tú eres la destinataria. Es un proceso torpe e incesante, una obcecación que me persigue incluso cuando duermo. Aicha, me obsesiona el error que cometí, la idea de que lo que empezamos a vivir se interrumpió por mi iniciativa absurda ante tu padre. Quiero creer que estás sumida, al igual que yo, en un estado de dolorosa confusión.

Desearía abrazarte, olvidar el trauma que supuso tu partida, decirte que nadie nos separará, ni siquiera tú. Porque no puedo evitar tener esperanzas. Nada ni nadie llenará tu ausencia en mí. Debería acondicionar dentro de ese vacío un refugio para mi letargo, como el de los osos, y pasar, en pleno verano, el invierno del duelo. Sigo sintiendo tu mirada en mí, al igual que se siente el viento en la piel.

No es posible que me tengas tanto rencor. Me equivoqué. Quizá creíste que quería comprarte ante tu padre como una pieza de ganado. Cedí a un impulso loco, sin consultártelo, pues estaba tan seguro de ese amor que me llenaba de aire cálido y me hacía volar muy lejos, por encima de las contingencias cotidianas. Todo me resultaba sencillo, nada podría oponerse a esa fuerza, tu padre me daría su autorización con una sonrisa, y volaríamos juntos, tú y yo, hacia la vida resplandeciente que nos estaba prometida. No albergaba la menor sospecha de fracaso, créeme, se trataba simplemente de dar el salto, y el cielo se abriría, solemne, a nuestro brillante futuro. A fin de cuentas, todos me llaman Karl Marx. Soy un experto en el radiante porvenir.

Pequé de vanidad al creer que compartías esa fe en mi poder, Aicha. Creía ser extraordinario, admirable por mi valentía y determinación. En mi actitud, tú no viste más que arrogancia, brutalidad, deseo de posesión. En esto último acertaste: desearía que me pertenecieras. Que solo yo te cogiera de la mano, te abrazara, respirara tu olor. Cuando estabas cerca de mí, cuando te tocaba, cuando te hablaba, cuando te escuchaba, cuando te soñaba, tenía la sensación de que mi amor te engalanaba, te llevaba hacia ti misma, hacia esa belleza pura que hay en ti. ¡Cómo brillabas entre mis manos y en mi mirada! Esa pretensión hoy me abruma. El recuerdo del sabor de tus labios, del olor de tu piel, de nuestras caricias, es un veneno que quema.

Camino interminablemente, sin rumbo, voy a lo alto de la alcazaba a contemplar el mar que nos separa, como si pudiera verte: ¿no eres tú ese puntito en el horizonte, no me estás haciendo una seña con la mano? El resto del tiempo, observo mi vida pasar como si yo fuera un espectador o, más bien, como si mi vida aún no hubiera empezado.

Déjame darte algunas noticias de tu tierra. En este trimestre, solo he

dado clase tres o cuatro veces. Los estudiantes, alterados, multiplican una huelga tras otra, lo que al menos me deja tiempo para leer, pasear y pensar. Ya presenté mi candidatura al puesto de vicedecano. Por desgracia, el decano me aprecia a mí menos que a los aduladores que lo rodean. Cuando le comenté mi proyecto de tesis sobre las consecuencias psicológicas del subdesarrollo, se rio en mi cara. En este país ya no hay vida intelectual. Solo mediocridad, confinamiento, desilusión. Han sustituido la enseñanza de la filosofía por los estudios islámicos. El Instituto de Sociología ha cerrado sus puertas. Si hubiera nacido en Francia o en Estados Unidos, podría interesarme por otra cosa distinta de la política, escribir poemas sin rendir cuentas a nadie ni soportar unas lecciones de moral supuestamente revolucionarias. Ayer estuve en el café Jour et Nuit con Abdellah y el resto de la pandilla. Abdellah estaba más agitado que nunca. Pasa la mitad del tiempo en las embajadas de China o de Cuba. La otra tarde, me llevó a una conferencia que daba Alejo Carpentier, que me pareció más sutil, más seductor, más inspirador que nuestros Che Guevara de pacotilla. Tiene razón Ronit cuando dice que sería lamentable vivir en un país dirigido por hombres como Abdellah. Sé lo que vas a decir. No hace mucho yo era un entusiasta de la teoría, convencido de que podría escribir un libro que cambiaría el rumbo de las cosas. ¡Qué locura! No será convirtiéndome en un muerto de hambre y predicando en el desierto como lo consiga. He reflexionado mucho y tengo otros proyectos. Escúchame bien, Aicha, estoy seguro de que me espera un destino excepcional. Eres la primera persona a la que me atrevo a decírselo y tanto da que alces la mirada al cielo preguntándote si es soberbia o ingenuidad. No sabría explicarte los motivos, pero veo claro que no estoy hecho con el mismo molde que los de mi generación, siento en mí una fuerza singular, te aseguro que me llevará lejos y tú estarás a mi lado. Estoy convencido de ello. Eso quería contarte. Ahora ya puedes reírte, y yo me reiré contigo, aunque te lo he dicho en serio.

Y luego me pasó algo con Roland Barthes. Ya sabes que suelo cenar a menudo en La Pagode, el restaurante chino que está debajo de mi casa. La otra noche, entró un señor, un europeo elegante, canoso, cuyo rostro algo triste me sonaba. Iba acompañado de una mujer mayor, menuda, seguramente era su madre. Al día siguiente, me la crucé en la escalera de mi edificio. Entendí que vivía en el piso de

arriba. Comprobé en los buzones de la entrada y vi el nombre del inquilino: «Roland Barthes». ¿Te imaginas? Aquí todos hablan de él. En la facultad, a los profesores les da igual tener a una celebridad dando clases en Rabat. Los estudiantes, por su parte, solo piensan en las huelgas y en las asambleas generales. Quizá me consideres ridículo. He recuperado todos mis artículos, los he revisado a conciencia y los he deslizado en su buzón. Quizá, mientras te escribo, los esté leyendo. A partir de ahora, mi existencia se limita a esperar. Unas líneas tuyas. Una respuesta de Barthes. Soy un hombre que espera. Imagínate que mis textos le gustan, que se los propone a una editorial parisina y que voy a Francia —¿por qué no a Estrasburgo?— a presentar mi libro y te lo dedico. Entonces podrías decir a tu padre que soy algo más que un profesorcillo de Economía y admitir que no tienes más opción que vivir el resto de tus días conmigo.

Aicha, nuestra vida empezó un día en el café de France, no olvido ningún instante de esa velada, el brillo de las miradas que me dirigías. Evitabas mis ojos, sabiendo quizá que si te zambullías en ellos no volverías a salir, aunque seguías fijándote ávidamente en mis manos, en mis labios y, sobre todo, en mi frente, intentando adivinar qué extraños pensamientos bullían por dentro. ¡Querías saber! Entendí que, a pesar de la trivialidad intencionada de nuestra conversación, pronto emprenderíamos un camino juntos. En aquel instante, todo mi ser quería entrar en ti. Todo empezó entonces. Antes de ese momento, éramos unas larvas, unos embriones que aún no habían eclosionado. No me queda nada anterior a tu aparición. No recuerdo vida alguna en la que tú no existas.

Un día, mucho después, en uno de nuestros paseos, me dijiste riendo que yo era un ateo de la vida. ¡Nada de eso! La vida me posee, Aicha, creo perdidamente en ella, la vida me ilumina, me desgarra a cada instante, la amo, la amo tal como se presenta: placer, felicidad, dolor, silencio. Gracias a ti, jamás estuve tan cerca de ella. Te he reconocido. Te esperaba desde los limbos de la infancia, y llegaste. Miro el cielo, la luz en las palmeras, los círculos que trazan las cigüeñas, y estoy deslumbrado. Créeme, esta belleza está hecha de nosotros. Está hecha para nosotros.

MEHDI

Mehdi echó la carta al correo y rehízo el camino de regreso a su casa por la avenida Mohamed V. Pasó delante de la estación de tren, divisó a lo lejos las torres blancas de la catedral de Saint-Pierre. Cuando se estableció en la capital, Rabat le inspiraba una profunda antipatía. Blanca y aletargada, le infundía desconfianza. Demasiado tranquila, demasiado burguesa. Era de esos lugares donde nunca ocurría nada. En todo caso, nada visible, y todos los vicios, todas las mentiras se ocultaban tras las altas tapias de las casas burguesas sobre las que estallaban, en primavera, las flores de bignonia. Odiaba aquellas bellas avenidas tan limpitas, flanqueadas de palmeras, y el bosque de eucaliptos, a la entrada del barrio de Agdal, cuyos árboles de troncos grisáceos le provocaban cierta desazón. En esa ciudad de diplomáticos y funcionarios, de cortesanos y lacayos, Mehdi se sentía constantemente espiado. Desconfiaba de los camareros de los cafés, y, en cada guardacoches, en cada taxista, veía a un chivato de la policía.

Poco a poco, aprendió a conocerla. Al salir de la facultad, adquirió por costumbre caminar por la ciudad, tan lejos como sus fuerzas lo llevaran. Iba hasta el mercado central, al final de la avenida Mohamed V. Se paseaba por los puestos de verduras y luego admiraba los de fruta: las mandarinas y las granadas que los vendedores partían por la mitad para dejar ver su resplandeciente frescor. Se quedaba mirando a los gatos, escuálidos y sucios, que correteaban en medio de las cáscaras. No compraba nada, pero le gustaba observar a los comerciantes, sobre todo, a los del zoco del pescado, sentados en sillas de plástico delante de los anchos mostradores de mármol donde agonizaban las lubinas y los gallos de branquias escarlata. Subía a la alcazaba de los Udaya y se adentraba en ese barrio bohemio de paredes encaladas en blanco y añil. En ocasiones, bajaba al valle y bordeaba las orillas pantanosas del río Buregreg. Sobre el agua, inmóvil y fangosa, flotaban unas nubes de bruma espesa y azul pálido. Sobre las ramas grises y sin hojas se posaban una multitud de pájaros blancos. Los lugareños decían que el río acarreaba cadáveres y evitaban pasar por delante. Mehdi se encaminó hacia la necrópolis del Chellah, cuyas majestuosas murallas adquirían una tonalidad naranja en el crepúsculo. Ante los morabitos abovedados y de paredes inmaculadas, unas mujeres dejaban alimentos, huevos duros y

botellas de leche, a modo de ofrenda.

La ciudad, al convertirse en escenario de su mal de amores, empezó a gustarle. En ella paseaba su melancolía, recorría las calles en busca de una mujer ausente y lejana. Por extraño que fuera, precisamente porque Aicha no estaba allí, esas calles le parecían terriblemente vivas. Su búsqueda le abría los ojos, le hacía fijarse en los mínimos detalles: la belleza de una fachada, la luz dorada sobre los muros del palacio del rey, el rostro demacrado de un herrero en la calle de los Cónsules. Se hundía en las arenas del lamento, atormentado por su pena, y la ciudad se mostraba cómplice. Lo protegía.

El día llegaba a su fin, y los comerciantes de la avenida iban bajando los cierres metálicos de sus tiendas. Mehdi pasó delante de una panadería y se quedó mirando las moscas que se agitaban sobre las pirámides de dulces de ramadán, cubiertos de miel y de semillas de ajonjolí. A medida que avanzaba, notaba que cada vez había menos gente en la calle. Los funcionarios ya habían regresado a sus hogares y probablemente estarían echándose una cabezada, antes de la ruptura del ayuno, tumbados sobre un diván del salón, mientras las mujeres removían la olla de sopa y vigilaban a los niños pequeños. Los escolares también habían acabado su jornada y solo quedaban en la calle algunas personas que llegarían tarde a sus casas, con el rostro pálido, ojeroso y el aliento fétido por el ayuno. La ciudad entera tenía hambre.

Por primera vez desde hacía tiempo, Mehdi pensó en su familia, cuyos lazos se habían roto. Regresaron a su memoria las largas veladas de ramadán en Fez, cuando observaba a su padre jugar a las cartas con los amigos del barrio. El modo en que el viejo Mohamed se sentaba a la mesa, en que rezaba antes de romper el ayuno y beber, a sorbitos, un vaso de leche fría. «*Hamdullah*», y abría, para cada uno de sus hijos, un dátil carnoso y se lo tendía. A veces el dátil contenía un gusano, un grueso gusano, blanco y brillante, y Mohamed lo apartaba con el borde de la uña. El viernes, el patriarca llevaba a sus hijos a la mezquita. Por el camino se paraba a comprar diez hogazas de pan, chocolate y latas de sardinas que distribuía a los mendigos sentados a la entrada del templo.

Mehdi se sobresaltó. Extraviado en sus pensamientos, no había visto

al hombre que avanzaba hacia él. De unos cuarenta años, era alto y de una delgadez enfermiza. Llevaba gafas de cristales ahumados y no paraba de sonreír. Se fijó en que algo se movía debajo de la gabardina beis que el tipo llevaba. Sacó un perrito de pelo blanco y rizado y lo sostuvo en sus brazos. Agachó la cabeza y besó el hocico del animal. Durante toda la conversación que sostuvieron no dejó de acariciarlo.

«Tú eres Karl Marx, ¿verdad?» Y, antes de que le respondiese, el hombre se echó a reír. «¡Cuánto sabes! He asistido a tu clase de esta mañana y no entendí nada.»

No se presentó ni le tendió la mano. Se limitó a quedarse mirándolo, sin dejar de sonreír. Mehdi reanudó la marcha y el tipo lo siguió, ajustando sus pasos a los de él. «Yo dejé los estudios antes de acabar la secundaria. Pero admiro a la gente instruida. Tus padres deben de sentirse orgullosos de ti.»

Mehdi le lanzaba de vez en cuando unas miradas amenazantes, aunque no se atrevió a decirle que se largase. Aceleró el paso, apretando contra él el bolso de bandolera. Un muchacho vendía una vieja picadora de carne que no valía nada, pero la había puesto en la acera, sobre un trozo de tela de una limpieza incongruente. Junto a él, se había colocado una señora mayor, de rostro arrugado como una pasa. Ofrecía a los transeúntes dulces caseros expuestos en una cesta de mimbre. El hombre se detuvo y se agachó lentamente hacia la anciana. Mehdi, que no había dudado ni un solo segundo que aquel tipo era un poli, pensó que se iba a enfurecer y a dar una patada al cesto y a la picadora de carne. En cambio, el desconocido sonrió.

«Te felicito, *Hadcha*»,[2] le dijo a la mujer sentada en el suelo. «Tú sí que sabes cocinar.»

Titubeó y, para evitar caerse, se agarró al brazo de Mehdi.

«¡A ver, dime!, ¿por qué envías todos esos artículos?»

Mehdi no dejaba de observar el cuello del individuo, su enorme nuez. Era tan gruesa y picuda que acabaría atravesándole la piel, fina y enrojecida.

«—Ese es mi trabajo. Soy profesor de universidad y publico lo que investigo.

—¡Ah, vale, vale! Discúlpame. Publicas lo que investigas, sin duda. —Debajo de su gabardina el cachorro se agitaba cada vez más, parecía querer escaparse de su dueño y saltar a la acera—. ¿Y al menos sacas algo de dinero de tus investigaciones?

—Esa no es la finalidad realmente —le contestó en un tono seco.

—Espera, espera, no te entiendo. ¿Todo ese trabajo que realizas, todos esos libros que lees, no te aportan dinero?

—Ya te lo he dicho: el dinero no me interesa.

—¿Estás escuchando lo que dice este? —le preguntó al caniche, que estaba temblando—. No le interesa el dinero. Pero tendrás una familia, ¿no? Todo el mundo tiene una. Seguramente se alegrarían si les mandaras dinero. No pareces de esos burgueses que pueden permitirse trabajar gratis.»

Ante un restaurante desierto, dos hombres instalaban unas tablas sobre unos caballetes. Durante el ramadán, todas las tardes al caer el sol, distribuían sopa y huevos duros a los más necesitados. Mehdi se detuvo. Frente a él, había una inmensa fotografía del rey vestido para jugar al golf.

«—Pronto será la ruptura del ayuno. Me tengo que ir.

—Sí, tienes razón —asintió el hombre. Se bajó las gafas, miró su reloj, acercándolo mucho a sus ojos, e inclinó la cabeza—. Qué pena, podríamos haber ido al café y seguir nuestra conversación. Antaño se podía comer en los cafés durante el ayuno del mes de ramadán. ¿Recuerdas? Parece ser que ha habido detenciones. ¿Tú qué opinas de eso? —Clavó su mirada oscura, como empañada, en la cara de Mehdi.

—Tengo que irme.

—Claro, por supuesto, no te retengo. Debes de tener mucho trabajo. Se ve que eres un chico serio. Este país es afortunado por contar con jóvenes como tú.»

1 Derivado del verbo *jazana*, que significa «acumular, almacenar, mantener en secreto», majzén designa, en el lenguaje popular, al Estado y a sus agentes, y, más específicamente, al rey y a su entorno. (N. de la A.)

2 Tratamiento de respeto, sobre todo dirigido a las personas que han realizado la peregrinación a La Meca. (N. de la A.)

SEGUNDA PARTE

La fiesta se había acabado. Ingresábamos en el día a día de la humillación.

MILAN KUNDERA

Como todas las tardes, antes de empezar su servicio, Omar se desnudó. Extendió el pantalón sobre la cama y tiró al suelo la camisa con el cuello manchado de algunas gotas de sangre. Ya en la ducha, frotó con un guante de crin las placas que le cubrían brazos y piernas. El médico se lo había prohibido. Sabía que luego le dolería aún más, en las próximas horas, cuando el tejido de la camisa le rozara la piel, cuando el pantalón le irritara los muslos. Pero, en ese momento, bajo el agua caliente no podía evitarlo. Se frotaba y frotaba. Los hombros, las axilas, el cuello ardiente y delgado. Se hubiera dicho que intentaba borrarse a sí mismo o, al menos, borrar una huella que llevaba en él. Se pasó la manopla por la cara, se frotó las mejillas, siguió por los párpados, con la boca crispada. Luego se quedó unos instantes de pie, desnudo, en mitad del cuarto de baño inundado de vapor. Se envolvió en una toalla grande y se sentó en el borde de la cama. Cogió el cortaúñas que había en la mesilla de noche y se cortó las uñas de las manos y los pies, mediante pequeños cortes precisos y nerviosos. Recogió los restos en la toalla y los tiró a la basura.

Salió de su apartamento, subió al coche, junto a Brahim, su chófer. Sus hombres lo esperaban cerca de la plaza de Francia y los vio apoyados en la pared de una tienda de alimentación. Tuvo que dominarse para dejarlos subir. Apestaban a gasoil, a cerveza barata y respiraban ruidosamente. Estaban sucios. Y, sin embargo, Omar les había explicado, les había dicho que en su trabajo era fundamental cuidar el aspecto. ¿Cómo pretendían imponer respeto comportándose como unos patanes? ¿Con esas pintas creían que iban a impresionar a esos intelectuales de mierda que habían vivido en París o en Bruselas, y que intentaban humillarlos con sus conocimientos y teorías sobre el futuro del capitalismo?

A Omar le importaba la forma de vestir. Siempre llevaba el pantalón impecablemente planchado, los zapatos limpios, tan brillantes como si los estuviera estrenando. Se abrochaba el primer botón de la camisa, aunque el calor fuera sofocante, aunque la tela rozara sus placas de eczema, que acababan por sangrar. Para él, ese refinamiento era una forma de inteligencia, un elemento de sorpresa que dejaba aturdidos a los detenidos. No, el comisario no era un salvaje, sabía cómo comportarse.

«Dentro del coche no se fuma.» En la parte de atrás, los dos hombres se colocaron el cigarrillo en la oreja. Nadie discutía las órdenes de Omar. Empezó a llover mientras circulaban por las calles de la ciudad, y la luz estallaba a través de las gotas de agua. «No se ve nada», gritó uno de los policías. Omar se preguntó si habría dicho eso para provocarlo. A sus espaldas, sus colegas lo apodaban el Cegato. El Topo. Amenazaban así a los detenidos: «El Gafotas está llegando», y los presos, con los ojos vendados con tanta fuerza que el tejido les rasgaba la piel infectada, se ponían a temblar. La fama de Omar lo precedía.

«¡Pues baja la ventanilla, so animal!» El policía obedeció y sacó la cabeza fuera. Se hubiera dicho que buscaba en la acera una cartera o unas llaves caídas al suelo.

«¡Frena aquí!»

El conductor se detuvo con brusquedad. Los dos hombres sentados detrás salieron rápidamente del vehículo. La verdad es que Omar no había visto nada, o muy poco, solo unas siluetas corriendo y otras que las perseguían. Oyó gritos e insultos. Voces y un ruido de pies pateando un cuerpo. Algo que golpeaba la puerta metálica de una tienda y la lluvia que caía sobre el techo del coche. Permaneció sentado, inmóvil, con la vista fija en el parabrisas cubierto de gotas donde se reflejaban las luces de una farola y las de los pocos coches que pasaban.

Luego, los dos polis volvieron a subir al coche, empapados hasta los huesos, con sus trajes mugrientos y sus zapatos manchados de barro.

«—¿Qué ha pasado? —preguntó Omar.

—Ya ha llegado el furgón. Se los llevan.

—¿Cuántos eran?

—Dos vagabundos.

—Menudo ruido habéis hecho. Os habrán visto los vecinos del barrio.

—Los cabrones estaban borrachos, por eso se han resistido tanto.

—No quiero escándalos. No quiero líos. ¿Habéis entendido?»

Al día siguiente, el rey iba a recibir a una delegación de jefes de Estado extranjeros, y en esas ocasiones Omar y sus hombres debían encargarse de limpiar el recorrido oficial. Barrer a los mendigos, arrancar a los vagabundos de sus improvisados refugios, invisibilizar a los locos, a los levantiscos, a los perturbadores. Esa noche estaban haciendo la última ronda de vigilancia, y al amanecer las calles quedarían limpias. No se vería nada.

«Lo que no se ve no existe.»

Si alguien le hubiera preguntado en qué consistía su trabajo, eso es lo que habría contestado. Hacer que desaparezca lo que no puede ser visto. Tragar, borrar, apagar, sepultar. Cubrir con un tupido velo. Erigir murallas. Excavar agujeros. Omar era experto en el arte de enterrar secretos. Nadie sabía mejor que él oponer un silencio opaco y sereno a quienes hacían preguntas. Nada lo hubiera hecho flaquear, ni siquiera el rostro afligido de unas madres que buscaban a sus hijos o las súplicas de una joven cuyo esposo, una buena mañana, había desaparecido. En 1965, durante los disturbios estudiantiles, había participado para borrar las huellas de la masacre. Con su equipo de hombres, tomó el control de la morgue de Ain Chock en Casablanca y, durante varios días, nadie pudo entrar ni salir sin que Omar diese su consentimiento. Las familias se reunían ante el edificio reclamando los restos mortales de sus hijos. Mandó evacuarlas. Y una noche, cargaron los cuerpos en la parte trasera de una camioneta pickup, con los faros apagados. Unos cuerpos frágiles y ligeros, unos cadáveres de adolescentes y niños que no pesaban nada en los brazos de los policías encargados de

trasladarlos. Se dirigieron al cementerio, desierto a esas horas, y Omar recordaba aún el reflejo de la luna sobre las tumbas y sobre los agujeros excavados en lugares dispersos, alejados unos de otros. Los policías descargaron los cuerpos. Alguien quiso rezar una oración. Omar se lo impidió. Dios no tenía nada que ver en ese asunto.

En este país de miseria, bastaba con deslizar unos cuantos billetes aquí y allá. Al médico, que declararía no haber visto a ningún herido. Al sepulturero, quien, por unos cuantos dírhams, se olvidaría de haber excavado unas tumbas para unos críos asesinados. Omar jamás aceptaba dinero, a pesar de que se lo habían ofrecido cientos de veces. Había visto a menudo a sus compañeros coger fajos de billetes disimulados en sobres de color marrón. Los vio enriquecerse y ascender socialmente. Se casaban con chicas ricas cuyos padres se alegraban de tener un yerno en la policía. Pero Omar no aceptaba nada. Solo poseía un modesto apartamento en el centro de la ciudad y un coche, un bonito Chevrolet que había adquirido con la parte de la herencia de su padre que Amín le había entregado. Por extraño que pareciera, su integridad lo perjudicaba. Sus superiores lo encontraban arrogante, puritano, no le perdonaban que exhibiese con semejante altanería su austero modo de vida. Desconfiaban cada vez más de alguien como él, que nunca se había casado, que no había tenido hijos y a quien no se le conocía ninguna aventura de faldas. Carecía de vida fuera del trabajo. ¿Quién confiaría en un hombre así, sin vicios? Omar sabía que lo criticaban a sus espaldas. Su misión consistía en vigilar, y se preguntaba quién sería el encargado de vigilarlo a él.

«—¿A comisaría, jefe? —Brahim lo sacó de su ensimismamiento. Se había detenido en un cruce y esperaba sus órdenes.

—Vosotros, bajaos —dijo Omar a los dos que iban sentados detrás, que disimularon su rabia por tener que caminar bajo la lluvia y encontrar un taxi libre—. Nosotros tomamos la carretera. Brahim, vamos a casa de ella.»

*

Hace años, Omar podía pasar varias noches en vela en los sótanos de la comisaría. Convocaba a los detenidos, desquiciados por la

falta de sueño y por las palizas. Les hacía preguntas. Siempre las mismas, en árabe y en francés. En un tono sosegado y con una voz suave, tranquilizadora, que perturbaba a los presos. Pero esa noche no se sentía con ánimos, abrumado por el cansancio, asqueado por la ineptitud y la poca inteligencia de sus compañeros. Pensó que jamás conseguiría concluir satisfactoriamente su misión y que tendría que pasarse la vida entera callando bocas, enterrando a los que se iban de la lengua. Estaba harto de castigar, harto de dar golpes. Desde hacía algún tiempo, notaba que se ablandaba, dejaba hablar a los detenidos y escuchaba con algo más de atención lo que decían. Un hombre en particular le había interesado. Un chico de veinticinco años, instruido y valiente, que imprimía en el cuarto de baño de su casa una revista comunista. Los hombres de Omar lo habían secuestrado en pleno día y se lo habían llevado con los ojos vendados a un centro de detención clandestino. En el país los había a decenas. Prisiones y palacios abandonados. Casas en plena ciudad y sótanos mugrientos. Unos lugares ignorados por todos, de paredes bien gruesas para que nadie en los alrededores oyera los gritos de los torturados. Omar, en cambio, lo oía todo. A medida que perdía la vista, se le había agudizado el oído, un oído finísimo, capaz de percibir el menor crujido, el susurro más débil. Incluso a distancia, podía captar lo que se decía en las terrazas de los cafés o en el asiento de atrás de los taxis colectivos. Tenía contratados a chivatos por todos lados. Los vigilantes de los edificios, que parecían dormitar en sus garitas de madera. Las criadas, que registraban en los cajones cuando los dueños de la casa salían. Los vendedores de cacahuetes, los limpiabotas, el del quiosco de prensa: todos le rendían cuentas.

Ese muchacho, ese joven comunista era diferente. Había resistido con una valentía asombrosa las interminables sesiones de tortura que le habían infligido. Con el rostro tumefacto, los pies y las manos sangrando por los latigazos, le había dicho a Omar que este país se encaminaba a su ruina. «¿No te das cuenta de que se sirven de ti para el trabajo sucio? Ellos viven en sus mansiones, beben whisky, nadan en piscinas, juegan sobre el césped brillante de sus praderas de golf, mientras nuestros niños se mueren de hambre y de sed. ¿De dónde viene esa agua? ¡Dímelo! ¿Para esto luchó tu generación contra los franceses? Créeme, los burgueses de hoy no valen mucho más. Son unos corruptos, unos neocolonos que tratan

al pueblo del mismo modo que los europeos trataban a los *indígenas*. ¡Abre bien los ojos!»

No paraba de llover, y Brahim, que conducía rápido, dejó la ciudad atrás y se dirigió hacia la carretera de la costa en dirección a Rabat. Tardarían una hora en llegar a los suburbios de la capital. Junto a la carretera se alzaba el muro. «El muro de la vergüenza», como lo llamaban los militantes de izquierda, los sindicalistas, los opositores al régimen. En las reuniones de las células y en los artículos que circulaban bajo cuerda, ese muro era el ejemplo de la decadencia del país. Un mes antes, Omar se había enterado de que habían rodado un documental clandestinamente en el barrio de chabolas de Yacoub El Mansour. «Al principio, no entendí qué pasaba», le dijo uno de los vecinos, que se ganaba un dinerillo extra como soplón de la policía. «Un coche estaba aparcado fuera del barrio, justo delante del muro. Dentro había tres hombres. Dos marroquíes y un europeo, este sentado detrás. Era el que filmaba.» El confidente había hecho un buen trabajo. Había anotado la marca y la matrícula del coche, y descrito sin dificultad el físico del conductor y de su acompañante. En menos de un día, Omar descubrió que el Renault pertenecía a un militante comunista a quien un periodista francés estaba entrevistando. Habían intentado entrar en el barrio de chabolas para hablar con los vecinos, pero estos tuvieron miedo y se negaron. Se contentaron, pues, con filmar el muro. El periodista fue expulsado de Marruecos, las cintas filmadas fueron destruidas y el opositor había desaparecido. Nadie vería jamás ese documental.

El muro se extendía a lo largo de una parte de la carretera de la costa, entre Rabat y Casablanca, y era lo bastante alto para ocultar a los automovilistas lo que había detrás. Omar supervisó las obras. Mandó construir el muro a los propios chabolistas. Les explicó que había que proteger a los niños, evitar que cruzasen la carretera y se encontraran de pronto bajo las ruedas de algún bólido perteneciente a un rico burgués. En ese caso no se podría hacer nada por ellos. Nada de nada. Era por su bien, y por el bien de las mujeres, que, como a todas, les gustaba demasiado meterse donde nadie las llamaba y coquetear con los apuestos muchachos que pasaban por ahí. «Este muro», les dijo, «es para que no os avergoncéis de la fealdad de vuestra existencia, de vuestras casas de hojalata, de las callejuelas fangosas, de vuestra ropa ajada tendida en unas cuerdas.

¿Queréis que todo el mundo vea agitarse al viento las bragas de vuestras mujeres, las horrendas batas escolares de vuestros hijos?».

Con la frente apoyada en la ventanilla del coche, Omar recordó la voz clara del joven comunista. Una noche, el detenido le había contado la historia de una zarina de Rusia a quien habían querido evitar el espectáculo de la miseria y la desolación en que vivían los campesinos. Mientras viajaba por sus tierras, entre sus súbditos, en los confines de su inmenso imperio, no podía suponer que esas encantadoras aldeas que contemplaba de lejos no eran más que paneles de cartón pintado. Brahim aparcó el coche en la avenida de Temara, a unos metros de la iglesia ortodoxa. Despuntaba el alba, iluminando el campanario en forma de bulbo y la cruz dorada que lo coronaba. Las aceras estaban cubiertas de charcos, unos hombres caminaban, con la cabeza agachada y la almozala bajo el brazo, dirigiéndose a la mezquita del barrio. En los escalones del portal del edificio, estaba sentado el guarda. Un hombre delgado que no se afeitaba nunca, cuyos cigarrillos olían a lejía. Llevaba un gorro de crochet mugriento y un chaleco de lana marrón que una vecina burguesa le había regalado. Le había hecho seis hijos a su mujer y vivían amontonados en un cuarto en la planta baja. Así que estaba a menudo en las escaleras fumando unos cigarros que le dejaban en la lengua un sarro grisáceo. A veces, pasaba la escoba por los peldaños o frotaba la barandilla con un trapo sucio. Cuando vio el coche de Omar, se precipitó hacia él.

«—Buenos días, jefe.

—Hola, Hussein. ¿Qué hay de nuevo?

—Todo tranquilo, muy tranquilo. Nada que señalar.

—¿Está ella en casa?

—Sí, jefe. Hace dos horas que llegó caminando y llevaba los zapatos en la mano. Le dije que no era prudente andar por ahí sola en plena noche. Hay gamberros por las calles, pero ella me dijo que no le importaba. Que no le puede pasar nada.»

Omar se sacó una moneda del bolsillo y la deslizó en la mano callosa de Hussein.

«Vete a tomar un café. Y deja ya de fumar, hombre. Tienes mala cara.»

Ella abrió la puerta y Omar se quedó mirándole los tobillos. Aquellos tobillos finos y bronceados. Observó una herida que sangraba.

«—¿Te has lastimado?

—No es nada. Son los zapatos nuevos. ¿Tienes hambre? ¿Quieres un café?

—Luego. Vamos a dormir un poco.»

Cruzó el pequeño pasillo y entró en el dormitorio. Se quitó la chaqueta y la camisa, y se acostó sobre la cama, en camiseta y descalzo. Un perrito blanco de pelo rizado estaba tendido en la alfombra.

«No cierres las persianas.»

A Omar le gustaba esa habitación por el sol que penetraba desde el amanecer y calentaba los huesos. Incluso en pleno invierno. Decía que le sentaba bien dormir envuelto en los rayos solares, como un viejo gato o un lagarto en la tapia de una casa. La verdad era que tenía miedo de la oscuridad. Tenía miedo, como un crío. Miedo de cerrar los ojos. El oficio de Omar era peligroso. Cada día arriesgaba la vida, y, sin embargo, nada, nada lo asustaba más que ese instante en el que los párpados le pesaban tanto que no podía resistir y se dejaba vencer por el sueño. En sus pesadillas, luchaba contra la noche, y, en aquella profunda negrura, sentía que algo se movía, notaba el movimiento furtivo de un depredador, la amenaza de un ataque en medio de las tinieblas. El médico ya lo había avisado. Se quedaría ciego. Era inevitable y ningún tratamiento vencería la enfermedad. Dentro de poco, el mundo no sería más que una extensión sombría, opaca. Y su vida, un viaje interminable por galerías subterráneas, húmedas, entre topos, culebras y ratas. Privado de luz.

«—Lo que no se ve no existe.

—¿Qué dices?

—Nada, Selma, échate a mi lado. Durmamos un poco.»

Selma no conseguía quedarse dormida. Tenía calambres en el estómago y un sabor agrio en la boca. Hubiera deseado levantarse, tomar una larga ducha, comer algo, pero se quedó quieta, tendida junto al cuerpo de su hermano. Se lo quedó mirando: su hermano mayor, tan delgado, y cuyo rostro, incluso dormido, estaba en tensión. Le agarraba la mano. Él solo podía dormir bien así, aferrándole la mano. Sentía en su palma la piel áspera y escamosa de Omar. Su hermano había regresado a ella. No podía evitar pensar que había sido Muilala quien lo había enviado. Él hablaba a menudo de su madre, de los recuerdos de infancia, con un cariño, con una ternura que Selma jamás había visto en él. El día que llamó a su puerta, unas semanas después de que ella se estableciese en Rabat, había sentido miedo. Creyó que se presentaba allí para castigarla, disuadirla, devolverla al seno familiar arrastrada de los pelos. En cambio, había recorrido en silencio el apartamento, con el perrito de Selma bajo el brazo. La minúscula cocina que daba al patio. El salón con los divanes azules, la mesa de madera lacada en negro donde destacaba una copa grande de cristal llena de cajas de cerillas. Y luego el dormitorio inundado de sol. «¿Así que aquí es donde vives?»

Muilala la había aleccionado. Las mujeres deben ser pacientes. Con el tiempo, los hombres se reblandecen. Al envejecer, se vuelven sentimentales y buscan consuelo en los brazos de sus hermanas o de sus amantes. Muilala no se había equivocado, y Omar iba a ver a Selma varias veces por semana. Le pedía que le cocinara los platos de su infancia: sopas de guisantes secos y tayines de carne con zanahorias. Le regaló un tocadiscos y, juntos, oían canciones de Fairuz y de Asmahan. Le pedía que se maquillara como la diva siria, con anchos trazos negros sobre los ojos, y le gustaba observarla mientras ella, concentrada ante el espejo, se pasaba el palito untado en kohl por los ojos.

Primero le enseñó a hablar bien. Sujeto, verbo y predicado, como les repetían los profesores en la escuela colonial. Le enseñó una

gramática nueva. La de lo que no se dice, la de las insinuaciones, la gramática del miedo y de la vigilancia de todos por todos. Le enseñó a desconfiar del teléfono, de los confidentes, de las metáforas. Constantemente le decía: «Escucha bien y domina tu lengua. Lo que no dices te pertenece. Lo que dices pertenece a tus enemigos». Le compró una pequeña libreta forrada en cuero, en la que hasta el final de sus días anotó un resumen diario de lo que hacía, con un código que solo sabía ella. Un día le habló a Omar de una azafata de vuelo que había conocido. La llamaban la Marquesa de los Aires porque la chica tenía unos aires de grandeza exagerados y llevaba perfumes caros comprados en París. En su equipaje se traía revistas y libros prohibidos, y organizaba en su casa tertulias de lecturas clandestinas. Ese día, Omar acarició la cabeza de Selma, con suavidad, como se recompensa a un perrito que devuelve el palo que le han lanzado.

Por fin, su hermano asumía las funciones que se esperaban de él. La protegía. La vida de Selma también entrañaba peligros. Unos meses antes tuvo que enfrentarse a los celos feroces de un amante. El tipo, heredero de una familia de jerifes, se pasaba el día fumando una pipa de kif tras otra, y se volvía violento y paranoico. La acosaba. La interrogaba mientras la penetraba. La obligaba a decirle con quién se había visto, lo que había hecho, y si deseaba a otro hombre que no fuese él, aunque solo fuera en el secreto de su corazón. Una noche, en un ataque de furia, desgarró toda la ropa de Selma con una cuchilla. Omar se la encontró llorando en la cama, entre un montón de vestidos y blusas de muselina destrozados. «Ya puedes sentirte afortunada por que no se haya ensañado contigo con esa cuchilla. Debe de saber que eres mi hermana y no se ha atrevido.» En efecto, ella sabía que estaba protegida, pero a esa sensación de seguridad venía a añadirse la amargura, la pena. Omar ya no era aquel hermano severo y reprobador de antaño. Ya no la golpeaba, pero seguía juzgándola y dándole órdenes. «Pórtate bien.» «Hueles a tabaco.» «No te rías tan alto.» «¿Qué vas a hacer en esa fiesta?» «Quítate ese carmín de los labios, el otro te sienta mejor.» «No dices más que tonterías.»

Con los ojos clavados en el techo, Selma pensó: «Los odio, los odio a todos. Ojalá no los viera nunca más». La noche anterior, había abrazado a gente, se había reído y había bailado, levantando un

poco la falda. Había pronunciado varios «te quiero», «te adoro», con el único fin, en realidad, de que le correspondiesen con algunas palabras amables. La velada había comenzado en el bar del hotel Hassan y continuado en un cabaret regentado por una antigua prostituta corsa. A medianoche, la alegre pandilla se había reunido en el apartamento de un ministro que ocultaba a su esposa la existencia de ese picadero. «Tendré que decírselo a Omar, aunque quizá ya lo sepa.» Al ministro le gustaba recibir allí a sus amigos e invitaba, para distraerlos, a un grupo de mujeres alegres y dóciles. Azafatas de vuelo, peluqueras, esteticistas y bailarinas. Había una de la que no podía prescindir: una tuerta del ojo derecho que hablaba bajito mientras echaba las cartas durante toda la noche. El tipo jamás tomaba una decisión sin consultarla con ella. Últimamente estaba muy nervioso. En toda la ciudad solo se comentaba el asunto de la Pan Am y de la detención de un empresario acusado de corrupción en un proyecto de equipamiento hotelero. Varios ministros y altos funcionarios fueron destituidos. Algunos rumores pronosticaban detenciones inminentes. En la televisión, el rey había declarado: «La integridad moral es la clave del éxito». Y el país entero se había echado a reír.

Quien las viera en esas fiestas, sonrientes y bien arregladas, hubiera podido creer que aquellas mujeres eran poderosas. Que el mundo estaba a sus pies. Pero sin un marido no eran nadie. Sus vidas dependían de la generosidad de sus amantes. Coroneles, generales, empresarios e hijos de notables, unos *playboys* a los que de pronto se les antojaba tomar un avión a Londres o a Roma. Selma era una de esas mujeres. Había dejado Meknés dos años atrás. Hind Benslimane, una antigua compañera del liceo, le había hablado de unos cursos de formación profesional en una peluquería de Rabat. Selma se presentó allí al día siguiente de llegar a la capital. La dueña la recibió con entusiasmo. Le cogió las manos y se acercó tanto a su rostro que ella creyó que la iba a besar. Se extasió ante ella: «Tienes la piel más bonita que he visto en mi vida». Al final del día, las chicas que trabajaban en la peluquería tiraban bolsas de basura llenas de mechones de pelo. Los recortaban de las cabezas de viejas muñecas de plástico o, a veces, de ellas mismas. «Es para la poli. Les gusta rebuscar en la basura.»

Selma enseguida entendió que no se trataba de lavar ni de marcar el

pelo, ni de hacer la manicura, y que la mayoría de las clientas eran empleadas de la dueña. Durante el día, las mujeres se reunían en la peluquería y se pasaban las horas cotilleando mientras se limaban las uñas. Se depilaban unas a otras y se hacían confidencias, con los muslos separados y el pubis cubierto de cera. Por la noche, iban en grupo a las discotecas y restaurantes de la capital. Los clientes las conocían por sus nombres. Los dueños de los establecimientos les entregaban una comisión.

Selma bailaba encima de las mesas de las discotecas de la capital. Bailaba hasta la madrugada en Le Jour et Nuit, Le Sphinx y La Cage, y los hombres la hacían girar sobre sí misma. Pasaba sus vacaciones en las villas de Cabo Negro y se había bañado en el mar Mediterráneo. Había esquiado en las pistas de nieve de Oukaimeden e incluso había dormido en una habitación del hotel La Mamounia en Marrakech. La primavera próxima pasaría unas vacaciones en el Club Med y disfrutaría comiendo con las manos gruesos langostinos jugosos. Se vestía en las mejores boutiques del centro de la ciudad. Los chóferes de sus amantes la dejaban en la tienda y luego regresaban a pagar en efectivo los vestidos de seda, las blusas, las prendas de lencería de fabricación parisina. Llevaba zapatos a juego con su ropa y bolsos de piel auténtica en los que metía sus paquetes de tabaco Marquise y una barra de labios.

Soñaba con un pasaporte y un billete de avión. Rezaba para que alguno de sus amantes la llevara a París o a Madrid. Pero, por el momento, debía mostrarse razonable. No pedir demasiado, incluso no hablar demasiado, saber ser discreta y a la vez divertida, frívola sin ser vulgar, no negar que eras puta y dejar que las señoras bien se lucieran. Había que fingir que no sabías nada, hacerte la inocente, la virgen asustadiza. Al principio, cuando hacía el amor, no cerraba los ojos, y algunos hombres se enfadaban. No les gustaba esa actitud, la consideraban indecente. Entonces se acostaba de lado, colocaba la mano del hombre sobre su seno y, mientras la penetraba, se quedaba mirando la ventana o la pared. Tampoco les parecía bien que ella hablase, que dijese lo que le gustaba que le hicieran. Algunos se ponían furiosos: «No vas a venir tú a enseñarme lo que tengo que hacer». Fingió que se sometía. Aprendió a comportarse como las perras que se tienden boca arriba y sacan la lengua reclamando caricias. No solo simulaba sumisión,

también docilidad. No fingía el goce, a ellos no les gustaba eso, pero sobreactuaba con la sorpresa, lanzando pequeños gemidos. Ella sabía lo que le gustaba. El modo y los gestos a través de los cuales podía infundir a la totalidad de su cuerpo la sensación de una extraordinaria levedad. Desde las puntas de los pies a las raíces del cabello, ella ya solo era un suspiro, una nube de espuma, un licor que lentamente se desliza por la garganta y la calienta. Sola, se daba placer.

Las chicas se peleaban con frecuencia. Competían por ver quién de ellas recibiría la alhaja más valiosa. Quién de ellas escondería en el sujetador el mayor fajo de billetes. Quién de ellas obtendría un pequeño apartamento o un coche como recompensa. Se tiraban de los pelos, se insultaban. Incluso, un día, una lanzó a la cara de su rival la salsa ardiendo de un tayín de patatas. Se odiaban y luego hacían las paces. En el fondo, no podían contar con nadie más. Se pasaban las direcciones de los lugares donde podían abortar o el nombre de un sinvergüenza que disfrutaba pegando mientras follaba. «Ni siquiera paga bien. Si quieres un consejo, pasa de él, no vale la pena.» Todas bebían alcohol. Porque las fiestas se sucedían, iguales unas a otras, pero faltaba la alegría. Esa noche Selma había bebido más de la cuenta. Había querido complacer al ministro, que se enorgullecía de tener champán y whisky de importación y llamaba a su joven criada con un chasquido de los dedos para que trajera cubitos de hielo.

Selma se había pasado con la bebida; incluso sabiendo que le agriaba el carácter, se volvía injusta y decía tonterías. Pero el alcohol la protegía de la vergüenza y la empujaba siempre a la desmesura, a la extravagancia. A las dos de la madrugada, la criadita había surgido de la cocina. Una de las invitadas murmuró al oído de Selma: «Esta ya tiene pinta de zorrita, ¿verdad?». Selma se preguntaba si la chiquilla sería también una soplona de la poli. Si escuchaba tras las puertas y a continuación telefoneaba, cuando se había ido todo el mundo de la casa, para dar sus informes. Selma no diría nada del alcohol. No confesaría a Omar que se había puesto mala. Se había refugiado en un cuarto del fondo del apartamento y se había tendido en el suelo, con las piernas apoyadas en alto sobre una pared. La falda se le había escurrido, dejando a la vista unas bragas de encaje verde agua. Por momentos, desde el fondo del

vientre le subía un espasmo y le daba hipo, como si fuera a vomitar, pero no le salía nada por la boca. Hacía el mismo ruido que los perros cuando se atragantan con un hueso. Al principio, deseó que alguien apareciera, luego prefirió estar sola, que se olvidaran de ella, que la fiesta se acabara de una vez y nadie entrara en aquella habitación, que, a juzgar por el desorden que allí reinaba, debía de servir de trastero. Se había quedado dormida, con las piernas encogidas contra el pecho y la cabeza apoyada en el mismo suelo. Alguien la despertó, zarandeándola: «Venga, levántate». Selma abrió los ojos. Se puso a cuatro patas. «Vete a casa.» «Ya me voy, ya me voy», y se dirigió hacia la puerta del apartamento, que un desconocido cerró tras ella.

Ya no sentía náuseas, pero sí mucha rabia, incluso odio. Los odiaba y podría maldecirlos. Habría deseado no volverlos a ver más, que se murieran, olvidar para siempre lo que habían hecho de ella: una actriz patética y chillona de una mala película. Se oía a sí misma repetir las frases, las bromas de siempre, y, ahora que ya no estaba borracha, recordó que alguien, el más perverso de todos, le había gritado, como si estuviera harto: «Sí, ya lo sabemos, ya lo has dicho». Era como si se lo escupiera a la cara, como si la amenazara insinuando que se había vuelto demasiado aburrida y pesada para que siguieran invitándola.

Los odiaba, y, sin embargo, en cuanto no estaba con ellos, en cuanto pasaba un día sin tener noticias de ellos, la invadía la angustia. Tomaba resoluciones. Se creía capaz de cierta abnegación y se imaginaba que maduraba, se volvía sensata y razonable. Encontrar un trabajo decente, en una oficina o en una boutique del centro de la ciudad. No debería nada a nadie y viviría sin que nadie la vigilara. Se ocuparía de su casa, pasaría largas veladas ante el televisor o fumando mientras se daba un baño. Se juraba a sí misma que iría más a menudo a ver a su hija y que algún día se la traería a vivir con ella, a su pequeño apartamento, donde compartirían la misma cama. Al pensar en Sabah se le encogía el estómago. Era su hija, pero no conseguía quererla, pues no podía evitar considerarla un accidente, una desgracia inevitable. Sabah, desde siempre, había sido un obstáculo para ella. Ya cuando la llevaba dentro, cuando el bebé empezaba a crecer en su vientre, la vivía como una maldición, un estorbo para su soledad. Los hombres no podían entenderlo. Esa

propensión que tienen los demás a colonizarte desde el interior. Ese deseo que sienten de penetrar en ti e invadirte. Los fetos que crecen en tus entrañas. Las vergas que te penetran y desearían que fueses lo más profunda posible, tan húmeda como una selva tropical. «Las mujeres», pensó, «son como esos países que las tropas devastan, cuyos campos queman hasta que sus habitantes llegan a olvidar su lengua y sus dioses».

De pronto, sonaba el teléfono, la invitaban a una fiesta y el peso que sentía en el pecho desaparecía. Saltaba de alegría, abría el armario y tiraba sobre la cama los vestidos y las combinaciones de seda.

En enero de 1971, Mehdi se presentó a las oposiciones para inspector de Hacienda y sacó la mejor nota. Su promoción solo contaba con cinco estudiantes marroquíes: tres originarios de Fez, uno de Casablanca y otro de Rabat. Le adjudicaron la Dirección de Impuestos. Se instaló en un enorme despacho en el cuarto piso de un edificio en el centro de la ciudad. Su secretaria, Janine, estaba casada con un marroquí que había conocido en la Universidad de Lyon. Era muy buena profesional, rigurosa y organizada, pero Mehdi la evitaba. Cuando estaba en el despacho, no cruzaba la mirada con ella. Lo incomodaba. Odiaba sus uñas largas y pintadas de rojo con las que tecleaba a toda velocidad sobre la máquina de escribir. Le irritaba su voz y su modo de respirar hondo antes de empezar alguna de sus conversaciones interminables. En realidad, hablaba consigo misma, puesto que respondía a las preguntas que ella se hacía sin dejar la mínima ocasión a su interlocutor de participar. Mehdi se dirigía a ella a través de la puerta entornada de su despacho o grababa en un dictáfono una lista de instrucciones. Janine lo llamaba «señor director», y el vigilante, Simo, también. Al principio, pensó que ese tipo de trato deferente, esos gestos sumisos, ese modo de sujetarle la puerta, de agachar la cabeza, de decirle sí a todo, lo incomodarían. Cuando aparcaba delante del edificio, Simo se precipitaba a su encuentro. Lo esperaba junto al coche, luego lo seguía hasta la entrada, quitándole, de vez en cuando, alguna pelusa del traje. Las primeras veces, Mehdi deslizaba un billete en la mano del anciano, que olía a sardinas en lata y a mugre, y respondía con afecto a las bendiciones que le dispensaba. Pero esa retahíla de gestos mil veces repetidos acabaron por hartarlo. Ya no podía sonreír al hombre entregado y servil que intentaba a diario sacarle unas monedas para pagarse unas cervezas en un bar cerca del mercado central.

A Mehdi no le hacía ninguna gracia ejercer el poder ni comprobar el miedo o el respeto que inspiraba a su alrededor. Desde que se levantaba hasta que se acostaba, solo pensaba en trabajar. Seguía siendo el alumno aplicado, obsesionado con la idea de satisfacer a su profesor. Se había empecinado en reformar esa Administración y convertirla en un ejemplo de eficacia y modernidad. Reprendía a los funcionarios para sacarlos del torpor en el que vegetaban. Casi a

diario, enviaba una nota a su responsable jerárquico proponiendo innovaciones, reformas fiscales, seminarios de formación para el personal. Sus antiguos amigos universitarios lo consideraban un vendido, un traidor. Había renunciado a su sueño de escribir un libro, de convertirse en un buen profesor de universidad, y debía demostrar que tenía razón. Quería convencerlos y convencerse a sí mismo de que se podía cambiar el sistema desde dentro, sin perderse, sin ensuciarse.

Sus funciones en el Ministerio de Hacienda no le procuraron la satisfacción que esperaba. Sufría la indiferencia de sus superiores, pero, sobre todo, las quejas, el llanto y, a veces, incluso los gritos de los contribuyentes. Todos se sentían perjudicados, incomprendidos. Reaccionaban con furia a la frialdad de Mehdi, a su intransigencia, que interpretaban como un rasgo occidental. Por muy árabe que fuese, ese jefe de impuestos se comportaba como un blanco. No aceptaba las componendas, los sobres, las explicaciones. Cuando se encontraba con un fajo de billetes oculto en el expediente que el interesado le entregaba, preguntaba en un tono severo: «¿Qué significa esto? Ya puede usted recogerlo inmediatamente. Haré como que no he visto nada». Los contribuyentes se enfadaban. Lo amenazaban con quejarse a sus jefes, más poderosos que él, y presumían de tener contactos en Palacio que sabrían castigar a ese don nadie, a ese tipo insignificante que se había atrevido a tratarlos de ese modo.

Alguna vez recibió en su despacho a viejos notables del campo. A unos hombres que se presentaban vestidos con chilaba de lana granulada y turbante de color azafrán, y se quedaban mirando, asombrados, a ese joven marroquí que llevaba gemelos en los puños de su camisa. No entendían lo que les decía, y recordaban que así era como los franceses obtenían de ellos lo que se les antojaba. El papeleo. El maldito papeleo y todo lo que venía escrito en los documentos que ellos eran incapaces de leer, y eso los humillaba. El papeleo los asustaba más que un batallón de hombres armados. No había nada peor para dejarlo a uno indefenso. Mehdi sentía vergüenza. Vergüenza por saberse tan distinto de ellos, que se parecían a Mohamed, a su padre, con quien ya no tenía nada que ver. Jugaba con los gemelos de la camisa y les sonreía, diciéndoles: «Janine les explicará todas las gestiones. ¿Me entienden?».

En una ocasión, Mehdi ordenó una inspección fiscal a un contribuyente que, considerando sus bienes e ingresos, pagaba muy pocos impuestos. Él mismo dirigió las investigaciones y examinó el expediente, y pronto se demostró que el tipo llevaba varios años defraudando al fisco. Se llamaba Karim Boulhas, pero todos en el país lo conocían por el apodo del Rey de la Sardina. Originario de una familia de ricos comerciantes, Boulhas dirigía la mayor fábrica de conservas del país, en el puerto de Safi. En los últimos años, había invertido en el sector inmobiliario, adquirido terrenos y pensaba construir un hotel, pues estaba convencido de que el turismo era el porvenir de Marruecos. Mehdi le mandó varias cartas y disfrutó imaginando cómo reaccionaría el estafador ante la inmensidad de las sumas reclamadas. Millones de dírhams. Karim Boulhas se personó en el ministerio una tarde de septiembre. El calor no había bajado desde hacía meses. El moño de Janine se chafaba, y sus muslos, cuando descruzaba las piernas, hacían un ruido de ventosas. El individuo entró en el despacho de Mehdi, acompañado de una chica rellenita y tímida que llevaba peinado su pelo negro y grasiento en una trenza larga que le llegaba hasta debajo de las nalgas. Sobre el labio superior se le formaban unas gotitas de sudor que lamía pasando lentamente la lengua bajo la nariz.

La conversación empezó de manera educada. Karim Boulhas preguntó a Mehdi de dónde era. Dijo que conocía a los Daoud de El Yadida. ¿Eran de su familia? Contestó que no. Rechazaba, inexpresivo, con los ojos fijos en su interlocutor, las cláusulas tácitas del clientelismo. Boulhas sudaba y se pasó un pañuelo por la frente brillante. Mehdi le tendió una hoja cubierta de cifras. Boulhas echó una mirada al documento y lo apartó con fuerza. «¡Yo no entiendo nada de esos números! Usted es el hombre instruido. Como se suele decir, usted posee el saber y yo el dinero. Podríamos entendernos bien.» Y añadió, mirando a la joven que lo acompañaba: «Es mi hija. Tiene dieciocho años».

Mehdi tardó en comprender a qué se refería. Pensó que Boulhas quería suscitar lástima o simplemente cambiar de tema. Llevarlo al terreno de las emociones, como hacían a menudo los contribuyentes. «Es una buena chica», repitió Boulhas. Mehdi observó entonces que ella le sonreía. Sus facciones eran toscas, los

dientes desigualmente alineados, pero tenía algo de vulnerable, de triste, que lo enterneció.

«Puedo hablarle en confianza, ¿verdad?», insistió Boulhas. «Usted es joven aún, lleno de vida, y debe de agotarse trabajando. Se nota que no es de los que pierden el tiempo divirtiéndose. Quiero, pues, tener un detalle con usted, ¿me entiende?»

Mehdi se hundió en su sillón. La adolescente, muy seriecita, colocó las manos sobre las rodillas. Dócil como una mula, plegándose por entero a los deseos que los demás formulaban en su nombre, acostumbrada a decir a todo que sí y a obedecer. Alzó hacia él sus bellos ojos de color berenjena.

«Maria», le ordenó su padre, «saluda a este señor».

Pasados unos días, Mehdi recibió una nota de su jefe directo. Karim Boulhas era un hombre importante y no era cosa de armar un escándalo en un momento en el que el país atravesaba unos tiempos difíciles. «Cuento con usted, Monsieur Daoud, para encontrar la solución que satisfaga a todas las partes.» Boulhas viajó varias veces a Rabat. Se presentaba con cajas llenas de latas de anchoas y sardinas, que regalaba a Simo y a Janine. Mehdi oía a través de la puerta a su secretaria reírse por lo bajo. Debía reconocerlo: Boulhas era un tipo simpático y alegre, resultaba difícil no rendirse ante su buen humor. Cuando le anunció la suma que debía pagar, Boulhas se dio una palmada en la frente: «¡Me vas a arruinar, hijo mío! Es imposible, tienes que volver a hacer el cálculo. No es que yo no quiera pagar, ya te lo he dicho, pero no voy a dejar que les arranques a mis hijos el pan de la boca. Tienes que ser razonable, *ia ueldi*, hijo mío».

Boulhas resultó ser un empresario de armas tomar. Mehdi lo vio tantas veces que empezó a interesarse por sus proyectos. Ambicioso y astuto, no tenía la intención de contentarse toda su vida con producir harina de pescado y latas de conserva. Era evidente que estaba orgulloso de vender sus productos en Francia, España, Tailandia, y pensaba exportarlos muy pronto a la URSS y a Polonia. Pero lo que él quería era construir hoteles con piscina y clubes de

vacaciones para europeos hambrientos de sol. En el mes de junio de 1971, Boulhas llegó a un acuerdo con Hacienda, y se quedó tan contento que invitó a Mehdi a visitar su fábrica en el puerto de Safi. «Ni me lo discutas. Mañana te mando al chófer. Y no vengas con esos trajes de burgués. En un barco sardinero no necesitas llevar zapatos de charol.»

Al día siguiente, a las seis de la tarde, aparcaba el chófer de Boulhas ante la entrada del edificio de Hacienda. Mehdi se subió al coche, vestido con traje oscuro, y con los gemelos en los puños de la camisa. El trayecto se eternizó por una carretera en malas condiciones y, más de una vez, Mehdi pensó que iban a provocar un accidente. El chófer conducía a toda velocidad, ajeno al código de circulación, adelantaba a los camiones en carreteras muy estrechas, sin visibilidad alguna. No dejaba de tocar el claxon y de insultar a los demás automovilistas. Mehdi estaba con los nervios de punta cuando llegaron por fin a Safi. Era la primera vez que visitaba el antiguo emporio portuario portugués, decepcionado porque ya era de noche y no podría admirar el recinto fortificado que daba al océano. En cuanto penetraron en el barrio de Djorf El Yahoudi, un fuerte olor a pescado invadió el coche.

Ante el café donde se detuvieron, Mehdi vio la silueta imponente de Boulhas. Vestía un pantalón de lino de color caqui, un grueso chaleco de lana y unas botas de goma. Se subió al coche junto a Mehdi y se echó a reír: «Pero bueno, chico, ¿no te dije que te vistieras con ropa cómoda? ¡Vamos a pescar, hijo mío, no a lucirnos en un cóctel en la capital del Reino!». La empresa de Boulhas poseía sus propios barcos sardineros. Mehdi montó a bordo de uno de ellos, calzado con unas botas que le prestó el patrón del pesquero. «En cualquier caso, nosotros vamos descalzos.» Mientras los hombres preparaban la traíña, esa red roja de trescientos metros de largo que servía para pescar, Boulhas condujo al alto funcionario a la cabina. Le sirvió un té, abrió una lata de sardinas empapadas en aceite. «Durante mucho tiempo, la gente de aquí tuvo miedo del océano. Mi abuelo, que Dios haya acogido su alma, contaba un montón de leyendas sobre el mar. Decía que los campesinos desconfiaban de las costas. Esos pobres ignorantes se creían que el agua era el dominio de los genios y de los monstruos malvados.» Y señalando a los pescadores atareados con las redes, Boulhas añadió:

«No es que estos tipos no hagan bien su trabajo, es que no tienen nada que ver con los españoles o los portugueses. Créeme, te lo digo yo». Le explicó que pensaba comprar pronto un barco más grande en el que podría congelar el pescado y así navegar más lejos, en alta mar. También encargaría uno de esos aparatos de ultrasonidos, una ecosonda, para detectar los bancos de peces y leer en un ecograma el perfil de los fondos marinos. El barco se alejó del puerto. Los pescadores caminaban sobre el suelo de madera y Mehdi se fijó en sus pies, enormes y cubiertos de llagas, con las uñas negras roídas por la sal. La ciudad, a sus espaldas, desapareció, y los pescadores se pusieron a buscar los bancos de sardinas. Para detectarlos, seguían a las manadas de delfines y a las aves marinas o buscaban en la superficie del agua los reflejos fosforescentes de las escamas de los peces. Empezaron a cantar. Unos cantos que Mehdi no había escuchado jamás y que lo sorprendieron por lo alegres y armoniosos que eran. Las voces de los hombres, inclinados sobre la borda, eran claras y potentes.

«¡Peces a la vista!», anunció Boulhas. Ataron la extremidad de la traíña a un bote al que subieron el patrón del pesquero y un miembro de la tripulación, y lo remolcaron lentamente hasta el lugar donde se habían detectado las sardinas. Luego el barco se puso a girar poco a poco. Boulhas llevó a Mehdi a la bodega, en la proa del barco, y observaron cómo iban echando allí los montones de sardinas. El capitán, al regresar a bordo, le dio una palmada en la espalda a Mehdi. «¿A que esto es precioso?» Sí que lo era, pensó, más bonito que muchas de las cosas que había visto en su vida. Estaba amaneciendo, el agua había adquirido una tonalidad amarillenta que recordaba los campos de trigo bajo la luz de agosto, el año en que había visto a Aicha por última vez. Se le encogió el corazón pensando en ella. Tendría que escribirle. Contarle todo.

Regresaron a tierra. El capitán del barco mandó un mensaje por radio y cuando atracaron sonó una bocina estridente en el barrio del puerto. Era el modo que tenían los industriales de anunciar que había faena. Los camiones se dirigían entonces hacia los campos de alcaparras y trigo para recoger a las campesinas que quisieran ganar unos cuantos dírhams. Mehdi sintió sueño y frío. Le habría gustado tenderse en una cama, bajo una gruesa manta, y soñar con delfines, ver brillar sus cuerpos en el claro de luna. Pero entre los planes de

Boulhas no entraba el de irse a dormir. «¡Esto es vida, hijo! El mar, la pesca, y no eso que tú te impones a diario, encerrado en el despacho. ¡Hazme caso, y verás cómo entre nosotros dos fundamos un imperio!» Se sentaron en un café. Boulhas pidió dos cuencos de sopa de caracoles, café y pan. Llevaba unos meses yendo a Marrakech. «Todos me toman por loco, pero yo estoy seguro de ello, allí es donde hay que estar. En una ciudad donde hace calor, incluso en invierno. ¿Acaso no es un sueño? Créeme, si me las arreglo bien, construiré algo mucho mejor que el hotel La Mamounia, y todos querrán venir al mío. Los españoles lo entendieron antes que nosotros. Franco ha dicho que el futuro está en el turismo. Da trabajo a su pueblo. Tendrías que ver a esos andaluces que antaño venían a trabajar a nuestro país y ahora son dueños de hoteles llenos de ingleses y alemanes.» Eructó ruidosamente, se chupó los dedos cubiertos de grasa y se llevó a Mehdi a su fábrica, frente al café.

En la inmensa nave reinaba un ruido infernal. Solo había mujeres. Unas doscientas, o quizá más. Trabajaban de pie, vestidas con poca ropa de abrigo a pesar del frío que reinaba allí. Tenían los pies —la mayoría calzaban sandalias de goma— empapados en un agua salobre donde se mezclaban la sangre y las entrañas del pescado. Algunas cargaban a las espaldas a sus bebés, a los que hacían callar balanceándose de izquierda a derecha y chasqueando la lengua. Quitaban las escamas del pescado a toda velocidad, y los capataces les gritaban para acelerar el ritmo. Mehdi se sintió ridículo tan trajeado, con el pantalón húmedo dentro de las botas de goma. Se moría de sueño y no entendía nada de las explicaciones que Boulhas le iba dando. Se toqueteaba con gesto nervioso los gemelos de la camisa y uno de ellos se cayó al suelo. Vio el objeto brillar en medio de las cabezas de sardina que yacían en el fondo de un barreño de plástico. Se disponía a agacharse para recoger la joya que él mismo se había regalado con motivo de su nombramiento en el Ministerio de Hacienda, cuando un capataz vestido con una bata blanca lo empujó y dio la orden a las mujeres de recoger toda la basura. Mehdi vio inclinarse a una de las obreras, levantar los barreños de restos y alejarse hacia el fondo de la nave. No se atrevió a reclamar su gemelo de plata.

Antes de que Mehdi regresara a Rabat, Boulhas insistió para que lo

acompañara a su casa. El Rey de la Sardina vivía en una mansión a las afueras de la ciudad. Lo hizo pasar a unos de los salones con divanes tapizados con tejido de brocado de nailon brillante. Boulhas se fue para dentro de la casa y Mehdi se quedó allí, solo, frente a una mesa repleta de dulces, pastas de almendra, *briuats* cubiertas de miel, galletas de anís como las que comía de niño. Entró una criada en el salón y agachó la cabeza al verlo. Mehdi sentía como si llevara varias horas allí y acabó estirando las piernas y reclinando la cabeza sobre un cojín. Estaba a punto de quedarse dormido cuando entró Maria. La joven lo saludó, cogió un plato de dulces y lo acercó al rostro de Mehdi. Él se sirvió uno, pero no lo mordió. Lo tenía en una mano y miraba el rostro de la chica, cuya larga trenza le caía sobre el pecho. Le dijo que estaba cansado y se disculpó por haberse tumbado en el diván y haberse descalzado.

«—¿Sabes cuándo regresará tu padre?

—Mi padre salió —contestó la chica—. Me ha pedido que te diga que el chófer te llevará de vuelta a Rabat luego. Quiere que aquí te sientas como en tu propia casa. Que te tomes tu tiempo.»

Por un instante, pensó en levantarse, agradecerle su hospitalidad y salir corriendo hacia la puerta para buscar al chófer. Pero Maria lo observaba con unos ojos suplicantes, de color berenjena, cuyo reflejo violeta le fascinó.

«—¿Fuisteis de pesca anoche?

—Sí. ¿Tú ya has subido a bordo de alguno de los barcos de tu padre?

—¡No, qué va! —contestó riéndose—. Esos barcos no son para chicas.»

Maria no tenía ninguna conversación. Decía sí a todo lo que comentaba Mehdi. Le preguntó en qué curso estaba y ella le contestó que había acabado la secundaria y ahora ayudaba a su madre en casa. Él quiso saber qué le gustaba. ¿La música? ¿El cine? Ella se encogió de hombros. «¿Te gusta leer?» Ella respondió: «No sé». Mehdi acabó por levantarse y despedirse. Aún sostenía la pasta de té, que ni siquiera había mordido.

Sentado en el asiento trasero del coche, pensó que no estaría mal casarse con una mujer como Maria. Une chica que se ocuparía de él. Pariría unos niños bien hermosos. Se retiraría a la cocina cuando tuviera invitados. Haría el amor, gimiendo suavemente, con los ojos cerrados. Lo devolvería a sus raíces, y, durante el ramadán, él se echaría un sueñecito tendido en uno de los divanes del salón y la oiría regañar a los niños, ordenándoles no hacer ruido para no despertar a su padre. Era como si Maria hablara una lengua antigua, una lengua que Mehdi hubiera conocido antaño, y ella sabría, con su dulzura, con su docilidad, reavivar su recuerdo. Mientras se abandonaba al sueño en el asiento trasero, le vino a la mente la mujer alta y rubia en el borde de la piscina en la hacienda de Aicha. Ella le dirigió una mirada. Y se zambulló en el agua.

A finales del mes de junio de 1971, Mehdi recibió un tarjetón de invitación al cumpleaños del rey, que festejaba sus cuarenta y dos años en su palacio de verano de Sjirat, frente al océano. El ministro de Hacienda le comentó que Su Majestad tenía en muy alta estima a los jóvenes cuadros del país e insistió en que debía asistir vestido con ropa informal y dejar en el armario los trajes y el esmoquin. «Incluso los ministros y los generales del ejército han recibido órdenes de acudir vestidos de *sport*.»

No se habría atrevido a confesárselo a nadie, y menos aún a sus antiguos compañeros de facultad, pero el saberse invitado a esa fiesta lo sumió en un estado de gran excitación. Jamás había penetrado en alguno de los palacios oficiales del rey. Jamás había asistido a una recepción tan prestigiosa, en la que estarían presentes todos los diplomáticos, ministros, altos funcionarios y amigos de la familia real con los que contaba el país. Ya lo había conseguido. O, más bien, el 10 de julio, fecha de la celebración, haría su entrada en las altas esferas y pertenecería al clan de los poderosos. Lo que más le emocionaba, y a la vez le preocupaba, no era el esplendor de los lugares, el rigor del protocolo o el hecho de no conocer quizá a nadie. No. Como un adolescente que se dispone a ver en persona a un ídolo de la canción o del cine, estaba obsesionado por la idea de ver al rey de cerca. Es absurdo, se decía una y otra vez, él es un hombre como cualquier otro, y el poder que detenta no lo hace sagrado o diferente de los demás. Y, sin embargo, ahora, cuando

pasaba delante de alguna de las numerosas imágenes de Hassan II expuestas por la ciudad, se decía: «Voy a verlo de verdad y quizá hable con él. Me saludará y me sonreirá, eso significa que mi porvenir está asegurado». Se avergonzaba de esos pensamientos, pues reconocía que eran viles y despreciables, pero no podía evitar alegrarse y tener la impresión de haber sido elegido entre miles. Un elegido. En la boutique más elegante de la ciudad, se compró un pantalón de *sport* blanco y una camisa de manga corta, de un rosa pálido. El par de mocasines de cuero le costó una fortuna, y fue a cortarse el pelo y recortarse la barba.

La víspera de la fiesta, no conseguía conciliar el sueño. En su apartamento, el calor era sofocante. Se pasó la noche tendido en la cama frente a las ventanas abiertas, esperando la brisa de la mañana. A las seis se levantó. El cielo estaba cubierto, lo que presagiaba altas temperaturas. A las ocho, estaba duchado y vestido, y daba vueltas en el salón, incapaz de leer, de trabajar o incluso de permanecer sentado sin hacer nada. Temía quedarse dormido sobre el viejo diván y llegar tarde a la comida. Uno de los compañeros de trabajo le había avisado. No tenía que presentarse ni demasiado pronto —pues parecería impaciente y ridículo— ni demasiado tarde, pues enojaría al rey, que debía dar las instrucciones de empezar a servir el almuerzo. Cuando ya no pudo controlar los nervios, agarró las llaves del Simca y decidió ponerse en camino. Se adelantaría un poco, por si el coche se le estropeaba, y podría pasar por casa de Henri, cuyo bungaló se situaba a poca distancia del palacio de verano. Como en la residencia del rey era impensable probar el alcohol, pediría a Henri que le sirviera una copa de vino blanco que saborearía en la terraza y calmaría su ansiedad.

Atravesó el centro de la ciudad y enfiló la carretera de la costa en dirección a Sjirat. Tras dejar atrás Rabat, se sintió más sereno, casi de vacaciones, y pensó que esa ropa le sentaba muy bien y que su amigo, al verlo, no se podría creer tanta elegancia. En el lado izquierdo de la carretera, la ciudad había dado paso al campo. Bajo unos chamizos de madera, unos campesinos vendían verduras: pimientos, cebollas, tomates. De pronto apareció el océano, resplandeciente bajo el sol; a lo lejos divisó las murallas de una antigua alcazaba rodeada de palmeras. Más abajo, las rocas donde

estallaban los remolinos de espuma de mar, y, en medio de estas, unos jóvenes, descalzos, pescaban berberechos y cangrejos.

Aparcó el coche delante del bungaló, cuya puerta estaba abierta. No había nadie ni en el salón ni en la cocina. Llamó, pero no recibió ninguna respuesta. Encontró a Henri en la terraza, echado sobre una tumbona, con un libro abierto en las rodillas. Dormido.

«—¿Henri? —El profesor abrió los ojos, y, al reconocer a su antiguo alumno, una sonrisa le iluminó el rostro.

—¿Mehdi? Qué agradable sorpresa.»

Mehdi agachó la vista hacia los mocasines que le habían costado una fortuna y pensó que no diría nada a propósito del cumpleaños del rey. Henri era demasiado educado para reprocharle algo o expresar su desaprobación. Pero estaba seguro de que en su fuero interno lo decepcionaría. Lo consideraría un vendido al régimen, un traidor, un asqueroso burgués.

«¡Qué elegante estás! Y te queda bien esa barba. Es menos Karl Marx.»

Mehdi se acarició la barbilla.

«—Sí, nos estamos haciendo viejos, ¿verdad? ¿Monette no está?

—No, pero no tardarán. Has llegado con un poco de adelanto.

—¿De adelanto?

—Sí, claro. Ha ido al aeropuerto a recoger a Aicha. Pasará el verano aquí. ¡No me digas que no estabas al corriente!»

Mehdi se había presentado lleno de orgullo y de seguridad en sí mismo, y ahora, al oír la noticia, tuvo la sensación de derretirse, de venirse abajo, de licuarse. La ropa que llevaba le pareció de pronto ridícula y vulgar. Henri se debió de creer que era por ella, por Aicha, por lo que se había comprado ese pantalón tan estrecho y esa camisa que ahora lo estaba asfixiando.

Henri logró levantarse de la tumbona. «Discúlpame, ni siquiera te

he ofrecido algo de beber. Estoy durmiendo mal por las noches y durante el día basta con que abra un libro para caerme de sueño. ¿Qué tal si descorchamos una botella de vino blanco?»

Mehdi asintió con la cabeza. La lengua se le había quedado pegada al paladar y no podía pronunciar palabra. Ella iba a llegar. Dentro de unos minutos, quizá de una hora, aparecería allí, ante él. ¿Qué mensaje intentaba mandarle el destino? Observó a Henri regresar de la cocina con una botella de vino en la mano. Su antiguo profesor estaba diciendo algo, pero él no lo oía. Las ideas se atropellaban en su mente. «Es mejor que me vaya», pensó, «si no me marcho ahora, no habrá vuelta atrás». Se preguntó si alguien notaría su ausencia en la fiesta de cumpleaños. Quizá el ministro lo buscaría entre los invitados para presentárselo al rey en su calidad de joven funcionario con un gran porvenir por delante. No, pensó, tranquilizándose, el ministro tendría cosas más importantes que hacer que preocuparse por él.

«—¡Ha ido a elegir el mejor día! —dijo Henri, riéndose.

—¿Qué quieres decir? —Mehdi miraba a su profesor con el ceño fruncido y una expresión inquieta.

—El rey celebra su cumpleaños en Sjirat. Monette tenía miedo de no poder llegar al aeropuerto con toda esta agitación. Le propuse acompañarla, pero no quiso. Ya sabes cómo son ellas.»

No, Mehdi no lo sabía. Ya no sabía nada. Se bebió de golpe la copa de vino blanco. Sintió el líquido frío deslizarse por su estómago vacío. Si se emborrachaba, ya no necesitaría pensar. Le sería imposible volver sobre sus pasos, subirse al coche y presentarse ante los miembros de la Corte. Consultó su reloj. Eran casi las once. Se quedó mirando la esfera unos cuantos segundos y tendió la copa a Henri que se la llenó.

«Nervioso, ¿no?» A Henri le divertía la actitud de su alumno, que atribuía al amor. No paraba quieto. Se sentó en la tumbona y se levantó enseguida. El pantalón le apretaba y se quedó de pie, con la copa en la mano, la mirada fija a veces en la puerta de entrada, y otras, en el océano. El cielo tenía un color azul claro, casi blanco, y la camisa estaba empapada de sudor. Se hubiera dicho que el propio

océano se había puesto nervioso de tanto calor, y las olas, enormes, rompían en la orilla armando un ruido espantoso.

«—¿No me prestarías un bañador?

—¿Te quieres dar un baño? ¿En serio? —Mehdi ya se estaba desabrochando la camisa en mitad de la terraza como si estuviera solo en el mundo.

—Espera, sígueme, tengo lo que necesitas.»

Le habría gustado contarle lo que le pasaba. Tener el valor de pedir consejo a Henri. «¿Le alegrará verme? ¿Seguirá creyendo Aicha que le tendí una trampa? Dime, Henri, si aún no me ha perdonado.» Pero no dijo nada y se encerró en el cuarto de baño. Se desnudó. Se puso el bañador, que le quedaba demasiado grande, y bajó a la playa. La arena le quemaba las plantas de los pies. Echó a correr y se zambulló en el hueco de una ola que llegaba hacia él. Cuando sacaba la cabeza del agua, volvía a meterla para evitar verse arrastrado. Las olas avanzaban, cada vez más altas, cargadas con una espuma rizada y turbia como la baba del hocico de un perro rabioso. Intentó nadar, pero ni sus brazos ni sus piernas lo obedecían. Los pies batían en el vacío. Lo arrastraba la corriente, alejándolo de la orilla. Abrió sus ojos de miope. La arena y el bungaló habían desaparecido, solo quedaba la extensión oscura e infinita del agua agitada. Era inútil oponer resistencia, así que se dejó arrastrar como un guijarro empujado por la resaca. Con una mano se sujetaba el bañador, que se le deslizaba por los muslos. Se quedaba sin aliento, aunque no sintió miedo. Se dejó aspirar por la profundidad del mar. Notaba en la piel el picor de la arena y de las conchas. Se imaginó la forma de nadar de Aicha, su gracia y su tenacidad. Y recordó, de nuevo, la imagen de la mujer alta y rubia en el borde de la piscina, con su bañador malva. A veces, podía sacar la cabeza fuera del agua, aspirar aire, y de nuevo se veía tragado, atraído hacia el fondo, impulsado por aquel movimiento infernal, como el de una centrifugadora. Pero el océano lo rechazó. Seguía agarrándose el bañador con una mano cuando las olas lo dejaron en la orilla con el pelo cubierto de arena y de pequeños guijarros. Henri lo esperaba y le tendió la mano.

«—¡Menudo susto me has dado! Por poco me tiro al agua para ir en

tu busca.

—Todo bien —le respondió—. La corriente arrastraba mucho más de lo que me había imaginado.»

Henri lo arropó con una toalla y fueron a sentarse en la terraza del bungaló. Se acabaron la botella de vino blanco y descorcharon otra. Mehdi fumaba un cigarrillo tras otro, apretando con fuerza el filtro con el dedo índice. Allá, en el palacio de verano, habrían servido la comida. El rey estaría sentado a su mesa, solo, como exige el protocolo. Mehdi ya estaba borracho. Los párpados le pesaban, y, con la mente como en una bruma, sonreía satisfecho. Era el día más bello del mundo. No podía sucederle nada malo. El destino seguía decidiendo en su lugar y bastaba con someterse, abandonarse a él, confiar en él, del mismo modo que confió en entregarse a la corriente, que lo depositó sano y salvo en la orilla. Se había refrescado con el baño y se sentía más tranquilo. Se fijó en su reloj. La aguja se había detenido. Se había olvidado de quitárselo antes de tirarse al agua y ya no funcionaba.

De pronto, oyó el ruido del motor del coche. Una voz femenina. La de Monette llamando a Henri para que la ayudase a llevar la maleta. Mehdi tuvo la impresión de seguir aún allá, en las profundidades del océano. Los ruidos le llegaban de muy lejos, atenuados. Se quedó sentado en la tumbona dando la espalda al bungaló. No se decidía a levantarse. Se imaginó que en cuanto la viese su corazón dejaría de latir. De tanto pensar en ella, de tanto torturarse con su recuerdo, Aicha se había transformado en algo irreal. Como esas criaturas mitológicas que no se pueden mirar de frente sin correr el riesgo de convertirse en estatua de sal. Pero allí estaba ella. Justo frente a él. Alargó la mano para taparse del sol que lo deslumbraba. Allí estaba ella, con su melena lisa cayéndole por los hombros desnudos. Llevaba un vestido negro de finos tirantes y él se quedó mirando su busto delgado, su cuello inmenso, y, por último, su rostro. Se levantó con tanta rapidez que le dio un mareo. Ella lo besó en la mejilla, y, en ese instante, mientras ella se inclinaba, él tuvo que contenerse para no abrazarla. Para no gritar «te quiero» y «perdóname, te lo suplico». Pero solo dijo «hola» y le sonrió.

Monette puso la mesa. «Y nosotras, ¿qué? ¿No tenemos derecho a

una copita de vino? ¿Os lo habéis bebido todo? Tuve miedo de no poder avanzar hasta el bungaló, había un puesto de control justo después del palacio. Unos camiones militares impedían seguir por la carretera. Detenían a los coches procedentes de Rabat. A nosotras nos dejaron pasar. Quizá les caímos bien.»

Durante la comida, Mehdi habló muy poco. Respondía lacónicamente a las preguntas que le hacía Henri sobre su puesto en el Ministerio de Hacienda y sus nuevas responsabilidades. Aicha le preguntó si seguía escribiendo y él se hizo un lío. Concluyó diciendo: «Volveré a ponerme manos a la obra cuando tenga tiempo». A veces, ella alzaba los ojos hacia él y se lo quedaba mirando sin sonreír. Parecía menos tímida que antes, más segura de sí misma. Bebía y comía con apetito. Monette le lanzaba miradas como indicándole algo, y Mehdi se creyó que se burlaban de él. Aicha habló de Estrasburgo, repitiendo «David por aquí, David por allá» como si aquel maldito tipo se hubiera vuelto indispensable en su vida. De hecho, David estaba en España con sus padres y probablemente viniera a Marruecos a verla en agosto. «Será un placer recibirlo aquí», dijo Monette, divertida. «¿Verdad, Henri?»

Este asintió en silencio. Se fijaba en la mano de Mehdi, cuyos dedos tamborileaban desde hacía un buen rato sobre la mesa de madera.

Mehdi notó que estaba a punto de estallar. La borrachera se había convertido en rabia. Lamentó haberse quedado, haber esperado a aquella mujer que parecía disfrutar humillándolo. Tendría que haberse marchado al palacio, haber seguido su camino, haber pensado en sí mismo y en su carrera. Habría conocido a gente importante, anotado su nombre, dirección y teléfono en la agenda que siempre llevaba consigo. Se le había estropeado el reloj y había gastado un dineral en su ropa inútilmente. Qué equivocado estuvo por haberse dejado enternecer. Se disponía a dar una excusa para marcharse cuando un hombre, un vecino, se presentó en la puerta. Henri se quedó unos minutos hablando con él en la entrada del bungaló y, cuando regresó a la terraza, Monette observó que estaba pálido.

«—¿Qué ocurre?

—Era Robert. Dice que ha sucedido algo en Sjirat. Parece ser que

han oído disparos y que el olor de la pólvora llega hasta su casa. Por el momento, nos aconseja quedarnos aquí, no movernos. En cuanto se entere de algo, nos avisará.»

Henri fue al dormitorio en busca de su transistor. Parecía haberse tranquilizado al sintonizar la emisora nacional, que difundía una canción de amor egipcia. «¡Y siguen sin ponernos el teléfono! Es desesperante no saber qué está ocurriendo.»

De pronto, se cortó la retransmisión de la canción egipcia. Y Henri reconoció las notas de *La Galette*, una marcha militar. Los cuatro se quedaron mirando el transistor como si aquel objeto contuviera la respuesta a todas sus preguntas.

«¿Y mis padres?», dijo Aicha. «Estarán preocupados.»

Cada cual lanzó sus hipótesis. Los libios habían fomentado un atentado. El rey había muerto y se preparaba la regencia. En todos se mezclaban el miedo y la excitación. Tenían conciencia de estar viviendo un gran momento, un momento histórico del que se hablaría en los libros. Estaban inquietos, paseándose por la terraza de un lado a otro, fumando. Dos helicópteros sobrevolaron la playa. Las chicas parecían exageradamente preocupadas. «¿Qué va a ser de nosotros?» Henri, adoptando un aire de entendido, repetía que un día u otro eso iba a ocurrir, que la situación ya era insostenible. Mehdi estaba exaltado, hablando de revolución del pueblo y de guerrilla. Se alegraba de no haber ido al cumpleaños. No solo porque había salvado la vida, sino porque podía fingir que siempre había estado del lado correcto. Pretender que no se había codeado con los poderosos. Más tarde, cuando alguien le preguntara, contestaría que sí, que lo habían invitado, pero él se había negado a asistir, a propósito, para dejar clara su oposición a semejante alarde de lujo indecente.

«—Yo iba a estar allí —les soltó.

—¿Qué estás contando? —preguntó Henri.

—Yo también estaba invitado. Al cumpleaños del rey.

—Ahora lo entiendo todo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Cómo venías vestido, tu actitud. Ya puedes agradecérselo a Aicha. En mi opinión, estás mejor aquí que allí.»

Henri puso la radio más alta. «¡Alerta! ¡Alerta! El ejército ha tomado el poder. Ha caído la monarquía. El ejército del pueblo ha tomado el poder. Ha nacido una nueva era.»

Durante la tarde y parte de la noche, creyeron que el rey había muerto y que, a partir de ese momento, Marruecos estaba en manos de los militares. Aicha pensó en el retrato de Hassan II que colgaba en el despacho de su padre. Recordó el júbilo popular con el regreso de Mohamed V del exilio. No se podía imaginar su país sin rey. ¿Qué iba a pasar? ¿Se convertirían en uno de esos Estados dirigidos por soldados? En la radio, el mensaje del ejército era difundido en bucle y Henri estaba desesperado por la falta de noticias.

«—¿Por qué no regresa Robert? ¡No nos vamos a quedar aquí esperando como idiotas!

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó Monette.»

Cayó la noche sobre la playa. Habían acabado el vino y Henri fue a buscar cervezas a la nevera. Ya solo quedaban unos pocos cigarrillos y los compartían como cuando se pasa un porro entre amigos. Estaban en silencio. Parecían encerrados en sí mismos. Ante lo desconocido, les resultaba ridículo hablar para no decir nada, lanzar suposiciones que resultarían erróneas. Pensaban en el futuro. En las consecuencias que tendría para ellos. Calculaban, en lo más hondo, lo que se arriesgaban a perder y lo que podrían ganar. ¿Qué ocurriría con sus carreras profesionales, sus ambiciones, su felicidad? No habrían sabido decir si el atentado era algo bueno o malo. Si debían preocuparse o alegrarse. Todos sentían miedo.

La luna, tan redonda e incandescente como la punta de un habano, se reflejaba en los grandes charcos que el océano, al retirarse, había dejado sobre la arena. Desde la terraza, la playa parecía un campo labrado, y, a lo lejos, unas formas imprecisas le evocaron a Aicha el perfil de unos animales de carga. Era casi medianoche cuando llegó Robert. El general Ufkir había hablado en la radio. El golpe de

Estado había fracasado y el rey estaba vivo. El ejército leal al monarca, desplegado por las calles de la capital, había recuperado la emisora de radio y el Ministerio del Interior. En Rabat, el rumor iba creciendo como un tornado de fuego. De hogar en hogar, se alimentaba con el relato de los supervivientes que habían regresado a sus casas y con las mentiras de los envidiosos que no habían visto nada. Ya se murmuraban los nombres de los traidores: el general Medbuh, el coronel Cheluati y Ababu, comandante del cuartel de Ahermumu cuyos jóvenes soldados habían llevado a cabo el golpe. Robert se había pasado toda la tarde al teléfono, pero era incapaz de responder a Henri y a los demás, que lo ametrallaban a preguntas. ¿Los motivos? «Era demasiado pronto para conocerlos.» ¿Cuántos muertos? «Decenas de ellos, quizá más. Alguien me ha contado que en la piscina del palacio de verano flotaban cadáveres. Golpearon con brutalidad a un general y persiguieron al rey hasta los lavabos.»

«Voy a acostarme», dijo Henri, y Monette lo siguió y entró con él en la casa. Aicha y Mehdi se quedaron solos en la terraza.

«—Tenía la intención de terminar la residencia aquí, en un hospital de Rabat. Quizá no sea finalmente una buena idea.

—¿Habrías abandonado a tu David?

—No es mi David.

—¡Bueno, qué más da!»

Ella se levantó. Recogió las copas que quedaban sobre la mesa y el cenicero lleno de colillas.

«—Supongo que te quedas a dormir aquí.

—No creo que tenga elección.

—Entremos. Hace frío.»

Estaban echados juntos sobre el diván húmedo cuando, hacia la una de la madrugada, Hassan II tomó la palabra en la radio. Aicha estaba de espaldas a Mehdi. Parecía dormida. Él pensó que jamás podría recuperar el sueño. La deseaba tanto que debía contenerse para no cubrirla de besos, para no agotarla con sus caricias, para no insistir. Sentía sed. El aliento le olía a vino y a tabaco. No podía besarla con esa boca. Tendría que bajar a la cocina en calzoncillos en aquella casa helada. Beber un vaso de agua, regresar, besar su piel. Empezar por la espalda, detenerse en el hueco de su cintura. Lamer su vientre. Despertarla poco a poco.

Mientras tanto, el rey sigue hablando. El rey no ha muerto. Al día siguiente, el rey contará en la televisión el asalto de los soldados que dispararon contra sus invitados y que querían acabar con él, con él, el padre del pueblo, su protector, su guía. Revelará, ante unos telespectadores fascinados, que miró a su joven agresor a los ojos y este bajó el arma. Juntos rezaron, y el rey se fue de allí sano y salvo, y conservando el trono.

Mehdi renunció a levantarse para ir a beber. Removió la lengua en su boca y tragó algo de saliva. Puso su mano sobre el pequeño seno de Aicha y sintió su redondez a través del fino tejido del camisón. Hundió su rostro en el cabello de la mujer que había regresado a él. Ella olía a la sal que acarrea el viento de la playa, tenía frío y dormía con las piernas encogidas. Con las manos juntas, suplicantes. ¿Cómo podía dormir? ¿Acaso no sentía lo agitado que estaba él, allí, pegado a ella? La sangre tensaba su miembro. No era doloroso, aunque sí obsesivo. Como algo exasperante, algo loco, que el roce de las sábanas volvía más insoportable aún. Un grito que querría brotar, la asfixia de alguien enterrado vivo.

En las calles de Rabat, suben a los amotinados a unos camiones. Son cadetes de diecinueve o veinte años con la cabeza rapada al cero, casi azul, los rostros marcados por el cansancio y el estupor. Les han atado las muñecas y los tobillos con tiras de cuero. El rey no ha muerto. Al día siguiente dirá: «Hoy soy aún más rey que ayer».

Aicha se mueve. Se gira y enrolla su pierna en la de Mehdi. Él siente

el interior, dulce y cálido, de sus muslos. Ella sigue con los ojos cerrados. Acepta prolongar la noche. Se abandona, y Mehdi la besa como jamás ha besado a una mujer. Muerde, suavemente, la comisura de sus labios. Devora sus mejillas, su cuello, y ella se deja acariciar. Él está enamorado y su amor se aloja en un lugar más misterioso, más grande todavía que el corazón. Piensa: «Hoy tendría que haber muerto dos veces».

En Rabat, los periodistas envían sus artículos a las redacciones. «¡Digno de Sardanápalo!», escribe un reportero francés. «¡Una tragedia de Shakespeare!» «Una advertencia para la monarquía», comenta otro.

Ahora, preparaos para lo que vais a ver.

A los condenados se los ejecuta en público, y en la plaza principal, en medio de la muchedumbre. ¿Qué interés tendría cortar una cabeza o fusilar a alguien si el pueblo no asiste a la escena? ¿Si los hombres no regresan a sus casas con el miedo en las entrañas para vomitar en sus exiguos cuartos de baño y jurarse a sí mismos que siempre, sí, eso es, siempre, se mantendrán del lado de la ley? ¿Para qué sirve un condenado si no es para dar ejemplo? Los días de ejecución, hay que llevar a los niños al espectáculo. Los padres los cargan a hombros para que vean el patíbulo. Les dicen que mantengan los ojos bien abiertos, que no agachen la cabeza cuando vean avanzar al verdugo. «Mira lo que hacen con los gamberros, con los granujas, con los que se portan mal. Mira lo que hacen con los que se atreven a desafiar al poder. Abre bien los ojos y mira.» Los padres dicen a sus hijos: «Hay que ser hombre para ver esto, hay que ser fuerte y no llorar ante el espectáculo de la sangre».

Los niños recordarán, muchas décadas después, el ruido de las balas y lo imitarán haciendo vibrar sus labios. La muchedumbre lanzará gritos para cubrir los sollozos del condenado al que solo le quedan unos segundos de vida. ¡Qué más da si el criminal ahora se arrepiente, qué más da que llore, que suplique, que sienta miedo, que rece a Dios y que se orine en los pantalones! Es un espectáculo para la familia. Un espectáculo como cualquier otro. El mayor, el más impresionante de los espectáculos, de esos que se te incrustan

en el fondo de la pupila y que, durante toda una vida, te obsesionan y te despiertan en mitad de la noche.

En 1962, se distribuyeron pantallas de televisión en los cafés de Rabat y de Casablanca. «¡Es gratuito, un regalo del rey!», explicaron los funcionarios. Animaron a los dueños de los cafés a dejar el televisor encendido el mayor tiempo posible, para que el pueblo votara por la nueva Constitución. Al principio, la gente desconfió de aquella caja maldita, y los mayores, los más viejos, se negaron a mirarla. Luego, se fueron acostumbrando, y en los salones burgueses, en los apartamentos de los funcionarios, apareció la tele. Por las tardes mientras cocinaban, las amas de casa dejaban el aparato encendido y pelaban las zanahorias, desplumaban las gallinas delante de la pantalla. Entonces, no era la cebolla lo que las hacía llorar, sino las penas de amores de una joven egipcia abandonada por su amante. Algunos decían que era el rey en persona quien decidía los programas. Y que a veces llamaba a la emisora nacional para que cortaran la difusión de una película que le parecía mediocre. La película se interrumpía antes de acabar, no era lo suficientemente divertida. Demasiado larga, aburrida. Al día siguiente, en los mercados de la ciudad, la gente apostaba sobre los posibles finales: ¿Terminaban juntos los protagonistas? ¿El padre de la chica guapa, con la melena larga y negra, le daba permiso al final para casarse? En la intimidad de los salones familiares, algunos se hartaban: no tenían los mismos gustos que Su Majestad.

Pero hoy, 13 de julio de 1971, el programa será excepcional, lo nunca visto en la televisión. Será algo que pondrá la piel de gallina y hará llorar. Al principio, parece una peli de vaqueros. La cámara filma una inmensa extensión de arena agitada por el viento. A lo lejos se distinguen unos acantilados y el ruido de las olas que rompen contra las rocas. Es una película de gran presupuesto, una producción hollywoodense, con camiones semiorugas de los más modernos, de donde sacan a unos hombres uniformados. La cámara se acerca. No son unos cualquieras, sino actores de primer orden, unos colosos con chaquetas llenas de medallas. Primer plano sobre sus rostros. Mathilde llora con tanto desconsuelo que le cuesta respirar. A Amín le molesta, querría hacerla callar, que mostrase dignidad, pero el espectáculo que se desarrolla ante él lo deja inmovilizado, no puede decir nada. Al hombre, cuyo rostro en

blanco y negro, algo difuminado, aparece en pantalla, a ese hombre ellos lo conocen. Coincidieron con él y su esposa, una francesa, en algunas veladas con baile en el restaurante La Hacienda. Ese hombre ha hecho la guerra, al igual que Amín. Combatió en Francia, en Italia, en Indochina. En la pantalla, un soldado se acerca al coronel, que tiene las manos atadas a la espalda. Le arranca las medallas, le quita la gorra, insignia de su rango, y se diría que la afrenta se la están haciendo al propio Amín, que deja escapar un grito breve y, suavemente, se da golpes con los puños en las rodillas. La cámara cambia de enfoque y ahora filma el rostro de otro hombre, un general con los labios hinchados que aleja la mirada. El reo, con la cabeza inclinada hacia un lado, los ojos entornados, parece no entender qué está haciendo allí. Amín piensa en Murad. Juntos habrían evocado el valor que tuvieron para ir a la guerra. Y cómo admiraban a aquellos hombres, sus comandantes, sus superiores, cuyas órdenes ejecutaban sin rechistar. ¿Cómo era posible que la gente no recordara? ¿Que la memoria de aquella guerra se hubiera perdido? Esos hombres son ya historia pasada, se lamenta Amín. Combatimos en unas guerras olvidadas.

Un militar baja de la parte trasera de un camión, rodeado por tres soldados cuyos cascos de combate ocultan en parte sus rostros. El traidor mira fijamente a la cámara, se diría que reza o que pide algo. Lleva la camisa desabrochada, y la camiseta por encima del pantalón del uniforme. Amín intenta entender lo que el condenado acaba de decir, pero la imagen no es lo suficientemente nítida como para poder leerle los labios. Más tarde, un periodista, presente en el lugar, alegará que el condenado gritó: «Yo no estoy metido en esto. ¡No he hecho nada!». En un tono de voz sereno y tranquilizador, otro periodista enumera los nombres de los golpistas, como cuando presentan a los jugadores de un equipo de fútbol. Es la misma voz que adopta para las ceremonias reales, las inauguraciones, las fiestas. Luego, su voz se borra, como sumergida por el ruido de botas y del viento que levanta nubes de un polvo ocre. Los amotinados, los traidores, los criminales gritan «¡viva el rey!», «¡viva Hassan II!», mientras los conducen hacia los postes de fusilamiento que han montado en ese campo de tiro desierto, a unos kilómetros de Rabat. Un camarógrafo corre y casi tropieza con una piedra. A medida que avanzan, los convictos están cada vez más pálidos, y algunos se giran para mirar hacia atrás, con los ojos

desorbitados por el miedo. Un fotógrafo se les acerca para captar el terror en su objetivo. Al día siguiente, venderá a *Paris Match* unas imágenes exclusivas, tomadas en la parte trasera del camión semioruga.

¿Cuántos telespectadores habrán visto esas escenas? ¿En cuántas memorias se habrán grabado esos recuerdos? Sin duda, miles de personas vieron en sus pantallas a los soldados arrastrar por el suelo a algún cuerpo ya muerto, de rasgos irreconocibles, y amarrarlo a un poste. En el guion no habían previsto que el condenado sucumbiría a la tortura y que no se salvaría de la muerte. Tendrá que morir dos veces, y en público, por favor. Amín repite sin parar «es imposible», y Mathilde, que no cesa de sollozar y sorberse los mocos, acaba por sacar un pañuelo de tela de la manga de su vestido. ¿Cómo es posible que unas personas que has conocido, con quienes has bebido, comido y bailado, unas personas que admirabas, estén ahí, en ese decorado de películas del Oeste, bajo esas ráfagas de viento, a punto de recibir las balas de decenas de fusiles alineados delante de ellas? Mathilde llora ahora a lágrima viva. Llora por las esposas que quizá estén mirando también la televisión, y casi grita cuando piensa en los niños cuyos padres aparecen en pantalla.

Amín estaba feliz el día que compró el aparato. Pidió a Mathilde que sirviese la cena delante de la televisión. Ahora que los chicos se habían ido de casa, no veía razón alguna para mantener aquella ridícula ceremonia de comer los dos solos, como en la intimidad. Los soldados custodian a los condenados a muerte y los hacen avanzar sobre el acantilado. Amín mueve la cabeza, pensando: «Esto no está ocurriendo». Dentro de poco verán aparecer a John Wayne o a los indios a caballo, con el pelo cubierto de plumas y las manos tensando la cuerda de un arco. Entenderán que no es más que cine, que no es verdad, que nunca ha tenido lugar. Pero no. No es el Gran Cañón del Colorado y John Wayne no aparecerá. Se oye gritar: «¡Presenten armas! ¡Apunten! ¡Fuego!», y los diez pelotones disparan a la vez. Miembros del ejército de tierra, mar y aire se abalanzan sobre los cuerpos inertes. Se aclaran la garganta, se giran para ver si los están mirando, si los están oyendo, y escupen sobre los cadáveres.

Mathilde solloza. «¿Por qué nos enseñan esto? Conocemos a esos hombres.» Amín aprieta los puños con tanta fuerza que las articulaciones se le ponen blancas. Mira a Mathilde con dureza. «¿Qué sabrás tú? No tienes ni idea de lo que es el poder.»

Como cada domingo, Mathilde cogió su bolso, se anudó un pañuelo en el cuello y le pidió a Amín las llaves del coche. Su marido lanzó un hondo suspiro que ella fingió ignorar. Condujo hasta el colegio donde Sabah llevaba dos años interna. En el asiento de atrás había colocado una caja de dulces y un montón de revistas femeninas. Ya las había leído y releído, y en ellas aparecían fotografías de actrices de cine y de miembros de la realeza europea. Condes y duquesas. Princesas y reyes. Sabah las recortaba y sobre su cama colgaba imágenes de Sophia Loren, Grace Kelly o Farah Diba, la mujer del shah de Irán, tocada con su tiara de diamantes. A veces, Mathilde le regalaba ropa, aunque no era nueva ni cara. Amín se lo tenía prohibido. No le gustaba que Mathilde la visitara con tanta frecuencia, que le tomara cariño a aquella niña de tez amarillenta cuya mera visión lo enfurecía.

Mathilde aparcó delante de la puerta del internado. Sabah la esperaba en las escaleras. Pasearon por la ciudad europea. Se sentaron en la terraza de un café y Sabah se pidió un zumo de naranja. Antes de que bebiera, Mathilde limpió el borde del vaso con un pañuelo. «El camarero tenía pinta de sucio.» Le comentó que la boda de Aicha se celebraría el verano próximo y que su futuro marido ocupaba un puesto importante en la capital. Frente al café, un joven montado en un burro vendía naranjas. Gritó: «¿Quién quiere mis naranjas? ¡Deliciosas naranjas bien jugosas!». Mathilde se inclinó hacia Sabah y le murmuro al oído una canción en alsaciano.

«—¿Qué significa? —le preguntó la joven.

—¡Levanta la cola del caballo, sóplale en el agujero y sacará una manzana verde para ti! —Mathilde se echó a reír—. Le enseñé esta canción a tu madre cuando era pequeña. Un día la cantó delante de tu tío y este se puso como una fiera, indignado porque aprendiera esas groserías.»

Mathilde le hizo algunas preguntas. Las de costumbre, a las que Sabah respondía con mentiras. Sí, era feliz. Sí, sus compañeras eran amables y los profesores, atentos. Sí, hacía sus deberes, le gustaba aprender y obedecía a todo lo que le ordenaban sin protestar y con la gratitud que se espera de una niña abandonada. Sabah tenía unos ojos bonitos, pero unas cejas tan pobladas que le ensuciaban la mirada. Siempre iba despeinada y con el pelo grasiento. Había algo en ella —una torpeza, una fragilidad— que incomodaba. Se hubiera dicho que estaba afectada por una de esas enfermedades raras que deforman el cuerpo y hacen que los niños parezcan viejos. Sabah había aprendido a mentir y a no pedir nada. Fingía con tanta habilidad que los adultos la creían.

Una vez al mes, su madre iba a verla. Llegaba en su magnífico coche, vestida con sus atuendos brillantes, y Sabah ocultaba su rabia. Daba las gracias a todo. No lloraba. No dejaba traslucir su indignación y su disgusto. Había cumplido quince años, ya no era una niña idiota e ingenua. Se había dado cuenta de que el matrimonio formado por Murad y Selma había sido un disparate, y sentía, sin poderlo explicar, que su nacimiento había sido un drama. Sabah sabía que era una carga para su familia. Entendía que era un error, un accidente, incluso un delito. No tenía, pues, que reclamar nada ni quejarse, porque se arriesgaba a que le dijeran una vez más: «Deberías valorar la suerte que tienes de que tu tío se ocupe de ti».

Desde el punto de vista de la moral, de la decencia, desde cualquier punto de vista, habría sido mejor que ella no hubiera nacido. Nadie deseaba tenerla cerca. Cuando los adultos pensaban en Sabah, se preguntaban dónde ponerla, como cuando se busca un sitio donde colocar el objeto que estorba, que no se puede tirar a la basura por oscuros motivos sentimentales. Fue lo que había dicho Mathilde cuando Selma anunció su decisión de irse a trabajar a Rabat. «¿Y qué hacemos con Sabah?» Pero la indiferencia que despiertan es el mejor aliado de ese tipo de niños. A nadie le importan. Pueden mentir sin miedo.

Mathilde llevó a Sabah al parque. Le dijo que había cogido cita para ella en el dentista y en el peluquero. Irían a final de mes. «Lee las revistas que te he traído, quizá encuentres ideas para tu nuevo corte de pelo.» Sabah se limitó a darle las gracias. No le contó lo que

ocurría tras los muros del internado. Unos muros altos y gruesos, con cuya pintura desconchada las alumnas fabricaban polvo para maquillarse los párpados. En los pasillos flotaba un olor a orina y a ajo. El guarda y el jardinero se acariciaban el miembro cuando veían a las chicas correr hacia las duchas vestidas solo con una combinación de color carne. No se duchaban con frecuencia. La directora era ahorrativa. Después de todo, esas niñas no eran unas princesas. «Si lo fueran, se sabría, y, en ese caso, vosotras no estaríais aquí.» Las internas solo se lavaban las batas escolares dos veces al mes.

El martes anterior, Sabah estaba leyendo bajo la manta en el dormitorio de las internas, en el primer piso. Le entraron ganas de hacer pis, pero hacía frío y no se animaba a salir de la pesada manta de lana, un regalo de Mathilde. Luego se dio cuenta de que tenía las bragas húmedas. Creyó que se había orinado encima y que todo el mundo se burlaría de ella. Hundió la mano en las bragas y, cuando se vio los dedos, se dio cuenta de que estaban cubiertos de una mucosa oscura y pegajosa. Ella no era ni ingenua ni ignorante. Sabía perfectamente que las mujeres sangraban. Pero no se había imaginado que se parecería a eso, a ese líquido infernal, esa materia sólida que daba la impresión de ser una descomposición interior. Se había imaginado que le saldrían de la vagina unas gotas de sangre de color rojo vivo. Una sangre brillante, síntoma de buena salud.

Por muchos motivos, aquello era un drama. Un drama porque tendría que ir a ver a la supervisora. Esta le daría solo un paño higiénico de repuesto que tendría que lavar ella misma y le regañaría si se manchaba la bata. «La sangre no se perdona.» Era un drama por los terribles dolores que hacían llorar a las chicas a quienes se les negaban los calmantes. «Es lo que os ha tocado. Pensad en los hombres. Ellos tienen que ir a la guerra.» Era un drama por el olor a metal y a pescado que impregnaba la ropa y que se escapaba de los muslos cada vez que una niña púber tenía la desgracia de separar las piernas. Sí, las mujeres perdían entonces su olor a niña, ese olor suave y azucarado de la inocencia. Y, debido a la mirada que les dirigían, una mirada devaluada, desprovista de la indulgencia de antaño, de la indulgencia de los tiempos en que eran pequeñas, se volvían unas perras. Un furor extraño se apoderaba de ellas, un deseo de retorcerse, de sentir. Se volvían peligrosas y, a

partir de entonces, cuando una de ellas invitaba a otra a compartir su lecho, se sabía que no era solo para buscar cariño o consuelo por algún disgusto. Chicas de labios vellosos se deslizaban bajo las sábanas. Humedecían sus lenguas en esos sexos sucios, introducían sus dedos de uñas demasiado largas en la vagina de la compañera de clase. Se arañaban, se mordían. Luego, las chicas se quejaban de picores al orinar o de una infección vergonzosa por la que nadie parecía interesarse.

Sabah guardaba silencio sobre todo aquello. Y ante su tía Mathilde, cuyos cabellos rubios y tez clara tanto le gustaban, se comportaba como una niña razonable que sabe que solo puede contar con lo que tiene. Le agradeció las revistas y dijo que no pasaba nada si los zapatos que Mathilde le daba le quedaban grandes. Bastaba con rellenarlos en la punta con un poco de algodón, y, además, los pies le crecerían algún día.

*

Desde el viernes por la tarde, los chicos se arremolinaban cerca del internado. Aparcaban sus motocicletas frente a las ventanas de los dormitorios y esperaban. Fumaban cigarrillos, se reían dándose palmadas en el vientre y seguían con la mirada a las transeúntes, adivinando la forma de sus nalgas bajo las chilabas. La directora del colegio no parecía preocupada por la presencia de aquellos jóvenes. En realidad, intentó más bien aprovecharse de esa situación. Hicham, que ejercía de jefe de la pandilla, a veces le entregaba paquetes de azúcar, grandes manojos de hierbabuena, botes de carne en salazón que se traía de Fez y que a ella le encantaban. A cambio de esos caprichos gastronómicos, la directora hacía la vista gorda y dejaba en libertad a las chicas, pues pensaba que de todas formas estaban perdidas.

Sabah no era la más guapa. Y, si bien salía con las demás, lo hacía sin ningún entusiasmo. Solo por pasar el rato. Hicham, sin embargo, se fijó en ella. No tenía más de veinte años y llevaba vaqueros y unas camisas limpísimas. Siempre estaba masticando algo, una barra de regaliz, un palillo de dientes, una espiga de trigo. La primera vez que vio a Sabah, se acercó a ella y tendió la mano hacia la frente de la chica. Le acarició con delicadeza la raíz del cabello y, de pronto, los jóvenes que los rodeaban se callaron. Sabah tenía una

larga cicatriz cuyo origen desconocía, pues no recordaba cómo se la había hecho, por ser muy pequeña cuando sucedió, y nadie se lo explicó jamás. Hicham agachó la cabeza y le sonrió. Le dio unas palmaditas en la frente con una ternura que la emocionó. Tuvo la sensación de que él la acababa de adoptar, que la reconocía.

Unas semanas después, mientras estaban apoyados contra un coche, Hicham se lo desveló. Esa cicatriz, le dijo, provenía sin duda de las agujas de hacer punto o de una barrita fina de hierro que las mujeres utilizaban a veces para librarse de un bebé. «Suele dejar una marca en la frente. Pero tú estás aquí, lo que prueba que eres fuerte y que Dios no quería que murieses.» Sabah se tocó la cicatriz con la punta del dedo índice y se tapó la frente con el pelo. Pensó: «Nunca más me peinaré con el pelo para atrás». A partir de entonces, llevaría flequillo, como algunas francesas que había visto en la ciudad. Se moría de vergüenza al pensar que todo el mundo pudiera ver esa marca infame, ese estigma. Todos sabrían que había sobrevivido a una tentativa de asesinato.

Hicham parecía interesarse cada vez más por ella. Siempre que iba a ver a las internas, tenía algún detalle con Sabah. Había observado que era golosa y la invitaba a un pastel en la confitería o a un helado. Y mientras ella se comía una *religieuse* de café, él exhibía un gesto de padre satisfecho al verla lamer la crema que se le derramaba en los dedos. Las demás chicas competían entre ellas por llamar la atención de Hicham y algunas se enfadaron al ver que Sabah, con su pinta de mosquita muerta, su cara de atontada, había conseguido el papel de favorita. Un sábado, Hicham aparcó frente a las ventanas del dormitorio y tocó dos veces el claxon de la moto. Las chicas le sonrieron y le hicieron señas. Recostado contra el muro del internado, fumaba un cigarrillo. Preguntó a Sabah por su familia y ella le contestó con evasivas. Creyó que le inspiraba lástima, que entendía de dónde venía ella. Hicham le dijo: «Podría ser tu hermano, ¿sabes? No tienes ningún hermano, ¿verdad?». Ella no respondió, pero se le apareció el rostro de Selim. Estuvo a punto de decirle: «No, no tengo ningún hermano». Sí un primo que es como si lo fuera, pero le resultó algo complicado y ridículo. No quería dar explicaciones y menos aún compartir con aquel hombre, con aquel desconocido, la existencia de Selim. Agachó la cabeza y él le puso la mano sobre su barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos.

«Ahora tienes uno, ¿me entiendes? Fingiremos que eres mi hermana pequeña y me ocuparé de ti. Me tendrás que hacer caso, pues los hermanos están para proteger, para evitar que sus hermanas menores vayan por un mal camino o tengan malas compañías.»

«Una hipócrita, eso es lo que es. ¿Cree usted que no sé reconocer a las chicas como ella? Llevo veinte años dirigiendo este internado y sé lo que me digo. El guarda se la encontró en la calle, en plena noche. Estábamos preocupadísimas, y ella allí, en el bulevar, sentada sobre su maleta esperando a unos gamberros. Una hipócrita y una ilusa que se cree lo que le cuenta el primer chico que pasa y está dispuesta a seguirlo adonde sea. ¡Que Dios nos proteja de las personas de esa calaña! Estoy muy decepcionada, Madame Belhach, y debe usted entender que ya no pueda acoger bajo mi techo a semejante escorpión. Vaya usted a saber qué influencia ejerce sobre mis chicas y qué historias sucias les irá a contar. Incluso es posible que esté preñada de ese gamberro. Si yo fuera usted, iría ya mismo al médico. En mi opinión, aún le quedan muchas sorpresas con este bicho malo. Somos una institución respetable y tengo que proteger al resto de mis internas. Como la maleta ya está lista, se pueden ustedes marchar. Esta chica necesita un buen castigo. Estoy segura de que su tío le quitará de la cabeza sus sueños de fugarse.»

En varias ocasiones, Mathilde intentó interrumpir a la vieja directora, que agitaba en el aire sus manos con unos dedos deformados por la artritis. Quería proponerle dinero —«una suma razonable para compensar los daños causados y continuar apoyando a esta venerable institución»—. Mathilde invocó al Señor, cuya misericordia debería aplicarse a todos, y, en particular, a los más jóvenes y a los más frágiles entre nosotros. Intentó argumentar a favor de Sabah, recordando, delante de la joven que agachaba los ojos, que era huérfana de padre y que su madre la había abandonado. Pero no hubo manera. Cada vez que Mathilde pronunciaba una palabra, la directora movía la cabeza con nerviosismo, alzaba las manos delante de su rostro y, como un niño que no quiere escuchar, volvía a acusar a Sabah y a insultarla. «No quiero saber nada más», concluyó la directora. «No quiero tener nada que ver con ustedes.» Mathilde recogió su bolso, se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta del despacho. Se giró y, en un

tono seco, ordenó a Sabah: «¡Vámonos!». La joven la siguió por el corredor y luego por el vestíbulo del internado, con la maleta en la mano, y con los zapatos demasiado grandes para ella, rellenos de algodón. Las demás internas la contemplaron marcharse y algunas le mandaron besos con la punta de los dedos. Esta entendió que aquello no tenía nada que ver con el afecto, y que no la echarían de menos. Las chicas, en cierto modo, le manifestaban su admiración por haber encontrado el modo de salir de allí, acompañada de aquella mujer alta y rubia cuyo acento alsaciano las hacía reír.

Sabah se sentó en el coche de Mathilde y agachó la cabeza. Su tía tomó asiento al volante y se quedó inmóvil varios minutos, con los ojos cerrados, como si intentara reprimir la rabia que le ardía por dentro. Mathilde no sabía con quién estaba más furiosa. ¿Con la directora, que la había tratado como a una cualquiera, había despreciado su dinero y se había negado a aceptar sus disculpas? ¿Con Sabah, quien, bajo ese aspecto sumiso, ocultaba el mismo fuego, la misma hipocresía que su madre? ¿O con Amín, que se había negado a que Sabah se quedase con ellos en la finca para ocuparse de ella, educarla y cuidarla como si fuera su propia hija? Mathilde giró la llave de contacto, pisó el acelerador y torció bruscamente en la avenida, con tanta rapidez que los automovilistas le tocaron el claxon. «¡Peligro público!», la insultó un conductor. Conducía a toda velocidad, con la mirada fija en la carretera, y, al cabo de media hora, Sabah entendió que no iban en dirección a la hacienda. Le habría gustado preguntarle: «¿Adónde me llevas?», pero temía que Mathilde se enfadara y le gritara.

Su tía se giró hacia ella. «Me he llevado una gran decepción contigo», le dijo. «Jamás me hubiera imaginado que pudieras ser tan tonta, tan ligera de cascos. ¿Esa es la vida que quieres? ¿Ese es el tipo de chica que deseas ser? ¿Una perdida que se va detrás del primero que aparece y se cree todas las tonterías que le cuenta? ¿Adónde ibas de ese modo, eh? ¿Qué te prometió ese chico?» Sabah mantuvo la mirada agachada, y Mathilde se puso a gritar: «¡Contesta! ¿Adónde ibas?». Sabah no despegó los labios. «De todos modos me da igual. Ya no me concierne. Tu ingratitud supera todo lo que hubiera podido imaginar. Si supieras lo que he hecho por ti. No tienes ni idea de lo que me debes. Por tu culpa, por tu torpeza y tu egoísmo, voy a estar obligada a soportar la ira de tu tío. ¿Qué le

voy a contar, eh? ¿Qué? No quieres decir nada. De acuerdo. Tampoco tengo yo ganas de escucharte, ni de verte. Tu tío tenía razón, le debería haber hecho caso: no sois más que unas ingratas, unas aprovechadas. No es de nuestra incumbencia. Lo vais a resolver entre vosotras, tu madre y tú. Puesto que no queréis que os ayudemos, puesto que despreciáis lo que os damos, vais a aprender a apañároslas por vuestra cuenta.»

Ya sabía, pues, adónde iban: a casa de su madre. A Sabah se le encogió el corazón. Habría preferido cualquier otra cosa, otro internado, una bofetada de su tío, lo que fuera, antes que encontrarse a solas con Selma. La última vez que había ido a Rabat, al apartamento de la avenida de Temara, había tenido la sensación de que molestaba. Selma la espiaba, le prohibía tocar sus productos de maquillaje, su ropa. Un día se puso a gritar cuando pilló a su hija abriendo un cajón lleno de fotos antiguas. «No se registra en la casa de la gente», le gritó. Un sábado, su madre se pasó la tarde en el cuarto de baño. Sabah se aburría, sola en el salón, leyendo revistas. De pronto, Selma apareció por el pasillo y sacó del bolsillo de su albornoz un fajo de billetes. «Toma, ve a divertirte y no regreses antes de las dos de la madrugada. Van a venir unos amigos, no te puedes quedar aquí.» Y Sabah salió por las calles oscuras y vacías de Rabat. Se sentó en un café, se pidió un vaso de leche de almendras, deseando intensamente que el tiempo pasara rápido para regresar, sana y salva, a la casa. «Tu madre es una puta», le había soltado un día una niña del internado. Sabah se había abalanzado sobre ella, le había dado varios puñetazos, pero esa noche, en aquel café desierto de Rabat, ante su vaso de leche, se dijo a sí misma que era a Selma a quien habría querido golpear, encerrar, ocultar. Se avergonzaba de su madre y no quería verla más. «Mathilde, por favor, llévame a la finca», suplicó. Su tía se mantuvo en silencio. Durante varios kilómetros, condujeron detrás de un camión que transportaba mulas de las que solo se veían las grupas curvadas, y Mathilde, como le gustaba correr, se puso a gritar y a tocar el claxon. Sabah, con una voz endeble, empezó a cantar:

«—Levanta la cola del caballo, sóplale en el…

—¡Cállate, por favor!»

*

«Selma no está en casa. Ha ido al *hamam*.» Hussein le pellizcó la mejilla a Sabah, que estaba plantada en medio de la avenida, con la maleta en la mano. «¿Así que tú eres su hija? Sí, hay un parecido. Está clarísimo. Pero estás muy delgada. Debes comer un poco más.» Mathilde, que sujetaba firmemente a Sabah por el brazo, esbozó una sonrisa forzada. «La señorita está pendiente de mantener la línea. Nunca le ha faltado de nada, nunca se ha quedado con hambre, créame usted.» Sabah se sentó en los peldaños del portal del edificio, con la maleta entre las rodillas. Cada vez que alguna mujer cruzaba por la calle o un taxi se paraba cerca, se sobresaltaba. ¿Qué iba a decir su madre? ¿Cómo iba a reaccionar? Mathilde, que caminaba de arriba abajo por la acera, compró un cigarrillo suelto a un vendedor ambulante. Se lo fumó despacio, como una adolescente que no supiera tragarse el humo. Y, de repente, llegó Selma. Iba andando por la avenida, con el pelo mojado envuelto en un pañuelo, la piel del rostro sofocada por el calor del *hamam*. Llevaba una túnica verde, con el cuello y las mangas bordadas con una fina cenefa dorada. Unos hombres se giraron al verla pasar, un automovilista le tocó el claxon.

Primero, Selma reconoció a Mathilde. Incluso de lejos, incluso en medio de una muchedumbre, habría reconocido a su cuñada, su cabello rubio, sus hombros de chico, sus horribles piernas, hinchadas por el calor. Luego vio a su hija, medio tirada sobre los peldaños, con la cabeza entre las rodillas.

«—¿Qué hacéis aquí?

—Más vale que subamos —dijo Mathilde.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—Creo que debemos subir a tu casa. No quiero montar un espectáculo aquí.»

Entraron al edificio en silencio y Sabah se quedó mirando los tobillos de su madre, tan finos, y las pantorrillas que la túnica dejaba al descubierto mientras ella subía las escaleras.

«Ve al dormitorio y cierra la puerta», ordenó Mathilde.

Sabah cruzó el pasillo y cerró la puerta tras ella. Se sentó en el suelo, con la oreja pegada a la pared, e intentó oír lo que su madre y su tía se decían. En el salón, las dos mujeres murmuraban, y, por momentos, alguna de ellas lanzaba un grito o perdía los nervios. «Siempre ocurre lo mismo contigo. ¡Eres una irresponsable!», gritó Mathilde, fuera de sí. «¡Todo es culpa tuya!», le contestó Selma en el mismo tono. Y de nuevo bajaban la voz y Sabah solo oía unos murmullos nerviosos. Se fijó en lo que había en el dormitorio de su madre. La cama de matrimonio estaba cubierta por un grueso edredón rosa pálido. De la pared colgaba un gran espejo veneciano y sobre el tocador había collares, frascos de perfume, un vaso de cristal de los de té lleno de pinceles de maquillaje. El armario rebosaba de vestidos, abrigos, zapatos de tacón. Detrás de la puerta del armario, Selma había colgado una fotografía y una tarjeta postal con la imagen de la Torre Eiffel y, en letras doradas, la palabra «París». Sabah descolgó el retrato. En él se veía a Muilala, vestida con su jaique blanco, los ojos muy maquillados, y a Selma, una niña de cinco años a quien la idea de que la retrataran parecía divertir. Por detrás había una inscripción: «Rabat, 1942». Sabah se quedó mirando los rasgos de la niña pequeña y pensó: «No se parece a mi madre». A gatas, se dirigió a la cama y hundió su rostro en el edredón. Respiró a fondo el olor de Selma, ese perfume a almizcle que siempre había olido en ella y que se le quedaba en la piel horas después de que le hubiera dado un beso.

Selma gritó «¡ven aquí!», y Sabah cruzó lentamente el pasillo y se plantó delante de las dos mujeres.

«¿Es cierto que has querido escaparte del internado?»

Sabah no contestó.

«¡Nada de pamplinas conmigo, señorita! Me vas a contestar, aunque tenga que darte una paliza, ¿me has entendido?»

Sabah inclinó la cabeza.

«¿Adónde pensabas ir? ¿Qué te prometió ese chico?»

Sabah balbuceó unas palabras.

«No se te oye. Mírame cuando me hables.»

Sabah fue hacia su maleta, que estaba en la entrada. Se agachó, abrió la cremallera y sacó un grueso montón de cartas que entregó a su madre.

«—¿Qué es esto?

—Quería ir a encontrarme con Selim. Hace varias semanas que no sé nada de él. Solo quería saber si estaba bien.»

Mathilde se acercó a Sabah y la agarró por los hombros.

«—¿Pero qué estás contando? ¿Por qué hablas de mi hijo? ¿Qué tiene él que ver en todo esto?

—¡Regresa al cuarto! —le gritó Selma—. Déjanos solas.»

Mathilde alargó el brazo hacia el montón de cartas, pero Selma lo retuvo fuertemente entre sus manos. «¡Espera un momento!» Abrió un pequeño armario del que sacó una botella de whisky. «Los vasos están detrás de ti, sobre la estantería», y Mathilde obedeció. Se sentaron en el diván y, después de beber un trago, Selma dividió el montón de cartas en dos. «Toma.» Una foto cayó sobre la tupida alfombra de lana. Selim, con el torso desnudo en una playa. Su melena rubia le llegaba por debajo de los hombros.

No entendían nada y las dos estaban celosas. La madre y la amante se preguntaban por qué había escrito él a Sabah en lugar de a ellas. ¿Por qué había elegido a esa chiquilla insípida, a ese personaje secundario de sus vidas? Al leer las cartas, entendieron que era precisamente eso lo que unía a Sabah y a Selim. Ese sentimiento de vivir en segundo plano, de que jamás los valoraran en su justa medida. Ambos habían sido abandonados por Selma. Ambos habían padecido, aunque de modo diferente, la cólera de Amín. Las dos mujeres observaban las cartas que tenían sobre su regazo y pensaban: «Habría deseado que me las dirigiera a mí y que fueran cartas de amor. Habría escrito que no puede vivir sin mí y que esa

ausencia lo vuelve loco de pena. Se habría disculpado por haber desaparecido y prometería, en una carta desgarradora, regresar pronto a mis brazos. Se habría despedido con un “Selim, que te quiere de todo corazón”, un “Selim, que no puede olvidarte”». Ambas estaban decepcionadas. Las primeras cartas estaban fechadas en el otoño de 1969, y en ellas se contentaba con describir su vida junto a Nilsa, Simon y Lala Amina. Mathilde reconoció el estilo descuidado de su hijo. Frases cortas. Ninguna puntuación: «Cómo estás yo bien», o «y tú qué tal el internado cuéntame», como solía hacer cuando escribía a su madre desde el campamento de verano. Mathilde recordó sus palabras de niño: «Te echo de menos mamá el canario puso un huevo hace tres días que llueve». En esa época, ella lo era todo para él. La esperaba llorando en la entrada de la finca cuando tardaba en regresar de la ciudad. Se quedaba mirándola mientras ella se abrochaba la hebilla de las sandalias o se probaba un sombrero, y exclamaba: «¡Qué guapa estás, mamá!», y la adoración de aquel hombrecito la consolaba de sus sinsabores. Pero en ese montón de cartas, las que enviaba a Sabah, no mencionaba a Mathilde. Daba vueltas y más vueltas a las hojas de papel. Examinaba cada frase, y ni una sola vez encontró alusión alguna a la finca, a ella o a Amín. Era como si su hijo la hubiera olvidado. Indiferente al disgusto que había causado al marcharse sin decir nada. «¿Has acabado de leer? ¡Pásame las tuyas!», ordenó a su cuñada.

Selma no alzó la cabeza, sumida como estaba en la lectura de una carta escrita en un estilo alucinado, fechada a principios de 1970, en la que hablaba del cuerpo de las mujeres, de la lujuria a la que se entregaba, y sintió deseos de matar. ¿Qué era aquello del «amor libre»? Con esas palabras imprecisas y torpes, Selim intentaba explicar la nueva visión de un mundo en el que nadie pertenecía a nadie. Un mundo en el que los hombres no poseían a las mujeres y en el que no existían promesas de fidelidad eterna. Un mundo sometido únicamente a los caprichos del deseo. Tender un brazo y atraer hacia sí un cuerpo sobre el que uno cabalga en la dulzura de la noche. Y de tanto entregarse sin amor, algo en él se había insensibilizado. Todo en lo que él creía se había venido abajo como un miserable castillo de arena sobre el que rompe una ola. El matrimonio, los hijos, la vida que sus padres habían elegido y esa infancia zarandeada por los gritos, los insultos y el odio contenido.

«Jamás me casaré.» Selim escribía: «El cuerpo de los otros no nos pertenece y yo tampoco pertenezco a mis padres no pertenezco a este país». «¡Niñato de mierda!», pensó. Un engreído que afirmaba que las mujeres lo deseaban a él más que a los demás. Quizá porque hablaba menos y no tenía, a diferencia del resto de aquellos hippies, opiniones claras sobre el mundo. No alardeaba de alcanzar el nirvana ni de continuar su búsqueda. Podía quedarse varias horas mirando los árboles curvarse por el viento, y esa indolencia seducía a las mujeres, las intrigaba. ¡Niñato de mierda! Se atrevía a escribir semejantes disparates a una cría de quince años y adjuntaba a sus cartas unos dibujos infantiles de barcas ancladas en el puerto. ¡Niñato de mierda! Aseguraba que se había convertido en un adulto. Sabía lo que quería hacer con su vida y él, el ignorante, el lento, el alumno mediocre, alimentaba al fin ambiciones personales. Durante los meses que pasó con los hippies, había escuchado sus relatos con avidez. En el grupo había médicos, ingenieros, arquitectos e intelectuales cuyos inmensos conocimientos admiraba. «Allá, del otro lado del océano, está América.» Hablaba a Sabah de viajes, como quien habla a un esclavo de libertad y de un mundo sin cadenas. Había pedido a sus compañeros que le describiesen América. Los hippies creían asquearlo con sus palabras: «Es el reino del dinero, de la violencia, un país con ciudades verticales e inmensas donde las chicas venden su sexo y donde los hombres sueñan con llegar a ser ricos y poderosos». Empezó a obsesionarse con Nueva York. En las últimas cartas solo hablaba de eso. De un viaje inminente por ese lejano país. Tenía que encontrar dinero y dejaría atrás ese pueblo miserable, el aburrimiento de estar sin hacer nada, y ese olor vomitivo a tomates maduros que brotaba del único puesto que había en Diabat.

Mathilde y Selma ya estaban bastante achispadas.

«—No es más que un niño —dijo Selma, enfadada.

—Un niño ingrato e irresponsable —insistió Mathilde, y se le atrancaba la lengua y le costaba hablar.

—Yo quizá era perezosa, pero siempre fui buena en ortografía. ¿Recuerdas? Me hacías estudiar. Selim comete unas faltas de alumno de primaria.»

Mathilde le pidió un cigarrillo y se lo fumó en el balcón exhalando ruidosamente el humo. Sí, por supuesto que recordaba los dictados, las clases de Historia y Geografía en la casa húmeda del barrio de Berrima. Recordaba a Selma, de pequeña, su insolencia y sus caprichos. También, su generosidad. Al regresar del colegio, la pequeña volvía a copiar sus lecciones de Árabe para su cuñada. Luego la hacía recitar y no se burlaba de Mathilde por pronunciar mal la *r* o la *k*.

«—Seguro que se droga.

—¡Vamos, basta ya! —dijo Selma—. No debe de ser tan grave, créeme.

—¿Qué sabrás tú? Quizá sea por eso por lo que ya no escribe. O puede que le haya sucedido algo. Vi un documental en la tele el otro día. Dicen que todos son unos drogadictos, que rebuscan en las basuras para comer y que algunos han muerto de sobredosis.

—Conozco a tu hijo. Él no es así. Se te pueden reprochar muchas cosas, pero a tus hijos les diste una buena educación.

—Eso no le impidió desaparecer.

—Volverá, confía en lo que te digo.»

Selma abrió una cajita de madera que había encima de la mesa.

«—¿Quieres probar?

—¿Qué es?

—Hachís.

—¿Tú fumas eso?

—En realidad, no. Alguien se lo dejó olvidado el otro día. Podríamos probarlo.»

Una noche, mientras estaba acostado en un diván del apartamento

de Selma, Omar escuchó un programa de radio que le encantó. Contaban la historia de una joven actriz turca de principios de siglo a la que, por ser musulmana, le estaba prohibido actuar. La joven, cuyo talento y determinación impresionaban, consiguió a pesar de todo integrarse en una compañía y, cada noche, subía a escena en los teatros de Estambul, adorada por su público, apoyada por sus compañeros de profesión. A veces, la policía, alertada por algún chivato, irrumpía en el local. La actriz huía por los tejados, ayudada por sus cómplices, y los espectadores abucheaban a los agentes. Estos se iban con las manos vacías, desilusionados y furiosos, lanzando una última mirada al escenario abandonado en mitad de un acto.

A eso se parecía Esauira el día en que Omar llegó en febrero de 1972. Un decorado abandonado por una compañía de teatro o un equipo de cine que, por algún extraño motivo, tuvo que recoger sus bártulos a toda prisa, dejando atrás algunos objetos sin valor: un panel donde había representada una puesta de sol, un falso salón en el que se adivinaban las huellas de una fiesta. Acogieron a Omar como a un ministro o a un alto dignatario. En la sórdida comisaría de esa ciudad abandonada, los funcionarios lucían unos uniformes impecablemente limpios para la ocasión y habían colocado sobre un viejo escritorio una bandeja de dulces y una tetera humeante. «Siéntese, comisario.» El tipo que se dirigía a él se llamaba Ismael. Un inspector de unos treinta años que solo había conocido esa región aislada del mundo. Un joven apuesto, de piel clara, que se untaba el pelo con aceite de argán para alisárselo y dejaba tras él un perfume de avellana tostada. Se quedó mirando a Omar con una sonrisa fija y forzada, mientras sus ojos expresaban una conmovedora inquietud. «Esto va a ser un cambio para usted, comparado con Casablanca», añadió, alzando bien alto la tetera para que espumara el líquido ardiente en los vasos. «Aquí no pasa gran cosa. Solo hay hippies…»

En los últimos cuatro años, las autoridades habían hecho la vista gorda con las acampadas de hippies en el bosque. Las fiestas paganas. Las danzas de bailarines medio desnudos en las ruinas de Dar Sultan. La fornicación en los sórdidos burdeles a menos de diez dírhams por servicio y adonde los hombres occidentales atraían a jóvenes muchachos y les enseñaban a decir «gozar» y «empalmarse»

en francés: *jouir* y *bander*. Los policías a veces irrumpían por sorpresa en las pensiones o en las casuchas de Diabat para sorprender a algún hippie con el visado caducado. Los extranjeros podían permanecer únicamente tres meses en territorio marroquí y a los que detenían los enviaban de vuelta a sus países. Durante mucho tiempo, estos incidentes se solucionaban con algún billete u objeto importado. Si querían drogarse o vivir en medio de la mugre, era asunto de ellos.

Sin embargo, desde el atentado de Sjirat, el poder se propuso aplicar mano dura y luchar contra la decadencia de la juventud. Contra el tráfico de drogas. Contra el robo de pasaportes que enloquecía a los consulados, ante los que unos jóvenes mugrientos se presentaban lamentándose. En Tánger, las autoridades recibieron órdenes de no dejar entrar en el territorio a jóvenes con pelo largo. Los aduaneros, transformados en peluqueros, amenazaban con sus maquinillas a los hippies. En la televisión, un periodista los había convertido en objeto constante de sus críticas: «¡Se acabó la época de los hippies!». A partir de entonces, Marruecos quería turistas de verdad, que gastaran dinero y fueran respetables, que pagaran en divisas para darse una vuelta en camello y compraran, a un precio vergonzoso, alfombras bereberes y gorros de fieltro.

En el centro de Esauira, habían desaparecido los colores. Habían borrado los frescos de las paredes y habían transformado el café de los hippies. El dueño llevaba ahora un traje comprado de segunda mano y subía el volumen de la radio cuando transmitían una canción popular que decía: «¡Hippie, nos molestas, lárgate a tu país!». «La semana pasada, murió un joven en Diabat», continuó contando Ismael. «En la aldea, no quieren comentar nada. Según nuestras informaciones, fue por sobredosis. Esa gente no piensa más que en drogarse. Flacos y desdentados, parecen vagabundos.» Omar no tocó su vaso de té. Miraba la pared, e Ismael se preguntaba en qué estaría pensando aquel hombre extraño cuya piel estaba igual de irritada que la de los pescadores de la costa. Omar se levantó con brusquedad y se abrochó los botones de la chaqueta.

«Estoy buscando a un chico», dijo, «a un marroquí que vivía con ellos». Sacó una fotografía del bolsillo donde se veía a un joven con el torso desnudo y cuyo pelo y cejas, con el efecto del sol, casi se

habían vuelto blancos. Por contraste, el brillo de sus ojos verdes era aún más potente.

«—¿Es marroquí?

—Como tú y como yo. ¿No lo has visto por aquí?

—Quizá. La verdad es que todos esos tipos se parecen.

—Vas a enviar a tus hombres a las playas, al bosque, a las casas de la medina. Allí donde pudiera ocultarse, ¿me entiendes?»

A la mañana siguiente, Omar pidió que lo condujeran a Diabat. Soplaba un viento glacial, cargado de sal y de agua, y Omar tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no arrancarse los botones de la camisa y rascarse hasta sangrar. En el aire flotaba un olor a podredumbre, como si el océano no fuese en realidad más que un pantano de aguas estancadas. Al ver llegar a la policía, los lugareños cerraron los postigos de sus casas, y los hombres, cuando los interrogaron, asustados, dieron unas respuestas vagas. Se arrepentían de haber sido cómplices de semejante desenfreno, de haber acogido en sus familias a unos drogadictos, a unos vagabundos. Una mujer, vestida con un viejo caftán, se echó a llorar delante del comisario. Juró que la habían engañado, que se habían burlado de ella, y preguntó si en Rabat se podrían ocupar de su caso y darle una indemnización. Ismael empujó violentamente a aquella molesta campesina.

De los hippies, Omar no vio más que lo poco que quedaba de ellos. Tres o cuatro muchachos flacos y enfermizos, tumbados en el fondo de una habitación helada. Algunos se rascaban por las chinches y la sarna. Otros habían contraído una hepatitis y se vaciaban detrás de un árbol de tamarindos. En aquel bosque habían enterrado a tres de ellos. Por muchas preguntas que hiciera Omar, no obtenía respuestas claras. ¿Quiénes eran? ¿A qué se dedicaban? ¿Hablaba árabe alguno de ellos? Parecía que los aldeanos no le hacían mucho caso, extrañamente indiferentes a la autoridad de la policía. Algunos comentaron que vieron unas ceremonias de vudú, que entraban en trance, que encontraron a algunos extranjeros muertos, con los ojos en blanco y una sonrisa enigmática en el rostro. «Y la droga, ¿de dónde venía? ¿Quién se la vendía?», gritó Omar a la cara

de un campesino aterrorizado. Un antiguo empleado de correos contó que los hippies recibían cartas empapadas en ácido y que las recortaban en pedacitos y se las comían. Otros evocaron entre murmullos algunos suicidios —que Dios nos libre— y comentaron que un americano dejó preñada a una chica marroquí y la abandonó. Crimen. Traición. Los hippies no habían cumplido con su promesa de guardar las distancias con los marroquíes. Habían convertido a alguno a la doctrina del amor libre y de los paraísos artificiales. Habían destilado veneno en esas jóvenes almas.

Mientras duró la inspección, Omar mantuvo los brazos pegados al cuerpo y la boca crispada, como si temiera que lo infectara algún virus que flotara en el aire. Pidió lavarse las manos, e Ismael, algo incómodo, lo llevó a la fuente junto a la cual pacía un burro. Omar se las enjuagó durante bastante tiempo, con el rostro súbitamente distendido.

«Me han hablado de cierta mujer, Lala Amina, que vive en la ciudad vieja. Estoy seguro de que la conoces.»

Ismael sonrió. Por primera vez desde la llegada de Omar, iba a poder satisfacer su curiosidad.

A Omar no le costó reconstruir los últimos días de Selim en Esauira. Procedió como buen policía profesional y meticuloso, y no como un pariente, no como un tío preocupado por su sobrino. Primero fue a ver a Lala Amina, que no pareció en absoluto impresionada por el cargo que ostentaba. Lo hizo entrar en su casa, y Omar no habría sabido decir si fingía demencia senil o si aquella mujer alta, negra y flaca se había deslizado, como el resto de la ciudad, por la pendiente de la locura. Se paraba en mitad de una frase y se pasaba la lengua por los dientes de oro, que habían adquirido una tonalidad cobriza. Tendió sus delgados dedos en dirección a una puerta. «Él dormía allí.» El cuarto, minúsculo, solo constaba de una cama, un armario y una mesita de madera con un montón de libros. Al estar unos encima de otros, las cubiertas se habían pegado por la humedad. Colecciones de poemas, novelas sobre viajes a América y ensayos sobre la condición de los negros. Omar cogió uno de ellos. Se quitó las gafas y se lo acercó a los ojos. Era una pequeña obra sobre Buda, un extraño dios hindú que, liberado de todo, había alcanzado el nirvana. En ese libro había fotografías del Nepal, de la

India y de unos hombres con la cabeza rapada, envueltos en amplios mantos de color naranja. Lo volvió a dejar en la mesilla de noche. «¿Estos libros son tuyos?» Lala Amina se echó a reír. «¡Si yo no sé leer! Aunque he visto las imágenes. Son bonitas.»

Omar intentó descifrar el misterio de aquellas fotografías y ordenó que citaran a Karim en comisaría. El muchacho, con la boca seca por los nervios, parecía aterrorizado. Dispuesto a confesar cualquier crimen a cambio de cierta indulgencia. Cuando Omar le explicó lo que estaba buscando, Karim respiró tranquilo. Se enderezó en su silla y se puso a hablar, a toda velocidad, de aquel marroquí rubio tan extraño que había vivido tres años en casa de su tía. Lo trató de todo, creyendo que así complacería a aquel comisario medio ciego cuyas uñas estaban cuidadosamente limadas como las de una mujer. Trató a Selim de ingrato, de andarse con tapujos, de retorcido. Se indignó:

«—¿Quién es capaz de abandonar a sus padres sin dar señales de vida? Es propio de extranjeros, para nosotros eso es una vergüenza enorme.

—¿Crees que ha podido regresar a su casa? —le preguntó Omar.

—Me extrañaría. Él solo hablaba de marcharse a América.

—Ya veo. Pero un viaje a América es caro. ¿No se te ocurre de dónde hubiera podido conseguir dinero para un viaje así?

—Algo se me ocurre. Quizá.»

En Diabat, todos sabían que Selim tenía un arma.

«—Debería haberse mostrado más discreto —opinó Karim—. Un día, sacó la pistola de su mochila y amenazó a una pandilla de hippies completamente drogados. Creo que fue por una chica. La marroquí que un americano había dejado preñada. Selim quería defender su honor. ¿Qué honor puede tener una chica como esa? En todo caso, siempre llevaba esa arma con él. La ponía debajo de la almohada cuando se iba a dormir. Un día me preguntó si conocía a alguien que pudiera estar interesado. Quería vender la pistola, ¿me entiende?

—No es una pistola —lo interrumpió Omar.

—Que sí lo era, comisario, se lo aseguro, yo la vi, él tenía una pistola…

—Te digo que no es una pistola. Es un revólver de percusión central. Un ocho milímetros con un tambor de seis balas y las cachas de la culata en madera de nogal.»

*

«Cachas de la culata en madera de nogal.» Omar, en aquella época, no sabía lo que aquello significaba, pero le encantaban esas palabras y se las repetía como si fueran un poema. Amín había regresado del frente a finales de 1945, y una noche, en la casa de Berrima, había sacado de un estuche de cuero un revólver. En la oscuridad del patio, ligeramente iluminado por algunas velas, se puso a jugar con el arma, haciéndola girar con el dedo índice, apuntando hacia una ventana del piso superior como si se dispusiera a disparar. «Toma, cógelo, no está cargado», y Omar, que aún era un adolescente, había agarrado el arma de guerra en su mano. Amín le explicó cómo funcionaba. El tambor se abría por la derecha —«es un arma de jinete»—, había que apretar un botón para expulsar los casquillos y adoptar la postura correcta para estar seguro de alcanzar el objetivo. Envalentonado, Omar le preguntó: «¿Has matado a alguien con esto?». Amín le respondió: «¿Tú qué crees? No es un juguete. Venga, devuélvemelo». Había pasado el tiempo, y Omar había dejado de pensar en aquello hasta que se hizo policía y le entregaron un arma propia. Se dijo a sí mismo que todo había comenzado entonces. Su vocación de policía había nacido en el patio de la casa de Berrima, cuando su hermano le arrancó el arma de las manos y lo devolvió, con desprecio, a su condición de menor.

Esa noche, Amín se metió en la cama de Mathilde. Llevaban varios años sin compartir dormitorio. Él alegaba que no quería molestarla con sus ronquidos y con el ruido de la radio, que escuchaba hasta bien entrada la noche. La verdad es que llegaba tarde a casa de sus andanzas secretas. Con la ropa impregnada del olor de otra mujer, odiaba la idea de tener que dar explicaciones. Pero esa noche, esa ardiente noche de julio de 1972, abrió con cuidado la puerta del dormitorio de Mathilde. Su mujer estaba despierta. Descansaba, desnuda, en la penumbra. A Amín siempre le había extrañado esa manía de dormir sin ropa. Él no hubiera podido. Mathilde giró el rostro hacia él. Era su marido, sí, solo su marido, y, con todo, tuvo miedo. Sintió angustia, como si fuera la primera vez que la veía desnuda. Como si hubiera regresado, por obra y gracia de esa noche de verano, a la condición de jovencita virgen e ingenua. Él se tendió a su lado. Ella se dejó besar, acariciar el pelo. Las manos calientes y fuertes de Amín apretaron sus caderas. No era desagradable. No era ni brutal ni torpe. Y, sin embargo, ella no conseguía sentir nada. Se mantenía alejada de su cuerpo, había desertado de su propia piel, como mera observadora, como una muñeca de trapo blanducha que hubieran tendido sobre la cama. Incluso sintió pudor y pensó en lo ridículo de esa sensación, después de treinta años de matrimonio y de haber parido a dos hijos. Pero era eso precisamente. Ese tiempo compartido con él, esas costumbres, esos secretos y el cuerpo, que envejece. Era eso lo que la mantenía alejada de él. Se puso a rezar para sus adentros. «Ojalá no haga algo que me incomode. Si trata de darme la vuelta, si pone su lengua en mi vulva, gritaré.» Del exterior provenía el croar continuado, infernal, de los sapos. Desde que habían construido la piscina, habían invadido el jardín, y por la noche le impedían dormir. Pensó que podría, como había hecho antaño con las ratas, agarrar la escopeta y disparar. Los cuerpos pegajosos estallarían bajo las balas. ¡Qué insensatez! Mañana se casaba su hija, todo estaba listo, y tampoco era cuestión de llenar de sangre las baldosas del jardín.

Amín le besó el cuello. Dijo algo y ella fingió que sonreía. «Te quiero más que a nadie. Eres todo para mí.» Ella tragó saliva. Esa declaración era tan rara, tan sin sentido. ¿Por qué ahora, y qué quedaría de ella mañana, cuando amaneciera? Él debería irse,

dejarla tranquila ya, acabar pronto. Sabía cómo conseguir que él aligerara y gozará de una vez. Pero no quería ponerse a gemir, pasar sus manos por los muslos de Amín, recurrir a sus pequeños trucos. No por maldad, ni por egoísmo, sino, una vez más, porque se avergonzaba. No entendía nada. Casi treinta años atrás, ella se había sentido dispuesta a todo con él, y su propia desnudez le había parecido como una liberación.

Necesitaba dormir. Mañana tendría mala cara y ojeras en las fotografías que hicieran de la boda. Todas las madres del mundo sufrían de insomnio la víspera de la boda de sus hijas. Era así. Le pediría a la peluquera que le hiciera un moño alto, un recogido tan extravagante que nadie se fijaría en sus facciones cansadas, su cutis pálido. Llevaba días devorada por la inquietud. ¿Y si los invitados se aburrían? ¿Si el grupo de músicos que habían contratado y que debían venir de Casablanca les fallaba? ¿Y si hacía demasiado calor y se cortaba la mayonesa que iban a servir con el pescado? ¡Qué ocurrencia haber insistido en servir pescado, ostras y marisco! Jamás habrá hielo suficiente y los invitados podían ponerse enfermos. Durante años, seguirían hablando de la boda de los Belhach, cuando los invitados vomitaron en los *buissons de crevettes*, pues las gambas estaban en mal estado. Y mira tú por dónde, la víspera del banquete, con todas esas preguntas rondándole por la cabeza, llega Amín y quiere hacerle el amor. «¡Oh, Mathilde, no podría vivir sin ti!» ¿Qué significaba aquello? ¿A santo de qué decir su nombre? ¿Y de ese modo, con esa voz lánguida? ¿Acaso esperaba que ella le respondiese algo? Repitió la frase en su interior. Le entraron ganas de reírse. Amín estaba empapado de sudor. Le corrían gotas por la frente y el cuello. La ventana estaba abierta, pero nada, ni una brisa, ni un poco de aire que los refrescara. Se iba a morir de calor, con el cuerpo aplastado por el de su marido. Él frunció el ceño, contrajo la mandíbula, miró hacia el techo. Estaba a punto de gruñir. Gozó. Mathilde se sintió entonces ligera, casi contenta. Deber cumplido. Estaba liberada y se alegró de haberse mostrado sensata, de no haber protestado. Mañana, Amín estaría de excelente humor. Distendido.

Mathilde se despertó al alba, con las piernas ardiendo e hinchadas. Se levantó sin hacer ruido. No se atrevió a abrir el cajón de la

cómoda y se puso una combinación de color carne que estaba sobre una butaca. Tenía que respirar, lavarse de aquella noche, deshacerse del olor a sudor. Descalza, cruzó por la casa y salió al jardín. La aurora sonrosaba las nubes que sobrevolaban el monte Zerhun, cuyo perfil sugería la silueta de una mujer tendida, con los senos apuntando al cielo. A Mathilde le gustaba el olor de la mañana, a tierra mojada, a geranios y a laurel rosa. Bajó los peldaños de la piscina y entró en el agua helada. Era delicioso. Su cuerpo renacía, recuperaba el vigor tras esa noche en la que el calor la había dilatado. Se estiró en el agua, boca abajo, con las piernas tensas, el rostro sumergido y los brazos en cruz. Su melena rubia flotaba en la superficie como algas en un estanque japonés. De pequeña, jugaba a contener la respiración en el Rin glacial y, cuando Selim se inscribió en el club de natación, ella le había enseñado unos ejercicios de apnea para aumentar su capacidad respiratoria. La primera vez, Selim la había aplaudido. Su madre lo había impresionado. No tenía un cronómetro, aunque hubiera jurado que ella se había quedado —¿cómo cuánto?— como un minuto, quizá más, sin sacar la cabeza del agua. Desde que se había marchado, desde que su hijo había desaparecido, Mathilde iba más allá de sus límites. Lo principal era no moverse. Quedarse perfectamente inmóvil, no pensar siquiera, liberarse de todo lo superfluo. Flotar como un nenúfar en la superficie de esa piscina que ella había deseado tanto. Abandonarse. Con los ojos abiertos, vio una sombra en el fondo de la piscina. Todavía podía resistir. Con la mandíbula apretada y los puños cerrados, juró que iría lo más lejos posible, batiría su récord. Sintió que algo le cogía el pie. Se asustó. A veces había visto ratas o culebras nadando en la superficie y pensó que era algún bicho que le corría por el tobillo. Levantó la cabeza y se encontró cara a cara con su hija, con el vestido de novia puesto, y metida en el agua hasta la cintura.

«—¿Qué haces? ¡Tu vestido de novia! —gritó Mathilde.

—¿Que qué hago? Te vi ahí, en el agua, inmóvil. Creí que te habías muerto.

—¡Sal del agua! ¡Ahora mismo! Te vas a estropear el vestido, Mathilde ayudó a su hija a salir de la piscina, y las dos se sentaron en la hierba.

—¿Por qué estás nadando a esta hora y en combinación? ¿Te has vuelto loca o qué?

—¿Y tú por qué te has puesto el vestido de novia?

—Quería probármelo y te buscaba para que me lo abrochases.

—Lo siento mucho, no quería asustarte. Hago ese ejercicio para relajarme. Aprendo a retener la respiración.

—¿Papá sabe que haces eso?

—¿Por qué lo dices? ¿Piensas chivarte?»

Las dos mujeres se miraron y, en un mismo impulso, se echaron a reír. Las carcajadas de Mathilde sonaban muy altas, con la boca abierta de par en par, mientras escurría el bajo de la combinación. Aicha, con el vestido abultado por el agua, estaba sacudida por unos espasmos silenciosos. Se reían por lo cómico de la situación y, sin duda, se alegraban anticipadamente por la anécdota que contarían luego. Sus carcajadas también tenían por objetivo alejar a los malos genios y barrer sus preocupaciones. Se preguntaban qué presagiaba semejante situación. En aquel falso ahogamiento había una advertencia, una amenaza que ellas no conseguían descifrar.

«Menos mal que no se te ha mojado el pelo», dijo Mathilde, tranquilizada. Empujó a su hija hacia la casa. El vestido de novia hacia flip flop al deslizarse por el suelo dejando tras él una estela húmeda. Se encerraron en el cuarto de baño. Mathilde desnudó a su hija, que cruzó sus delgados brazos sobre el pecho y se sentó, desnuda, en el borde de la bañera. Mientras Mathilde enjuagaba el vestido con agua del grifo —«ante todo que no se diga que la novia olía a cloro»—, recordó el día en que sorprendió a su hija, de pequeña, envuelta en una sábana blanca, con el borde caído sobre la frente para que pareciera un velo. Se paseaba por su cuarto atenta a no tropezar con la cola. A Mathilde le hizo gracia. Se había inclinado sobre la niña, preguntándole:

«—¿A qué juegas? ¿A que eres una novia?

—No —había respondido Aicha—. A que hago la comunión.»

Mathilde se había abalanzado sobre la pequeña ordenándole que se quitara eso y se vistiera. «¡Ni se te ocurra!», le dijo. Si Amín hubiera llegado a enterarse, habría enloquecido. Había aceptado que fuera al colegio de monjas, y también el pequeño crucifijo que la niña había colgado en su cuarto. ¿Pero hacer la comunión? Eso habría sido la muerte para él.

Amín jamás ganó tanto dinero como en ese año de 1972. En España, las heladas habían destruido las cosechas, y los pedidos que llegaban a la hacienda Belhach aumentaron vertiginosamente. Ese dinero lo destinaba a su hija. Quería que todos supieran que había triunfado: Aicha era médica y se iba a casar con un hombre con mucho porvenir por delante. Durante meses, Mathilde anotó en pequeños cuadernos cuadriculados las ideas de menús y de decoración. Seguía a Amín por donde iba para preguntarle su opinión, y él le respondía a todo: «Dime cuánto cuesta y lo pagaré». Mathilde perdió la razón. Recortaba de las revistas fotografías de bodas mundanas y, en las tiendas a las que iba, las enseñaba diciendo: «Esto es lo que quiero». Compró metros y metros de cinta de terciopelo de color marfil y colgó lazos en las palmeras. Decoró los demás árboles con guirnaldas luminosas y farolillos de papel. Encargó a una empresa de alquiler de material para fiestas de Casablanca una vajilla y unos cubiertos de plata que llegaron en camión la víspera del banquete. A los invitados les envió un tarjetón de papel vitela en el que un artista local había dibujado, en acuarela, los cipreses de la hacienda Belhach.

Siguiendo los consejos de la dependienta de una boutique, que le aseguró que «le resaltaba los ojos», Mathilde se compró un vestido de seda verde para la ceremonia. De las revistas, recortaba también las páginas que incluían regímenes de adelgazamiento de una eficacia sin igual. No podía tolerar parecer una ballena dentro de aquel vestido carísimo. No podía tolerar que murmuraran a sus espaldas, que se burlaran de ella. «¿Cómo hace esta para engordar tanto?» Las semanas anteriores a la boda, se alimentó exclusivamente de tomate y piña. Le ardía el estómago, sufría de diarreas que la dejaban agotada y lívida. Se puso a hacer gimnasia, y los obreros adquirieron la costumbre de verla correr por el campo haciendo movimientos extraños con los brazos.

*

Y llegó el día de la boda. Mathilde estuvo pendiente de la disposición y el arreglo de las mesas en el jardín. Explicó a los dos camareros encargados del servicio de bebidas el modo de comportarse e insistió en que ninguna copa debía de permanecer vacía. «¡Jamás!» En la cocina, Tamo ponía cara larga. Unos desconocidos se habían apoderado de sus dominios y se había visto reducida a picar ajo y perejil. Debía admitir las órdenes que le daba una gorda casablanquesa, más negra que el carbón con el que asaba la carne. Pero siguió trabajando con buena voluntad. Se trataba de Aicha, y, a diferencia de esos forasteros, ella la conocía de toda la vida. La había visto crecer y transformarse, pasar de ser una chiquilla salvaje a una gran dama. Todavía no se creía que ahora luciera esa melena larga y suave de color castaño que le caía por la espalda.

A las cuatro de la tarde se presentó el regimiento de peluqueras y maquilladoras, armadas con sus maletines de belleza llenos de laca, horquillas y rulos. Aicha y Monette se encerraron en el cuarto, al que entraba Mathilde de vez en cuando. Lanzaba a los empleados una mirada autoritaria. Para algo había pagado. Luego los camareros se pusieron las chaquetas blancas y se anudaron al cuello las pajaritas negras. Les entregaron unas bandejas que brillaban como espejos, y tomaron posiciones, cada cual en su puesto, en el jardín. El grupo de músicos llegó con retraso, y Mathilde se quejó a Amín: «No estaría de más que les dijeras algo. Si se lo digo yo, les dará igual». Así que Amín fue a verlos. Se encontró con cuatro jóvenes melenudos desembalando sus instrumentos de música. En uno de los bombos de la batería estaba inscrito el nombre del grupo: «The Strangers». Se estaban riendo y lanzaban miradas burlonas a la llamativa decoración del jardín.

Dos obreros empapados de sudor conducían a los invitados hacia el aparcamiento y luego hacia la entrada. Mathilde les había dado unas viejas chaquetas de Amín, y ellos, orgullosos de su elegancia, se tomaron muy en serio su papel. Corrían por la pista de tierra, hacían amplios gestos a los conductores que entraban despacio para no estropear la carrocería de sus coches. Se precipitaban para abrir la puerta a las señoras que salían del coche recogiéndose el

dobladillo del vestido con la mano, montadas en lo alto de unos tacones que se hundían en la tierra. Jamás habían visto semejantes vestidos, y se quedaban mirando, embobados, las pesadas joyas que colgaban de las orejas de las damas. Uno de ellos dijo: «Se debe de oír la música hasta en el aduar». Y el otro se echó a reír. Le parecía una música horrible.

Mathilde y Amín se quedaron en la entrada durante dos horas, de pie, sonrientes y concentrados. En ese momento no sabían que entre los invitados había tres o cuatro futuros ministros. ¿Cómo habrían podido imaginar que el que tocaba la batería se convertiría en gobernador y que el chico borracho, que se escondía detrás de la palmera grande para fumarse un canuto, moriría unos meses después en un centro de tortura clandestino? Estrechaban las manos. Acogían con amabilidad los halagos a propósito de la decoración del jardín y los deseos de felicidad sobre el porvenir de sus hijos. A veces se giraban el uno hacia el otro y se miraban. Sabían en qué estaba pensando cada cual. En el roquedal que había sido la hacienda antaño. En las cenas que preparaba Mathilde con casi nada, cuando Aicha solo era una niña pequeña. En la ropa remendada, en la pesadilla de las facturas, en los gritos de los chacales durante las noches sin luz. Medían con vértigo la magnitud de lo conseguido y, desde las alturas del éxito, él, enfundado en su traje de etiqueta, y ella, en su vestido de seda, consideraron que las humillaciones sufridas, los disgustos les resultaban más dolorosos que nunca. Se miraban y les parecía mentira.

Pero esa noche tenían que olvidarse de todo. Y, cuando el fotógrafo fue a buscarlos para el retrato de familia, se cogieron de la mano y caminaron hacia la piscina. «Los padres, en medio.» Y a un lado, Mehdi, con su traje blanco con pantalón de patas de elefante, y al otro, Aicha, con su vestido de manga larga. Selma había venido de Rabat y puso la mano sobre los hombros de Sabah, cuyos ojos ocultaba en parte un flequillo demasiado largo. Omar, detrás de ellas, vestía un traje oscuro. Se habían puesto de acuerdo sobre la versión oficial que debían dar sobre la ausencia de Selim. Estaba en París, donde había encontrado un buen trabajo, pero sus jefes se habían negado a darle permiso. Y, cuando algún invitado comentaba «¡qué pena que Selim no esté aquí!», cada miembro de la familia Belhach inclinaba la cabeza de lado y lanzaba un suspiro de

desilusión: «¡Hay que ver estos franceses, está claro que no tienen el mismo sentido de la familia que nosotros!».

Amín resultó ser un extraordinario anfitrión. Iba de un grupito a otro con la copa en la mano. Los camareros lo seguían para asegurarse de que esta estuviera siempre llena. Invitó a su hija a bailar, y los invitados formaron un círculo alrededor de ellos. Las mujeres sonreían con las manos juntas pegadas a la boca. No se sabía si estaban emocionadas por la ternura del padre hacia su hija o si la envidiaban porque Amín le estrechaba la cintura. Este reía y Aicha se fijó en la blancura de sus dientes, sorprendida al comprobar que su padre era un excelente bailarín. A las once de la noche sirvieron la cena, y los invitados se agolparon alrededor del bufé. Se empujaban, se les caía algún cubierto, pedían más mayonesa. Amín, que se mantenía apartado, notó movimientos en los matorrales. Se acercó y vio un grupo de campesinos detrás de los árboles. Observaban. Bajo el enorme ficus estaban sentados unos niños y unas mujeres. Observaban a la gente bailar, con la boca abierta, estupefactos ante tanta belleza. Maravillados, como cuando se descubre por primera vez el mar, o como cuando uno se queda extasiado ante el funcionamiento de una máquina sofisticada. Amín avanzó hacia ellos. Reconoció a Achur por su forma de andar claudicante y por el brazo muerto, colgando del lado derecho desde que le había dado un ataque. En la oscuridad, no distinguía el rostro desfigurado por la parálisis. Sí reconoció a Rokía, su mujer, y a dos de sus hijos, apoyados sobre el tronco del árbol. No hubiera sabido decir cuántos eran. ¿Quizá diez? Todos iban vestidos con ropa oscura y las ramas del ficus los ocultaban a la vista. Solo los delataban el ruido de sus zapatos en la hierba seca y los susurros de los niños excitados por la música. Habría bastado un gesto de Amín, un silbido entre sus dientes, para espantarlos como a unos gatos salvajes. Pero se echó atrás. Sin podérselo explicar, notaba en esa presencia, a pesar de ser respetuosa y discreta, una sorda amenaza que temía afrontar. Fue en busca de Mathilde. «Hay gente observándonos.» Ella lo tranquilizó: «Ya está previsto. Les van a llevar algo. Que ellos disfruten también de la fiesta».

Una angustia opresiva y abrasadora se apoderó de Amín. Se giró hacia la casa. Las siluetas de los invitados se reflejaban en los ventanales acristalados, dando la ilusión de una muchedumbre

inmensa, infinita. Se quedó mirando a la gente, escuchó la música, la letra de la canción en inglés pronunciada con acento marroquí, y pensó que había algo que no cuadraba. Todos esos jóvenes hablaban francés, bebían whisky con hielo y, al bailar, deslizaban a las chicas bajo sus piernas. Mathilde no quiso contratar a un grupo de música tradicional. «Arman un ruido atroz que me provoca jaqueca.» Amín se asfixiaba. Se pasó un dedo por el cuello, incapaz de seguir las conversaciones de los invitados. El parloteo lo irritaba y decía con una sonrisa: «Enseguida vuelvo», antes de desaparecer. Se sentía ridículo, como si lo hubieran obligado a llevar la ropa y el calzado de otra persona, demasiado apretados para él. Pasó una nube, ocultando el brillo plateado de las estrellas. Los obreros seguían sentados bajo los árboles. Mathilde había mandado que les sirvieran pollo y unas botellas de Coca-Cola. Amín se preguntó si habrían probado alguna vez las ostras y las gambas, si sabrían qué eran esos bichos. ¿Acaso sospecharían que su patrón, ese hombre severo y callado, se había casado por la iglesia con una mujer vestida de blanco, arrodillados ante un cura? Las fotos de aquella ceremonia estaban escondidas en una caja debajo de la cama de Mathilde. Y no debían salir jamás de ahí. Amín le había prohibido enseñarlas o ponerles un marco para posarlas sobre el velador del comedor. Ni siquiera sus hijos las habían visto.

Un camarero se acercó a llenarle la copa, pero Amín lo apartó con brusquedad. Debía mantener la calma. Debía proteger a su familia. Estaba pendiente de los campesinos sentados en la hierba comiendo el pollo con las manos. Los niños rebañaban los huesos de las alas y se chupaban los dedos. Amín se imaginó que algo podría suceder. Alguna desgracia. Que los atacaran. Que los obreros enloquecieran ante tal ostentación de riqueza e irrumpieran violentamente en mitad de la fiesta. Se abalanzarían sobre aquel extravagante bufé, romperían las botellas de alcohol y escupirían a esas señoras burguesas que tenían tanto tiempo y dinero que perder. Las tratarían de putas, las besarían en la cara y en el cuello. Eso los excitaría, el olor a perfume y el sabor azucarado del carmín de importación que les quedaría en la lengua. Arrancarían de las palmeras los lazos de terciopelo blanco y con esa tela colgarían a los invitados. Se verían unas siluetas en esmoquin y en caftán bordado balanceándose de las ramas de los árboles. Se llenarían los bolsillos de alhajas y adornos que luego venderían en la ciudad, el

día de mercado. Riéndose, se tirarían en los divanes. Luego, los más violentos, los cabezas de familia, pedirían refuerzos, mandarían traer armas: rastrillos, horcas, palas, palos y, muy pronto, la piscina se llenaría de sangre. Incluso degollarían a los camareros.

Amín, aterrorizado, tiró del brazo de su mujer. Señaló con el dedo a los campesinos. «Se tienen que marchar. No quiero que estén ahí mirándonos.» Mathilde le acarició la mano. «La mayoría ya se han ido, ¿no lo ves?» En efecto, solo quedaban bajo el ficus unos cuantos niños que agarraban con las dos manos las botellas de cristal de los refrescos y hacían ruido soplando dentro. A lo lejos se podía ver a los campesinos de espaldas regresando al aduar. Un hombre llevaba agarrada de la cintura a su mujer. Amín inclinó despacio la cabeza, como esos niños a los que se consuela después de una pesadilla. Mathilde entendió entonces que, durante toda su vida, su marido sentiría miedo de que le arrancaran lo que había conquistado. Para él, cualquier momento feliz era insoportable, puesto que se lo había robado a otra gente.

Amín había avanzado, paso a paso, como una tortuga, un animal digno y trabajador. Había avanzado hacia un objetivo aparentemente modesto —una casa, una esposa, unos hijos— y no había entendido que dicho objetivo, una vez logrado, lo haría cambiar. Mientras siguiera en la lucha, amenazado por los demás, por la naturaleza, por su propio agobio, se sentía fuerte. Pero la vida cómoda, el éxito, la abundancia lo asustaban. Su cuerpo estaba corrompido por un veneno, atiborrado de suficiencia burguesa. Se sentía como una fruta que hubiera macerado en su jugo y hubiera perdido su redondez y su firmeza. La gente creía que era rico. La gente creía que había tenido suerte y le pedía que compartiera un poco con ellos. Que reparara la injusticia y la incuria del destino.

¿Cómo habían podido ser tan felices? Treinta años después de su matrimonio, sentado en una celda de la cárcel de Salé, esa pregunta seguiría obsesionando a Mehdi. Pensaba en los primeros años junto a Aicha con una mezcla de nostalgia y de vergüenza. Esa felicidad era para él inexplicable. Seguiría lamentando el tiempo pasado, con remordimientos por no haber sufrido, por no haber luchado, por no haberse rebelado contra las fuerzas oscuras que se apoderaban del

país.

En su celda, la mayoría de los presos eran más jóvenes que él y no habían vivido esa época. No podían entenderlo. Tampoco podían sospechar que lo que preocupaba a aquel hombre discreto, aquel hombre trajeado en una cárcel entre presos comunes, y que fumaba un cigarrillo tras otro, no era tanto su futuro como su pasado. Sentado, con la espalda apoyada contra la pared húmeda, Mehdi se juzgaba a sí mismo mentalmente. Era a la vez el juez y el acusado, y el delito cometido que intentaba examinar no tenía nada que ver con el que lo había conducido tras los barrotes. Era un delito mucho más grave y terrible. Un delito incomprensible y, como circunstancias atenuantes, alegaba la juventud, la despreocupación, la ambición, el deseo de hacer las cosas bien. De mala fe, y sin acabar de creérselo, se decía a sí mismo que todos habían actuado igual. Lo sabía, puesto que los había visto. Había compartido con ellos esa felicidad, esos años de ligereza, de trabajo y de fiestas. Celebraciones de Fin de Año en la playa. Carreras de sacos en pleno campo. Partidas de caza y paseos en barco. Segundas residencias, desde el simple bungaló a la mansión de lujo. Esa maldita élite con la que tanto le habían calentado la cabeza. Durante todos esos años, quiso contarse a sí mismo historias, siempre las mismas, sin ningún valor y fácilmente desmontables. Se había convencido de que estaba con las manos atadas, entre lobos y corderos. Entre los que robaban y aquellos a los que robaban, él cumplía la función de perro pastor, encargado de ayudar en el manejo del rebaño y no poner en peligro las prerrogativas de los poderosos. Hasta cierto punto, aquel arreglo le pareció aceptable. La pregunta entonces regresaba, como un dolor, un latido en la sien, un puñetazo en el estómago. ¿Cómo has podido ser feliz? ¿Feliz, a pesar de los atentados, las condenas, las deportaciones a presidios secretos? ¿Feliz, a pesar de la arbitrariedad, el miedo, los murmullos, las amenazas de caer en desgracia? Feliz hasta morir junto a esa mujer cuyo rostro regresaba en sueños. Su sonrisa, fotografiada tantas veces por él. Sus ojos negros de mirada al frente, como la de un soldado. La inmensidad de su sonrisa. La gracia infinita de sus manos.

Tendría que haber elegido otra vida. Una vida en la que se habría contentado con la docencia y la escritura. ¡Ay, escribir, en la intimidad de su dormitorio todo lo que le hubiera pasado por el

corazón! Las lágrimas se agolpaban en sus ojos por haber traicionado su sueño, por no haber tenido un alma más pura, un corazón más franco. Habría educado a sus hijos en el culto de la discreción y de la verdad. Les habría dicho lo que su padre le dijo a él: «El majzén es como un dromedario, pisotea a quien tiene bajo sus patas y sigue mirando el horizonte. Mantente alejado de él». En los últimos meses de su existencia, Mehdi seguiría cultivando la nostalgia de una vida que no había tenido. No una vida de héroe, sino la de un hombre sencillo. «En el fondo», pensaría, «quizá no éramos dignos de ser libres». A sus casi sesenta años, obligado a compartir su día a día con violadores, traficantes de drogas y asesinos, corroboraría una extraña observación. La edad no bastaba para borrar las ilusiones. Todo habría sido mucho más fácil si los ideales muriesen de verdad. Si el tiempo los hiciera desaparecer para siempre, y uno ya no encontrase en su fuero interno ningún vínculo. Pero las ilusiones siguen ahí, escondidas dentro de uno, en algún lugar. Malogradas, marchitas. Como la culpa o una antigua cicatriz que despierta en las noches de mal tiempo. Uno no se libra de ellas, finge que le son indiferentes. Durante todos esos años, padeció una especie de exilio interior. Sobrevivía en él una personalidad clandestina, reducida al silencio y a la inmovilidad, y que solo dejaba aflorar en muy contadas ocasiones. Toda su vida, más que de los demás, había desconfiado de sí mismo.

¿Cómo se hace para vivir como un cobarde? ¿Amanecer como un cobarde, vestirse como un cobarde, comer como un cobarde y amar a una mujer manteniendo en el fondo de la mente y del corazón la conciencia de la propia cobardía? ¿Cómo se hace para vivir con ello? ¿Y para ser feliz?

Mehdi y Aicha se instalaron en una casa de dos pisos, en la parte alta de Rabat. Desde el dormitorio se veía el valle del Buregreg y, cuando hacía buen tiempo, la pequeña ciudad de Salé. Compraron en la *yutiya* muebles de segunda mano: un viejo sofá de cuero, una mesa larga de madera con las patas talladas y unas estanterías para los libros de Mehdi. No eran ricos, pero eso no tenía importancia. Pasaban la mayor parte del tiempo trabajando y, para todo lo demás —divertirse, organizar viajes a la montaña o a las playas del Mediterráneo—, sus salarios bastaban. No les preocupaba el

porvenir. Sabían que ellos estaban en el lado correcto.

Tras dudarlo durante varios meses, ella decidió especializarse en Ginecología y Obstetricia. Quizá no era ajeno a esa elección el ejemplo del doctor Dragan Palosi, quien, cuando era pequeña, sació su sed de conocimientos. O quizá tuviera que ver con el recuerdo de aquella joven, algunos años atrás, a quien había ayudado a parir en el aduar cerca de la hacienda y cuyo bebé no había sobrevivido. Mehdi intentó disuadirla. Le preocupaban los horarios intempestivos y las llamadas de urgencia, de noche, por alguna parturienta. En realidad, esa especialidad le parecía que no era lo suficientemente noble. Había algo que le desagradaba en la idea de que su esposa practicase ese oficio, con la cabeza hundida siempre entre las piernas de las mujeres, metiendo sus dedos en las vaginas. Todos esos años de estudio para contentarse con hacer lo que las mujeres analfabetas hacían desde hace siglos: ayudar a dar a luz. Cuando se mudaron a la casa, él le regaló un ejemplar de *El doctor Zhivago*. A ella no le gustaba mucho que le regalara libros. Mehdi intentaba completar su educación, llenar sus lagunas, y esos regalos, en lugar de complacerla, la ofendían. Por la tarde, cuando regresaba rendida de cansancio del hospital, él le preguntaba si había tenido tiempo de avanzar en la lectura de la novela. Aicha se disculpaba. No era por falta de ganas. Las guardias la agotaban y el libro era difícil. Todos esos nombres de personajes rusos con esos patronímicos sin sentido y esas historias de guerra y de revolución de las que no entendía nada. Siempre debía retroceder al capítulo anterior para no perder el hilo. «¡Vaya!», suspiraba Mehdi, «creí que te podría interesar. El doctor Zhivago, ese sí que es un médico». Aicha no se dejaba impresionar. En aquella ocasión, Mehdi se dio cuenta de lo dura y obstinada que podía ser su esposa. Nada la desviaría del camino que ella había elegido.

El doctor Zhivago era un poeta, como lo era el nuevo jefe de servicio del hospital, el doctor Ari Benkemoun. En Rabat se comentaba que había ayudado a dar a luz a la mitad de las mujeres de la ciudad. Aicha pensó que debía de ser extraño cruzarse a diario en la calle con gente sobre la que el ginecólogo podía afirmar: «Yo fui la primera persona que vio su cara». Recibió a Aicha con un entusiasmo que la sorprendió. El primer día de trabajo, la cogió por el hombro y la hizo visitar el servicio a paso de carrera, hablando

sin parar. Le contó una anécdota de cuando él estudiaba en París y, luego, se detuvo para saludar a una enfermera. «Ella es la verdadera jefa, no lo olvide usted.» Aicha hizo un gesto de asentimiento. Entraron en una habitación y, durante diez minutos, el doctor Benkemoun agarró entre sus manos velludas la mano de una paciente. «Gracias, doctor. Jamás le olvidaré.» El doctor invitó a Aicha a comer. «¡Tiene usted tanto que aprender y yo tanto que contarle!» Mientras comía con los dedos unos boquerones adobados, rememoró un parto rocambolesco («¡La mujer juraba que era igual de virgen que la madre de Jesucristo!»), luego se puso serio y la alertó sobre las septicemias y las infecciones tubáricas que podían causar la muerte a las pacientes. «En toda la ciudad tenemos una competencia oculta y peligrosa: las *chuafas*, las videntes, unas desaprensivas, unas matronas sin escrúpulos que hacen barbaridades a las mujeres. Cuando acuden a nosotros, a menudo es demasiado tarde. La maternidad es algo bastante misterioso, señorita. No hay nada más fuerte que la voluntad de una mujer de tener una criatura. A no ser la voluntad de librarse de ella. Atenderá usted a mujeres con los muslos quemados con plomo fundido, a quienes les han hecho creer que un *yinn* colonizaba sus vaginas. Mujeres que bebieron sangre de un gallo, o que incluso manipularon la polla de un cadáver.» Aicha abrió los ojos como platos. Benkemoun se lamió con la punta de la lengua la grasa que se le deslizaba por la comisura de los labios. «¡No adopte esa actitud ultrajada, señorita! También algunos de nuestros colegas, por muchos títulos que tengan, cometen a veces errores bestiales. ¿O no ha visto usted casos de legrados mal hechos que provocan infecciones?» Aicha asintió con la cabeza. Le vino a la memoria el rostro de una chica de veinte años que llegó en plena noche al hospital de Estrasburgo. Estudiaba Ciencias Políticas y llevaba una blusa de seda azul y pulseras de latón. A juzgar por sus lesiones, el médico que la había atendido quiso castigarla allí por donde había pecado. Sí, Benkemoun era un poeta que miraba sin desprecio las numerosas leyendas que rodeaban el acto misterioso de la procreación. Para soportar el dolor del parto y proteger al bebé por nacer, algunas mujeres cortaban pedacitos de papel donde había inscritas aleyas del Corán y se los comían durante las contracciones. Ser médico —le explicó el doctor Benkemoun— consistía también en enfrentarse a lo irracional, a esa idea de que las mujeres estaban vinculadas a los ciclos lunares y que todo lo que se imaginaban o

fantaseaban durante el embarazo tendría consecuencias en el bienestar del bebé.

Durante las primeras semanas de trabajo de Aicha en el hospital, el doctor Benkemoun siguió con esa precipitación, esa urgencia por transmitirle conocimientos. Como si estuviera afligido por una enfermedad grave y mortal y, antes de morir, debiera compartir su saber con sus herederos. En realidad, él solo pensaba en una cosa: jubilarse. Irse lo más lejos posible de aquella ciudad tan pequeña como una telaraña, donde no dejaba de cruzarse por la calle con sus pacientes y las criaturas que él había ayudado a traer al mundo. Estaba harto de hacerse el simpático con las jóvenes que se extasiaban ante él: «¡Usted asistió a mi madre en el parto y algún día asistirá a mi hija!». Antes muerto, pensaba Benkemoun, que ya no aguantaba los gritos de las mujeres pariendo, esos partos interminables y que lo despertaran en mitad de la noche. Cuando iba invitado a algún sitio, temblaba ante la perspectiva de que el teléfono sonara. «¡Doctor Benkemoun —gritaba una criada o un mayordomo—, lo esperan en el hospital!» ¿Cuántas partidas de cartas interrumpidas? ¿Cuántas comidas en las que se había privado de beber para estar lúcido y en las que incluso no había podido probar el postre?

En Aicha encontró a una heredera. Si la joven le gustó, no fue solo gracias a sus brillantes resultados académicos o por el respeto algo trasnochado que le manifestaba. Observó que con las pacientes mostraba una sorprendente autoridad para lo joven que era. A las que el marido prohibía la píldora anticonceptiva les decía: «Tomadla, él no tiene por qué enterarse». Un viernes por la tarde, el doctor Benkemoun le anunció que tenía que ausentarse y que la dejaba al mando del servicio hasta el lunes por la mañana. «A mi regreso, solo quiero buenas noticias, ¿entendido?» Durante ese fin de semana, nacieron seis niños en el hospital.

No era nada fácil vivir con una mujer, y había cosas en la presencia física de Aicha, en el hecho de compartir una casa con ella, que asqueaban a Mehdi. Los productos que utilizaba para el pelo, y cuyo olor a cera flotaba en el cuarto de baño. La *toga* que se hacía al acostarse, que consistía en enrollarse el pelo alrededor de la cabeza

para alisarlo, sujetándolo con horquillas y luego con un pañuelo muy apretado. Los paquetes de compresas higiénicas que ya ni siquiera ocultaba y el montón de medicinas que se tomaba incluso antes de tener dolor, «es que siento que se avecina la jaqueca». Mehdi no quería saber nada de todo aquello ni de las cosas de la casa. Se negaba sistemáticamente a acompañarla a hacer la compra, pues temía encontrarse con algún conocido. ¿Qué pinta tendría él con una cesta de verduras en la mano? Muy pocas veces entraba en la cocina. Cuando lo hacía, se quedaba en la puerta pidiendo algo de beber. Por mucho que ella dirigiera la mirada hacia el frigorífico para indicarle que se sirviera él mismo, fingía no comprender su gesto.

Se había dado cuenta: no entendía en absoluto a las mujeres. Lo que ella le contaba cuando regresaba del hospital no solo no le interesaba, sino que le parecía repugnante. Durante toda su vida había escuchado lo que las chicas podían hacer o no, lo que definía una conducta honesta, y se sentía con derecho a asquearse por las que hablaban demasiado fuerte o se mostraban provocativas. Todo lo referido a los misterios del cuerpo femenino le desagradaba profundamente. Todo ello —pensaba— era por culpa de Cyd Charisse y de las actrices que habían poblado sus sueños de niño.

Aicha pasaba mucho tiempo fuera de casa, pero Mehdi no se lo reprochaba. Ahora él era jefe de gabinete del ministro de Industria, trabajaba toda la semana, a menudo hasta altas horas de la noche. Los fines de semana jugaba al golf en el campo de Dar Essalam, inaugurado con gran pompa algunos años antes. Las decisiones importantes para el país se adoptaban en sus praderas de césped, y, para acercarse al rey y a su Corte, convenía saber manejar los palos. En Rabat, todos aspiraban a ser campeones. Mehdi se compró una indumentaria en la más pura tradición del golf inglés: un pantalón de algodón, zapatos de cuero de color ciruela con púas y una gorra de lana que le picaba cuando sudaba. A los que querían un favor o una reunión discreta, les respondía: «Nos vemos en el campo de golf el domingo por la mañana». El interesado se presentaba en el terreno y caminaba a su lado, dudando si debía de seguir hablando cuando Mehdi tomaba posición delante de la bola y miraba a lo lejos para calcular el golpe. Con los amigos, los colegas de trabajo y, a veces, con Aicha, empezó a hablar de *swings* y de *bunkers*, y se

compraba libros en los que los campeones famosos daban consejos. A veces, Aicha lo sorprendía en el cuarto de baño o en mitad del salón con las piernas separadas, las manos juntas, balanceándose de derecha a izquierda antes de golpear una bola imaginaria.

Una noche estaban invitados a una cena organizada por el chambelán del rey. Mehdi le dijo a su mujer: «Asistirán personas importantes». Los rabatíes siempre hacían lo mismo: te informaban —«ella es la amante del ministro, él es alguien muy influyente»—, te sugerían que tuvieses cuidado con tus palabras, gestos, consumo de alcohol. Te lo soltaban como el que no quiere la cosa, pero eso lo cambiaba todo. Aicha se puso un vestido negro con un lazo de terciopelo en el hombro derecho. Se peinó con un moño bajo. A él le gustaba cuando se recogía el pelo. «No hace falta que le digas a todos que eres ginecóloga. Se sienten violentos. Di solo que eres médica.»

Esa noche Aicha no se separó de Mehdi, que parecía estar feliz, a gusto, como si todos los invitados fueran viejos amigos. Se sentaron en la terraza. Mehdi pidió un whisky a un camarero enchaquetado y se puso a contar sus viajes, habló de su infancia, de la importancia de la educación para construir al ciudadano marroquí del futuro. Él mismo era ejemplo de ello; él, que venía de la nada; él, que —según alegaba— había sufrido la pobreza más absoluta y que la había superado a costa de trabajo y voluntad. Aicha lo dejaba mentir. No lo contradecía. No le hacía notar las incoherencias de su relato y evitaba poner en duda sus historias. En un momento dado, se dirigió a ella —«¿recuerdas?»—, y Aicha se volvió testigo de una escena imaginaria. Ella fingió haber estado allí, que lo había visto con sus propios ojos, y se reía, como si aquel recuerdo inventado por él fuese igual de verdadero que su amor. Creía que eso era amar. Ser leal. Dejar que la persona amada se inventara su vida, la reconstruyera, no oponerse a su deseo de ser un personaje. Le habría parecido mezquino plantarle ante sus propias narices el olor nauseabundo de la realidad. Mehdi no inventaba para los otros esas historias —de viajes lejanos, de encuentros divertidos, de peleas heroicas en la parte trasera de un bar—, tampoco para seducir o impresionar a sus interlocutores, sino para impresionarse a sí mismo. Aspiraba a una vida más elevada que la media, se imaginaba gigantesco y esperaba de Aicha que participara en su

epopeya personal.

En efecto, Mehdi se inventaba historias, pero, para gran disgusto de Aicha, no era escritor. No se expresaba con las palabras del poeta, sino con esas otras, aburridas y autocomplacientes, de los burgueses. Eran palabras que golpean y que no quieren decir nada más que la dominación del mundo. Sentada entre esa gente, al lado de su marido, cuya elocuencia deslumbraba a todos, se puso a pensar en las cenas silenciosas de su infancia, en las conversaciones fragmentadas, entrecortadas, de sus padres. Mehdi utilizaba expresiones altisonantes. Decía «es un principio de base» y, cuando empezaba una demostración, se arrellanaba en la butaca y, consciente de la atención del público, empezaba por «el primer punto» y luego seguía con el segundo. A Aicha lo que le gustaba eran las palabras de los campesinos, las de sus pacientes, temerosas y torpes. Unas palabras pobres, con sabor a ruina y a corrientes de aire. Unas palabras tímidas que no aspiran a conocer el mundo, que no ofrecen respuestas.

Aicha se levantó. Hizo una discreta seña a su marido y se metió dentro, en el salón. Deambuló entre los invitados, sin hablar con nadie, con una copa en la mano en la que el champán había perdido las burbujas. Mehdi solía decir de ella: «Es tímida», y eso parecía decepcionarlo. Probablemente consideraba que la timidez era un obstáculo, una tara que trababa y estropeaba la vida. Él se imaginaba que solo se podía estar triste, desilusionado, frustrado por no sentirse cómodo con los demás. «No sabes destacar», le comentaba, lamentándolo, y ella se encogía de hombros. No le preocupaba esa timidez. Por el contrario, creía que borrarse, no desear que la vieran o la escucharan, le había permitido desarrollar una especie de don. Una presencia ante los otros de la que Mehdi lo ignoraba todo. Para empezar, le gustaba mirar a la gente, e incluso en esas fiestas interminables en las que ella no decía nada, no se aburría. Observaba a los invitados y los pequeños detalles que nadie más veía. Un arañazo de unos pocos centímetros en la base del cuello. Una cicatriz detrás de la oreja. Las uñas comidas de un joven ministro. El temblor de una mano, el talón con durezas en unas sandalias de charol. Ocupaba tan poco lugar, reivindicaba tan poco su derecho a expresarse que la gente le contaba confidencias con una libertad que ya no la sorprendía. Esa noche, sentada a la mesa

frente al chambelán del rey, mantuvo la mirada baja sobre su plato mientras la señora que tenía al lado le contaba que se le había muerto un hijo unos años antes. «Es algo de lo que nunca hablo. No sé por qué se lo estoy contando a usted.»

En el hospital, las enfermeras estaban descontentas. Las consultas de Aicha duraban una eternidad y acababa su jornada de trabajo con horas de retraso. Tendidas en la camilla ginecológica, desnudas y con las piernas abiertas, las pacientes le contaban su vida. Revelaban unos secretos que jamás habían pronunciado en voz alta. Le hacían confidencias sobre su soledad, sus disgustos, la dureza de sus maridos con ellas, la indiferencia de sus madres, la ingratitud de sus hijos. Le hablaban de sus amantes, de sus problemas de dinero, y era como si se hubieran olvidado de la presencia de la doctora vestida con su bata blanca, sentada entre sus muslos. A veces, al salir de la consulta de Aicha, esas mujeres se preguntaban qué les había ocurrido y se ruborizaban por haberse desahogado de ese modo. ¿Sería por el nerviosísimo y la vergüenza de tener que desnudarse ante otra mujer? ¿O sería la mirada de la doctora la que las había embrujado en cierto modo? Con frecuencia, Mehdi se asombraba de que ella supiera tantas cosas sobre la gente. En la calle, cuando la reconocían, sus pacientes se abalanzaban a abrazarla. Comentaban a sus maridos o a sus hijos que iban con ellas: «Es la doctora de la que te hablé». Mehdi, ocupado como estaba consigo mismo, se olvidaba de los nombres, de las caras, y, a menudo, se volvía hacia su mujer cuando se habían ido: «¿Y esta, por cierto, quién era?».

De pequeña, a Aicha le gustaba jugar «a las señoras» con su hermano. A primera hora de la tarde, cuando Amín estaba en el campo y Mathilde en su dispensario, abrían los armarios y se ponían los vestidos, los zapatos de tacón y los sombreros de su madre. Selim, a veces, se subía al mueble blanco que hacía las veces de tocador para alcanzar la balda donde estaban los sombreros. Para el crío, la emoción que implicaba el disfrazarse de mujer tenía que ver sobre todo con el miedo a que lo descubriese su padre. Se pintarrajeaba la cara con maquillaje, se ponía un montón de joyas y se movía sobre los tacones altos de un lado a otro, riéndose. «No haces más que tonterías», le reprendía Aicha, que consideraba que él no se tomaba en serio el juego. Para ella no se trataba de disfrazarse, de hacer el ridículo, sino de convertirse en una auténtica mujer. De esas que llevan guantes y abrigos de lana, de esas que se deslizaban billetes en el escote, gesto que consideraba vulgar, pero le fascinaba. Imitaba los ademanes de las vecinas, de las mujeres que veía por la calle, de su madre, apretando fuerte el bolso contra el vientre, o jugando con un manojo de llaves con el dedo índice. En un brazo sujetaba a su muñeco y lo regañaba por portarse mal. Fingía que fumaba y le daba órdenes a una criada imaginaria.

Ahora ya era una auténtica señora. En el bolso no llevaba caramelos, y el manojo de llaves le servía para arrancar un auténtico coche y cerrar la puerta de su auténtica casa. Lo que le habría gustado era ser una buena esposa para su marido, «llevar su hogar» y recibir a amigos. Jamás estaba en casa, no sabía cocinar y se alimentaba sobre todo de sándwiches y de pizzas. Su madre, en cambio, era la reina de la casa. Cada primavera, Mathilde hacía lo que ella llamaba «limpieza general» y forraba por dentro con tela los cajones. Durante años, había dado de comer tres veces al día a unos hijos indiferentes y, a pesar de todo, seguía preguntando: «¿Qué os apetecería que guisara?». Se sabía de memoria las recetas de cocina y cuando Aicha le preguntaba las cantidades de especias o de mantequilla, Mathilde respondía: «No tengo ni idea, esas cosas se intuyen». Mathilde sabía sentarse en silencio con las mujeres y recitar las fórmulas para dar un pésame. Abrazaba a los enfermos sin sentir asco, ni por su suciedad ni por los síntomas de su

enfermedad. Aicha jamás habría pensado de su madre que fuera una mujer sumisa. Por el contrario, Mathilde era para ella una especie de hada a la que obedecían los seres humanos, los animales y los objetos inanimados. Ahora que ella ya era una señora, recordaba con envidia a Mathilde, la infatigable, trajinando por la casa con un trapo de polvo al hombro, tarareando canciones alsacianas.

Un día, Aicha le propuso a Mehdi organizar una cena con los compañeros del ministerio. «Sé que es importante para ti. Tienes que cuidar tus relaciones.» Mehdi estuvo dudando. Andaba preocupado por un discurso que debía escribir y leer ante el consejo de ministros y ante Su Majestad. Un discurso en árabe clásico que lo aterrorizaba. En la escuela colonial, jamás había aprendido a escribirlo, y a sus casi treinta años estudiaba a escondidas el alfabeto y las conjugaciones. Su amigo Ahmed le había aconsejado transcribir el discurso fonéticamente en caracteres latinos, y todas las noches ensayaba la pronunciación. «No te preocupes por la cena», lo tranquilizó Aicha, «no tendrás que hacer nada. Yo me encargaré de todo».

Mientras examinaba a sus pacientes, elaboraba el menú que serviría a sus invitados. En una de las prescripciones, escribió «budín de salmón», en lugar del nombre del medicamento. Cuando la paciente, preocupada, le preguntó qué significaba, ella se armó un lío dando unas explicaciones absurdas: «Coma usted salmón», le explicó, «es bueno para las hormonas». Primero pensó en preparar platos marroquíes, pero le preocupaba sentirse ridícula ante esos hombres, la mayoría de ellos de Fez, y cuyas madres eran unas excelentes cocineras que se transmitían de generación en generación recetas de un refinamiento extremo. De pronto se acordó del éxito que había tenido el primer verano en casa de Monette con los embutidos que había traído de Alsacia. De hecho, los colegas de Mehdi la llamaban a menudo la Alsaciana. Recordaban sus tiempos universitarios en París y la pequeña *brasserie* del Barrio Latino que servía jarras de cerveza y salchichas fritas por muy poco dinero. «Un chucrut. Eso es lo que les voy a preparar.»

Aicha fue a la tienda Le Porcelet Gourmand. Era la mejor

charcutería de la ciudad, regentada por una francesa alta y seca con un cutis más granuloso que el de un adolescente. La ayudaba un joven dependiente marroquí, medio calvo, al que le costaba pronunciar las palabras *jambon* y *saucisse cervelas*. Aicha hizo cola durante un cuarto de hora, detrás de unas señoras francesas, unos profesores de la Misión Cultural Francesa y unos chóferes que habían pasado a recoger discretamente los pedidos. Se quedó mirando las manos del joven, que cortaba, con una destreza asombrosa, lonchas de tocino y de salchicha seca. «¡El siguiente!»

Estuvo atareada toda la tarde en la cocina. Las patatas se habían cocido demasiado. La col, a pesar de las especias y el vino, estaba algo sosa. Sin embargo, los embutidos parecían excelentes. Se imaginaba a sus invitados untando las salchichas fráncfort con mostaza y disfrutando de la pierna de cerdo que se derretía en la boca. Esperó un buen rato, sentada en la mesa de la cocina, ante una fuente de fruta cubierta de mosquitas. Llamó dos veces al ministerio, y la secretaria de Mehdi, en un tono desolado, le dijo que la reunión se estaba eternizando. Cuando por fin oyó que el coche entraba en el garaje, se alisó la falda, se ajustó el peinado y alzó con un gesto furtivo la tapadera de la cacerola. Todo estaba listo. Ella, cuyos profesores siempre habían alabado su tranquilidad y sangre fría, estaba devorada por la angustia. Temía no saber comportarse, decir tonterías.

Los invitados —todos hombres— se instalaron en el salón. Ella no dejaba de ir y venir a la cocina. Descorchó una botella de champán. «También hay whisky, si lo prefieren.» Pasaba platitos con *gougères* de queso, e insistía para que se sirvieran de nuevo. Mehdi, con la mirada, le indicaba que ya era suficiente. «La cena está servida», y los hombres se dirigieron al comedor. Aicha posó la fuente de col en mitad de la mesa y retiró, con gesto solemne, la tapadera de la cacerola. Plantó un tenedor en una salchicha y la enarboló. «El chucrut de Alsacia. Un plato típico de mi país.» Más tarde, se preguntó a sí misma si no habría sido esa frase la que chocó a los invitados, más que el hecho de servirles una cacerola llena de cerdo hervido. Había dicho «un plato típico de mi país», y era como si se hubiera olvidado de dónde estaba, de quién era ella y quién era su marido. Ella había crecido en este país, al igual que ellos. Se llamaba Aicha y era la hija de un agricultor del campo, y, sin

embargo, había dicho «un plato típico de mi país», agitando una salchicha ante sus narices. Uno de los comensales se había llevado la servilleta a la boca como si quisiera limpiarse de alguna suciedad. Alzó la mano y, con una voz suave, se disculpó: «Es muy amable por su parte. Conozco el chucrut, es muy bueno, pero acabo de llegar de la peregrinación a La Meca, así que…». Aicha seguía con el tenedor de cuya punta colgaba la salchicha rosácea y se dirigió hacia otro invitado:

«—¿Quiere usted probar?

—Me serviré algo de col. La habrá cocinado usted por separado, ¿no?»

La cena le pareció interminable. Masticaron en silencio la col marinada, y Aicha no pudo evitar quedarse mirando la cacerola, cuya tapa continuó cerrada. Temía la reacción de Mehdi una vez que los invitados se hubieran ido. Lo imaginó, preso de la ira, y su imagen se confundió con la de Amín, cuyos gritos la habían aterrorizado de pequeña. Hubiera deseado disculparse, decir que era una tonta, que no lo había pensado bien. Pero él no gritó. Cerró la puerta tras el último invitado y se reunió con su mujer en la cocina. No se ofreció a ayudarla a fregar los platos. Levantó la tapa de la cacerola, sacó una salchicha y la mordió.

Cuando Aicha le contó a Mathilde el desastre de la cena, esta le aconsejó que contratara a una criada. Todo el mundo tenía una, era lo mínimo, pero ella nunca había querido contratar una a jornada completa. Una mujer le iba a limpiar dos veces por semana, pues odiaba la idea de alojar a alguien en su casa, alguien que la observara vivir y ser feliz, y emborracharse, y que espiara, quizá, a su marido y a ella cuando hicieran el amor. Durante toda su vida, Aicha había oído a las mujeres hablar del servicio. Era un tema de conversación inagotable, una mina de anécdotas sórdidas o divertidas. «¿No sabes la última faena de mi sirvienta?», preguntaba una mujer a la hora del té. «¿No conocerás a alguna que sea honrada? Acabo de poner a la mía de patitas en la calle», añadía un ama de casa desesperada.

Aicha se puso a buscar. Preguntó a sus amigas, a las enfermeras del hospital y a su vecina, que tenía dos criadas, un chófer y un guarda. Durante varias semanas, escuchó a esas mujeres, quienes, como un coro de teatro griego, le exponían los riesgos a los que se enfrentaba metiendo en su casa a una sirvienta. Las criadas son ladronas, es algo congénito, y lujuriosas. No hay que extrañarse de que, si es virgen, acabe vencida por la frustración, se vuelva histérica, violenta, envidiosa. Provocan a los maridos y no es culpa de ellos si un buen día acaban preñadas y hay que echarlas.

El guardacoches también opinaba. Ella era una mujer joven e inocente. No debía dejarse convencer. «Las criadas son falsas», le dijo, «si no te miran a los ojos, no es por respeto ni por miedo. Son unas ingratas, nunca están contentas, incluso si las mimas, y, después de muchos años viviendo bajo tu techo, te traicionan y te decepcionan». Aicha seguía buscando. Las amigas abogadas, médicas, profesoras de universidad entendían su desesperación, y, como a ella, no les entusiasmaba estar en la cocina pendientes de la salsa del tayín, cambiar los pañales a sus bebés, planchar la ropa, picar las aceitunas y el cilantro. Por ello, le decían, hay que formar a una criada. Según lo que le aconsejaba su amiga Ronit, era mejor contratar a una que fuese joven. «Las viejas se creen que se lo saben todo, a pesar de ser igual de ignorantes que las demás.» Aicha tendría que enseñarles. A poner la mesa, no como una salvaje, sino según las costumbres de las personas civilizadas. Hacer las camas bien, adoptar una higiene correcta, ser capaz de entender que debe cambiarse el delantal cuando está muy sucio. Las criadas llevan batas azules o rosas confeccionadas expresamente para ellas, que se venden en el mercado central o en las tiendas del centro de la ciudad, y Aicha fue a una y también compró unas mantas de lana —«a las criadas les encantan las mantas»—. No se sientan a la mesa con los señores, y solo se les da ciertas marcas de yogur. Comen las sobras de la comida en la cocina. Lo que les gusta es el pan y mojar en la salsa, así que no pasa nada si los señores acaban con toda la carne del tayín. El problema —insistió la peluquera— es que no saben leer y eso complica las cosas. No se les puede dejar escrita una receta, o una notita en la mesa de la cocina con las instrucciones del día. Son seres que funcionan por instinto, hay que enseñárselo todo, y las más espabiladas, las menos torpes, son capaces de hacer bien lo que les indicas. Las mujeres a veces

comentan: «Y eso que esa criada no es tonta, ¡qué lástima!», o: «¡Qué desperdicio, una chica así podría haber funcionado!». Pero nadie quiere a unas criadas inteligentes. Son las más hipócritas, las más rebeldes.

Selma se quedó preocupada. ¿Dónde dormiría su criada? En algunas casas las hacían dormir en el suelo de la cocina. A Mehdi no le habría gustado. No era adecuado. «Hoy, en todas las casas bien, se construyen unas dependencias para el personal, en el fondo del jardín o en el sótano», le aclaró su tía.

La enfermera jefe de su servicio le aseguró que ella podría encontrarle una joven negra, una *tuarga*, criada en el recinto de palacio donde viven los descendientes de los esclavos libertos, pues saben cocinar de maravilla. Por su parte, el guardacoches alabó las virtudes de una prima suya, pero tenía problemas de espalda y no podía levantar peso. Y, un buen día, le trajeron a Fatima.

Fatima se presentó un lunes por la mañana vestida con una chilaba de un color apagado, y en los pies calzaba unas babuchas muy gastadas. Un pañuelo anudado detrás le ocultaba el pelo recogido en un moño. Aicha la hizo pasar. No sabía qué decirle, se sentía incómoda. ¿Invitarla a sentarse? ¿Ofrecerle algo de beber? Prefirió enseñarle la casa sin mirar a Fatima a los ojos. La chica se mantuvo callada y se contentaba con asentir con la cabeza. Dos salones. En esa casa había dos salones. Dos salones más grandes que la mayor de las chabolas de su barrio. Se quedó mirando el suelo. Le llevaría tiempo fregar todo eso. Un suelo así debía de resbalar. Cada dos por tres, se metía la mano debajo del pañuelo y se rascaba el cuero cabelludo con unas uñas largas y mugrientas. Aicha le hizo unas preguntas. Si sabía cocinar. Fatima se encogió de hombros y Aicha concluyó: «Yo te enseñaré. De todos modos, casi nunca comemos en casa». En el sótano, debajo de la cocina, junto al cuarto de lavado y plancha, estaba el dormitorio de Fatima. Al hacerla entrar, Aicha dudó. El cuarto era grande, la cama nueva, pero el aire era irrespirable debido a la caldera y a un viejo frigorífico ruidoso. «Tienes que ventilar. No te olvidarás, ¿verdad?», le dijo. Dejó sobre la cama de Fatima una bata blanca, con un bolsillo en el seno derecho, y un bonito delantal azul, embalado en un plástico. «Es tu

uniforme de trabajo. Cuando se ensucie, te lo quitas y te pones uno limpio. En el armario tienes dos más.»

Cuando llegó Mehdi, le contó lo incómoda que se había sentido esa tarde con Fatima. Él apenas le hizo caso. No quería involucrarse. Ella no tenía por qué sentirse culpable. Le estaban dando un trabajo y harían todo lo posible para que se sintiera a gusto. Luego, una noche, Aicha empezó a rascarse la cabeza. Creyó que se debía al producto que utilizaba para desrizarse el pelo. Pero un día, mientras se rascaba con fuerza detrás de la oreja, sintió que algo estallaba debajo de la uña. En el dedo índice vio un piojo enorme y una gotita de sangre. Cuando salió del hospital, se pasó por la farmacia. Al llegar a casa, bajó al cuarto de Fatima y le dijo que se sentara en una silla. Se puso unos guantes, colocó una toalla en los hombros de la chica y le pidió que se quitara el pañuelo de la cabeza. Ella se negó y reaccionó de un modo ridículo, echándose a llorar como un cordero al que se dispusieran a degollar. «¿Por qué montas este escándalo?», le gritó enfadada. «No te voy a hacer daño. Yo también me voy a poner el producto, pues tengo piojos por tu culpa.» Fatima acabó tranquilizándose. Se quitó el pañuelo y, por primera vez, Aicha le vio el pelo. Una melena castaña enrollada como un turbante de la que extrajo, con cierta repugnancia, decenas de horquillas que la sujetaban. El pelo se soltó sobre la espalda de la chica y le llegaba hasta las nalgas.

«¿Cuánto hace que no te lavas la cabeza?», le preguntó Aicha con voz «de médica», como solía decirle Mehdi. Una voz cortante, clara, llena de autoridad. Una voz que no contenía maldad, ni hacía juicios de valor. Una voz que prodigaba cuidados. Fatima no era capaz de contestar nada. Siguió lloriqueando como si la dueña de la casa la hubiera desnudado y humillado. Aicha vació el producto en la cabeza de la criada. «De haber sabido que tenías tanto pelo, habría comprado otro frasco más.» Después, enrolló la cabeza de Fatima en un trapo blanco como les hacía Mathilde cuando eran pequeños. «Y ahora a esperar.»

Fatima esperó sentada en la silla. No se atrevía a moverse y se quedó mirando la pared de enfrente y la mancha de humedad cuyo olor invadía el sótano. Aicha regresó al rato. Le quitó el trapo, lo dejó en el suelo y lanzó un grito. Había tantos bichos, tantos piojos,

que el trapo se había vuelto negro. «Jamás acabaremos con ellos. Hay que cortarte el pelo.» Fatima se levantó y se puso a gritar. No quería. Se negaba a que la tocara. Corrió al cuarto de baño y se encerró con llave. Aicha aporreaba con los puños la puerta. Suplicó a la criada que se mostrase razonable. «Te volverá a crecer, no te preocupes.» Pero Fatima no respondía. Se quedó allí encerrada toda la noche, negándose a abrir cuando Aicha le llevó algo de cenar. Mehdi se vio obligado a intervenir. Ordenó a la criada que saliese. «¡Deja de comportarte como una cría!» La amenazó con llamar a la policía si seguía empeñada en no abrir. La chica acabó saliendo del cuarto de baño con los ojos hinchados de tanto llorar. Se sentó en una silla y vio caer al suelo sus largos mechones de pelo.

Una vez al mes, Fatima iba a su casa, en un barrio de chabolas. En cuanto cruzaba el umbral, la madre le reclamaba dinero y Fatima le entregaba su paga. La madre pasaba la lengua por el dedo índice y contaba los billetes en silencio. No sabía leer, pero sí sabía contar. Hacía montoncitos de billetes y se los metía, doblados en cuatro, en el sujetador. Una vez, Fatima le preguntó a qué correspondía cada montón y la madre le respondió: «Tú ocúpate de trabajar y no te metas en esto». En el barrio de chabolas nada cambiaba. Ni en el paisaje, ni en las casas, ni siquiera en las conversaciones o las costumbres. La gente se reconcomía con los mismos problemas, o sufría, una y otra vez, de los mismos males, moría de las mismas enfermedades y se quejaba de los mismos dolores. Fatima entendió entonces que la miseria era eso: un mundo que no cambia. Los burgueses, la gente rica e instruida, cuando se saludan, se preguntan qué hay de nuevo. La vida les tiene reservadas sorpresas. Hablan del futuro e incluso de la revolución. Creen que el cambio es posible.

A veces, la madre de Fatima le preguntaba cómo era la casa donde trabajaba. A qué se parecía, qué comían los señores, cómo eran el coche y el cuarto de baño. Insistía mucho en el cuarto de baño. La criada era incapaz de describir la casa. Incapaz de dar detalles. Lo que la intrigaba no eran los muebles, los electrodomésticos o la biblioteca que desbordaba de libros. No. Lo que le parecía extraño y la asustaba era el silencio. Un silencio de cementerio que no se veía roto, como en su barrio, ni por los gritos de los chiquillos, ni por la

lluvia sobre los techos de hojalata, ni por los insultos que se lanzaban las mujeres de una chabola a otra. Durante el día, cuando los dueños se iban a trabajar, Fatima se quedaba sola en la casa. En medio del silencio, todo adquiría una dimensión inquietante. Jamás se había dado cuenta hasta qué punto uno puede oírse vivir. Los ruidos de su propio cuerpo la perturbaban. Se sobresaltaba por cualquier cosa. El chorro de agua en la pila de acero inoxidable, el gorgoteo de las tuberías, el motor del frigorífico de importación. La casa estaba situada en un barrio elegante y residencial. En esas calles no se veía pasear a nadie. Solo se oía el ruido de los coches, enormes y bellísimos, que circulaban por ahí, conducidos por chóferes que llevaban a los niños a la escuela francesa. Ese silencio era una tortura. Los domingos, Aicha se tendía en el diván del salón. Posaba sus pies en las rodillas de su marido y ambos leían. Ni siquiera se miraban. A veces llamaban a Fatima, con una campanita que les había regalado Mathilde, para que les llevase refrescos. A Fatima le habría encantado entender por qué la lectura les provocaba siempre sed.

Los señores hablaban entre ellos en francés y Fatima no entendía nada de lo que decían. Intentó aprender palabras que significaban «deprisa», «cuchara», «adiós»: *vite*, *cuillère*, *au revoir*. Aunque no hablaba su idioma, fue la primera en saber que su jefa esperaba un bebé. Ya no comía nada a la hora del desayuno y llegaba del trabajo a media tarde para echarse una siesta. Empezó a comprar botes de pepinillos que devoraba de pie en la cocina, y cambió de marca de tabaco. Fatima se dijo a sí misma que le gustaría ocuparse de un bebé. Mucho más que limpiar los váteres o regar las losas del jardín. Ya no se pasaría las tardes sola, aburrida, delante de la televisión, sin entender los discursos del rey que retransmitía la cadena nacional, pues el rey también hablaba a veces en francés. Fatima empezó a hacer sugerencias veladas. Un día, le contó a Aicha que tenía una hermana y dos hermanos pequeños y que se había ocupado de ellos cuando eran bebés. «A mí se me dan muy bien los críos, sé cómo cuidarlos.» Pero Aicha no le prestaba atención. «Me voy. No puedo quedarme en la cocina, el olor del guiso de carne me da náuseas.»

Al cabo de tres meses, Fatima pensó que se había equivocado. ¿Qué iba a entender ella de la vida de esa gente? Lo de los pepinillos y el

cambio de marca de los cigarrillos no eran asunto suyo. Por mucho que observaba el vientre de Aicha, este seguía igual. Aicha había vuelto a hacer guardias en el hospital, ya no se negaba a acompañar a Mehdi a las cenas a las que los invitaban y no había cambiado de vestuario. Quizá —pensó Fatima— se trataba de un bebé dormido. Siempre había oído esa leyenda que contaba que un feto, en el vientre de la madre, podía quedarse dormido bajo el efecto de un sortilegio. Durante meses, o incluso años, se mantenía tranquilo y solo nacía cuando la madre estaba lista para acogerlo sobre esta tierra. Fatima se moría de impaciencia por comentárselo a Aicha. Le suplicaría: «Despiértalo y yo te ayudaré a cuidarlo. No tendrás que hacer nada, podrás ir al trabajo, y tu marido, también. Me ocuparé del bebé como si fuera mío».

Aún no ha amanecido cuando Amín se levanta de la cama. El alba gris apenas se asoma y, sobre la hierba, un lecho de escarcha cruje bajo sus pies. Durante todo el invierno de 1974 ha padecido insomnio. La crítica situación del país lo ha sumido en un estado de constante desasosiego. En agosto de 1972, un mes después de la boda de Aicha, tuvo lugar un nuevo atentado contra el Boeing del rey. Hassan II sobrevivió a la tentativa de asesinato. «Una posibilidad entre mil millones.» Es lo que dictaminaron las computadoras cuando se analizó el impacto de los proyectiles sobre el aparato. El rey tuvo una posibilidad entre mil millones de sobrevivir. Un milagro.

Desde entonces, Amín no encuentra descanso. El mero hecho de tumbarse, de reclinar la cabeza sobre la almohada, lo sume en un estado de intenso nerviosismo. Debe reaccionar, producir, inventar. Se viste rápido con una chaqueta, se encasqueta un gorro ruso de piel en la cabeza y se dirige al huerto a través del camino de tierra. La hacienda está desierta y desearía lanzar un grito de bestia salvaje, en cuclillas sobre el suelo helado. Un grito que sacaría de sus humildes casas a unos campesinos enloquecidos. «¡A trabajar!», y las mujeres se apresurarían, despeinadas, con el pañuelo para taparse la cabeza en la mano, hacia el calor húmedo de los invernaderos. Los hombres, recién salidos de la cama, se calzarían las botas a toda prisa.

Desde la muerte de Murad, ha contratado a distintos capataces. Ninguno es lo suficientemente trabajador y competente. No entienden la ambición de Amín o, si la entienden, sus miradas adoptan un brillo extraño, de envidia, que le despierta desconfianza, y entonces Amín se libra de ellos. «Puedo hacerlo todo yo mismo. No necesito a nadie», piensa mientras camina entre las hileras de mandarinos. «El patrón tiene que trabajar aún más y mejor que sus obreros si quiere merecer lo que cosecha.» Arranca una mandarina de una rama, la pela y, metódicamente, se come un gajo tras otro, saca del bolsillo un pequeño carnet donde anota, para cada fruta, la cantidad de pepitas que ha recogido en el hueco de la mano. Da igual que no haya comido nada desde la víspera y que le provoque acidez de estómago. Si lo que quiere es mejorar la variedad y producir frutas sin pepitas, tiene que pasar por eso. Amín se alza el cuello de la chaqueta. Se frota los ojos. Duerme tan poco que suele tener visiones. Habla con los muertos y con los ausentes. Como con su hijo Selim, cuya voz oyó al teléfono la primavera pasada. El chico llamó por el cumpleaños de Mathilde y fue Amín quien descolgó el aparato. Se quedó en silencio, petrificado, a pesar de los «aló» desesperados de su hijo. «¿No se me oye?» Su hijo, por una extraña ironía, vive en Estados Unidos, en ese país con el que tanto soñó Amín. Quiso convertir su hacienda en una nueva California. También habla con Murad, cuyo fantasma planea por encima de los árboles y cuyo recuerdo pesa en su corazón con la carga de los remordimientos. Le pide perdón, al igual que se lo pide a Kadur, su padre, quien le legó esta tierra y jamás vio florecer sus árboles. Amín atraviesa el campo de almendros, pasa por delante del gran cobertizo y llega a una tapia enjalbegada detrás de la cual están enterrados su hermano Yalil y Muilala. Apunta con la linterna hacia la tumba de su madre y, aunque no sea una sorpresa, pues ya lo había visto en otras ocasiones, su corazón empieza a latir con fuerza al adivinar el perfil de una palmera en la oscuridad. El árbol había crecido allí, al pie de la sepultura orientada a La Meca, y nada, solo un milagro, explicaría su presencia. Amín se acerca, abraza el árbol y pega sus labios secos contra el tronco. Piensa que lo visible es lo más misterioso. No son espíritus, fantasmas, genios, *yinn*, sino árboles y la escarcha de la madrugada. Quizá Mathilde tenga razón. Quizá se esté volviendo loco.

Se siente más atado a esta tierra que nunca. Sus muertos están enterrados en ella y su propio cadáver, algún día, se pudrirá aquí. De aquí es él, y un vínculo salvaje lo ata a esta hacienda, a este país. Amín heredó de su padre y le habría gustado que su hijo heredara de él, pero no puede competir con ese vasto mundo que le ha robado a sus hijos. Selim en Nueva York, Aicha en la capital. ¿Acaso tiene él derecho a reprocharles que quieran vivir una vida menos dura que la suya? De pequeños, las escasas veces en que se resistían a hacer los deberes, Mathilde les decía: «Tenéis que estudiar si queréis aprobar; si no, estaréis obligados a convertiros en campesinos». A la pesadilla de la ruina y de las deudas, le sucedió la de no contar con quien continuase con su negocio. Ese dolor lo desgarra por dentro. Le es inconcebible que todo ese trabajo, toda esa ambición pertenezcan un día a un extraño. Cuando se muera y lo entierren, otro caminará por sus tierras, otra persona que no sabrá nada y que quizá lo destruya todo. Está obsesionado con esas ideas. No entiende por qué es objeto de semejante ingratitud. A veces tiene la sensación de que esta tierra está maldita y que, en lugar de acoger y proteger, ha espantado a todos los que vivían en ella. ¿En qué se equivocó? Cometió muchos pecados, y, entre ellos, el de la soberbia, que le hizo no saber querer a quienes lo rodeaban. Cuando Selim era pequeño, a veces jugaban a echar un pulso sobre la mesa de la cocina, y jamás, ni una sola vez, Amín lo dejó ganar. Sabía, sin embargo, que el crío se habría alegrado, habría saltado entusiasmado sobre la silla gritando: «¡He ganado a papá!». Amín jamás se decidió a dejarlo ganar. Era superior a sus fuerzas. Un hijo, pensaba, debe ser duro, aprender a perder.

¿Cuánto tiempo se queda allí, de pie, ante la tumba de su madre? Ya ha amanecido y la linterna sigue encendida cuando decide desandar el camino hacia la casa. Los primeros obreros llegan del aduar y llama a algunos con un gesto autoritario de la mano. Aquí, el plástico del invernadero está roto. Allá, no han ordenado las cajas con los plantones que hay que entregar. Hay tanto por hacer y le bulle la cabeza.

Se instala en su escritorio y toca la tetera que Tamo le ha llevado. Está apenas templada. A través de la ventana, puede ver los manteles de Navidad que Mathilde ha mandado lavar y que cuelgan a secar. Frente a la palmera grande, unas figuritas de alsacianas

calzadas con zuecos van de la mano y unas ocas, blancas y gruesas, alzan el pico hacia el cielo. Retoma la lectura de un artículo que le ha enviado Aicha sobre las investigaciones de un tal Ancel Keys acerca de los efectos benéficos del aceite de oliva. Está tan absorto leyendo que se sobresalta cuando Achur llama a la puerta acristalada. Desde el accidente vascular que sufrió el obrero, le cuesta hablar, y con el brazo izquierdo, el único que puede mover, hace un gesto a Amín para que lo acompañe. Le informa de que unos hombres han montado durante la noche una enorme tribuna de madera del otro lado de la carretera. Por la mañana, instalaron sillas, plantaron postes con banderas y en el suelo extendieron unas inmensas alfombras de colores vivos. «Sabes lo que significa, ¿no?» Amín asiente con la cabeza. «Que viene el rey.»

El rey, que nunca pisa el suelo si no está alfombrado, ni la hierba mojada, ni las aceras de la ciudad o la arena de la playa. El rey, que, después de los atentados, no es solo el guía y el protector, sino el elegido de Dios, salvado por la baraca. Cada día trae consigo la letanía de buenas noticias. El rey quiere dar pan al pueblo, arreglar las carreteras, aumentar los salarios, subvencionar el azúcar, construir pantanos, añadir un nuevo día festivo. El 19 de septiembre de 1972, en un discurso emitido por televisión, el rey anunció el lanzamiento de la revolución agraria y la recuperación de las tierras de la colonización. Hoy, al igual que en el resto del país, se prepara una ceremonia para entregar a los campesinos sin tierra sus títulos de propiedad.

Amín sale de su despacho y enfila el camino de tierra, seguido de cerca por Achur. «Regresa a tu trabajo», le dice, «y asegúrate de que cada cual esté a lo suyo». Camina hasta la salida de la hacienda y cruza la carretera. Decenas de coches están aparcados en los arcenes, y unos periodistas, con bloc de notas y cámaras fotográficas en la mano, se instalan en las tribunas. Algunos periodistas europeos se han alzado el cuello de sus chaquetas y soplan en las manos. Están sorprendidos del frío cortante de diciembre que les atraviesa la ropa y los hace temblar. No saben nada de este país, piensa Amín, se creen que Marruecos es un país cálido. En mitad de la tribuna, un equipo de televisión instala una cámara. Amín reconoce al presentador, un especialista en las giras reales del que todo el país se burla por su habilidad para hablar sin

decir nada, para adornar unas palabras huecas mientras el público espera la llegada del monarca.

Sopla el viento y todos alzan la mirada hacia las banderas alineadas al borde de la carretera. La tela de un rojo fuerte se hincha, haciendo un ruido de alas que se agitan, y la estrella verde de cinco puntas aparece y desaparece. A la derecha del escenario, un grupo de músicos vestidos con chilaba blanca, con el cráneo rapado al cero y cubierto por un turbante, preparan sus instrumentos. Amín se ha subido a la tapia que rodea su hacienda. Desde ahí, ve un camión procedente de El Hayeb. El ruido del motor provoca una desordenada agitación entre la muchedumbre. La orquesta se pone en pie, dispuesta a entonar las primeras notas del himno nacional. Se habían creído que llegaba el rey. Del camión solo bajan unos campesinos, uno tras otro, vestidos con sus chilabas nuevas, y con el rostro y las manos limpias. Los escoltan unos policías que, con voz autoritaria, les explican lo que tienen que decir y hacer, y cómo comportarse. Un periodista avanza hacia el grupo de campesinos, quiere hacerles preguntas, pero le dicen que más tarde. El monarca puede llegar en cualquier momento, hay que quedarse en su sitio. Ya podrán hacer las preguntas luego.

Amín no deja de observar a esos hombres. Se lanzan miradas de complicidad, algunos ríen y se saludan besándose en las mejillas. Los han colocado en fila, frente a un inmenso retrato del rey con su hijo, el príncipe heredero. Hassan II, vestido con una chilaba beis y tocado con un *tarbuch*, parece un campesino más. Nada que ver con el retrato que Amín ha colgado en su despacho. Nada de traje cruzado, con un pañuelo de seda que asome del bolsillo de la chaqueta de paño, nada de fijar la mirada en el vacío como los modelos del estudio de fotografía parisino Harcourt. Nada de eso. Este retrato es diferente y a Amín le recuerda imágenes de su infancia, la de su propio padre, Kadur Belhach, realizada en el estudio de un fotógrafo del centro de la ciudad. El *tarbuch*, la chilaba de lana y la mirada dura de un hombre acostumbrado a mandar.

Alguien ha dado la orden a los músicos de que empiecen a tocar. Cogen sus laúdes y sus panderos y se ponen a interpretar una canción lancinante y fea, uno de esos fragmentos sin alma como los

que retransmiten incansablemente por la radio. Amín ya ha entendido que el rey no se presentará y se dispone a desandar el camino, volver a su trabajo, cuando, de pronto, oye los gritos de sorpresa de los periodistas. A lo lejos, envueltos en una nube de polvo, se aproximan una decena de jinetes, vestidos como en los tiempos del sultán Muley Ismael. Con botas de cuero muy finas, turbantes rojos y verdes. Alzan sus arcabuces y disparan al aire, aclamados por la gente. Los europeos no se creen lo que ven. Por un momento, se han olvidado de que están ahí por trabajo, que tienen que escribir un artículo, y se comportan como chiquillos ante una atracción exótica. Escenas de tiempos pasados han surgido ante sus ojos. Ese Marruecos ancestral, del que tanto les hablan aquí, no está muerto por completo. Sobre sus caballos, los jinetes van y vienen a toda velocidad y, en el último momento, los animales se yerguen sobre sus patas traseras. Los campesinos aplauden. Piensan: «Todo esto es por nosotros», y sonríen con orgullo.

Dos Mercedes avanzan por el arcén de la carretera y salen de ellos unos hombres. Amín ha reconocido al bajá y el que está junto a él debe de ser un ministro, pero no está seguro. Se sube los calcetines sobre las pantorrillas y se pone de pie en la estrecha tapia. Así ve mejor al bajá, que está accediendo al escenario y se sienta en uno de los dos sillones, en el más pequeño. El trono de borde dorado se queda vacío. El público ha entendido que el rey no vendrá y todos parecen tremendamente abatidos. Amín piensa: «Pandilla de ingratos. ¿Os creéis que no tiene nada mejor que hacer?».

El bajá da un golpecito en el micrófono. El aparato no funciona y un joven flaco y nervioso, vestido con un traje gris, va y viene sin parar. Por fin, el bajá toma la palabra. Amín no oye bien lo que está diciendo, aunque reconoce la entonación tradicional de los críos que han ido a las madrazas a aprender el Corán de memoria, bajo los golpes y las amenazas del alfaquí. Está homenajeando al monarca, que Dios lo glorifique, y a esta reforma agraria que él ha lanzado gracias a su voluntad. «¡La revolución agraria marroquí está en marcha! Su Majestad, que Dios fortifique su reinado, sabe que los campesinos son los que contribuyen a la grandeza y la prosperidad de este país. Muy pronto, gracias a su política de construcción de pantanos, regaremos cada parcela de tierra. Vamos a devolveros lo que os corresponde. Enriqueceremos al pobre sin

empobrecer al rico.» El joven del traje gris le entrega un papel. El bajá grita un nombre. Un campesino avanza, acompañado por los aplausos de la multitud. Por primera vez en su vida, se sube a un escenario. Lo están mirando, filmando, aclamando. Quizá mañana salga en la tele. Así que el campesino se gira, mira a la cámara y sonríe. Únicamente tiene dos dientes. El bajá aplaude. «¡Mirad lo feliz que está este hombre!» Y le entrega su título de propiedad. Se oyen los disparos de las cámaras de fotos. El campesino besa el trozo de papel y luego el hombro del bajá. En la muchedumbre se oyen las albórbolas, los gritos de alegría, los «¡viva el rey!», «¡viva el pueblo!».

Amín sabe cómo terminará el acto. Una vez distribuidos los títulos de propiedad, se levantarán, como un solo hombre, y se abalanzarán, como un enjambre de langostas, sobre el bufé donde servirán cuscús y carne asada. No quiere ver ese espectáculo y, como un funámbulo, camina sobre la tapia antes de saltar del otro lado. Cruza por las hileras de mandarinos y, bajo el frío sol de invierno, ve brillar la piel naranja de los frutos. La cosecha promete ser buena. Debería alegrarse: mañana habrá más dinero aún, más éxito, más poder. También puede ocurrir cualquier cosa. La helada, una tormenta, unos parásitos que colonicen los pimpollos y acaben con todo el trabajo realizado. El campesino está en las manos de Dios. Es lo que le dice siempre a Mathilde, pero ella no lo entiende. Le contesta que tiene aspecto de enfermo. Que debería ir al médico y que sus insomnios van a acabar por estropearle la salud. Insinuó que estaba loco, paranoico, como lo estuvo antaño su hermano Yalil.

En la entrada de la finca, unas campesinas esperan con la cabeza y los hombros tapados con amplios mantos de lana. Algunas llevan en la mano panes de azúcar o conejos que van a regalar a Mathilde a cambio de sus cuidados médicos. En el patio, los manteles de Navidad se han secado y se distingue mejor el color de los vestidos de las figuritas de las alsacianas y el amarillo intenso del pico de las ocas. Amín se acerca a las campesinas, intimidadas por la presencia del patrón. Se tapan un poco más la cara con el manto, hablan más bajito, dan palmaditas en la espalda a sus bebés para que no lloren. Las mujeres se apartan de la puerta para dejar paso a Amín, pero no entra. No, se queda allí, inmóvil, tieso, con los pies plantados en el

suelo como si tuviera la intención de no moverse. Las mujeres se miran en silencio. ¿Por qué se comportará así? ¿Acaso está él también enfermo? Tiene los ojos enrojecidos por la falta de sueño y las manos le tiemblan ligeramente. Amín pega la frente a la puerta acristalada. Observa a Mathilde, sentada en una silla y enrollando una venda, con cuidado, en la pantorrilla de un muchacho. Ella levanta la cabeza y una sonrisa le ilumina el rostro. Se ha incorporado tan rápido que el paciente lanza un grito de dolor. Amín la ve acercarse a él y piensa que ella es capaz, con esa sonrisa, con esos andares de chico, de hacerlo recapacitar sobre cualquier cosa. Y sus labios articulan: «¡A casa!». Mathilde sale al patio y una de las mujeres se precipita a prestarle su manto, pero ella lo rechaza. «No tengo frío», dice, y toma entre las suyas las manos heladas de su marido. «Mehdi telefoneó. Nuestra nieta nació esta mañana.» Luego, las mujeres del aduar contaron que vieron a Amín atraer a su mujer hacia él tan cerca, tan cerquita que las campesinas creyeron que se estaba agarrando a ella para no caerse. Y allí, bajo las palmeras grandes, los dos se pusieron a balancearse, de un pie a otro, a pesar del viento glacial de diciembre, a pesar de los murmullos de las espectadoras, que no se creían lo que estaban viendo. La pareja bailó. Y algunas de las campesinas aseguran que vieron lágrimas en las mejillas del patrón y que oyeron a Mathilde decirle en árabe: «Eres feliz, ¿verdad?».

Si este libro existe, es sobre todo gracias a los valiosos testimonios de las personas que vivieron ese periodo de la historia de Marruecos o que lo estudiaron. Me han sido de una gran ayuda. Mi agradecimiento a Zakya Daoud, por su generosidad, su humor y su libertad de tono y de mente. Mi agradecimiento también a Kenza Sefrioui, por sus inestimables consejos, y a Driss El Yazami, por su humanidad y su indefectible integridad. Toda mi gratitud a Tahar Ben Jelloun, que siempre me enseña algo sobre mi historia. Le debo mucho a Mohamed Tozy, quien, desde hace años, me ilumina y, a través de su colosal trabajo, me permite comprender mejor mi país. Hamid Barrada, amigo de toda la vida, también fue de una ayuda excepcional, al igual que Perla Servan-Schreiber, que aceptó volver a sumergirse por mí en el pasado. Gracias también a Pierre Vermeren, mi antiguo profesor. A Dominic Rousseau, que investigó

sobre los hippies en Marruecos y aceptó con enorme generosidad instruirme sobre aquel asombroso paréntesis que transcurrió en Esauira. Y a Françoise Autin, por su afecto y por las búsquedas minuciosas que llevó a cabo para mí. A Fatna El Bouih, a quien admiro profundamente y que aceptó responder a mis preguntas. A Souad Balafrej, por su confianza y su amistad. También quiero agradecer a los amigos de mi padre que se pusieron en contacto conmigo durante la escritura de este libro y que, con mucho pudor y cariño, me contaron los años jóvenes que compartieron con él. Querría aquí homenajear a todos los que tuvieron la valentía de testimoniar ante la Instancia Equidad y Reconciliación sobre los crímenes cometidos durante los años de plomo. El informe que resultó de dichos testimonios ha sido una fuente imprescindible. Todos ellos tienen mi admiración.

TÍTULOS DE LEILA SLIMANI EN CABARET VOLTAIRE

62. LEILA SLIMANI *Canción dulce*

67. LEILA SLIMANI *Sexo y mentiras*

74. LEILA SLIMANI *En el jardín del ogro*

86. LEILA SLIMANI *El país de los otros* (*Guerra, guerra, guerra*)

93. LEILA SLIMANI *El perfume de las flores de noche*

100. LEILA SLIMANI *Miradnos bailar*

MIRADNOS BAILAR
EL PAÍS DE LOS OTROS II
DE LEILA SLIMANI